

P. C. Doherty

LA CANCIÓN DEL ÁNGEL OSCURO



Detectives medievales



Lectulandia

En esta nueva entrega de las investigaciones de Hugo Corbett, la acción se desarrolla en Hustaton, Norfolk, donde deberá resolver un doble crimen: la esposa del panadero local ha aparecido ahorcada (y no está nada claro que se trate de un suicidio) y un criado del duque de Surrey ha aparecido brutalmente decapitado.

Pero la principal misión de Corbett y sus hombres es encontrar un mítico tesoro que, según cuenta la leyenda, perdió el abuelo del rey Eduardo I al cruzar el estuario del Nene. La pacífica ciudad en la que se aloja Corbett en esta ocasión le depara un buen número de sorpresas, no todas agradables. A menudo las cosas no son lo que parecen, y la intuición y sagacidad de Corbett para poner al descubierto los más pérfidos crímenes tendrá que volver a manifestarse en toda su brillantez.

Lectulandia

Paul C. Doherty

La canción del ángel oscuro

Hugo Corbett - 08

ePub r1.0

Titivillus 23.09.17

Título original: *The Song of a Dark Angel*

Paul C. Doherty, 1994

Traducción: Gemma Rovira

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Barbara y Rob, de The Poisoned Pen,
Scottsville, Arizona, EE. UU.
Muchas gracias por vuestro apoyo y amistad.*

Introducción

El viento, frío e implacable, llegaba soplando por encima del grisáceo mar, hacia los blancos promontorios. Azotaba las crestas de las olas y desprendía la helada espuma, convirtiéndola en copos blancos como la nieve. Los habitantes de los pueblos cercanos a la costa este se arrebujaban en las capas y se acercaban al fuego. El Ángel Oscuro —así era como llamaban al viento del norte— soplabo de nuevo. No tardaría en arreciar, intensificando sus ráfagas. Los vecinos de Hunstanton se acurrucaron en sus camas y confiaron en que la tormenta se deshiciese antes del amanecer. El viento, sin embargo, seguía silbando; arrastraba la arena de la playa y despeinaba la cabeza cortada y clavada en una estaca, junto al cadáver ensangrentado que yacía en los guijarros; y seguía soplando para jugar con el cadáver de la mujer de larga cabellera que colgaba del patíbulo, en lo alto del acantilado.

El Ángel Oscuro entonaba su sombría canción, acostumbrado a aquellas crueles visiones: aquello era el golfo del Wash, el gran mar interior que se adentraba en el suave paisaje de Norfolk; una región agreste e imprevisible, con mareas bruscas, remolinos traicioneros, arroyos llenos de fango y acantilados medio derrumbados. Había sido testigo del desembarco de los vikingos y de la invasión de los daneses, y, en la época del abuelo del viejo rey, había presenciado la destrucción del ejército real y la desaparición de un valiosísimo tesoro. El Ángel Oscuro soplabo hacia el interior, dejando atrás sus macabros juguetes. La mujer seguía bailando colgada de la soga en la desierta playa de guijarros, los ojos ciegos de la cabeza decapitada continuaban contemplando la bruma, que hervía y se arremolinaba persiguiendo al viento hacia el interior.

Capítulo I

Una semana más tarde, en la víspera de la fiesta de San Andrés, apóstol de Escocia, dos jinetes pasaron tronando por el camino del acantilado. Estaban decididos a llegar a su destino antes de que la luz gris de noviembre se extinguiera por completo. Al hacer frente a la cima de una pequeña colina, donde el camino del acantilado torcía hacia el interior rodeando la bahía, el jinete que iba en cabeza se detuvo. Esperó a que su compañero, que iba gruñendo y murmurando, hiciera otro tanto.

—¡Por todos los santos! —murmuró el hombre—. ¿Cuánto falta, amo? ¡Tengo el trasero dolorido, tengo los muslos destrozados, y mi barriga cree que me han cortado el cuello!

Sir Hugo Corbett, Guardián del Sello Secreto del rey, y emisario especial, sonrió mientras se soplaba los helados dedos, su rostro oculto bajo la capucha.

—Vamos, Ranulfo —replicó—. ¡Al menos no ha nevado, y llegaremos allí en menos de una hora!

Corbett se quitó la capucha. Dejó de mirar a su criado, Ranulfo de Newgate, y contempló el mar envuelto en bruma, que se estrellaba contra las rocas.

—Un lugar frío e inhóspito —murmuró.

Ranulfo se quitó también la capucha y acercó el caballo al de su amo.

—Ya os lo he dicho en otras ocasiones, amo. Odio el maldito campo —Miró hacia los páramos, por donde empezaban a extenderse los largos y fríos dedos de la niebla. Un perro aulló en la penumbra incipiente, como si protestara contra los elementos—. ¡Lo odio! —repitió Ranulfo, como si hablara solo—. ¿Dónde demonios estamos, amo?

Corbett señaló hacia abajo, hacia el mar.

—Estamos en la costa de Norfolk, Ranulfo. Dicen que en verano es bonita. Debajo de nosotros se encuentra la bahía de Hunstanton.

Luego señaló los acantilados. Ranulfo vislumbró una débil luz parpadeante y la silueta de un edificio.

—Eso es Mortlake Manor —dijo Corbett—. Y allí está la vieja ermita. ¿La ves, Ranulfo?

Ranulfo entornó los ojos y distinguió las lúgubres y dispersas ruinas, en gran parte ocultas por un alto muro medio derrumbado.

—El pueblo está un poco más hacia el interior —continuó Corbett—. Y allí abajo, en medio de la niebla, seguramente desde donde ladra ese perro, está el convento de la Santa Cruz.

Ranulfo miró hacia donde su amo señalaba y luego, más allá del convento, hacia el mar. Ranulfo de Newgate, nacido en el laberinto de callejones que formaban Whitefriars, odiaba el campo, pero el mar le aterrizaba: su superficie fría y gris, la bruma girando y retorciéndose como un fantasma, amortiguando y volviendo más

siniestros los hambrientos gritos de las gaviotas. El estruendo de las olas en la desierta playa de guijarros; aquellos tristes edificios, silenciosos como la muerte, acurrucados en lo alto de los acantilados.

—¿Dónde encontraron la cabeza? —preguntó.

Corbett señaló hacia abajo, hacia la playa.

—Allí —dijo—. En medio de la playa. La cabeza estaba limpiamente separada del cuerpo y colocada en una pequeña estaca clavada en la arena. A su lado yacía el cadáver.

—Pobre Cerdic —dijo Ranulfo con un hilo de voz, soplándose las manos. Miró a su amo con los ojos entrecerrados—. Yo le conocí. Siempre jugaba con los dados cargados. Era tan canalla que ni siquiera podía caminar derecho, y mucho menos mirarte a los ojos.

—Pues bien, ahora está muerto, o mejor dicho, lo han asesinado. Pero lo que me intriga es que no había señales de pelea en la playa. ¿Cómo explicas eso, Ranulfo? ¿Cómo es posible que un joven robusto y fuerte como Cerdic Lickspittle fuera conducido hasta una playa y que le cortaran la cabeza sin que él opusiera resistencia? No hay huellas, ni tuyas ni de su asesino —Corbett se mordió el labio y volvió a cubrirse la cabeza con la capucha—. En realidad —comentó secamente— lo que me gustaría saber es qué hace aquí Lavinius Monck. En fin, pronto lo averiguaremos.

Corbett asió las riendas y obligó a su caballo a seguir por el camino del acantilado, procurando no mirar hacia la derecha, hacia el escarpado barranco del que solo le separaban unos palmos. Ranulfo, que seguía murmurando por lo bajo, siguió su ejemplo. Cuando empezó a oscurecer, la bruma se hizo más densa, y Corbett le gritaba a Ranulfo por encima del hombro, para que tuviera cuidado. Corbett se detuvo al llegar al siniestro cadalso de tres brazos que se alzaba entre el borde del camino y la cumbre del acantilado. Se quedó contemplando el trozo de cuerda que colgaba de un herrumbroso gancho de hierro.

—¿Es aquí dónde hallaron el segundo cadáver? —preguntó Ranulfo.

—Eso parece —contestó Corbett—. Era la esposa del panadero del pueblo. Desapareció de su casa. A la mañana siguiente la encontraron colgada del cadalso. Una víctima inocente ejecutada donde se suele ahorcar a los asesinos —Corbett se dio la vuelta y añadió—: Dime, Ranulfo, ¿quién iba a hacer una cosa así? ¿Quién iba a matar a una pobre mujer de una forma tan bárbara? —miró de nuevo el cadalso, que se alzaba muy por encima de su cabeza—. Supongo que debieron de matarla por la noche —continuó Corbett—. Pero ¿por qué aquí?

Bajó la mirada hasta la base del cadalso y desmontó del caballo, tirándole las riendas a Ranulfo, porque algo le había llamado la atención. Se arrodilló y cogió un ramillete de flores silvestres marchitas que había en el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ranulfo con impaciencia.

—¿Quién habrá dejado estas flores aquí? —preguntó Corbett.

—Por el amor de Dios, amo, el marido de esa pobre mujer, o su familia.

Corbett sacudió la cabeza. Olfateó los tallos marrones y podridos.

—No, llevan varias semanas aquí.

—Quizá los parientes de un criminal ejecutado —sugirió Ranulfo con los dientes apretados—. *Sir Hugo*, por el amor de Dios, ¡estoy congelado! ¡No me siento las piernas ni las pelotas!

Corbett tiró las flores, se secó las manos en la capa, cogió las riendas de su caballo y volvió a montar.

—Está bien, Ranulfo. Eso no podemos permitirlo, ¿verdad que no? Qué gran pérdida para las damas de Londres, ¿no?

Animó a su caballo a continuar. Ranulfo le sacó la lengua y se lamentó en silencio de haber dejado en Londres a aquella rolliza viuda, morena y de cara alegre, con los ojos más dulces y los brazos más suaves que jamás había visto. Había tenido que separarse de ella solo porque el viejo maese Cara Larga, que ahora cabalgaba delante de él, había recibido órdenes del rey de viajar al norte.

—¡Espero que tenga las pelotas tan frías como yo! —murmuró Ranulfo para sí.

Siguió a su amo, que ahora avanzaba al trote, temiendo que el caballo pudiera resbalar o desviarse del camino. La niebla se había hecho más densa y el mar, enfurecido, seguía retumbando y revolviéndose debajo de ellos. Pronto divisaron las ruinas de la vieja ermita, en gran parte ocultas por un alto muro de arenisca. Corbett percibió el olor a humo de madera y el aroma, más dulce, de buey asado, que hizo que le rugiera el estómago y que se le humedeciera la boca.

—¿Entramos, amo? —susurró Ranulfo.

—No, no.

Corbett rodeó las ruinas siguiendo el camino, poniendo el caballo al galope. No quería parar hasta hablar con *sir Simon Gurney*. Ranulfo lo siguió. Estaba convencido de que había oído un grito a sus espaldas, pero Corbett le hizo señas para que continuara, y siguieron al trote envueltos en la niebla hacia las luces de Mortlake Manor. Finalmente el camino giró hacia el interior, y luego descendió ligeramente. Ranulfo estuvo a punto de ponerse a gritar de alegría cuando divisó las verjas de la mansión, con unas llameantes antorchas en lo alto.

—¡Espero que Maltote haya llegado! —gritó—. ¡Confío en que ese perezoso sinvergüenza les haya avisado de nuestra llegada!

—Habrá llegado —replicó Corbett.

Ralph Maltote, el mensajero del escribano, no tenía gran cosa en la cabeza, pero era un espléndido jinete, con un instinto de perro de caza para deslizarse por los tortuosos caminos y senderos de Inglaterra. Ranulfo desmontó y dio unos golpes en el pequeño postigo de la puerta principal de la mansión.

—¡Venga! —murmuró—. ¡Me estoy quedando helado!

La puerta se abrió y un portero de aspecto diligente asomó la cabeza y los hizo pasar al gran patio adoquinado que se extendía ante la mansión fortificada de *sir Simon Gurney*. Varios mozos de cuadra se apresuraron a coger sus caballos. Un

criado cogió las alforjas de los visitantes y el portero los condujo al interior de la casa por la puerta principal. Recorrieron un pasadizo abovedado y pasaron por delante de la cocina, cuyos aromas aguzaron el apetito de Corbett y Ranulfo, y llegaron a la cámara privada donde el canoso *sir* Simon Gurney y su esposa Alice esperaban para recibirlos.

El viejo caballero, antiguo caballero del rey, sonrió y se levantó de su silla junto al fuego; su menuda esposa, de rostro dulce, estaba de pie, sonriente, detrás de él.

—¡Hugo!

Gurney estrechó la mano de Corbett. Escudriñó el oscuro y saturnino rostro del escribano y se fijó en los mechones canosos que tenía en las sienes, y en las arrugas que habían aparecido alrededor de la boca y los ojos y que Corbett no tenía cuando se vieron por última vez en Westminster.

—Os veo cansado, Hugo.

—He tenido un mal día, *sir* Simon. Frío y largo. He realizado viajes más agradables —Corbett observó el rostro curtido del caballero, con sus blancas y pobladas cejas sobre unos ojos que todavía parecían jóvenes, y el bigote y la barba esmeradamente cortados—. El rey os echa de menos —continuó—. Envía saludos y sus mejores deseos para vos —se volvió hacia la esposa de Gurney—, y para *lady* Alice.

Alice, que era por lo menos veinte años más joven que su marido, se adelantó y ofreció una suave mano a Corbett para que la besara. Él acarició dulcemente sus dedos y sintió cierta turbación al cogerle ella la mano y apretarla con cierta firmeza.

—El Hugo de siempre —dijo Alice con su voz grave y un tanto ronca.

Corbett captó una pizca de picardía en los oscuros ojos de la joven. Repasó sus perfectas facciones: los labios sensuales, la nariz, delgada y delicada, las cejas esmeradamente depiladas y el abundante cabello castaño, ahora recogido bajo un griñón verde y blanco.

—Estáis más atractiva que nunca, señora —susurró.

Confiaba en que Gurney no se sintiera ofendido. Alice siempre se deshacía en atenciones con él. Corbett, que solía enmudecer en presencia de una mujer hermosa, nunca sabía si sentirse turbado o halagado. Ranulfo de Newgate no tenía esas reservas. Después de que Gurney le estrechara la mano y le diera la bienvenida con varios insultos cariñosos, comentando que estaba tan horrible como siempre, el criado de Corbett hincó una rodilla en el suelo para besarle la mano a Alice. La sostuvo tanto rato que, reventando de risa, ella la retiró y volvió a su silla, cerca del fuego.

—Nada ha cambiado —observó Gurney—. Vos, Corbett, seguís tan tímido como un niño —Puso dos sillas entre la suya y la de su esposa—. Y vos, Ranulfo, tan insolente como un fraile viajero. ¡Dadme vuestras capas!

Las cogió y se las tiró a un criado. Corbett y Ranulfo se desabrocharon los talabartes y los colgaron cuidadosamente en un gancho que había en la pared.

Corbett y Ranulfo tomaron asiento, estiraron las piernas y se deleitaron con el

calor del fuego de la chimenea. Un criado les llevó una bebida caliente en copas de peltre envueltas con servilletas blancas, porque el clarete había sido condimentado con especias y luego calentado con un atizador al rojo. Corbett bebió el vino lentamente, saboreando cada gota a medida que sus piernas y su cuerpo iban entrando en calor. Hasta le entró sueño, pero no quería caer en la deshonra de quedarse dormido. Mientras Ranulfo chascaba los labios y cacareaba con entusiasmo, Corbett contempló la oscura cámara. Estaba lujosamente amueblada; tapices de lana y colgaduras de damasco cubrían las paredes; las ventanas tenían cristales, algunos incluso teñidos; en los candelabros ardían velas de pura cera de abeja, nada de sebo ni de baratas lámparas de aceite. Corbett tocó la silla de madera labrada y pensó que debía de ser de roble o de tejo, igual que los armarios y las otras sillas que había en la habitación. En el suelo había alfombras de pura lana. Un paje le quitó las botas, y Corbett miró hacia arriba y vio el negro, blanco y oro de las armas de Gurney en un enorme escudo sobre la chimenea; debajo del escudo, la vajilla de plata brillaba y centelleaba iluminada por la luz de las velas.

Gurney tiró otro tronco al fuego. En una hendidura del tronco habían metido una bolsita de hierbas aromáticas, y cuando el tronco empezó a arder, el humo de las hierbas impregnó la habitación de olor a verano. Corbett saboreó el vino, sin prestar demasiada atención al relato que Ranulfo estaba haciendo de su viaje. Desde el otro extremo de la chimenea, Alice lo observaba atentamente.

«Habéis cambiado», pensó Alice. Corbett siempre había sido reservado, taciturno y tímido, pero ahora ella veía en él cierta aspereza; las arrugas que la risa marcaba alrededor de su boca no eran tan pronunciadas como antes, y sus ojos castaños, antes tan dulces, tenían un aire ligeramente atormentado.

Alice había oído hablar del segundo matrimonio de Corbett con la princesa galesa Maeve y sabía lo mucho que él amaba a su esposa y a su hija Leonor. Pero también había oído otros rumores, según los cuales Eduardo se estaba volviendo tirano ahora que libraba una sangrienta guerra contra los escoceses y se encontraba inmerso en una lucha a vida o muerte con su rival, Felipe de Francia. Corbett, pese a su título de caballero, sus honores y su ascenso, al parecer estaba pagando un alto precio. Alice se preguntó distraídamente qué cosas habría visto Corbett. Lo miró y dijo:

—Hugo, ¿queréis iros a dormir?

—No, gracias, señora. Quizá más tarde. Hay asuntos que exigen mi atención, preguntas por responder.

Alice notó que el miedo le encogía el estómago. Corbett había sido su amigo. Ahora, con su afilada mirada, sus inquietantes pensamientos y sus inteligentes preguntas, había ido a Mortlake Manor por otros motivos. Empezaría a descubrir la verdad. Alice, pese al empalagoso calor de la habitación, notó el pinchazo del miedo en el cogote. ¿Qué descubriría ese astuto escribano? Se volvió hacia su marido y le lanzó una mirada de advertencia. Él captó la mirada y apartó la vista. También él estaba preocupado, inquieto por la visita de Corbett. Lo único que pretendía era

alejarse de la corte y del campamento de Eduardo para poder arar los fértiles campos de su mansión, criar ovejas y exportar la lana a Flandes a cambio de pesadas bolsas de oro. La campaña del rey contra los franceses había interrumpido todo aquello. Aunque en este momento Eduardo y Felipe estaban técnicamente en paz, en la práctica la guerra todavía alteraba el comercio. Gurney, como otros, sufría las consecuencias. Ahora Corbett estaba allí, custodio de los secretos reales y, según algunos, también custodio de la conciencia del rey.

—¡Un asunto lamentable! —exclamó Gurney, incapaz de contenerse.

Corbett acercó las manos a las llamas y se volvió hacia él.

—¿A qué os referís?

Gurney rio amargamente.

—Hugo, soy amigo vuestro. No juguéis conmigo.

Corbett sonrió e inclinó la cabeza, disculpándose.

—Un asunto lamentable —repitió Gurney—. Una mujer ahorcada en el cadalso. Un criado decapitado en la playa. Tumbas robadas. Historias de magia negra, de fuegos en las encrucijadas, de extraños ruidos en plena noche, de brujas surcando el cielo... Y ahora, ¡los malditos *pastoreaux*!

—Ciertamente corren tiempos preocupantes, *sir* Simon.

Corbett se dio la vuelta y vio a Lavinius Monck apoyado, con gesto lánguido, en el dintel de la puerta, con los brazos cruzados. Corbett se levantó y caminó hacia él.

—¡Lavinus! —le tendió la mano y añadió—: Hacía meses que no nos veíamos.

Monck cogió la mano que Corbett le tendía y le dio unas palmadas.

—Mi querido Hugo —balbuceó, aunque sin mover los negros ojos.

Corbett retrocedió. «¿Por qué me resultará este hombre tan siniestro?», se preguntó. Lavinius, vestido de negro de pies a cabeza, siempre le recordaba a un cuervo, con su cabello negro y engrasado, su rostro desabrido, bien afeitado; su nariz aguileña y aquellos ojos que no parecían cerrarse nunca. Lavinius se pasó los guantes de montar de piel de una mano a otra y entró en la habitación.

—*Sir* Simon, *lady* Alice.

—¿Habéis tenido un buen día, maese Monck?

Gurney se puso en pie. A juzgar por el gesto de su boca y por su severa mirada, tampoco a él le gustaba el sigiloso y astuto escribano de Juan de Warenne, conde de Surrey. Monck sonrió o, mejor dicho, torció la cara para componer un mohín, se quitó la capa y la tiró sobre un banco. Cogió una taza de vino caliente que le ofrecía un criado y se sentó en la silla que otro había acercado al semicírculo enfrente de la chimenea. Monck cruzó las piernas con arrogancia, quitándose unas motas de barro de la rodilla. Miró fijamente el fuego con una sonrisa exasperante que insinuaba que ocultaba algún gran secreto. Gurney volvió a llenar su taza con un jarro de clarete que había sobre uno de los armarios y se reunió con sus huéspedes, sin obedecer a las advertencias de su esposa.

—Os he hecho una pregunta. ¿Habéis tenido un buen día?

Monck sonrió y dio un sorbo de su taza.

—*Sir* Simon, para mí todos los días son buenos. He cabalgado por vuestras tierras. He bebido una asquerosa cerveza en la taberna del pueblo y he escuchado — su rostro se endureció—. Seguiré escuchando y seguiré buscando hasta que encuentre al asesino de mi criado Cerdic y lo vea colgando de esa horca vuestra en lo alto del acantilado.

—¿Y los *pastoreaux*? —preguntó Alice.

—Como conejos en su madriguera —contestó Monck con desprecio—. Por lo visto nunca salen de su ermita. Y vos, querido Hugo, ¿habéis tenido buen viaje?

—Largo y frío. El rey os envía saludos, al igual que el conde de Surrey.

Monck se revolvió en la silla, y su jubón de piel crujió. Corbett se dio cuenta de que a Monck, pese a sus gruesas ropas, no le afectaba el intenso calor del fuego.

—Y ¿qué hacéis vos aquí, Hugo? —Monck miró a Ranulfo, que le sostuvo la mirada sin inmutarse—. ¿Cómo es que *sir* Hugo Corbett, custodio del Sello Secreto del rey, y su leal aunque libertino criado Ranulfo de Newgate se pasean por las regiones inhóspitas de Norfolk?

Corbett se quedó mirando su taza. Odiaba profundamente a aquel individuo. Lavinius Monck era el escribano mayor del conde de Surrey, además de espía y asesino profesional. Educado en Cambridge, Monck se había hecho famoso por su crueldad, su firme lealtad y una astucia envidiable. Si Juan de Warenne era el brazo derecho del rey, Monck era la daga que sujetaba aquella mano. Corbett solía mantenerse alejado de él, pero a veces, cuando las circunstancias lo exigían, tenían que cooperar y compartir información.

—¿A qué se debe vuestra visita, Hugo? —insistió Mock adoptando un tono de falsa severidad.

Corbett abrió el morral que llevaba en el cinturón y sacó un pequeño rollo de pergamino. Monck lo cogió con avidez. Rompió el sello de cera de color púrpura, lo abrió, se inclinó hacia delante y estudió su contenido a la luz del fuego.

—Sellado por el rey en Swaffham hace cuatro días —Levantó la vista y sonrió, y sus blancos y perfectos dientes recordaron a Corbett los perros de caza del rey—. Ya veo. Os han enviado aquí para que me ayudéis —puso énfasis en la frase—. ¿Vos lo entendéis, *sir* Hugo?

—Sí, lo entiendo —contestó Corbett—. ¿Pero para que os ayude a qué, Lavinius?

Monck se encogió de hombros, enrolló el pergamino y se lo metió en la manga de su jubón de piel. Se apoyó en el respaldo de la silla, juntó los dedos de ambas manos, y miró hacia el fuego.

—¡Ah! —suspiró—. Ese es el problema, *sir* Hugo. Lo mejor será que cada uno are su propio surco. El conde de Surrey insistió mucho en eso.

—Creía que estabais aquí por lo de los *pastoreaux* —le interrumpió Gurney.

—Quizá, *sir* Simon, y quizá no —dijo Monck sonriendo—. Eso el tiempo lo dirá.

Corbett compuso un gesto adusto y bebió un poco de vino; le dio una suave

patada en el tobillo a Ranulfo para que su malhumorado criado no saliera en su defensa.

Gurney y su esposa se reclinaron en las sillas. Alice suplicaba con la mirada a su marido para que guardara silencio. Corbett, enojado, se puso en tensión. No toleraba el arrogante secretismo de Monck y estaba furioso con el rey, que le había enviado allí sin explicarle prácticamente nada. Corbett no podía creer que se encontrara allí porque habían asesinado al criado de Monck ni porque habían colgado a la esposa de un panadero del cadalso. Los *pastoreaux*, sin embargo, eran otro asunto. Eran peligrosos. Los espías que Corbett tenía en Francia le habían explicado que aquellos fanáticos, con sus extraños sueños y sus misteriosas visiones, iban de ciudad en ciudad profetizando el fin del mundo y lanzando violentos ataques contra los judíos, los extranjeros y todos los parias de la sociedad. Ahora varios grupos de *pastoreaux* habían desembarcado en Inglaterra. Inofensivos al principio, se escondían en regiones salvajes y despobladas. Sin embargo, el grupo de Norfolk creció y llamó la atención de los comisarios reales, y por lo visto habían enviado a Monck al norte para que investigara.

Corbett se revolvió, inquieto, en la silla, sin prestar atención al murmullo de la conversación que se desarrollaba a su alrededor. Monck, satisfecho tras enfatizar la importancia de su presencia allí, se daba el gusto ahora de sostener una distraída conversación con sus anfitriones sobre cosechas, escándalos populares y licencias para fabricar cerveza. Corbett examinó al escribano vestido de negro. Monck tenía una debilidad: le gustaba beber. Bebía clarete y cerveza como un caballo masca hierba, sin que la bebida le perjudicara. Corbett se preguntó si él, en calidad de principal espía del rey, debería dedicar un tiempo a estudiar a Monck más atentamente, averiguando más cosas sobre sus costumbres y quizá descubriendo otras de sus debilidades. Corbett sonrió para sus adentros: Maeve siempre se burlaba del carácter reservado de su marido, de cómo analizaba minuciosamente hasta los detalles más insignificantes.

La sonrisa que había aparecido en su rostro se desvaneció. Esta vez el rey se había mostrado astuto y reservado. ¿Qué hacía Monck allí? Uno de los espías de Corbett en el erario le había comunicado que Monck había pasado varios días en la Torre repasando archivos y reuniendo información. Eso había sido unas seis o siete semanas atrás, poco después del día de San Miguel. Después Monck desapareció de Londres. Corbett había oído que estaba en Norfolk, pero no le dio importancia, pues Juan de Warrenne tenía propiedades allí, y Monck solía hacer de administrador de sus fincas. Corbett entornó los ojos. Hizo rodar la taza entre sus manos. ¿Qué hacía Monck en el erario? De todos era sabido que el tesoro estaba vacío. Eduardo necesitaba dinero para mantener su reducida flota en el mar y guerrear contra el rebelde escocés Guillermo Wallace. Corbett dio un respingo cuando Monck le puso los fríos dedos en la mano.

—Hugo, ¿estáis soñando?

El escribano se pasó la mano por la cara y sonrió a *sir* Simon, disculpándose.

—No, no. Estoy cansado.

—Espero que no demasiado, Hugo —dijo Gurney—. Esta noche vamos a celebrar una cena en vuestro honor. He invitado al padre Agustín, el párroco del pueblo, y a la madre Cecilia, priora del convento de la Santa Cruz; a nuestro médico, Selditch, y a mi amigo Catchpole.

—En ese caso...

Corbett se levantó en el preciso instante en que Maltote, con el cabello despeinado, y con señales de sueño en la cara, entró apresuradamente en la estancia y le miró suplicante.

—Lo siento, amo. No sabía que habíais llegado. Fui arriba y me quedé dormido.

Corbett sonrió ante la inocencia y la franqueza de su criado.

—No te preocupes, Maltote.

Corbett indicó a Ranulfo que recogiera sus botas y sus capas. Saludó a los demás y dejó que el mayordomo de Gurney los acompañara arriba por la tortuosa escalera hasta su cámara. A Maltote, todavía adormilado, le costaba trabajo defenderse de las bromas de Ranulfo, y sin la ayuda del mayordomo no habría sido capaz de llegar hasta la cámara que iban a compartir. El mayordomo explicó que la casa estaba tan llena de visitas e invitados que no era fácil encontrar alojamiento para todos. Corbett le dio las gracias, le puso una moneda en la mano y una vez dentro cerró la puerta.

En la habitación había tres camas con gruesos colchones, seguramente de plumas de cisne, y pesados cabezales. En el suelo de madera había gruesas alfombras de lana, y había tantas velas encendidas que la cámara parecía una iglesia. Después de aquel agotador viaje, Corbett la encontró acogedora, cálida y agradablemente perfumada. A los pies de cada cama había un baúl, y un gran armario pegado a la pared. Había dos pinturas murales. Una representaba a Cristo discutiendo con Satanás; estaba pintada con colores chillones, y la vacilante luz de las velas hacía que el demonio negro se retorciera ante Cristo. La otra era más apacible: una joven trabajando en un tapiz bajo una ventana con vistas a un mar azul claro.

Ranulfo y Maltote se habían puesto a hablar. Estaban sentados en el borde de una de las camas, lamentándose del frío y de la agreste desolación del campo. Los criados ya habían abierto sus alforjas. La valija de Corbett no la habían tocado, por supuesto; estaba abrochada y protegida con su sello personal. Corbett cruzó la estancia y abrió los postigos de una de las ventanas. En el vidrio emplomado había un pequeño panel que podía abrirse. Ignorando las protestas de Ranulfo, Corbett lo abrió, dejando que el frío aire nocturno entrara en la habitación. La ventana debía de estar orientada a los acantilados, porque oyó el débil murmullo del mar. La niebla se estaba dispersando. Corbett alcanzó a ver el agua, y oyó el débil grito de las gaviotas. Cuando se disponía a cerrar la ventana para que la habitación no se enfriara, una enorme mariposa nocturna, atraída por la luz, se coló dentro.

—¿Qué hacemos aquí, amo? ¿Qué hemos venido a hacer? —Ranulfo hablaba por

él mismo y por Maltote.

—No lo sé —respondió Corbett—. Lo único que sé es que el rey y Juan de Warenne tienen alguna estratagema secreta, por eso han enviado aquí a Monck. Pero el tiempo lo dirá —Se quedó mirando el vidrio emplomado—. Debe de ser de noche en Londres. Maeve todavía estará en la sobremesa. El tío Morgan le estará cantando canciones.

Corbett se mordió los labios. El tío de Maeve había ido a pasar unas semanas con ellos, y se había quedado casi un año. El bullicioso lord galés siempre iba de un lado para otro, bebiendo en las tabernas de Londres hasta que se acababa la cerveza. Luego se iba a casa tambaleándose, y cogía a su sobrina nieta, la pequeña Leonor, y le cantaba canciones de cuna galesas.

—Debería estar en casa —dijo Corbett a media voz.

—¿Cómo decís, amo?

Corbett, sin molestarse en darse la vuelta, sacudió la cabeza. Ranulfo hizo un mohín y le guiñó un ojo a Maltote.

—El viejo maese Cara Larga —susurró— está de mal humor.

Esta vez Ranulfo no se equivocaba. Corbett estaba preocupado. Había pasado demasiado tiempo lejos de Maeve y de su hija. Su esposa sabía arreglárselas, desde luego. Dirigía sus negocios con una sagacidad que era el terror de todos los comerciantes, y las cosechas de la mansión de Leighton eran ricas y prósperas. Pero el rey estaba envejeciendo, y se estaba volviendo más arisco y cruel. Y ¿qué pasaría cuando Eduardo muriera? ¿Seguiría necesitando el príncipe de Gales, tan aficionado a la caza, a la música y a los jovencitos guapos, los servicios de Corbett? La guerra con Francia acabaría (el príncipe de Gales ya estaba prometido con Isabella, la hija de Felipe IV). En Escocia, Wallace sería vencido (solo era cuestión de tiempo que los soldados del rey lo atrapasen y lo mataran o lo llevaran al sur para ejecutarlo).

«Quizá debería dejar de servir al rey ahora —caviló Corbett—, seguir el ejemplo de Gurney y retirarme a mi mansión, ocuparme de las cosechas y las ovejas, y convertirme en comerciante y vender la lana a los telares de Flandes». Sonrió para sí. Un día le planteó a Maeve aquella posibilidad; ella se puso a reír a carcajadas y se dejó caer sobre los cabezales, con el plateado cabello formando una aureola a su alrededor. Se reía tanto que Corbett ni siquiera pudo hacerla callar con sus besos.

—¡Granjero! —exclamó Maeve con sorna—. Ya me lo imagino. Te pasarías el día redactando informes sobre lo que hacían los carneros, sobre cómo crecían las manzanas y sobre si el huerto estaba en el lugar más adecuado.

—A veces me canso de mi trabajo —replicó Corbett acaloradamente.

Maeve se serenó. Se quedó tendida en la cama con dosel, tapándose con las sábanas.

—¿No te gusta tu trabajo, Hugo? A lo mejor aborreces las tareas que el rey te asigna, pero quizá sea eso lo que te hace desempeñarlas tan bien —cogió el rostro de su marido entre las manos—. Digas lo que digas, Hugo Corbett, tú tienes sed de

verdad, y...

—¿Y qué? —preguntó Corbett.

Maeve soltó una risita.

—Como dice Ranulfo, ¡una cara muy larga!

Corbett levantó la vista y vio cómo la mariposa nocturna chocaba contra el vidrio de la ventana.

—Está muy oscuro —musitó—. Dios sabe cuándo volveremos a ver la luz.

Ranulfo lo miró extrañado. No sabía si su amo se refería al tiempo o a los misterios a que ahora se enfrentaban.

Capítulo II

Marina corría desesperadamente, con los ojos salidos de las órbitas, el corazón latiéndole con violencia, la boca seca. Las ramas de tejo se le enredaban en las piernas y se le enganchaban en su vestido marrón. Se detuvo, con el pecho palpitante, y maldijo la niebla. Miró a su alrededor como una paloma asustada.

—¿Adónde puedo ir? —murmuró.

La niebla, cada vez más densa, la rodeaba. Marina jadeante, se puso a cuatro patas. Tenía que ponerse a salvo. Se agachó como un animal, aguzando el oído en la oscuridad. Un búho que cazaba por los promontorios emitió su sombrío grito y una zorra que se paseaba cerca del pueblo lanzó un ladrido de protesta al cielo cubierto de niebla.

La joven se lamió los resecos labios. ¿Adónde podía ir? Los aldeanos la echarían del pueblo. ¿El padre Agustín? Él se limitaría a regañarla. ¡Quizá debería volver a la ermita! Es posible que allí le ofrecieran ayuda, si contaba a sus amigos lo que sabía. Pero ¿por dónde? Miró alrededor, recordando aquellos tiempos en que ella, con otros niños del pueblo, jugaba por la parte alta de los acantilados fingiendo que eran duendes y hadas. Cerraban los ojos y se imaginaban palacios. Pero ¿qué podía hacer ahora? Siguió avanzando, y luego se quedó quieta al oír que una rama se rompía detrás de ella.

—¡Marina! —dijo una voz—. ¡Marina!

No aguantaba más. Echó a correr a ciegas, sin importarle si se metía en una charca o en un pantano. Mientras corriera estaría a salvo. Sin embargo, era como si la tierra que pisaba tuviera vida propia. Las zarzas se agarraban a sus tobillos como crueles y afiladas uñas. Marina vio una luz que le hacía señas y estuvo a punto de gritar de alegría. Cada vez le pesaban más las piernas. Corrió, pero una zarza se le enredó en el tobillo como un nudo corredizo. Marina cayó sobre el duro y frío suelo. Cuando empezaba a levantarse de nuevo, oyó la suave pisada detrás de ella. Se dio la vuelta, pero el garrote se apretó alrededor de su cuello.

El mayordomo dio unos fuertes golpes en la puerta y anunció a Corbett y sus dos acompañantes que podían bajar a la sala de la mansión. Los criados de Gurney habían puesto la gran mesa en el centro de la estancia. La habían cubierto con un brocado de seda verde y habían colocado candelabros de dos brazos que proporcionaban una luz suave. Un agradable aroma impregnaba la sala, pues habían puesto hierbas aromáticas en pequeños cuencos debajo de la mesa y también en el fuego y en los pequeños braseros que había en cada una de las esquinas. El suelo estaba cubierto con las alfombras más lujosas que Corbett había visto jamás. De las vigas del techo colgaban suntuosas telas de Turquía, banderines blasonados y brillantes pendones. El aire estaba impregnado de fragantes aromas procedentes de la cocina y la despensa.

La mesa estaba decorada con bandejas de plata, cuchillos de oro y cuencos de condimentos con joyas incrustadas, en lugar de las toscas bandejas y cucharas de peltre.

Gurney y su esposa se habían cambiado. Ahora Alice llevaba un vestido morado cuyo alto cuello realzaba su cuello de cisne; un cordón dorado rodeaba su delgada cintura, y un griñón blanco de gasa, con pespunte de plata, recogía su hermoso cabello. *Sir* Simon iba ataviado con un traje rojizo con calzas verdes y botas de piel marrones. El jubón tenía dos piezas de seda verde en el pecho, y las mangas eran de tafetán azul oscuro. Corbett confió en que su aspecto y el de sus criados fuera aceptable. Se sentía un tanto desaliñado con su jubón marrón oscuro, hasta que se fijó en Monck, que, como de costumbre, iba de negro de pies a cabeza.

Los criados los acompañaron a sus asientos. El mayordomo hizo sonar un cuerno de plata y, mientras unos trovadores tocaban en la galería, al fondo de la sala, los criados de Gurney empezaron a servir la comida. Primero el mayordomo les llevó el enorme salero, y se inclinó tres veces ante su amo antes de colocarlo en el centro de la mesa. Después entró el criado encargado del pan, con bandejas de hogazas de pan blanco. Lo seguía el copero, con una enorme jarra de dos asas llena de vino, que probó y colocó delante de su amo. Gurney y sus invitados se lavaron las manos en unos cuencos de agua de rosas, y se las secaron rápidamente con los lienzos que los criados llevaban en el brazo. Entonces Gurney presentó a los otros invitados. El padre Agustín era un sacerdote alto y de aspecto juvenil con el cabello rubio rojizo y el cutis pálido. Tenía unos penetrantes ojos verdes y la nariz ligeramente curvada sobre unos delgados labios y una firme barbilla. A Corbett le dio la impresión de que se trataba de una persona que sabía imponer su autoridad. La priora, la madre Cecilia, era gorda y bajita; tenía la cara redonda y llevaba el cabello recogido con un griñón blanco muy almidonado, y un velo gris azulado con pespuntos dorados. «Una dama alegre —pensó Corbett—, con sus mejillas con hoyuelos, su pequeña barbilla y su nariz respingona». Pero tenía unos pequeños ojos oscuros que delataban astucia, y la boca firme, y Corbett dedujo que seguramente sabía ser tan dominante como un lord en el convento que dirigía. Finalmente estaba Adam Catchpole, el principal hombre de confianza de Gurney, un veterano de las guerras del viejo rey; era un hombre tenaz y taciturno, con unos ojos de pedernal, y un rostro tallado en granito. Catchpole se rascaba el cabello, canoso y muy corto, y jugaba con la bandeja de plata y el cuchillo como si se sintiera incómodo en un ambiente tan opulento.

Cuando hubieron terminado las presentaciones, Gurney dio unos golpes en la mesa e invitó al padre Agustín a bendecirla. El sacerdote lo hizo, con su voz nasal. Corbett se fijó en el dominio que el padre Agustín tenía del latín; dijo la plegaria sin vacilar. Los criados entraron y sirvieron buey y cordero estofados con olivas; carne de venado asada, endulzada con azúcar moreno y aromatizada con zumo de limón, canela y jengibre; y pollos asados rellenos de uvas. Los criados llenaban continuamente las copas de los invitados. Corbett bebía su vino con moderación,

aunque Ranulfo y Maltote comían y bebían como si no fueran a hacerlo nunca más.

Al principio la conversación versó sobre temas generales. Monck, sentado al lado de Corbett, estaba nervioso y tamborileaba con los dedos en la mesa. Pasados unos minutos, alzó su copa y miró a Gurney, sentado en su silla de respaldo alto.

—*Sir* Simon, habéis hecho gala de una espléndida hospitalidad, pero mañana *sir* Hugo y yo tenemos asuntos que atender en vuestras tierras.

Gurney dejó su copa en la mesa, conteniendo su enojo.

—¿Os referís a los *pastoreaux*?

Sus palabras silenciaron a todos los presentes.

—Sí, a los *pastoreaux*.

—Pero ¿por qué ahora? Ya los habéis visto antes —dijo Gurney.

—Los he estudiado desde lejos —replicó Monck—. Y he hablado con su cabecilla, maese José. Nunca he entrado en la ermita —esbozó una sonrisa afectada y miró de reojo a Corbett—. Quizá mañana *sir* Hugo pueda poner remedio a esta situación.

—¿A qué se debe vuestro interés por los *pastoreaux*?

El padre Agustín se inclinó hacia delante, mascando lentamente un trozo de pollo. Había comido y bebido con moderación y hasta ahora no había participado mucho en la conversación.

—¿Por qué no iban a interesarme? —dijo Monck bruscamente—. ¿Quién más podía matar a mi criado Cerdic? También sospecho que tuvieron algo que ver con la muerte de la esposa del panadero.

—¿Qué pruebas tenéis? —preguntó el padre Agustín.

—¡Alguien tuvo que matarlos! —La voz procedía de la puerta, donde había aparecido un individuo de mediana edad, calvo y de rostro sonrosado, que se quitó la capucha de la capa.

Gurney sonrió abiertamente y se levantó.

—¡Bienvenido, Giles!

Ordenó a su mayordomo que pusiera otra silla y le hiciera sitio al recién negado, que se sentó e inmediatamente agarró una pequeña hogaza de pan, separando pedazos ávidamente y metiéndoselos en la boca. Todavía masticando, saludó con una inclinación de cabeza a Gurney.

—Disculpadme —balbuceó con la boca llena—, pero los niños tienen la costumbre de nacer en las horas más intempestivas.

—¿Habéis estado en el pueblo?

—Sí, y creí que jamás conseguiría volver aquí con la niebla que hay.

Gurney dio una suave palmada y dijo:

—Disculpadme, Hugo. Os presento a maese Giles Selditch, amigo y médico de la familia. Reside aquí, en la mansión, lo cual beneficia mucho mi salud, aunque no tanto la suya.

—No digáis eso, amigo mío —replicó el médico—. ¿Quién iba a cuidar de un

viejo médico como yo? ¿Venís de Londres, *sir* Hugo?

—Sí, señor.

—¿Qué noticias traéis? —preguntó Alice sonriendo a Selditch—. ¿De quién es el niño que ha nacido?

—De los Reeve. Un robusto varón. Creo que piensan bautizarlo con el nombre de Simon en honor a vuestro marido.

—¿Y la madre?

—Riccalda está un poco débil, pero la reciente riqueza de su marido permitirá que la mujer reciba una alimentación adecuada.

Las palabras del médico crearon un silencio inquietante, como si hubiera tocado un punto demasiado delicado.

—Estábamos hablando de los *pastoreaux* —comentó Monck—. Maese Giles, ¿tenéis vos alguna relación con ellos?

Selditch se reclinó en el respaldo de la silla y estiró los brazos.

—Pues sí, y como ya os dije, yo solo puedo juzgar por lo que veo. Les he llevado medicinas: hierbas, ungüentos y algunas cataplasmas.

—¿Y? —Monck miró furtivamente a Corbett—. ¡Vamos, instruid a nuestros nuevos huéspedes!

—Parecen temerosos de Dios, gente apacible. Su jefe es maese José, pero en realidad el organizador es Felipe Nettler.

—Entonces, ¿vos estáis de acuerdo con su credo? —el tono de voz de la madre Cecilia ponía en evidencia que aquella pregunta era importante para ella.

El médico se encogió de hombros y bebió un poco de vino.

—Quizá sea distinto del vuestro, señora.

—Pero ¿viven juntos los hombres y las mujeres? —La priora abrió mucho los ojos.

—En Francia —replicó Selditch— esas casas son corrientes. Un grupo de hermanos en un edificio, y un grupo de hermanas en otro —Se rio y se metió una uva en la boca—. A veces se reúnen y a veces no.

—Yo los encuentro bastante amables —terció el padre Agustín—. He dicho misa en la ermita en varias ocasiones. Los *pastoreaux* visten con sencillez, con túnicas y sandalias marrones. Rezan por las almas de sus prójimos y viven de las limosnas que les da la gente. Por lo demás, al parecer rezan y hablan mucho.

—¿Cuántos son? —preguntó Corbett.

El sacerdote hizo una mueca.

—Su número varía, pues llegan unos y otros se van, pero nunca hay más de catorce o dieciséis.

Corbett acarició su copa de vino.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí los *pastoreaux*? —preguntó a Gurney.

—Unos dieciséis meses. Maese José y su avezado lugarteniente Felipe Nettler llegaron aquí a principios de otoño. Descubrieron la vieja ermita y preguntaron si

podían vivir allí, prometiendo no perjudicarme a mí ni a los míos —Gurney se encogió de hombros y añadió—: De modo que los autoricé a quedarse. Cultivan sus hierbas y crían unas cuantas gallinas y algunos cerdos. Pocos días después de que se instalaran fui a visitarlos y no vi nada inconveniente. Tienen una pequeña capilla y un refectorio común. Cuando hace buen tiempo, recorren los caminos y piden limosna.

—¿Y los aldeanos?

—Al principio se mostraban desconfiados. Los *pastoreaux*, sin embargo, sobre todo maese José y Felipe Nettler, los demostraron ser honestos y trabajadores, así que los aldeanos los aceptaron. Algunos jóvenes del pueblo se han unido a los *pastoreaux* y han viajado a...

—¿Qué han viajado? —interrumpió Ranulfo—. ¿Para qué tienen que viajar, mi señor?

—Tienen una premonición —le contestó Alice—. Creen que el regreso de Cristo es inminente. Por eso, cuando están preparados y han realizado la purificación, viajan a Hull, o a otro puerto, donde se embarcan. Según maese José, tienen que reunirse cerca del Monte de los Olivos, donde Cristo pronto aparecerá en un carro de fuego.

—¿Y ellos se lo creen? —dijo Ranulfo con ironía.

—¿Por qué no iban a creerlo? —repuso Alice—. Tengo entendido que hay movimientos similares por toda Europa.

—¿Y nadie pone en duda todo eso? —insistió Ranulfo.

—Los *pastoreaux* también acuden a mí —dijo la madre Cecilia—. Nosotras les damos ropa, vino y comida. A cambio ellos trabajan en nuestras propiedades, en nuestros jardines y huertos, al igual que lo hacen para *sir* Simon. Forman una comunidad cambiante, pero los hombres y las mujeres jóvenes parecen llenos de esperanza. Se quedan unas semanas en la ermita, lo que el padre José llama el período de purificación, y luego él o maese Felipe los llevan al puerto más cercano. Les dan dinero, un salvoconducto, una muda, algo de comida, y se embarcan —Se encogió de hombros y agregó—: Parecen bastante honrados. Lo comparten todo, y lo que ganan lo ponen en la caja de la comunidad.

Cecilia sonrió a Ranulfo, y el criado captó la lascivia de la mirada de la priora.

«Una mujer apasionada», pensó, y sonrió para sus adentros; quizá no estaría mal hacerle una visita a la buena canonesa. «Soy bribón de nacimiento, y sé distinguir a un bribón», solía jactarse Ranulfo ante Maltote. Pues bien, esta noche había distinguido a unos cuantos, y mientras sostenía la mirada de la priora, Ranulfo se preguntó fugazmente qué pensaría el viejo maese Cara Larga de todo aquello.

—Y las mujeres, ¿también viajan al extranjero? —preguntó Corbett.

—¿Por qué no iban a hacerlo? —dijo el padre Agustín—. ¿Qué futuro tiene una joven en una aldea de campesinos? ¿Trabajar como una mula, y casarse con algún patán? ¿Acabar medio muerta de tanto parir antes de cumplir veinte años? Y los muchachos no lo tienen mucho mejor. O se convierten en esclavos del arado, o los envían a Escocia, a las guerras del rey.

—A mí no me gustan —interpuso Adam Catchpole. Colocó cuidadosamente sus gruesos y musculosos brazos sobre la mesa—. No me gusta Felipe Nettler ni ese santo maese José. ¡Son unos sinvergüenzas perezosos! Yo provengo de una aldea parecida a esta —De pronto su ronca voz subió de tono—. ¡He visto otros movimientos como este! Dicen a los tontos que Jerusalén está a la vuelta de la esquina o en lo alto de la colina más cercana. ¡Pero no es así! —Miró a Corbett y añadió—: Y vos lo sabéis, ¿verdad, *sir* Hugo? De no ser así, ni vos ni maese Monck estaríais aquí.

—Sí, en cierto modo —replicó Corbett con calma. Hizo una pausa mientras un criado le llenaba la copa—. Los *pastoreaux* —prosiguió— surgieron en Francia. El nombre significa «pastores». Los organizó hace unos cincuenta años un monje renegado llamado Jacobo, que adoptó el extraño título de Maestro de Hungría — Corbett bebió un sorbo de vino—. Según mis informes, Jacobo aseguraba haber recibido órdenes, en una visión, de organizar a los pobres, como los pastores de Belén, y enviarlos a Tierra Santa para aguardar el regreso de Cristo. Desgraciadamente, atrajo a toda la chusma de la sociedad: clérigos apóstatas, prostitutas, ladrones, asesinos y fugitivos. Jacobo los dividió en compañías y, en lugar de marchar hacia Jerusalén, empezaron a vivir de la tierra como mercenarios. A algunos que se opusieron a ellos se los sacaron de encima, y a otros, sobre todo clérigos, los apuñalaron o los ahogaron en los ríos. Esos *pastoreaux* atacaban a los judíos, y, con los años, decidieron que su principal misión era hacer desaparecer a todos los clérigos (sacerdotes, obispos, hasta al papa), y fundar una nueva Iglesia. Después el movimiento se extendió más allá del Rin, hasta Inglaterra. Todos los grupos de *pastoreaux* son diferentes. Algunos son violentos. Otros, como el grupo de la ermita, son pacíficos: llevan una vida sencilla y no atacan a nadie. Sin embargo — Corbett miró al padre Agustín—, el rey está preocupado. No quiere perseguir a gente inocente, pero un grupo parecido de *pastoreaux* de Shoreham, en Sussex, organizó una reyerta en la que resultó muerto un funcionario real —Se encogió de hombros y concluyó—: De ahí nuestra llegada a Hunstanton.

—Sigo pensando que los que hay en la ermita son unos alborotadores —intervino Catchpole—. Han pasado demasiadas cosas extrañas en la región desde que llegaron ellos.

—¿Como qué? —preguntó Ranulfo fingiendo inocencia, y le dio un codazo a Maltote, que había bebido tanto vino que se estaba quedando dormido.

Catchpole también estaba borracho; tenía el adusto rostro sonrosado y golpeaba suavemente la mesa con el puño.

—¿Voy a tener que hablar por todos? —dijo. Alzó una mano con el pulgar hacia arriba y dijo—: Han robado tumbas, ¿no es así, padre Agustín?

El sacerdote asintió solemnemente.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó Corbett.

—Varias tumbas de nuestro cementerio han sido profanadas —contestó el

sacerdote—. Han desenterrado ataúdes que llevaban años enterrados, los han abierto, y han esparcido su contenido como despojos por el patio de un carnicero. ¡Dios sabe quién ha sido! Quizá las brujas, los señores de las Encrucijadas, los Maestros del Sábato o como se llamen. *Sir* Simon y yo hemos organizado guardias, pero no hemos logrado atrapar a los culpables —el padre Agustín suspiró profundamente—. He advertido a mis feligreses que si damos con los blasfemos que se han atrevido a abrir las tumbas, los excomulgaré.

—También ha habido otros sucesos —intervino Catchpole—. He visto barcos acercarse a la costa por la noche, y linternas parpadeando. Hacían señales a alguien, pero solo Dios sabe a quién.

—¿Creéis que los *pastoreaux* tienen algo que ver con eso? —preguntó Selditch.

—En otoño —continuó Catchpole, ignorando la pregunta—, cuando las noches eran benignas, me iba a los promontorios. Desde allí veía los barcos, o mejor dicho sus luces, pero nunca pude ver una señal de respuesta desde tierra.

—Pero los *pastoreaux* nunca salen de su recinto por la noche —terció el padre Agustín—. Esos son contrabandistas —Sonrió a Gurney, disculpándose—. No quisiera ofenderos, *sir* Simon, pero la costa está llena de contrabandistas. Llegan barcos de Boston, Bishop's Lynn, Ipswich y Yarmouth. Hay un comercio muy intenso. Sin embargo, maese Catchpole tiene razón. Aquí están pasando cosas extrañas —miró furtivamente a la priora—, como la muerte de un miembro de vuestra comunidad, dama Cecilia.

La priora frunció los labios y bajó la vista, como si no quisiera hablar de aquel asunto.

—¿Una de vuestras hermanas? —preguntó Corbett.

—Sí —contestó Monck maliciosamente—. Resulta que la hermana Inés, tesorera del convento, solía dar paseos por la noche por el acantilado. Al parecer resbaló y encontró la muerte al caer a las rocas.

—Y por supuesto —intervino Selditch—, están los asesinatos —el rubor de su rostro y el destello de sus ojos ponían en evidencia que se estaba deleitando con aquella letanía de desastres. Quizá tuviera algo más que decir, pero en ese momento el mayordomo hizo sonar su cuerno de plata y los criados llevaron a la mesa manzanas asadas con azúcar moreno, aderezadas con canela y cubiertas con una gruesa y rica nata, y bandejas de dulces, confites y mazapanes. Mientras el resto de los invitados de Gurney charlaban entre ellos, Ranulfo le dio un codazo a su amo.

—Menudo potaje —susurró—. Quién iba a decir, amo, que un grupo de notables como estos tendrían tantas cosas que esconder.

La madre Cecilia aguzó el oído para oír su conversación, así que Corbett se limitó a sacudir la cabeza. «Pero no me sorprende —pensó mirando hacia el otro extremo de la mesa—. Donde haya riqueza, poder y corazones humanos siempre encontrarás todo tipo de crímenes, fechorías y asuntos sórdidos». En la corte del rey, las esposas de alta cuna se vendían a cambio de favores, y los clérigos de alto rango ocultaban en

sus nidos de amor a dulces jovencitas o a algún muchacho de rostro tierno con manos suaves y rollizas nalgas.

Finalmente los criados se retiraron. Gurney intentó desviar la conversación preguntando a Corbett acerca del avance de la guerra en Escocia, pero Selditch, ebrio y malicioso, volvió a llevar la conversación al terreno de los recientes asesinatos.

—El asesinato de la esposa del panadero —dijo con tono desafiante— es un misterio que os pondrá a prueba incluso a vos, *sir* Hugo.

—Informaré a *sir* Hugo de esa muerte y de las otras cuando lo crea oportuno —le previno Lavinius Monck.

—¡Bah! —dijo Selditch—. Es un misterio macabro. Una buena esposa, una mujer hermosa, de cabellera rubia y pechos generosos, con anchas caderas y boca de ángel. Sale de su casa al anochecer, dejando solo a su marido, ensilla el único caballo que tienen y cabalga por el promontorio. A la mañana siguiente encuentran su cadáver colgado del viejo cadalso.

—¡Basta, Giles! —ordenó Alice.

—¡No! —exclamó Selditch levantando la mano—. Lo misterioso, *sir* Hugo, es que, pese a que debajo del cadalso el suelo estaba húmedo y fangoso, no encontraron más huellas de cascos que las del caballo de la mujer. Y unos aldeanos la vieron regresar a caballo a la aldea, aunque solo el caballo llegó hasta la casa del panadero.

—¿Es eso cierto? —preguntó Corbett.

—Sí, sí —dijo Monck—. Los indicios parecen indicar que la esposa del panadero fue al cadalso y se colgó ella sola, y luego, no sabemos cómo, regresó a caballo hasta el pueblo.

—Y luego está la muerte de vuestro criado —añadió el médico astutamente.

—Ah, sí. Pobre Cerdic —Monck sonrió amargamente—. Se marchó de aquí a última hora de la tarde. A la mañana siguiente encontraron su cuerpo decapitado en la playa, y su cabeza clavada en un palo. Tampoco en este caso había huellas de pies ni de cascos, ni señales de violencia.

—¡Basta ya! —Gurney golpeó la mesa y miró con severidad a Selditch—. Hugo, ¿dejasteis al rey en Swaffham?

—Sí. Y la corte iba a trasladarse al santuario de la virgen de Walsingham.

—¿Y después?

—El rey podría quedarse en esa región o seguir viajando hasta Norwich o Lincoln.

Corbett captó la suplicante mirada de Gurney y desvió la conversación de los asesinatos hacia los cotilleos de la corte. Sin embargo, Selditch no se daba por vencido fácilmente. Ranulfo cometió el error de hacer un comentario sobre los dedos manchados de tinta del médico. Selditch los sostuvo en alto, admirado.

—Ah, sí —dijo—. Tengo más de erudito que de médico. No persigo tanto el dinero como el conocimiento —se pavoneó. Sonrió tímidamente a Corbett—. El rey debería andarse con cuidado por estas regiones —dijo.

Monck exhaló un suspiro de exasperación.

—¿Por qué lo decís? —preguntó Corbett.

—¿No conocéis vuestra propia historia, *sir* Hugo? El abuelo del rey, Juan, atravesó estas tierras con su ejército. Huía de sus barones con su tesoro cargado en una recua de caballos de carga. Intentó atajar por el Wash, cerca del río Nene, pero la marea subió repentinamente. El rey y sus lores escaparon, pero el tesoro se perdió, junto con los guardias y todos los caballos de carga.

Corbett sonrió. Comprendía, por la expresión de los rostros del resto de los invitados, que los alardes de conocimiento de Selditch eran una constante fuente de fastidio.

Terminaron de comer. La madre Cecilia se disculpó y dijo que tenía que regresar al convento, y Gurney le ofreció una escolta de criados. El padre Agustín aceptó la invitación a pasar la noche en la mansión. Alice se retiró con los agradecimientos y los aplausos de sus invitados resonando en sus oídos. Gurney acompañó a la madre Cecilia fuera de la casa. El resto apartaron las sillas de la mesa, aceptando el ofrecimiento de los criados para llenarles las copas. Corbett susurró a Ranulfo que llevara a Maltote, que se había quedado dormido, a su cámara. Cuando se marcharon, Monck sonrió amargamente a Corbett.

—Me encantaría saber qué pensáis, *sir* Hugo. ¿O preferís que lo adivine?

Corbett miró al padre Agustín, y luego a Selditch, que estaba sentado y agarrado a su copa, como un duende jovial y regordete.

—Decídmelo —murmuró Corbett.

—Un lío considerable —replicó Monck.

—¿Por qué mataron a vuestro criado? —preguntó Corbett sin andarse por las ramas.

—No lo sé —respondió Monck—. Pero yo culpo a los *pastoreaux*. Cerdic no era un hombre muy hablador, pero le encantaban los cotilleos. Una de las cosas que he descubierto es que fue al convento a visitar a las buenas hermanas. La dama Cecilia dice que fue solo una visita de cortesía, y que Cerdic se marchó poco antes del anochecer. Lo que no sé es adónde fue después, ni cómo se explica que su cadáver decapitado apareciera en la playa.

—¿Qué pasó con su caballo? —preguntó Corbett.

—¡Solo Dios lo sabe! No lo encontramos. Pero el padre Agustín tiene razón. Esta región es un nido de ladrones, contrabandistas, traficantes de caballos y estafadores. Quizá deberíamos recomendar al rey que enviara a sus jueces para que levantaran unas cuantas piedras y acabaran con todos los bichos que asomaran.

—¿Verdaderamente lo creéis necesario? —intervino Selditch—. *Sir* Simon es un súbdito leal a la corona. Él mantiene la paz del rey en sus tierras, pero no se le puede hacer responsable de sus ocupantes, y menos aún de los *pastoreaux*.

—Él les permitió instalarse aquí —replicó Monck.

—Y los *pastoreaux* no han hecho nada malo —dijo Selditch.

—¿Cómo se llamaba la esposa del panadero? —intervino Corbett oportunamente.

—Amelia Fourbour. Ahora yace enterrada en nuestro cementerio, aunque no sé si la dejarán descansar en paz.

—¿Visteis vos el cuerpo? —preguntó Corbett a Selditch.

—Sí, lo vi. Murió ahorcada.

—¿No había señales de otro tipo de violencia?

—¿Como qué?

—¿La habían golpeado en la cabeza? ¿La habían maniatado?

—No —Selditch esbozó una triste sonrisa—. La llevaron a la casa mortuoria y yo la examiné. Algunos aldeanos creían que se había suicidado. Dijeron que habría que clavarle una estaca en el corazón y enterrarla bajo el cadalso.

—Duras palabras para una pobre mujer —observó Corbett.

—Amelia no había nacido en el pueblo, era guapa y tenía sus aires y su garbo. Y decidme, *sir* Hugo, ¿conocéis a algún panadero que sea estimado por sus vecinos?

Corbett sonrió y se encogió de hombros.

—Fourbour no es una excepción —añadió Selditch—. La gente tiene que comprar sus productos. Como además tenía una esposa atractiva, no es de extrañar que no fuera el hombre más estimado de Hunstanton.

—¿Pudo ser un suicidio? —preguntó Corbett.

—Quizá. Examiné el cadáver de la mujer de la cabeza a los pies. Le examiné la parte trasera de la cabeza, pero no encontré ninguna contusión. Y tampoco encontré señales de narcóticos ni de veneno.

—Pero pese a todo, creéis que fue un asesinato.

—No estoy seguro, desde luego —dijo Selditch—. Pero ¿por qué iba a colgarse una joven hermosa? El padre Agustín formuló la misma pregunta a sus feligreses y, afortunadamente, ahora Amelia yace enterrada en el camposanto.

—Sin embargo —interrumpió Monck—, no había nadie más en el cadalso. No se encontraron señales de violencia, ni huellas de cascos de otro caballo, ni de botas.

Selditch se revolvió en su asiento y dijo:

—Eso es cierto. Pero si fue un suicidio, ¿por qué iba alguien a llevar el caballo hasta los lindes del pueblo, montando a lo amazona, fingiendo ser la pobre Amelia?

—¿Creéis que fue el asesino el que devolvió el caballo? —preguntó Corbett.

—Sí, así es.

El médico entornó los ojos y Corbett comprendió que, pese a su brusco talante, Giles Selditch era un hombre astuto que no se dejaba influenciar fácilmente por las opiniones de los demás.

—¿Quién vio regresar el caballo? —preguntó Corbett.

—Dos aldeanos. Reconocieron el caballo del panadero. El jinete montaba a lo amazona. Estaba oscuro, por supuesto, y los aldeanos se apartaron y bajaron la mirada, porque, como ya he dicho, ni el panadero ni su esposa eran muy estimados en el pueblo.

—¿Dónde lo vieron? —preguntó Corbett.

—En el sendero de las afueras de Hunstanton. Pero, antes de que lo preguntéis —continuó Selditch—, cuando el caballo entró en el pueblo, el misterioso jinete había desaparecido. Por eso creemos que fue un asesinato —Selditch sonrió al sacerdote—. Os agradezco vuestro apoyo, padre. De no ser por usted, esos ignorantes habrían profanado aún más el cadáver de esa pobre mujer.

—No seáis tan severo —dijo el sacerdote—. Hunstanton es un lugar aislado, y sus habitantes se ven continuamente. Lo que ocurre en una casa no tarda en saberse en la otra. Pero son gente muy cerrada y reservada. Yo llevo aquí... casi dos años, y todavía no me han aceptado del todo.

—Entonces, ¿no sois de estas tierras, padre?

—No, no. Nací y me crié en Bishop's Lynn —el sacerdote esbozó una amarga sonrisa y añadió—: Su Ilustrísima el obispo de Norwich me envió aquí por mis pecados. Y ahora, tengo que retirarme...

Monck se levantó. Se desperezó hasta que le crujieron los músculos y bostezó ruidosamente. El padre Agustín también se puso en pie. Corbett, cansado, se despidió de ambos y subió a su cámara. Ranulfo y Maltote estaban acostados y roncaban como benditos. Corbett los tapó con una manta y se acercó a la ventana. Se quedó mirando la fría y nebulosa noche.

—Extraños asesinatos —murmuró—. Gente con secretos —recordó los dedos manchados de tinta del médico—. Tengo que hablar con Selditch. Por lo visto él conoce los secretos de esta región.

Se desvistió apresuradamente y se metió en su cama. Se tapó con las mantas hasta la nariz, porque pese a los chisporroteantes braseros de carbón, la cámara estaba fría. Antes de conciliar el sueño pensó que lo que había llevado a Monck hasta Hunstanton tenía que ser algo más que una simple investigación sobre los *pastoreaux*.

Capítulo III

A Corbett lo despertó temprano el tañido de la campana de la mansión, que despertó también a los criados, pues era la señal para que se reemprendiera la vida cotidiana en la mansión. Corbett se levantó y se echó una manta sobre los hombros cuando un criado llamó a la puerta y entró con unos humeantes jarros de cerámica de agua caliente para llenar las jofainas, con lienzos y paños limpios. Cuando el criado se hubo marchado, Corbett despertó a Maltote y a Ranulfo y se afeitó y se lavó rápidamente. Luego rompió los sellos de su valija y dispuso sus instrumentos de escritura sobre la mesa. Como a sus dos compañeros les costaba levantarse, Corbett abrió los postigos de la ventana y el pequeño panel que había en el cristal. El frío aire matutino entró en la cámara. Ranulfo y Maltote se levantaron trabajosamente de la cama, maldiciendo y mascullando. Corbett, sin embargo, no les prestó atención y miró por la ventana. Todavía había niebla.

Corbett se sentía más cómodo y tranquilo que la noche anterior. Acabó de vestirse; se puso unas calzas gruesas de lana y un jubón marrón de sarga encima de la camisa, atado en el cuello y los puños. Se calzó unas botas de montar españolas de piel, cogió su capote y un par de guantes forrados. Recordó los misterios de la noche anterior y se ciñó el talabarte, y dijo a Ranulfo y a Maltote que hicieran otro tanto.

—¡Daos prisa! —gritó—. ¡Hemos de salir temprano!

Ignoró las protestas de Ranulfo y salió a la galería, donde un criado lo acompañó a la capilla de la mansión, una pequeña estancia encalada y con vigas negras, con un sencillo altar debajo de la ventana. El padre Agustín ya había empezado a decir la misa. Gurney estaba en la capilla, con su amigo Catchpole. Después bajaron a la sala, más fría y no tan acogedora como la noche anterior. Allí se les unieron otros, entre ellos Ranulfo y Maltote, todavía adormilados y mirando con resentimiento a su amo. Alice todavía no se había levantado, pero Selditch bajó charlando con la misma jovialidad que la noche anterior. Los criados les llevaron cerveza, pan recién cocido y tiras de carne cubiertas de una gruesa capa de malta. Corbett instó a Ranulfo y a Maltote a desayunar deprisa.

—Os llevaré a la ermita —se ofreció Gurney.

Monck insistió en ir con ellos, aunque Gurney arguyó que la presencia de Catchpole ya les proporcionaría suficiente protección.

El médico y el sacerdote también querían acompañarlos, «por si acaso», dijo Selditch, y miró rápidamente a Gurney.

Corbett los observó atentamente. Ambos le parecían bastante amables, pero un poco más cautelosos que la noche pasada, y se preguntó qué era lo que escondían. Monck seguía tan taciturno como siempre; se golpeaba el muslo con los guantes de piel, impaciente por ponerse en camino. Un mozo anunció que sus caballos estaban preparados; se pusieron las capas y salieron al patio. El sol, sorprendentemente intenso para ser noviembre, empezaba a deshacer la niebla. Corbett miró por encima

del hombro hacia la vieja mansión, con su planta baja revestida de piedra y los pisos superiores con entramado de madera.

—¿Cuántos años tiene Mortlake? —preguntó.

—Data de antes de los tiempos de los conquistadores —contestó Gurney—, pero mi bisabuelo derribó la casa sajona y la reconstruyó utilizando la mejor piedra y la mejor madera de roble.

Corbett contempló el edificio con admiración. Mortlake Manor era un edificio largo y rectangular, bien defendido por un muro detrás del cual había un pequeño grupo de graneros, establos y herrerías.

—¿Y las tierras? —preguntó.

—Se extienden hasta donde podríais llegar cabalgando —dijo Gurney con una sonrisa—, pero el suelo tiene sal, aunque más hacia el interior produce buenas cosechas. Sin embargo, lo que nos hace ricos son las ovejas. Pero ¡venid!

Los demás ya habían montado en sus caballos. Ranulfo y Maltote intentaban disimular la sonrisa viendo cómo ayudaban al rollizo médico a subir a su montura, y al padre Agustín, que parecía muy incómodo en su triste jamelgo. Corbett y Gurney montaron también. Los criados abrieron las puertas, y el grupo salió de la mansión siguiendo el sendero y atravesó los páramos. Corbett distinguió el estruendo de las olas a lo lejos. De vez en cuando algún conejo, asustado por el ruido de los cascos, salía corriendo de los tojos; las ovejas, rollizas y con la cola gruesa, se dispersaban, balando, ante los caballos. La niebla todavía era densa y Gurney gritó a los integrantes del grupo que no se separaran. En una ocasión tuvieron que detenerse y esperar a que Gurney los guiara para rodear un pequeño pantano bordeado de maleza.

—Esta región es peligrosa —dijo desde lo hondo de su capucha—. Hugo, tened cuidado. Intentad seguir los senderos. Y cuidado con la playa. Las mareas son imprevisibles. A veces llegan lentamente, como la noche, y otras lo hacen bruscamente sorprendiendo a los desprevenidos.

—Eso es lo que yo quería decir anoche —terció Selditch—. Toda la costa del Wash es traicionera. Las repentinas subidas de la marea pueden convertir un inofensivo arroyo en un caudaloso río, como comprobó el rey Juan, para su desgracia.

—¿No recuperaron el oro? —preguntó Ranulfo, intrigado por la posibilidad de que hubiera un tesoro real enterrado por allí, esperando que alguien lo descubriera.

—Se cuentan muchas leyendas —dijo Selditch—. Según algunas, bajo las tierras de *sir* Simon yace una fortuna a la espera de que alguien la recoja.

Se calló cuando salieron del pantano y Gurney les instó a seguir adelante. Corbett se dio cuenta de que Gurney los llevaba hacia el interior, por un camino bien marcado; viajaban hacia el sur, con la costa a su izquierda. Acercó su caballo al de Gurney.

—¿Qué es la ermita? —preguntó.

—En realidad es una vieja granja, una casita aislada. Las tierras que la rodean son bastante pobres. Quedó abandonada cuando vivía mi padre. A veces la utilizaban los

pastores y las gentes de los caminos, los frailes viajeros, cualquiera que necesitara cobijo.

—Y ¿por qué se la disteis a los *pastoreaux*?

Gurney se quitó la capucha y se secó el sudor de la frente.

—¿Por qué no? Parecen temerosos de Dios y no perjudican a nadie —Sonrió y añadió—: No, no me confundáis con un santo, Hugo. A cambio ellos trabajan en mis granjas sin cobrar —Señaló hacia la niebla, que empezaba a dispersarse—. Mirad aquella luz. Ya casi hemos llegado.

Gurney puso el caballo al galope. La niebla, como si los estuviera esperando, se dispersó de pronto y la ermita apareció ante ellos. Sin embargo, cuando Gurney se detuvo lo único que Corbett alcanzó a ver fue un alto muro, una recia verja de roble y, por encima, un tejado de tejas y el techo de paja de otros edificios.

—¿Quién va? —preguntó una voz.

Corbett entornó los ojos y vio a un hombre de pie sobre uno de los pilares de la verja. El hombre golpeó una yesca y encendió una antorcha.

—¿Quién va? —repitió la voz.

Gurney hizo señas a sus acompañantes para que se quedaran quietos e hizo avanzar a su caballo.

—¡*Sir* Simon Gurney —gritó levantándose sobre los estribos—, con el emisario del rey, *sir* Hugo Corbett!

—¡Esperad! —gritó la voz.

La figura bajó la antorcha y desapareció. Corbett hizo avanzar a su caballo.

—Pero *sir* Simon, dijisteis que estas tierras eran vuestras.

Gurney se encogió de hombros.

—Sí —dijo—, pero les di a los *pastoreaux* los mismos derechos que a cualquier otra casa religiosa. No podéis entrar a vuestro antojo. No olvidéis, *sir* Hugo, que el campo está infestado de fugitivos y de proscritos dispuestos a llevarse cualquier cosa: comida, bebida, y por supuesto a cualquier mujer de menos de sesenta años.

Cesó de hablar al abrirse las verjas. Dos hombres salieron y se acercaron al grupo de jinetes. Corbett los miró con curiosidad.

—El más anciano —susurró Gurney— es maese José. El otro es Felipe Nettler, el abad y el prior, por así decirlo, de la casa.

Los dos hombres se les acercaron. Maese José tenía unos cincuenta años, era bastante bajo, con el rostro bronceado y unos ojos azul claro que se rodearon de arrugas cuando sonrió a Gurney y saludó a Corbett con una inclinación de cabeza. Una mirada penetrante, pensó Corbett; parecía un jefe militar y no un clérigo. Felipe Nettler, el más joven de los dos, tenía el cabello negro y desgreñado, la cara estrecha y delgada, gruesos párpados y labios finos. Parecía más desconfiado, y sus ojos fueron de Corbett a Monck, que sentado en su caballo parecía la imagen de la muerte.

Maese José sonrió a Gurney y dijo:

—Buenos días tengáis, *sir* Simon.

—Este es el emisario del rey, *sir* Hugo Corbett —dijo Gurney.

Maese José le tendió la mano a Corbett, y este se la estrechó. Era una mano suave y caliente.

—Os presento a maese Felipe.

Corbett le estrechó la mano a Felipe Nettler, pero esta vez sintió una ligera aprensión. Nettler evitó mirar a Corbett a los ojos.

—¿Emisario del rey, *sir* Hugo? —dijo maese José expresando la preocupación de su compañero—. ¿Qué habéis venido a hacer aquí? Espero que no os propongáis entrometeros ni echarnos de este lugar.

Corbett sonrió y sacudió la cabeza.

—Maese José, vos habéis sido franco, y yo también lo seré con vos. A los obispos les preocupan todas las comunidades nuevas y han expresado sus inquietudes al rey. Al rey le interesa saber —dijo Corbett eligiendo cuidadosamente las palabras— qué es lo que hacéis, aunque actualmente está más intrigado por las muertes que se han producido recientemente en esta región.

—Sí, ya me lo imaginaba —De pronto, la voz de maese José delató un acento rústico.

—Nosotros no tenemos nada que ver con los asesinatos —intervino Nettler con una voz aguda y un tanto irritada—. *Sir* Simon sabe muy bien que no nos metemos con nadie.

De pronto Monck hizo avanzar a su caballo.

—¿Vamos a quedarnos aquí muriéndonos de frío? —preguntó.

—*Sir* Simon —dijo maese José—, vos nos disteis la ermita y vuestra solemne palabra de que, mientras viviéramos aquí en paz, teníamos derecho a decidir quién entraba y quién salía de nuestra casa. Somos una comunidad enclaustrada. No podemos permitir la entrada a nadie sin un permiso especial.

Miró fijamente a los otros acompañantes de Gurney. Corbett detectó cierta preocupación en los ojos del jefe de los *pastoreaux* cuando este vio a Ranulfo.

Maese José, como si hubiera cambiado de opinión, dio un paso atrás.

—*Sir* Simon, sois bienvenido, como siempre. Igual que *sir* Hugo Corbett y maese Monck. Espero que los demás no tengan inconveniente en esperar fuera.

Gurney expresó su aprobación y, junto con Corbett y Monck, siguió adelante, dejando a Ranulfo y a Maltote hablando con el ofendido padre Agustín y el fastidiado Selditch. Al llegar a la verja los tres desmontaron y siguieron a maese José y a Nettler hasta el espacioso recinto. Corbett miró alrededor. Parecía una granja normal y corriente. Había una casa baja, de un solo piso, rodeada de varias dependencias. Dos perros dormían junto a la entrada de un pequeño granero, cerca de un pozo, y unas cuantas gallinas flacuchas picoteaban entre los gujarros. Vio una pequeña pocilga y, a uno de los lados de la granja, un pequeño montecillo de hierba que seguramente servía como madriguera a los conejos. Maese José miró hacia donde miraba Corbett.

—Somos muy autosuficientes —explicó—. Tenemos mucha agua, tenemos carne

fresca, y cultivamos nuestras propias hierbas. Sir Simon nos paga en efectivo o en especias por nuestro trabajo. Y las hermanas de la Santa Cruz son generosas con nosotros, al igual que algunos de los granjeros más prósperos.

Corbett miró alrededor. La granja parecía pobre, pero bien cuidada; al parecer los *pastoreaux* habían trabajado mucho para construirse su refugio.

—Está muy tranquilo —dijo.

Entonces oyó el débil sonido de cantos y Nettler señaló hacia la granja.

—La comunidad está rezando.

—En ese caso —dijo Monck con mordacidad— quizá deberíais haber permitido entrar al padre Agustín.

—Las normas de la comunidad son muy estrictas —dijo maese José—. No se permite la entrada de más de tres visitantes de una vez. El padre Agustín lo entenderá.

Corbett recordó la amarga mirada del sacerdote y pensó lo contrario.

—¿Rezáis con frecuencia? —preguntó mientras golpeaba el suelo con los pies y se preguntaba si los *pastoreaux* los dejarían entrar para protegerse del frío.

—Nuestras reglas son exigentes, pero no con exceso —respondió maese José.

Corbett lo miró; estaba convencido de haber detectado una nota de sarcasmo en su voz.

—Lo que hacemos —se apresuró a explicar maese José —es levantarnos, rezar, estudiar, trabajar un poco y volver para las oraciones comunitarias y la cena.

—Y ¿nunca salen de aquí? —preguntó Monck.

—Solo cuando tenemos que ir a Bishop's Lynn —esta vez fue Felipe Nettler el que respondió—. El padre José y yo vamos allí de vez en cuando, cuando necesitamos provisiones y cuando termina un período de purificación.

—¿Purificación? —preguntó Monck con tono inocente, como si fuera la primera vez que oía aquella palabra.

—Somos los *pastoreaux* —dijo maese José con entusiasmo—, los buenos pastores de Cristo. Aceptamos a hombres y mujeres jóvenes de buena reputación y los instruimos según nuestras reglas —carraspeó y añadió—: Cuando están preparados los llevamos a un puerto, que en nuestro caso es el de Bishop's Lynn. Les buscamos pasaje al extranjero, hasta nuestra casa de Belén, donde Cristo volverá para reunirse con nosotros.

—¿De verdad lo creen? —preguntó Monck sin molestarse en disimular su sarcasmo.

—¿Vos no lo creéis? —preguntó maese José, sorprendido. ¿No aceptáis, maese Monck, las enseñanzas de la Iglesia, según las cuales Cristo volverá a la tierra?

Monck comprendió que le estaban tendiendo una trampa teológica, y se contuvo.

—Lo encuentro un poco extraño —murmuró.

—Yo he estado allí —dijo José—. Y Felipe también. El Señor no tardará en llegar.

Monck volvió a atacar.

—¡Pero en Francia, y en el Rin, los *pastoreaux* son unos impíos!

Maese José abrió las manos y dijo:

—¿Acaso se nos puede culpar a nosotros de eso? Sin duda algunos de vuestros sacerdotes no son como deberían ser —bajó la voz hasta reducirla a un débil susurro—. Hasta se dice que no todos los frailes, monjes, obispos, incluso papas, son lo que deberían ser.

Felipe Nettler, que se había ocupado de trabar los caballos, regresó ahora, limpiándose las manos en su hábito marrón de fustán. Miró fijamente a Gurney.

—*Sir* Simon, ¿alguna vez hemos hecho algo malo? Nosotros no conocíamos al criado de maese Monck, cruelmente asesinado, ni a la pobre esposa del panadero. Casi nunca bajamos al pueblo. No causamos problemas —frunció los labios y añadió—: Pero ahora tenemos nuestros propios problemas.

—¿Qué problemas? —preguntó Corbett.

—Una de nuestras hermanas ha desaparecido. Marina.

Gurney, preocupado, miró a maese José.

—¿Os referís a Marina, la hija del curtidor?

—Sí, se marchó anoche porque quería visitar a su padre, Fulke. Todavía no ha regresado.

Maese José vio que Corbett se frotaba las manos para calentárselas.

—¡Pasad! ¡Pasad! —les instó.

Los guio por el patio hasta la granja. La cocina era una estancia alargada de techo bajo. Un pequeño fuego ardía en la enorme chimenea; junto a ella había un horno, donde se estaba cociendo el pan, que impregnaba el aire de un olor húmedo y dulzón. La estancia estaba limpia, pero amueblada con mucha sencillez: unos cuantos armarios, estantes con cazos y cazuelas, y una larga mesa de caballete rodeada de taburetes. Maese José ofreció vino o cerveza, pero Corbett los rechazó. Se reunieron alrededor de la chimenea, se quitaron los guantes y se calentaron los dedos. Se abrió la puerta que había al fondo de la estancia y entró el resto de la comunidad. Corbett los observó con interés. Eran dieciséis —diez hombres y seis mujeres—, todos jóvenes. Parecían bastante contentos. Los hombres llevaban el pelo muy corto, y las mujeres recogido bajo unos sencillos griñones azules. Todos llevaban hábitos de color marrón, atados con un cordón en la cintura, encima de calzas o polainas y resistentes sandalias o botas de piel. Corbett se preguntó cómo podía mantenerse la disciplina con gente tan joven, pero desechó sus ideas por injustas. En Francia las comunidades mixtas como aquella eran corrientes, y las casas «dobles» de hombres y mujeres estaban permitidas en la orden que Gilberto de Sempringham había fundado en Inglaterra.

La comunidad se sentó a la mesa. Maese José la bendijo antes de que sirvieran la cerveza y el pan. Los *pastoreaux* charlaban en voz baja entre ellos, sin apenas prestar atención a los visitantes que los observaban.

—¿Son todos ellos lugareños? —susurró Corbett.

—Eso depende de lo que queráis decir con «lugareños» —replicó Nettler—. Hay cuatro del pueblo, y el resto son de más lejos.

Corbett estudió a los jóvenes. Conocía la vida de trabajo extenuante de la que habían escapado, y se preguntó qué pensarían de Tierra Santa después de la fría humedad de Inglaterra. También captó su preocupación y oyó cómo alguno susurraba el nombre de Marina. Gurney se acercó a la mesa e inició una conversación con un joven al que había reconocido. Nettler se le acercó, nervioso. De pronto maese José se enderezó como un perro de caza, aguzando el oído.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

La estancia quedó en silencio. Entonces Corbett también lo oyó: unos golpes en la puerta exterior y la voz de Ranulfo. Maese José salió apresuradamente. Nettler ordenó al resto de *pastoreaux* que se quedaran donde estaban. Corbett, Gurney y Monck siguieron a maese José. Atravesaron el patio a toda prisa. Maese José desatancó la puerta, y Ranulfo la abrió de un empujón.

—¡Amo! —gritó—. ¡Sir Simon!

—¿Qué ocurre, buen hombre? —preguntó Gurney.

—Uno de vuestros criados, un guardabosques, ha encontrado el cadáver de una muchacha. ¡La han asesinado!

—¡Que el Señor nos ampare! —Maese José palideció—. ¡Dios mío, no lo permitáis! ¡Maese Nettler, quedaos aquí!

Gurney ya se había dirigido hacia el padre Agustín y el médico, que estaban de pie junto a los caballos. Con ellos había un hombre vestido con un rudo jubón de piel marrón y polainas remetidas en unas altas botas de montar. Gurney se dirigió a él.

—¿Qué ha pasado, Tomás?

El hombre se volvió. Pese a tener la piel bronceada, estaba pálido, y tenía una mirada extraviada.

—Estaba en los páramos buscando trampas de cazadores furtivos. He encontrado el cadáver de una muchacha —el criado carraspeó y escupió—. ¡Será mejor que vayáis a verlo!

Echó a andar con paso largo, y maese José lo siguió. Los demás cogieron sus caballos y los siguieron. Recorrieron cerca de una milla por los páramos, y allí, en una pendiente del terreno, poco antes de llegar a un bosquecillo, yacía el cadáver de la joven. Tenía el hábito marrón subido hasta los pechos, las piernas extendidas, las calzas bajadas hasta los tobillos. El médico desmontó y se acercó al cadáver para examinarlo. Corbett fue con él.

—¡La han violado! —dijo Selditch en cuanto se arrodilló a su lado—. Mirad los cardenales que tiene en los muslos.

Corbett echó una ojeada, y luego se fijó en la delgada cuerda que la chica tenía atada al cuello. La soltó con el cuchillo. Acarició suavemente el largo y brillante cabello negro de la chica y se quedó mirando, apenado, su patético rostro, manchado y amoratado, y con un rastro de sangre seca en la comisura de la boca entreabierta. La

chica tenía los ojos muy abiertos, fijos en los tojos. Corbett miró por encima del hombro a maese José, que, pálido, contemplaba el cadáver.

—Es Marina, ¿verdad?

Maese José asintió.

—¡Que Dios se apiade de su alma! —susurró Corbett. Cerró los ojos de la chica y le bajó el largo hábito para cubrir su desnudez.

Ranulfo, que estaba de pie detrás de su amo, dijo con tristeza:

—Debía de ser muy hermosa.

—Sí —respondió Corbett—. Una muerte terrible para una preciosa muchacha. *Sir Simon*, hay que sacarla de aquí.

Gurney asintió. Ordenó a Tomás, el cazador, que se ocupara de los caballos, que al oler la muerte se habían puesto nerviosos, y se acercó y se arrodilló junto a la chica. Luego miró a Corbett.

—Tendría unos dieciséis veranos —murmuró—. Recuerdo su bautizo. Su padre, Fulke, enloquecerá de dolor.

El padre Agustín, a cuyo lamentable jamelgo le había costado seguir a los demás, llegó finalmente. Desmontó, examinó el cadáver y tragó saliva. Se quitó la capucha del hábito, se arrodilló y susurró la absolución al oído de la chica, haciendo la señal de la cruz. Se puso en pie y se secó las manos en el hábito.

—Tenemos que llevarla a su casa —dijo—. Maese José, ¿tenéis un carro?

El jefe de los *pastoreaux* asintió y se dirigió a toda prisa hacia la ermita. Corbett se reunió con Selditch, que estaba dando un generoso trago del odre de Gurney antes de pasárselo a Ranulfo.

—Decidme, maese médico —preguntó a Selditch ceremoniosamente—, ¿creéis que la chica ha sido violada y luego estrangulada?

Selditch bajó el odre y contestó:

—Sí, eso salta a la vista —su rostro se suavizó—. Lo siento —murmuró—. Pero esa muchacha era un ángel —miró a Gurney—. No estoy seguro de si la violaron y luego la asesinaron o si la estrangularon primero y luego la maltrataron brutalmente —se volvió y miró hacia los bosques envueltos en niebla, y luego de nuevo a Corbett—. No sé qué habéis venido a hacer aquí —dijo con tono monótono—, pero os pido que averigüéis la verdad. ¡Porque el diablo ronda por Hunstanton!

Corbett miró a Monck. El funcionario no había desmontado ni había intentado acercarse al cadáver de la chica. Estaba más pálido de lo normal, y Corbett vio que le temblaba un músculo en la mejilla. Se acercó a Monck y le tocó la mano, fría como un témpano.

—¿Lavinus?

Monck tenía la vista clavada en el cadáver.

—¡Lavinus! —susurró Corbett, y le dio un apretón en el brazo—. ¡Maese Monck!

Monck salió de su ensimismamiento y miró a Corbett, como si lo viera por

primera vez. Torció los labios en una mueca.

—¡Lárgate, cerdo! —susurró.

Corbett apartó la mano, retrocedió impresionado por la furia que ardía en los ojos de Monck y abrió las manos en un gesto de paz.

—¡Está muerta! —susurró Monck con voz ronca—. ¡Está muerta! ¡Y ni ese maldito sacerdote ni los malditos *pastoreaux* pueden hacer nada por ella! —tiró bruscamente de las riendas de su caballo y le clavó las espuelas; dio media vuelta y se marchó en dirección a la mansión.

—¡Amo! —gritó Ranulfo, que había acudido junto a Corbett—. ¿Qué pasa, amo? Corbett sacudió la cabeza y dijo:

—Nada. No pasa nada.

Entonces Corbett recordó las historias que había oído sobre Monck, los cuchicheos de los funcionarios de la cancillería, los cotilleos que circulaban por la corte...

—¡Ese hombre está loco! —murmuró Ranulfo.

—Quizá —contestó Corbett.

Maese José regresó con un burro enganchado a un sencillo carro de dos ruedas. Maltote y Ranulfo colocaron con cuidado el cadáver de la chica en el carro. Gurney envió al guardabosques al pueblo.

—Cuéntales lo que ha pasado —ordenó—. El padre Agustín llevará el cadáver a la iglesia.

La triste comitiva inició el camino de regreso, con el carro tambaleándose y botando por el sendero que llevaba a Hunstanton. Rodearon la mansión y, al cabo de un rato, entraron en el pueblo. La calle principal era ancha y estaba llena de baches. El carro traqueteaba, agitando el cadáver que yacía bajo la manta. Al entrar en Hunstanton, Corbett vio un grupo de gente. Las mujeres y los niños se agruparon primero, y luego llegaron los hombres corriendo desde los campos, con las túnicas y los pantalones manchados de un barro oscuro. Los niños pequeños, que llevaban las hondas con que espantaban a los cuervos que merodeaban por los campos, corrían detrás. Corbett contempló sus rostros sonrosados y curtidos, maltratados por el frío y salado viento. Sintió compasión al ver el miedo reflejado en sus caras. Los aldeanos se agruparon en silencio alrededor del carro y miraron con recelo a su señor. Gurney se quitó la capucha, sacudió la cabeza y desmontó. Levantó una mano, acallando los débiles gemidos y las maldiciones contenidas de la gente.

—Marina, que Dios la tenga en su gloria —anunció—, ha sido brutalmente asesinada en los páramos. ¡Juro por Dios y por el rey que encontraré y haré colgar a su asesino!

—¿Qué hacía la chica en los páramos? —gritó alguien.

La pregunta no obtuvo respuesta, porque un hombre grueso y achaparrado, seguido de su mujer con la angustia reflejada en el rostro, llegó corriendo y se abrió paso hasta el carro. Echó un vistazo al cadáver y se apartó apretándose el pecho con

los dedos clavados en el mandil de cuero que llevaba. Intentó impedir que su esposa viera lo que había visto él, pero la mujer logró soltarse de sus brazos y se quedó mirando el cadáver.

Luego se desplomó sobre los guijarros, junto al carro, con la boca abierta, y soltó el grito más desgarrador que Corbett jamás había oído.

—¡Mi niña! —gimió—. ¡No! ¡Mi Marina no!

Su cerrado acento de pueblo hizo que sus gritos resultaran todavía más patéticos. La mujer empezó a golpearse la cabeza contra la rueda del carro. Su marido intentó levantarla del suelo, pero ella volvió a librarse de él, y se le cayó la capucha que ocultaba su fino y canoso cabello. Se abalanzó sobre Gurney, agarrándose a su capa.

—¿Quién ha sido? —gritó—. ¿Quién ha podido hacerle una cosa así a mi hija?

Sus terribles sollozos silenciaron el clamor de los aldeanos. Gurney miró a su marido.

—¿Es Marina?

El hombre asintió, con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Quiero que se haga justicia, mi señor —dijo el hombre.

—La tendrás.

El hombre miró al sacerdote.

—¿La enterraréis, padre?

—Por supuesto, Fulke. La enterraré en el camposanto.

Fulke avanzó hacia donde estaba maese José, observando en silencio.

—Dijisteis que cuidaríais de ella —dijo amargamente.

Maese José no cedió, ignorando los murmullos de los que le rodeaban.

—Y así lo hice, Fulke. Pero anoche Marina se empeñó en volver al pueblo. Tenía que veros, o al menos eso fue lo que me dijo. Quizá quería visitar a otra persona.

—¿Dónde está Gilberto, el hijo de la bruja? —gritó alguien.

—No está aquí —dijo otro.

Corbett se inclinó hacia delante.

—¿Quién es Gilberto, padre Agustín?

—El novio de la chica. O al menos él estaba enamorado de ella. Un muchacho simplón, el hijo de un leñador. Su madre y él viven en las afueras del pueblo, más allá de la iglesia, en el camino hacia el promontorio. Es una mujer muy sabia. Sabe hacer curas, remedios y pociones —el padre Agustín bajó la voz y agregó—: Pero ya sabéis lo que pasa, *sir* Hugo. Dicen que practica la magia negra y que de noche vuela por los aires con otros demonios.

De pronto la muchedumbre se puso violenta. Gurney volvió a montar y pidió silencio. Luego dijo:

—¡No tenemos pruebas contra nadie!

—¿Quién puede haber sido sino él? —preguntó una voz.

Un grupito de aldeanos se había reunido alrededor de Fulke y su esposa. Un hombre bajito y barrigudo se separó de ellos. Tenía la cara llena de verrugas y un

marcado gesto de enojo. Avanzó contoneándose, pasándose los gruesos dedos por el fino y rubio cabello, y se plantó ante el caballo de Gurney.

—Ya conocéis nuestras costumbres, *sir* Simon, y las viejas usanzas. Yo, Robert Fitzosborne, representante de este pueblo, exijo que se forme un jurado y que se juzgue al asesino.

Así que aquel era el alcalde. Corbett observó al hombre con atención, recordando los comentarios que había oído la noche pasada. Se fijó en que las botas y el jubón de Fitzosborne eran de mejor calidad que los del resto de los aldeanos.

—Lo exigimos —gritó—. Es la tradición y la ley.

Los aldeanos expresaron a gritos su aprobación. Corbett buscó el puño de su espada bajo la capa y lanzó una mirada de advertencia a Ranulfo y a Maltote. Los aldeanos avanzaron. Corbett se volvió al oír ruido de cascos en el sendero y vio a Catchpole y a otros criados galopando hacia ellos. El amigo de Gurney había sido lo bastante astuto para prever lo que podía ocurrir: debajo de la capa llevaba una cota de mallas, y los cinco criados que lo acompañaban también iban bien armados.

Al verlos llegar, Robert Fitzosborne perdió parte de su arrogancia, aunque no se acobardó.

—*Sir* Simon, todos conocemos las costumbres del feudo —gritó con tono desafiante—. Uno de los habitantes de vuestras tierras ha sido brutalmente asesinado. Debéis hacer uso de vuestra autoridad.

Gurney se volvió hacia Corbett y esbozó una tímida sonrisa.

—Fitzosborne tiene razón —dijo—. Yo soy señor de horca y cuchillo. Pero vos sois el representante del rey. ¿Qué me aconsejáis?

Corbett miró a la multitud de campesinos apiñados alrededor del carro con su lamentable carga. Creía que las exigencias de Fitzosborne eran justas. Habían asesinado brutalmente a una joven. Además, si se formaba un jurado y él estaba presente, quizá descubriera más cosas sobre aquel misterioso lugar y los extraños asesinatos que se habían cometido. La niebla no era lo único que ocultaba aquel pueblo de los ojos de los hombres y también de los ojos de Dios. Miró a Gurney.

—¡Hay que formar un jurado! —declaró con firmeza.

Capítulo IV

Una hora más tarde el cadáver de Marina ya había llegado a la casa mortuoria, en las afueras del pueblo, y la nave de la iglesia, un edificio alargado y sólido, había sido convertida, según la costumbre, en un tribunal. Corbett estaba fuera, contemplando la torre de la iglesia, en cuya base se abría la puerta principal. Admiró las esculturas que había encima de la puerta y alrededor de las ventanas, con animales, flores y extrañas bestias esculpidas. Miró por encima del hombro y vio la casa del sacerdote, una amplia construcción con paredes de yeso y tejado de paja. Corbett se estremeció; aquel lugar estaba lleno de secretos. ¿Por qué se había convertido ahora el pueblo en el escenario de misterios y muertes violentas? Ranulfo, Maltote y él rodearon la iglesia y contemplaron los tojos, las malas hierbas y las zarzas.

—Qué sitio tan triste —comentó Ranulfo.

Corbett observó las maltrechas cruces de madera y las lápidas. Se preguntó qué sería lo que los ladrones de tumbas andaban buscando por allí, y regresó a la entrada de la iglesia. El padre Agustín volvió de la casa mortuoria, limpiándose las manos en el hábito, y el delgado rostro fruncido en un gesto de consternación. Corbett y sus acompañantes lo siguieron al interior de la iglesia. Levantaron la vista y admiraron el techo de madera, pintado con rombos de colores. Las paredes y los pilares de la nave también estaban pintados, con extraños y llamativos dibujos en zig zag o en sierra, y las temblorosas antorchas revelaban espléndidas escenas de la vida de Cristo pintadas en las paredes del crucero.

Ahora la iglesia estaba en silencio. Habían colocado una larga mesa de caballete en la nave. Había seis hombres sentados a cada lado de la mesa. Gurney se situó en un extremo, y se acomodó en la ornamentada silla del sagrario que habían trasladado de debajo de la reja que separaba el coro de la nave. En el otro extremo, el padre Agustín, que también ejercía las funciones de sacristán, había colocado pergamino, tintero y piedra pómez para registrar el proceso. Detrás de Gurney estaban, de pie, Catchpole, con expresión severa, Giles Selditch y maese José. Los aldeanos estaban sentados en el suelo, alrededor de la mesa. Gurney hizo señas a Corbett para que se acercara y le indicó una banqueta a su derecha.

—*Sir Hugo*, vos seréis mi testigo en el proceso.

Gurney se puso en pie y anunció ceremoniosamente que se iniciaba el proceso.

Corbett observaba fascinado. Había ejercido en varias ocasiones de juez o comisario real pero nunca había visto cómo se trataba un asunto tan grave en el tribunal de un feudo.

—La muerte que vamos a investigar —empezó Gurney— es la de Marina, hija de Fulke el curtidor, que ha sido bárbaramente asesinada en los páramos. La han violado y estrangulado —alzó las manos para acallar el clamor de los presentes— una o varias personas cuya identidad desconocemos. Pues bien —se apresuró a continuar

—, todos conocéis las costumbres y la usanza. En primer lugar, hay que dejar constancia de la muerte. En segundo lugar, suponiendo que obtengamos suficiente información, acusaremos al responsable de la muerte de la joven —entonces, elevando el tono de voz añadió—: En ese caso, esa persona, o personas, será apresada y tendrá un juicio justo ante sus vecinos en el próximo jurado.

Sus palabras elevaron un discreto coro de protestas. Gurney, nervioso, se secó las manos en el borde de su capa. Miró a las hileras de jurados sentadas a cada uno de los lados de la mesa, y dirigió una severa mirada a Robert, el alcalde.

—Todos vosotros habéis prestado juramento sobre el evangelio —señaló el grueso libro, que reposaba en la mesa—. Toda persona que quiera presentar su testimonio deberá jurar sobre el evangelio. Creo que no hace falta que os recuerde que el perjurio es pecado capital.

Las últimas palabras de Gurney resonaron como un toque de difuntos por la iglesia, recordando a sus feudatarios el peligro que suponía mentir en una ocasión tan importante como aquella.

Después se inició el interrogatorio. El guardabosques de Gurney prestó juramento y describió cómo había encontrado a la chica. A continuación habló Giles Selditch, que describió de forma gráfica las heridas de la chica. Corbett vio cómo el asco se dibujaba en las caras de los jurados y en la del resto de los aldeanos.

—¿Cuándo creéis que mataron a la chica? —preguntó Gurney.

El médico, de pie junto al extremo de la mesa, se encogió de hombros y dijo:

—Estaba fría, y cubierta de escarcha, así que debieron de matarla anoche.

—¿Qué hacía en los páramos? —preguntó un miembro del jurado.

Gurney le dijo al hombre que se callara.

A continuación llamaron a maese José.

—Marina era miembro de nuestra comunidad —empezó—. Nadie la obligó a unirse a nosotros —miró a su alrededor, agradeciendo con un movimiento de la cabeza el murmullo de asentimiento con que fueron acogidas sus palabras—. Nadie la obligó a quedarse en nuestra comunidad —levantó una mano y prosiguió—: Es más, el mismo hecho de que estuviera en los páramos demuestra que gozaba de libertad para moverse a su antojo.

—¿Por qué se marchó de la ermita? —preguntó Gurney.

Maese José lo miró y esperó a que la chirriante pluma del padre Agustín registrara la pregunta.

—Dijo —contestó finalmente— que quería ver a su padre. Yo me resistí a dejarla marchar, pero no tenía derecho ni motivos para impedir que lo hiciera. Sin embargo, entonces me dio la impresión de que Marina me estaba mintiendo, y que en realidad iba a reunirse con otra persona —miró por encima del hombro a Fulke el curtidor, que estaba agachado junto a la base de uno de los pilares, rodeando con el brazo a su sollozante esposa—. No sé con quién. Marina iba a dejarnos pronto. Había completado su purificación y teníamos pensado procurarle un pasaje al continente a

finales de mes. Habría llegado a Belén por Navidad.

Corbett le susurró algo a Gurney, que rápidamente dijo:

—A *sir* Hugo le gustaría formularos algunas preguntas.

Corbett se levantó.

—Maese José, mientras Marina estaba en la ermita, ¿intentó alguien de fuera de la comunidad hablar con ella?

—Sí, Gilberto, el hijo de la bruja.

—¿Se acercó Marina a la puerta para hablar con él?

—Sí, en dos ocasiones. Pero la última vez se negó a verlo.

—Y, ¿cómo reaccionó Gilberto a esa negativa?

—Con enfado. Creo que se sintió herido, pero se marchó pacíficamente.

—Maese José —dijo Corbett con una sonrisa en los labios. Era consciente de que los aldeanos lo observaban atentamente, dándose codazos unos a otros para atraer la atención hacia aquel hombre tan importante, el representante del rey, al que veían con una mezcla de admiración y miedo, y con la desconfianza que les inspiraban todos los forasteros—. Maese José, tengo que preguntaros una cosa. ¿Salió alguien más anoche de la ermita?

—No. Maese Nettler puede confirmar mi presencia allí, y yo la suya, y todos los otros miembros de la comunidad responderán por sus hermanos —maese José miró directamente a Gurney—. *Sir* Simon, llevamos más de un año en vuestro feudo, y como sabéis, cuando llegue la primavera nos iremos —sus palabras provocaron un hondo suspiro de desilusión por parte de los aldeanos—. Jamás hemos abusado de vuestra hospitalidad ni de la de este pueblo; ni una sola vez hemos mentido, ni nos hemos visto implicados en ningún asunto fraudulento. Hago esta afirmación ahora por si alguien quiere recusarla —hizo una pausa y echó un vistazo a la iglesia, que ahora estaba en silencio—. ¡Bien! —dijo, y añadió—: ¡Y tampoco miento ahora, palabra de honor!

Corbett asintió y se sentó. Maese José obtuvo permiso para retirarse y salió silenciosamente de la iglesia. Después llamaron a Fulke el curtidor. Fulke identificó el cadáver de su hija. Dijo que Marina estaba contenta en la ermita. Luego dijo al tribunal que de su cadáver faltaba un collar de cuentas de ámbar que le habían regalado él y su esposa.

—Siempre lo llevaba —dijo con tristeza—. Y ahora ha desaparecido, como su alma.

Los aldeanos aplaudieron cuando Fulke volvió a su sitio. Se llamó a otros testigos. Estos mencionaron a Gilberto varias veces, y explicaron que en la taberna del pueblo el joven había insultado a los *pastoreaux* por haberse llevado a Marina; dijeron que la echaba de menos y que, en una ocasión que todos recordaban, afirmó con decisión que Marina nunca se iría de Hunstanton.

Corbett vio cómo la inquietud de Gurney iba en aumento a medida que otros testigos empezaban a insinuar que Gunhilda, la madre de Gilberto, a la que ahora

nadie dudaba en describir como una bruja, había intentado ayudar a su hijo. Quizá también había sido ella la blasfema que robó las tumbas del cementerio del pueblo.

—¡Todos sabemos —dijo un aldeano de voz aflautada —que los hechiceros y las brujas utilizan cráneos y huesos de muertos!

Después llamaron al padre Agustín.

—Yo no puedo decir —contestó el sacerdote— si Gunhilda o su hijo son los responsables de la profanación de las tumbas. Es algo que viene produciéndose desde hace un año, y sin ton ni son.

—¿Por qué decís eso? —preguntó Corbett.

—Porque las tumbas que roban nunca son recientes, sino casi siempre bastante antiguas. No queda nada más en ellas que unos pocos huesos.

—Y ¿se han llevado algo de las tumbas? —preguntó Gurney.

—Que yo sepa, nada.

La iglesia empezó a quedarse a oscuras a medida que el día llegaba a su fin. Gurney hizo un breve resumen de lo que se había dicho hasta el momento. El jurado se retiró, pero volvió poco después. Entraron en grupo precedidos por su alcalde, Robert, que, tal como Ranulfo le susurró a Corbett, se las daba de importante, como un pollo sobre un montón de estiércol.

—¿Tenéis un veredicto?

—Lo tenemos, mi señor. Creemos que Marina, hija de Fulke el curtidor, fue asesinada por Gilberto con la connivencia y la ayuda de su madre Gunhilda. Exigimos que ambos sean apresados y sometidos a juicio.

—Serán apresados —prometió Gurney levantando una mano. Lanzó una mirada de advertencia a la mesa. Luego miró a los otros aldeanos que estaban apiñados en la nave y que murmuraban entre ellos en tono amenazador—. Han de tener un juicio justo —dijo con firmeza—. Debemos darles un juicio justo.

Los aldeanos protestaban por lo bajo.

—La tarea de este tribunal ha concluido —dijo Gurney. Metió la mano en su bolsa y colocó dos monedas de plata sobre la mesa—. Esto es para Fulke el curtidor, para que pague el funeral de su hija. También le daré al padre Agustín una capellanía para que diga misas por el reposo del alma de Marina desde hoy hasta el Domingo de Resurrección.

Los aldeanos, zumbando como una colmena, rodearon a los jurados, dándoles palmadas en la espalda mientras iban saliendo de la iglesia. El padre Agustín se excusó diciendo que tenía otros asuntos que atender, dejó que Gurney se encargara de redactar las actas y salió presuroso tras sus fieles.

Gurney llamó a Catchpole.

—Buscad a unos cuantos hombres —le ordenó— e id a apresar a Gunhilda y a Gilberto. Hacedlo antes de que los aldeanos, que ahora se estarán amontonando en la cervecería de Inglenook, beban demasiada cerveza y decidan tomarse la justicia por su mano.

Catchpole salió a toda prisa. Gurney se levantó, se desperezó y miró a Corbett.

—Ya lo veis, Hugo, un día aciago.

—Sí, y que no acabará bien —Corbett frunció los labios y miró hacia la puerta de la iglesia. Vuestros vasallos, pensó, están sedientos de justicia y de sangre.

—¿Vais a volver a la mansión, Hugo?

—Quizá dentro de un rato. Se acerca la noche y me gustaría dar un paseo por el campo antes de que oscurezca.

Corbett se disculpó y, acompañado por el taciturno Ranulfo y por Maltote, recogió los caballos que pastaban ociosamente en un pequeño potrero, detrás de la casa del cura. Regresaron atravesando el pueblo. Corbett, que iba en cabeza, se fijó en las casas encaladas con tejado de paja, cada una rodeada de su pequeño terreno. Un lugar próspero y floreciente, pensó. Sin embargo, notaba la pesada mano de la muerte violenta. El pueblo estaba desierto. Las mujeres estaban encerradas en las casas con sus hijos y los hombres en la taberna que había enfrente del ejido, con su estanque ahora cubierto de hielo.

Unos aldeanos que estaban junto a la puerta vieron a Corbett y le saludaron. Corbett levantó una mano enguantada. Vio a Robert el alcalde salir de su casa, un edificio recién pintado con entramado de madera, y se preguntó acerca de su reciente riqueza. Un poco más allá estaba la casa del panadero, con su pequeño y llamativo letrero en el que había dibujadas tres barras de pan blanco sobre una fuente de plata. Corbett se habría parado allí, pero la casa estaba cerrada a cal y canto, como si la muerte de Marina hubiera recordado al panadero su propia tragedia. Corbett salió del pueblo y tomó el sendero que conducía al borde del acantilado.

Estaba oscureciendo, y la bruma borboteaba sobre las furiosas olas que corrían por la playa durante la marea baja. El espeluznante grito de las gaviotas sonaba por encima del gemido del viento. Corbett sintió la desolación de los páramos. Recordó algunas leyendas que había oído sobre aquella región. En Swaffham alguien llamaba a aquel viento el Ángel Oscuro, y explicó a Corbett que aquella región de Norfolk estuvo en otros tiempos dominada por una antigua tribu que se había rebelado contra los romanos y había bañado sus tierras en sangre. Corbett dio un respingo cuando Ranulfo se acercó a él con su caballo.

—Amo —dijo con cautela al ver la expresión de Corbett—. A Maltote y a mí nos gustaría saber cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí.

—El tiempo que haga falta —dijo Corbett con una sonrisa en los labios.

Ranulfo cambió de táctica:

—Los aldeanos ya han decidido quién mató a esa chica. *Sir Simon* tiene razón: si Gilberto cae en sus manos lo matarán.

Corbett tiró de las riendas de su caballo y miró a Ranulfo.

—¿Conoces a maese José?

Ranulfo se rascó la barbilla.

—Lo he estado pensando. Él reconoció mi cara, desde luego, y yo creo recordar

la suya.

—¿De dónde?

—No lo sé. No me acuerdo.

—¿Qué opinas de los *pastoreaux*? —preguntó Corbett.

—Son una pandilla de chiflados y embusteros —Ranulfo sonrió y añadió—: Mi madre siempre me decía que tuviera cuidado con la religión, porque atrae a unos cuantos santos y a muchísimos granujas.

—¿Crees que los *pastoreaux* son unos granujas?

—Creo que deberíamos hablar con los jóvenes de su comunidad.

Corbett asintió y dijo:

—Cuando hayamos terminado aquí, Maltote y tú le presentaréis mis saludos y mis condolencias a maese José. Ved si podéis hablar con la comunidad.

Ranulfo cerró los ojos y dijo:

—¡Tengo hambre y frío, amo!

—Sí, y cuando regreséis encontraréis un plato caliente y una buena cama, y Maltote y tú podréis jugar a los dados —amenazó a su criado con el dedo y añadió—: Pero no con los criados de *sir* Simon.

Ranulfo lo miró con aire inocente.

—Lo digo en serio —insistió Corbett—. Y no quiero que los engañes para que te compren las medicinas que intentas vender cada vez que salimos al campo, esos extraños elixires y brebajes transmitidos por los antiguos egipcios.

Ranulfo tragó saliva y miró acusadoramente a Maltote. ¿Cómo sabía maese Cara Larga lo de su bolsita de piel y lo de los remedios que siempre estaba dispuesto a vender a los bobos?

—Y ahora —dijo Corbett espoleando su caballo—, vamos a echar un vistazo al cadalso.

Cabalgaron por el borde del acantilado hasta llegar a la horca de tres brazos, que se alzaba contra el cielo cada vez más oscuro, a solo unas siete yardas del precipicio. Corbett tiró de las riendas intentando que su nervioso caballo se estuviera quieto. Levantó la vista y vio el enorme gancho de hierro que había en cada uno de los brazos de la horca.

—Supongo —dijo, más para sí mismo que dirigiéndose a sus acompañantes— que si tienen que ejecutar a un pobre desgraciado lo traen aquí, lo obligan a subir por una escalerilla, retiran la escalerilla y lo dejan colgando. Pero eso no fue lo que le pasó a la esposa del panadero.

Miró hacia el suelo, donde hacía tiempo que no crecía la hierba. Su caballo estaba tan nervioso que se preguntó si habría alguien enterrado allí, pues sabía que era costumbre enterrar a los suicidas y a los excomulgados bajo una horca. ¿Qué había ido a hacer allí la mujer del panadero? ¿Por qué había permitido que alguien le pusiera una soga alrededor del cuello? ¿Cómo se explicaba que el asesino no hubiera dejado ninguna huella? Y, ¿quién había devuelto el caballo del panadero al pueblo?...

Oyó ruido de cascos y se dio la vuelta, sobresaltado. Monck salió de la niebla al galope; con la capa negra ondulando parecía un cuervo. Corbett hizo señas a Ranulfo y a Maltote para que le dejaran solo.

—Id a la ermita —les ordenó—. Yo me reuniré con vosotros más tarde en la mansión.

Ranulfo y Maltote salieron al galope al tiempo que Monck se acercaba a Corbett al trote. Se quitó la capucha y Corbett vio que tenía el cabello y la cara empapados. ¿Había estado en la playa, dejándose salpicar por las olas? Monck señaló el cadalso.

—Vaya misterio, ¿no, Corbett?

—¿Visteis el cadáver? —preguntó Corbett.

—Sí, solo tenía la señal de la soga en el cuello. No como la pobre chica que han encontrado esta mañana —Monck acercó un poco más su caballo al de Corbett—. Me imaginé que estaríais en el pueblo o aquí. He venido a buscaros.

—¿Para qué? —preguntó Corbett mirándolo fijamente.

Monck se secó la boca con el dorso de la mano enguantada.

—He venido a pedir os disculpas.

El rostro de Monck se relajó durante unos segundos, y Corbett vislumbró un hombre más joven y más agradable. Monck se quedó mirando el mar, cubierto de bruma, y habló en voz baja:

—¿Habéis oído los rumores?

—Sí —contestó Corbett—. Los recuerdo. Teníais una hija.

—Tenía dieciséis años —dijo Monck sin apartar la vista del mar—. Era hermosa como un día de verano. Cada vez que la miraba pensaba en su madre, que murió al dar a luz. Todo ocurrió muy deprisa. Mi señor, el conde de Surrey, organizó un pequeño banquete. Hacía un día espléndido. Caterina, mi hija, dijo que quería ir a dar un paseo por unos bosques cercanos. Fui un estúpido, y la dejé marchar. Estábamos en las tierras del conde. Pensé que a mi hija no podía pasarle nada. Pasó una hora y Caterina todavía no había regresado. Me puse nervioso y salí en su busca. La encontré tendida en el suelo, como a la chica que hemos encontrado esta mañana —Se volvió hacia Corbett por primera vez, con lágrimas en los ojos—. La habían asaltado, violado y luego estrangulado. Y yo ya no podía hacer nada. Seguí hablándole, como si estuviera viva —se le quebró la voz—. Hasta desenvainé mi daga y me hice un corte para comprobar que no estaba soñando. Mi señor el conde de Surrey fue muy amable, pero jamás encontraron al asesino.

Corbett le tocó suavemente un brazo.

—Lo siento, Lavinius. Lo siento mucho.

—Pero había varios sospechosos —continuó Monck—. Al otro lado del bosque había una comunidad de *pastoreaux* que vivía en una vieja iglesia en ruinas. Juraron que no tenían nada que ver con la muerte de Caterina.

—¿El mismo grupo? —preguntó Corbett—. ¿Los mismos que están aquí ahora?

Monck sacudió la cabeza y dijo:

—No lo sé. Yo estaba postrado por la pena. Mi señor envió allí a los hombres del gobernador, pero no descubrieron nada.

—¿Creéis que los *pastoreaux* han matado a Marina?

Monck hizo una mueca de burla.

—¡Eso os corresponde a vos demostrarlo, Corbett! Me tiene sin cuidado quién haya matado a Marina. ¡Pero algún día alguien pagará por la muerte de mi hija! — Monck asió las riendas de su caballo y se inclinó hacia delante, acercando la cara a la de Corbett—. Ya sé lo que pensáis de mí —susurró. Corbett vio un odio asesino ardiendo en los ojos de Monck—. Pensáis que soy un hombre sin escrúpulos, sin principios ni moral. Pero ¿cómo voy a tenerlos, Corbett, si no tengo alma? Mi alma, mi vida, murió el día que asesinaron a mi hija. Dios se llevó a mi esposa, y luego se llevó a Caterina. ¡Ya no escucho las palabrerías de los monjes! —Monck echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo gris. Separó los labios y emitió un grito estrangulado—. ¡Maldeciré y maldeciré hasta el día de mi muerte! —Monck espoleó su caballo y salió al galope hacia la mansión.

Corbett se quedó mirándolo. Se sentía incómodo. Había juzgado a Monck, pero no se había dado cuenta de las pesadillas y los fantasmas que acosaban el alma de aquel hombre. Sintió compasión por un hombre que había hecho de la vida de su hija el centro de su existencia, y al que luego habían arrebatado brutalmente aquella vida. Corbett hizo avanzar a su caballo al paso por el sendero. ¿Qué más decían aquellos rumores? ¿No se sospechaba que el criado asesinado de Monck, Cerdic Lickspittle, estaba enamorado de la chica? Monck había culpado a su criado por no tener más cuidado. Corbett se quedó mirando su caballo, que subía y bajaba la cabeza. ¿Y si Monck había solicitado aquella misión? ¿Y si había viajado a las remotas regiones de Norfolk para vengar las injusticias que los *pastoreaux* y su criado habían cometido? ¿Había alguna relación entre Monck y la esposa del panadero? El relincho de su caballo lo sacó de su ensimismamiento. Levantó la vista y vio que estaba a solo un tiro de piedra de las puertas de Mortlake Manor.

En el patio, un mozo de cuadra cogió su montura. Corbett entró por la puerta principal. El vestíbulo y la solana estaban desiertos, y un criado le dijo que *sir* Simon estaba con su esposa en su cámara. Corbett cogió algo para comer de la despensa y se llevó una copa de peltre llena de vino caliente con especias a su cámara. Después de calentarse junto a la chimenea encendió unas velas y las colocó sobre la mesa. Cogió una pluma, un tintero y pergamino e intentó descifrar los misterios a que se enfrentaba.

Primero dibujó un mapa, marcando la línea de la costa y la ubicación de diferentes lugares. Luego empezó a redactar la lista de personas implicadas, empezando por *sir* Simon Gurney. Corbett mordió la punta de la pluma y reflexionó. *Sir* Simon estaba nervioso, un tanto reservado y asustado, pero ¿de qué? Luego estaba Giles Selditch, el médico: un personaje enigmático. A continuación, Catchpole, el amigo de *sir* Simon: era leal, no le gustaban los forasteros y sentía una fuerte

hostilidad hacia los *pastoreaux*. Después, Lavinius Monck: ¿estaba loco, o simplemente le movía el rencor y la venganza? Su nombre le hizo plantearse muchas preguntas.

¿Qué está haciendo en la región: investigar a los *pastoreaux*, buscar una venganza personal o perseguir algún otro objetivo secreto? ¿Quién mató a su criado, Cerdic Lickspittle? ¿Qué hacía Cerdic en los páramos? ¿Por qué lo mataron de una forma tan cruel, cortándole la cabeza y clavándola en una estaca en medio de una playa fría y nebulosa? ¿Cómo se las había ingeniado el asesino para no dejar ninguna huella, ninguna pista?...

Luego estaban los *pastoreaux*. ¿Eran fanáticos, tontos o santos? ¿Valía la pena escribir a la cancillería o al Tesoro hablando de ellos? Empezó a redactar una lista de nombres. Primero estaba maese José. ¿Quién era? ¿Por qué lo había reconocido Ranulfo? Luego, Marina, hija de Fulke el curtidor: ¿por qué había salido de la ermita y qué hacía en los páramos?

La lista de nombres de Corbett empezaba a hacerse inacabable. Añadió el nombre de Amelia Fourbour, la esposa del panadero. ¿Por qué fue al cadalso? ¿Por qué no opuso resistencia? ¿Por qué no había huellas de otro caballo en el lugar de los hechos? ¿Quién había devuelto el caballo de Amelia al pueblo?...

Corbett, cansado, se frotó los ojos y se quedó un rato sentado mirando al vacío. Suspiró, bebió un poco de vino caliente y siguió escribiendo.

El padre Agustín: un forastero en la región, que no se sentía realmente cómodo con los vecinos de su parroquia. La madre Cecilia: juiciosa pero dada al lujo. Robert el alcalde: ¿de dónde había sacado su reciente riqueza? Corbett dejó la pluma en la mesa. Cruzó los brazos y repasó la lista de nombres. Había otras preguntas que le tenían inquieto. ¿Quién profanaba las tumbas del cementerio? ¿Cómo había muerto la hermana Inés?... Se levantó de la silla y se quedó mirando las sombras del fondo de la estancia. Había una pregunta que le inquietaba más que las otras: ¿por qué habían enviado a Monck a Norfolk? ¿Qué era aquello tan importante que había animado al rey a enviar un criado de confianza a ayudar al brazo derecho del conde de Surrey en la investigación de unos cuantos asesinatos misteriosos?

Corbett se sentó de nuevo a la mesa y recordó su última entrevista con el rey. Eduardo evitó mirarlo a los ojos, pero no había parado de moverse, atraído por un halcón peregrino que hacía tintinear sus pihuelas en una percha. Juan de Warenne, conde de Surrey, también estaba presente. Con expresión afable, se acariciaba los labios como si quisiera ocultar una sonrisa o alguna broma secreta.

La entrevista había tenido lugar en Swaffham. Corbett sabía que ahora Eduardo y su joven reina francesa, Margarita, estaban en Walsingham.

—Esperaré —murmuró Corbett—. Esperaré un poco más. Si Monck no me cuenta la verdad, iré a Walsingham y exigiré al rey que me la cuente él mismo.

Corbett se tendió en la cama, cerró los ojos y se quedó dormido. Fuera estaba anocheciendo, y la canción del Ángel Oscuro empezó a oírse por encima del rugido

del mar.

Capítulo V

¡Amo! —Corbett abrió los ojos. Ranulfo estaba inclinado sobre él—. ¡Amo, el mayordomo nos llama para la cena!

Corbett bajó las piernas de la cama. Miró fijamente a Ranulfo y Maltote, que todavía estaban envueltos en sus capas, salpicadas de gotas de lluvia que brillaban a la luz de las velas.

—Hemos ido a la ermita —dijo Ranulfo—. Maese José se ha mostrado sorprendentemente amable. Nos ha dejado entrar. Él también cree haberme visto antes, aunque no recuerda dónde.

Corbett se frotó la cara con las manos.

—¿Habéis hablado con algún miembro de la comunidad?

—Sí, pero Nettler y maese José estaban con nosotros. Todos los que han hablado han afirmado que Marina era una chica alegre, pero todos han coincidido en que los días anteriores a su muerte se mostró un poco reservada.

—Tenía pesadillas. Las mujeres que duermen juntas en un dormitorio, y los hombres en el otro, la oyeron llamar a una tal Blanca en sueños.

—¿Quién es esa Blanca?

—Una amiga de infancia de Marina. Era la hija del alcalde, una de las primeras en entrar en la comunidad. Se marchó hace un año.

Corbett suspiró. Se levantó y se dirigió al lavatorio; se lavó las manos y la cara y se secó con un paño. Ranulfo y Maltote se quitaron las capas y las botas, se calzaron unos suaves borceguíes de cuero, se lavaron y acompañaron a Corbett a la sala principal.

La cena resultó decepcionante. Gurney estaba taciturno, pues seguía preocupado por la muerte de la chica y los sucesos ocurridos en el pueblo. Alice se contagió del estado de ánimo de su marido y solo picoteó un poco. Monck, sonriendo misteriosamente para sí, comió en silencio. Corbett lo observó y se preguntó una vez más si se estaría volviendo loco.

Todavía estaban sentados a la mesa cuando Catchpole entró a grandes zancadas en la sala, mojado y manchado de barro, sin disimular su malhumor.

—¡Que Dios los maldiga a todos! —exclamó—. ¡No hay ni rastro de Gilberto ni de su condenada madre! ¡Se han esfumado! —sacó una mano de debajo de la capa—. He encontrado esto en su casa —abrió la mano y mostró unas relucientes cuentas de ámbar.

—Es el collar de Marina —dijo Selditch de inmediato. Sonrió tímidamente y añadió—: Yo conocía bien a la chica. Por lo visto los aldeanos tenían razón, Gilberto es el asesino.

—He pasado por el pueblo —explicó Catchpole—. Esos brutos todavía están bebiendo en la taberna de Inglenook. Habrá pelea.

Gurney sacudió la cabeza.

—Gracias, Adam, ya has hecho bastante. Cámbiate y cena con nosotros. Mañana será otro día.

Corbett aprovechó la ocasión para retirarse. Dejó a Ranulfo y a Maltote bebiendo y volvió a su cámara para estudiar las notas que había redactado. Esperó hasta que oyó a los otros abandonando la sala, y entonces salió al pasillo y encontró a un criado que lo condujo a la cámara de Monck. Llamó a la puerta y, deliberadamente, abrió la puerta sin esperar una respuesta. Monck estaba sentado a una mesa, de espaldas a la puerta. Se dio la vuelta y vio a Corbett. Recogió apresuradamente los manuscritos que había encima de la mesa, delante de él, y se levantó con aquella misteriosa sonrisa en la cara.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿En qué puedo ayudaros?

Corbett entró en la cámara, cerró la puerta tras él y se sentó en una banqueta. Monck se colocó entre Corbett y los manuscritos que había encima de la mesa.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Corbett.

Monck se encogió de hombros y respondió:

—Investigar a los *pastoreaux*.

—Decidme, ¿cómo murió Lickspittle?

—Ya os lo he dicho. Se fue a los páramos y no regresó. Encontraron su cuerpo decapitado en la playa.

—Una extraña forma de morir —observó Corbett.

—La muerte siempre es extraña.

—Ya sabéis a qué me refiero, Lavinius. Matar a un hombre es una cosa, pero mutilar su cadáver es otra muy diferente.

—Este lugar es muy extraño —replicó Monck—. Según nuestro rollizo médico, los *iceni* que habitaron estas regiones solían cortarles la cabeza a sus enemigos y mostrarlas en público, tal como nuestro rey hace ahora en el Puente de Londres.

—¿Qué hacía Lickspittle en la playa?

Monck se encogió de hombros y dijo:

—Fue al convento. Hay un sendero que baja desde allí hasta la playa, aunque por qué lo tomó, si es que lo hizo, es un misterio. Se arriesgaba, desde luego.

—¿Por qué?

—Las mareas de esta zona son muy traicioneras. Después de una lluvia intensa las olas entran con fuerza, y pueden llevarse a un hombre que esté desprevenido.

—¿No pensáis decirme nada más?

—No puedo decir nada.

Monck esbozó de nuevo aquella sonrisa burlona. Corbett se levantó y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo con una mano en el picaporte.

—¡Lavinius!

—¿Qué? —respondió Monck girando la cabeza desde la silla.

—Deberíais contarme la verdad. Os aseguro que se van a cometer más asesinatos.

Monck volvió a concentrarse en sus papeles y Corbett se marchó, cerrando

cuidadosamente la puerta tras él. Echó a andar por el pasillo hasta llegar al rellano de la escalera. Oyó a Ranulfo y a Maltote riéndose abajo. Esperaba que aquel par de pillos no hubieran engañado a nadie para jugar a los dados. Volvió a su cámara. Fuera el viento aullaba, golpeando las ventanas y sacudiendo los postigos. Por debajo de la sombría canción del viento Corbett oía las olas estrellándose contra las rocas al entrar el mar en el Wash. Se arrodilló, se santiguó y rezó su oración favorita: «Que Cristo esté en mi cabeza y en mi pensamiento. Que Cristo esté en mis ojos y en mi vista. Que Cristo esté en mi mano izquierda y en mi mano derecha».

Empezó a divagar. ¿Qué estaría haciendo Maeve en Londres? ¿Y su hija Leonor? Volvió a sus plegarias, pero le costaba concentrarse. Finalmente lo dejó, se santiguó y se tumbó en la cama. Al cabo de un rato se desvistió, se acostó debidamente, se tapó con las mantas y se quedó dormido, soñando que corría por una playa solitaria, perseguido por unos misteriosos encapuchados.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, vio que Ranulfo y Maltote estaban tendidos en sus camas, completamente vestidos, y como habría dicho Ranulfo, más felices que dos cerdos en un lodazal. Corbett abrió los postigos. El viento había amainado, la niebla casi había desaparecido, y vio un cielo de un azul impecable. Se frotó las manos, se lavó, se afeitó, se vistió y bajó a la despensa. La vela de marcar la hora, en su espita de hierro, le hizo darse cuenta de lo mucho que había dormido, pues la llama ya había llegado al décimo círculo. Gurney entró en la despensa, con aire alegre, golpeando el suelo con los pies y soplándose las manos.

—Buenos días, Hugo. ¿Por qué será que los caballos siempre dan problemas en invierno?

Se sirvió un poco de cerveza caliente y empezó a tragar ávidamente trozos de pan y de carne mientras paseaba por la despensa. Alice entró con Selditch. Se quedaron hablando de los sucesos del día, en medio de una atmósfera jovial porque Monck ya había salido a pasear.

—Solo, como de costumbre —añadió Gurney con ironía—. Nunca he conocido a nadie que disfrute tanto de su propia compañía —luego bajó la jarra de cerveza que tenía en la mano al oír un estruendo en la parte delantera de la casa. Catchpole entró con estrépito en la despensa.

—¡*Sir* Simon! —Catchpole se apoyó en el dintel de la puerta para recobrar el aliento—. ¡*Sir* Simon, *sir* Hugo, será mejor que vengáis, rápido!

—¿Qué pasa? —preguntó Alice con voz aguda.

Catchpole se secó el sudor de la cara y dijo:

—Vengo del pueblo. Han cogido a Gilberto y a su madre.

—¡Que Dios nos proteja! —Gurney cogió su capa y gritó a los criados que prepararan los caballos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Corbett.

—Están presionando a Gilberto para que confiese. A la vieja usanza, bajo una puerta maciza de roble con pesas encima.

—¿Y Gunhilda?

—Han sacado la silla de zambullir.

Gurney salió a toda prisa de la despensa. Corbett volvió a su cámara. Se puso el talabarte, las botas y la capa, y buscó desesperadamente a sus dos criados. Ranulfo y Maltote seguían roncando. Corbett bajó para reunirse con Gurney y Selditch, que estaban en el patio, con las botas y las espuelas puestas, pidiendo que les llevaran los caballos. Pocos minutos más tarde salieron de la mansión, acompañados por seis de los más fornidos criados de Gurney, y salieron al galope por el sendero que conducía al pueblo.

El ejido que había delante de la taberna estaba lleno de gente. Al principio hubo una gran confusión; los aldeanos arrojaron fango, estiércol y hasta piedras al grupo encabezado por Gurney. Los criados de Gurney consiguieron imponer el orden utilizando la superficie plana de las espadas y los látigos, y se abrieron paso entre la multitud. La escena que se estaba desarrollando en la orilla del estanque era espeluznante. Gilberto estaba tumbado bajo una pesada puerta sobre la que habían colocado piedras y pesas de hierro. El rubio joven estaba medio inconsciente, y gemía en voz baja. Fulke el curtidor estaba arrodillado a su lado, gritándole para que confesara. Un poco más allá, los aldeanos habían puesto un enorme tronco junto a la orilla del estanque, y encima, atravesado, había un largo palo con una sillita en un extremo. Sujeta a la silla había una patética anciana, atada como un saco de paja. Tenía la raída ropa empapada, y el largo y canoso cabello mojado y sucio. Un grupo de fornidos aldeanos, bajo la dirección de Robert el alcalde, zambullía una y otra vez a la pobre mujer en el agua helada mientras la multitud, entre la que había mujeres y niños, se limitaba a gritar: «¡Que confiese! ¡Que confiese! ¡Que confiese!».

—¡Esto es un asesinato! —gritó Corbett.

Avanzó con decisión y apartó de un empujón al alcalde. Detrás de él, Gurney y sus acompañantes empezaron a retirar las pesas y la pesada puerta de encima del postrado joven.

—¡No tenéis ninguna autoridad aquí! —el alcalde tenía la cara hinchada por la ira y la cerveza, y estaba aún más feo que de costumbre.

Corbett desempuñó su espada.

—Soy *sir* Hugo Corbett, representante del rey. ¡Y esa mujer solo será juzgada por un tribunal justo!

Sus palabras fueron recibidas con un débil murmullo de protesta. El alcalde, envalentonado, dio un paso adelante. Corbett levantó la espada, asiendo el puño con ambas manos.

—¿Qué pensáis hacer, Robert? —dijo sin alzar la voz—. ¿Atacarme?

El alcalde retrocedió rápidamente.

—¡Traed a la bruja! —gritó por encima del hombro.

Tiraron del palo de fresno y la silla se hundió en la parte poco honda de la orilla del estanque. Corbett chapoteó hacia allí.

—¡Cristo, tened piedad! —susurró.

Gunhilda tenía el sucio y canoso cabello pegado a la cara, arrugada y manchada. Corbett vio los párpados hinchados, los ojos entreabiertos y la mandíbula floja, y comprendió que era demasiado tarde. Le buscó el pulso en el cuello y en las escuálidas muñecas, pero no halló ni el más leve temblor. Desempuñó su daga, cortó las cuerdas con que habían atado a la mujer y la cogió en brazos. Era ligera como un niño. Volvió al fangoso ejido.

—¡Malnacidos! —bramó.

El alcalde se escabulló rápidamente. Gurney y Catchpole se le acercaron.

—¿Qué pasa, Corbett?

—¡La anciana está muerta! —contestó Corbett—. ¡La han asesinado esos malnacidos!

Siguió caminando y dejó el cadáver de la anciana sobre una mesa que había enfrente de la taberna. Colocó el cuerpo con cuidado, alisando las sucias faldas sobre las largas y delgadas piernas surcadas de venas.

Volvió a buscarle el pulso.

—Ha muerto ahogada, o de la conmoción —miró fijamente a Gurney—. Sea como sea, esta mujer ha sido asesinada, *sir* Gurney.

Dos de los criados de Gurney condujeron al joven rubio ante su amo. Corbett se le acercó, le puso la mano bajo la barbilla y le levantó suavemente la cara. Era evidente que Gilberto no era un joven muy inteligente. Tenía un ojo completamente cerrado por la hinchazón, y le salían burbujas de sangre por la comisura de la boca. Además estaba cubierto de cardenales de la cabeza a los pies.

Corbett cogió el odre de uno de los criados de Gurney y se lo puso al joven en los labios.

—¡Es un asesino! —gritó Robert el alcalde. Ahora, con la multitud apiñada a sus espaldas, había recuperado la confianza.

Corbett miró con odio al arrogante alcalde de Hunstanton.

—¡Los asesinos sois vos y vuestros secuaces! —gritó—. ¡Gunhilda está muerta, y vos tenéis las manos manchadas de su sangre!

Gilberto emitió un ahogado gemido.

—Este hombre —prosiguió Corbett— debe tener un juicio justo ante los jueces del rey. Ahora es mi prisionero.

El padre Agustín se abrió paso entre la multitud. Gurney, que estaba de pie junto a Corbett, le hizo señas para que se le acercara.

—Padre, ¿no habríais podido impedir que esto sucediera?

El sacerdote miró a Gurney y luego a Corbett. Se lamió los delgados labios y se quedó mirando, avergonzado, el cadáver de la anciana.

—Lo he intentado —murmuró—, pero estaban muy exaltados. No podéis reprochárselo, *sir* Hugo. El cadáver de Marina yace en mi iglesia. ¿Quién va a responder de su muerte?

Gurney chascó los dedos y dijo a sus criados:

—Llevad el cadáver de esta mujer a la iglesia. Yo pagaré los funerales, padre.

—¿Y el joven? —preguntó Corbett señalando con la cabeza a Gilberto, que forcejeaba con el hombre que lo sujetaba y contemplaba, con la mandíbula caída, el maltratado cadáver de su madre.

—¡Llevadlo a la mansión! —ordenó Gurney a sus hombres—. ¡Qué maese Selditch le cure las heridas!

Corbett miró a los aldeanos y dijo:

—El rey y su corte están cerca de aquí, en Walsingham. No le gustará enterarse de esta violencia y este desorden. Y cualquiera que levante la mano contra Gilberto tendrá que responder ante su Majestad.

—*Sir* Hugo tiene razón —confirmó Gurney—. Un terrible mal se extiende por este lugar. En los últimos meses se han producido más muertes violentas que en toda la historia de nuestro pueblo. ¡Idos! ¡Volved a vuestras casas!

Los aldeanos se retiraron. Los más exaltados todavía murmuraban, pero los más sensatos ya empezaban a imponerse. La multitud se dispersó, las mujeres se llevaron a los niños a las casas, y los hombres recordaron que había que seguir arando y gradando. Cargaron a Gilberto en la silla del caballo de uno de los criados, y Gurney, taciturno, salió a la cabeza del grupo en dirección a la mansión. Cuando traspasaban las puertas, acercó su caballo al de Corbett.

—Gracias, Hugo.

Corbett lo miró.

—Ya sé lo que pensáis —dijo Gurney—. Quizá debería haberme impuesto con más contundencia, pero esta es mi gente. Yo sujeté a Marina el día de su bautizo.

Corbett le dio unas palmadas en el brazo.

—Yo no soy quién para juzgaros, *sir* Simon —dijo—. Es muy posible que Gilberto sea culpable, y si lo es será ahorcado por ese terrible crimen. Pero también es posible que él pueda ayudarnos. ¿Tenéis algún calabozo?

Gurney asintió.

—Entonces, llevadlo allí, pero que esté cómodo.

Entraron en el patio de la mansión.

Alice y sus criadas salieron corriendo de la casa y Gurney les explicó lo que había pasado. Alice los acompañó a la sala y los criados de la cocina les llevaron jarras de cerveza, pan, queso y tocino salado. Monck estaba sentado delante del fuego, con Ranulfo y Maltote, que tenían aspecto cansado. Parecía un poco más tranquilo que la noche anterior y escuchó con paciencia mientras Corbett le explicaba lo que había pasado en el pueblo.

—¿Interrogaréis a Gilberto?

Corbett asintió.

—¡Estupendo!

—Pero ¿no deberíais hacerlo vos? —preguntó Corbett—. Es probable que la

muerte de Marina esté relacionada con los *pastoreaux*. Ella pertenecía a su comunidad.

—No, no —Monck sacudió la cabeza y se puso a jugar con el pomo de su daga—. Encargaos vos de Gilberto.

Corbett disimuló su fastidio.

—Decidme, ¿dónde está enterrado Lickspittle?

—En el cementerio del pueblo.

—¿Dejó efectos personales?

—Sí, unos cuantos papeles, espuelas, dagas, espadas, la ropa que llevaba puesta cuando murió... Selditch preparó el cadáver, aunque lo hizo con bastante premura. Un cadáver decapitado no es una cosa muy agradable.

—¿Puedo ver esos efectos personales? —preguntó Corbett.

—En su momento —dijo Monck poniéndose en pie—. Ahora estoy ocupado con las venerables hermanas del convento de la Santa Cruz —dio unas palmadas en el hombro a Corbett con condescendencia—. Ocupaos de los campesinos, Corbett, y lo demás dejádmelo a mí —añadió, y luego salió de la sala.

Corbett guiñó un ojo a Ranulfo y Maltote.

—Y ¿cómo están mis alegres muchachos?

Ranulfo soltó un gruñido.

—Demasiado vino y poca agua —dijo—. La culpa la tiene Maltote, que invitó a Catchpole a ver quién bebía más —Se calló al ver que Catchpole entraba en la sala.

—*Sir* Hugo, el prisionero está en el calabozo —el soldado sonrió y dijo—: Hacía mucho tiempo que no teníamos ningún prisionero.

—¿Está cómodo?

—Sí, pero teme que lo ahorquen —Catchpole sonrió—. Pero ¿acaso no nos sucede lo mismo a todos?

Corbett se acabó la cerveza y salió al patio. Vio cómo Monck montaba en su caballo y salía al galope por las puertas. Corbett subió de nuevo a su cámara y cogió una llave maestra de sus alforjas.

«Todo ladrón que se precie tiene una llave como esta, amo —le explicó Ranulfo una vez—. Todas las cerraduras se parecen, y esta llave las abre casi todas».

Corbett recorrió el pasillo hasta llegar a la cámara de Monck. Metió la llave en la cerradura. La llave giró sin dificultad.

—Ranulfo tenía razón —dijo Corbett para sí.

Abrió la puerta y echó un vistazo a la cámara. Las sillas estaban colocadas en orden alrededor de la mesa, y la cama bien hecha. Un reflejo de la ordenada mente de Monck, pensó Corbett. Las alforjas de Monck estaban debajo de la ventana, pero bien cerradas y abrochadas. Corbett se dirigió hacia la mesita que había al lado de la cama. Allí había una gruesa vela de cera de abeja que había formado una frágil corteza en la mesilla.

—A ver si... —susurró Corbett.

Monck era un personaje extraño, pero no dejaba de ser un escribano. Quizá Monck, al igual que Corbett, tenía por costumbre sentarse en la cama por la noche para examinar pergaminos y garabatear notas en su bandeja de escribir. Corbett se arrodilló, buscó a tientas debajo de la cama y sonrió triunfante cuando sus dedos tocaron tres hojas de pergamino.

Las sacó con cuidado y se sentó en el borde de la cama para examinarlas. La primera parecía una lista de objetos valiosos. Corbett la examinó con atención: había tres artículos que no eran meras baratijas, sino bandejas, copas y hasta un copón de plata. Resultaba difícil descifrar la escritura, porque Monck había utilizado muchas de aquellas abreviaturas personales tan propias de los funcionarios de la cancillería. Corbett dejó la lista encima de la cama y cogió la segunda hoja de pergamino. Al principio no entendió las extrañas líneas trazadas en ella. Alisó el pergamino y entonces se percató de que lo que tenía ante sus ojos era un rudimentario mapa de los alrededores de Hunstanton. Se parecía mucho al que había dibujado él. Siguió con los dedos la costa del Wash, como la había dibujado Monck, y encontró las cruces que señalaban el convento de la Santa Cruz, el pueblo de Hunstanton, Mortlake Manor, la horca y la ermita. El mapa de Monck era más detallado que el suyo, y abarcaba un área más extensa que incluía Swaffham, el golfo del Wash y el río Nene. Allí era donde Monck había anotado más cosas, con líneas de puntos que se cruzaban. En la tercera hoja de pergamino había un rudimentario dibujo de la costa y un boceto de un *cog*^[1] con las velas alzadas.

Corbett intentó memorizar cada detalle de los tres pergaminos antes de volver a meterlos debajo de la cama. Se levantó y, tras asegurarse de que lo había dejado todo en su sitio, se dirigió hacia la ventana, que tenía los postigos abiertos y que, como la suya, daba al mar, gris y lúgubre.

«No sé qué será lo que te habrá traído aquí, Monck —pensó Corbett—, ¡pero los *pastoreaux* no!».

Salió de la cámara, la cerró con su llave y a continuación bajó a reunirse con los demás, que estaban sentados en la sala.

—¿Puedo ver al prisionero, *sir* Simon? —preguntó.

Gurney asintió.

—Catchpole os acompañará abajo. Selditch está con él.

Catchpole escoltó a Corbett por el pasillo que discurría junto a la cocina. Se detuvo ante una puerta con tachones de metal, la abrió y Corbett vio unos escalones que bajaban hacia una cavernosa oscuridad aliviada solo por la temblorosa luz de unas cuantas antorchas sujetas a la pared. Al final de los escalones había un largo pasillo excavado en la roca. Corbett, sorprendido, tocó la pared. Catchpole, que le precedía, se paró y dijo:

—¿No sabíais, *sir* Hugo, que Mortlake Manor está construida sobre un laberinto de pasillos y túneles? En otra época era un punto de embarque para los que querían cruzar el Wash —señaló el techo y añadió—: Dicen que los romanos tenían una torre

de vigía aquí, con un faro para guiar a sus barcos. Después los sajones, y luego el duque Guillermo de Normandía, construyeron una torre del homenaje. Deberíais hablar con Selditch, pues él conoce la historia de la región. Pero venid.

Siguió andando por el estrecho e inclinado pasillo. Corbett sintió un estremecimiento de pánico e intentó controlar la respiración. Maeve y Ranulfo siempre se reían del terror que Corbett tenía a los espacios cerrados. Finalmente Catchpole se paró ante una pesada puerta de madera con una mirilla enrejada. La abrió e hizo entrar a Corbett.

El calabozo era un simple cuarto cavernoso y desnudo, aunque Gurney había intentado que su prisionero se encontrara cómodo. Gilberto estaba sentado en el borde de un catre, y Selditch estaba sentado en un taburete delante de él. El médico le estaba lavando la cara al prisionero con una mezcla de agua y vino, y aplicando un unguento en el cardenal que tenía alrededor de los ojos. Un pequeño candelabro de tres brazos iluminaba la estancia. Gilberto ni siquiera levantó la cabeza, sino que se quedó mirando el suelo, cubierto de juncos, con aire taciturno mientras Selditch, ocupado con sus medicinas y sus pócimas, saludaba al recién llegado. Cuando hubo terminado dijo:

—¡Ya está! —sonrió a Corbett y añadió—: No tiene heridas de gravedad, solo magulladuras en el pecho y las piernas. Pero sobrevivirá hasta el juicio.

—¡Han asesinado a mi madre! —murmuró Gilberto.

—Dicen —replicó Corbett en voz baja— que tú asesinaste a la chica.

Selditch se levantó y dijo:

—Os esperaré fuera, *sir* Hugo.

Corbett asintió, se sentó en el taburete y esperó a que el médico cerrara la puerta tras él.

—¡Gilberto! —ordenó—. ¡Mírame!

El joven levantó la cara, floja y regordeta, y se frotó los llorosos ojos. ¿Podía aquel hombre, torpe y un poco tonto, haber atrapado y asesinado a la joven y ágil Marina? Cerró los ojos; se le había ocurrido una idea, pero esta vaciló como una llama débil y se le escapó. ¿Algo relacionado con el hecho de que Marina hubiera ido a los páramos? Corbett se miró las manos. ¡Sí, eso era! Marina era una lugareña. Conocía muy bien aquella región. Si se sintió amenazada, ¿por qué no intentó regresar a la ermita? ¿No podría ser que, en lugar de ir al pueblo a visitar a su padre, fuese a reunirse con alguien de la casa feudal? Los invitados —la priora y el padre Agustín— estuvieron fuera esa noche, evidentemente. Selditch llegó tarde a la cena. Pero cualquiera pudo haber salido de la mansión, pues Catchpole comentó que existían pasadizos subterráneos. ¿Había utilizado alguien uno de aquellos pasadizos para escabullirse de la mansión?

—Yo no maté a la chica —murmuró Gilberto.

Corbett señaló los arañazos que el joven tenía en las manos, las muñecas y la cara.

—¿Dónde te has hecho eso?

—Cuando intentaba escapar me arañé con unas zarzas.

—Y ¿qué me dices del collar de ámbar que han encontrado en tu casa?

Gilberto sacudió la cabeza y miró con rostro inexpresivo a Corbett.

—Yo jamás le haría daño a Marina. Gilberto ama a Marina. Lo único que quería hacer Gilberto era acariciar su suave cabello.

Corbett miró atentamente al joven. «Tú no eres ningún asesino —pensó— pero alguien te ha utilizado como pelele».

—Gilberto, el collar lo encontraron en tu cabaña.

—Alguien lo puso allí.

—Y Marina se negó a verte.

—No, eso no es verdad.

Corbett levantó bruscamente la cabeza:

—¿Cómo dices?

El joven esbozó una sonrisa tan astuta que Corbett tuvo que contenerse. A lo mejor Gilberto era más inteligente, más sagaz de lo que había creído.

—¿Viste a Marina?

—Sí, en el sitio de siempre, el viejo roble de los páramos. Marina se reunió conmigo dos veces. Hice una inscripción en el árbol. Cuando éramos pequeños solíamos jugar allí. Marina, Blanca y yo.

—¿Blanca, la hija del alcalde?

—Sí, la hija del alcalde —de pronto Gilberto agarró la rodilla de Corbett—. ¿Por qué han matado a mi madre? ¿Es verdad que está muerta? ¿Irá al cielo?

Corbett retiró la mano del joven suavemente; una mano débil, floja.

—¿Gozas de buena salud, Gilberto? —preguntó.

—¿Irá mi madre al cielo?

—Sí, por supuesto, murió con el rostro elevado hacia Dios. Pero dime, Gilberto, ¿estás enfermo? Tienes las manos muy débiles.

—Siempre las he tenido así —replicó el joven—. Mi madre decía que era por algo que ocurrió en el parto. No soy tan fuerte como parezco. Por eso Marina siempre confió en mí —Gilberto se enderezó y sonrió—. Por eso llevé el paquete al viejo roble.

—¿El paquete? —preguntó Corbett.

—Sí, bueno, era una carta, un rollo de pergamino. Un buhonero lo trajo de Bishop's Lynn. Llevaba el nombre de Marina, porque lo leí. Yo lo llevaba cada día al roble. Y Marina no vino —sonrió—. Pero hablé con ella cuando fui a la ermita, aunque no me permitieron entrar. Le dije que tenía un regalo para ella.

Gilberto dejó caer la mandíbula. Corbett miró alrededor. Había una jarra de vino en un rincón. Llenó un cuenco y se lo puso en la mano a Gilberto.

Gilberto bebió un poco de vino y continuó hablando:

—Marina fue al roble y se lo di.

—¿El paquete?

—Sí, bueno, como ya os he dicho era un pequeño rollo de pergamino.

—¿Sabías lo que había dentro?

—No. Marina se metió el paquete debajo de la capa, me besó en la mejilla y se marchó.

—Y ¿no sabes lo que había dentro del paquete?

—No, maese, no lo sé. ¿Me ahorcarán?

Corbett se levantó y dio unas palmadas al prisionero en la espalda.

—No te preocupes, Gilberto, no te colgarán. Colgarán a alguien, pero no a ti. Sin embargo, es mejor que te quedes aquí, por tu propia seguridad.

Corbett dio unos golpes en la puerta. Catchpole y Selditch lo estaban esperando. Volvieron a recorrer el pasadizo, subieron los escalones y regresaron a la sala. Corbett intentó entablar una conversación con Selditch sobre la historia de la casa feudal, pero el médico se mostró misteriosamente evasivo. Se encogió de hombros, agitó los dedos, manchados de tinta, y evitó mirar a Corbett a los ojos. Corbett, impaciente, fue a buscar a Gurney. Lo encontró en su gabinete de escritura. Gurney levantó la vista al entrar Corbett.

—Quiero que ordenéis traer al panadero —dijo Corbett sin preámbulos.

—¿A Fourbour?

Corbett tamborileó con los dedos en la mesa y dijo:

—Sí, y también a Robert el alcalde. Quiero interrogarlos.

—¿Por qué?

—Porque ninguno de estos misterios se resolverá hasta que alguien dé respuestas sinceras a unas cuantas preguntas sinceras, *sir* Simon.

Capítulo VI

A mediodía Fourbour y el alcalde ya estaban en Mortlake Manor. Corbett se entrevistó primero con el panadero. Ignorando las protestas del hombre por haberle hecho interrumpir su trabajo, Corbett le hizo sentarse en una silla en el rincón de la gran sala y se sentó a su vez enfrente de él. Examinó su canoso cabello y su pálido cutis, que hacían que pareciera que el panadero se había teñido con la harina que empleaba para hacer el pan. Fourbour era bajo y delgado, con ojos saltones y una lengua temblorosa. Los nervios hacían que le temblara un músculo de la mejilla.

—Quiero hablar con vos de la muerte de vuestra esposa —dijo Corbett con brusquedad.

El nerviosismo de Fourbour aumentó.

—¿Se llamaba Amelia?

—Sí —susurró Fourbour.

—Y ¿cuánto tiempo llevabais casados?

—Seis años. Ella era diez años menor que yo —al panadero se le llenaron los ojos de lágrimas—. Era muy hermosa, *sir* Hugo —recorrió la vacía sala con la mirada—. Pero nunca se sintió cómoda en Hunstanton.

—¿De dónde era?

—Era la hija de un molinero de Bishop's Lynn. Yo solía ir allí a comprar mi harina. Su nombre de soltera era Culpeper.

Corbett apartó la mirada. El molinero de un pueblo como Bishop's Lynn debía de ser muy rico. ¿Por qué permitió que su hija se casara con un panadero de pueblo? Al parecer Fourbour le leyó el pensamiento a Corbett.

—Amelia se había visto implicada en un escándalo. Se quedó embarazada, pero el niño murió. —Pronunció aquellas palabras precipitadamente.

—¿Y vos pedisteis su mano?

—Sí, así es. Su padre estaba encantado. Le dio una generosa dote y Amelia no puso objeciones. Al principio nuestro matrimonio era feliz, pero hace unos dieciocho meses... —Fourbour se pasó los dedos por el escaso cabello—. Sí, creo que fue entonces; Amelia se volvió reservada y triste. Daba largos paseos o cabalgaba por los páramos. Yo protestaba, pero ella decía que no caía bien a los aldeanos, y que tenía que irse.

—¿Sabéis adónde iba?

—Creo que a veces llegaba hasta el convento de la Santa Cruz.

—¿No tenía amigas?

—No, la verdad es que no. El primero de mayo y los días de fiesta intentaba unirse a las otras mujeres en el ejido, pero ellas siempre la ignoraban. Y lo mismo sucedía cuando iba a la iglesia —Fourbour se pasó la lengua por los reseos labios—. Amelia decía que no la trataban bien.

—¿Alguna vez fue a ver al sacerdote?

—Dos veces. Pero Amelia decía que no le gustaba el padre Agustín. Lo encontraba muy frío.

Corbett asintió con gesto comprensivo.

—¿Y la noche que mataron a vuestra esposa?

Fourbour se frotó la cara con las manos.

—Amelia estaba nerviosa —explicó lentamente—. Poco antes del anochecer ensilló nuestro caballo y dijo que iba a dar una vuelta por el páramo —al panadero se le quebraba la voz—. El caballo regresó solo. Mis aprendices y yo fuimos a buscar a Amelia. La encontramos allí, colgando de una cuerda untada de brea. Estaba muy oscuro allí arriba, os lo aseguro. De no ser por la palidez de su rostro, no la habríamos visto. Uno de mis aprendices fue el que la vio primero, colgando de la soga. Yo le dije que no se acercara a ella. No podía creer lo que estaba viendo.

—¿No queríais bajar a vuestra esposa del cadalso?

—No podía —balbuceó Fourbour apartando la vista—. Me quedé helado. Uno de los aprendices fue corriendo a Mortlake Manor y regresó con *sir* Simon, el médico y ese extraño individuo, Monck. Monck llevaba una antorcha. El médico y él se acercaron a la horca. Monck examinó el suelo y luego volvió a montar en su caballo para cortar la soga y soltar a Amelia. Después dijo que no había huellas de otros caballos ni marcas de botas.

Fourbour hizo una pausa para reflexionar.

—A la mañana siguiente —prosiguió— encontraron el cadáver decapitado de su criado en la playa. Al principio pensé que ambas muertes estaban relacionadas.

—Ah, ¿sí? —dijo Corbett—. ¿Por qué?

—Bueno, porque se produjeron en el mismo momento.

Corbett tocó suavemente el dorso de la mano del panadero, fría como un témpano.

—Los asesinaron, maese Fourbour. Cerdic Lickspittle y vuestra esposa fueron asesinados. ¿Sabéis por qué?

Fourbour sacudió la cabeza.

—¿Se os ocurre algo que pudiera explicar la muerte de vuestra esposa?

Fourbour volvió a sacudir la cabeza.

—¿O quién devolvió vuestro caballo a las afueras del pueblo?

—No lo sé —susurró Fourbour—. Los aldeanos que lo vieron llegar creyeron que era Amelia, pero era una noche oscura, y el jinete llevaba una capa.

Corbett se mordió el labio. Oyó a Robert, el alcalde, detrás de la puerta, quejándose a gritos de que le hicieran esperar. Corbett no le hizo caso.

—¿Visteis el cadáver de vuestra esposa? —dijo con amabilidad.

Fourbour asintió.

—Y ¿no presentaba ninguna otra señal de violencia?

—No —susurró el panadero.

—Y ¿descubristeis algo entre sus pertenencias, una carta, una nota, algo que

pudiera explicar su muerte?

—No —contestó Fourbour apartando la vista—. Amelia era una joven cariñosa y adorable. El abandono de su amante y la muerte de su hijo le habían dolido mucho. Y, antes de que me lo preguntéis, ella no mencionó al padre de la criatura ni una sola vez —Corbett vio que el panadero iba a decir algo más pero cambiaba de opinión.

—¿Qué ibais a decir? —preguntó Corbett—. Habladme, no temáis —se inclinó hacia delante y asió al hombre por la muñeca—. Os pido disculpas por la franqueza de mis preguntas. Es posible que vuestra esposa tuviera una vida triste, pero tuvo una muerte trágica. Se encontró con su asesino en los páramos. ¿Vais a permitir que quede impune?

Fourbour abrió su bolsa y extrajo un collar de marfil que destelló a la luz de las velas.

—Es muy bonito —murmuró Corbett—. Y muy caro.

—Era de Amelia —explicó Fourbour—. Y, aunque ella nunca me lo dijo, siempre creí que se lo había regalado su amante. Por nada en particular, solo porque siempre lo llevaba.

—¿Algo más? —preguntó Corbett.

—Una vez, una única vez, la seguí a los páramos. Amelia empezó a quejarse de los aldeanos. Le dije que eran gente pobre. Amelia me miró y se rio. Dijo que quizá en Hunstanton hubiera más riqueza de la que yo podía imaginar —se encogió de hombros—. No entendí qué quiso decir. ¿Vos lo entendéis, *sir* Hugo?

—No —Corbett se levantó y le tendió la mano al panadero—. Maese Fourbour, os agradezco que hayáis accedido a hablar conmigo. Y, si es necesario, acudiré de nuevo a vos.

Fourbour exhaló un suspiro de alivio y abandonó la sala al tiempo que el mayordomo de Gurney hacía entrar a Robert, el alcalde. Robert miró con gesto hosco a Corbett, que le hizo señas para que se sentara en la silla vacía. El alcalde se arrebujó en su capa, con gesto arrogante.

—Estoy muy ocupado, *sir* Hugo. Preguntadme lo que queráis, pero antes de que me amenacéis, permitidme que os recuerde que Gilberto y su madre fueron declarados culpables por el tribunal. Y nosotros no queríamos matarla.

Corbett se le acercó.

—Maese alcalde, sois un asesino y un mentiroso. Un hombre orgulloso que actúa para ocultar sus secretos.

El alcalde palideció.

—¿Qué queréis decir con eso? —balbuceó.

Corbett sonrió para sí. El alcalde había olvidado los insultos que Corbett profirió contra él al ver que lo acusaban de ocultar un secreto. Los negros ojos del alcalde observaban a Corbett con ansiedad.

—¡Secretos! —exclamó—. ¿Qué secretos?

—Vuestra reciente riqueza.

—Fue un legado. Una herencia.

—¿De quién?

—De un pariente lejano.

—¿Dónde vivía ese pariente lejano?

El alcalde apartó la vista.

—Maese Robert —murmuró Corbett—. Puedo ordenar que os apresen y os envíen al sur para que os interrogue el tribunal del rey. Pero eso no os gustaría, ¿verdad que no? Vuestra esposa acaba de dar a luz un hijo y sois un hombre importante en esta comunidad. Podríais pasaros varios meses en Londres.

El alcalde, malhumorado, empezó a morderse una uña.

—Ese dinero me lo dieron honradamente.

—¿Quién os lo dio?

El alcalde suspiró.

—Quiero saber la verdad, Robert —insistió Corbett.

—Un buhonero vino a Hunstanton. Traía un mensaje de Eduardo Orifab, un orfebre de Bishop's Lynn, en el que este decía que tenía un dinero para mí. Fui allí y me dieron cinco monedas de plata y una de oro.

Corbett entornó los ojos y preguntó:

—¿Y vos no preguntasteis quién os daba ese dinero?

Robert sacudió la cabeza y contestó:

—El orfebre se mostró muy insistente. No quiso decirme nada.

Corbett escudriñó el rostro del alcalde. «Me estáis mintiendo», pensó.

—¿Estáis seguro de lo que decís, Robert?

—Como de que Dios hizo las manzanas, *sir* Hugo.

—¿Qué me decís de vuestra hija, Blanca?

—Se unió a los *pastoreaux* y se marchó del pueblo —dijo Robert con una sonrisa.

—Por lo que veo, eso os alegra.

—La echo de menos, pero tengo siete bocas que alimentar, y ¿qué podía hacer Blanca? Era demasiado pobre para ingresar en el convento de monjas, y ¿con quién iba a casarse? ¿Con alguien como Gilberto? Soy un hombre pobre, *sir* Hugo. Blanca será feliz lejos de aquí.

Corbett asintió. Dio las gracias al alcalde y le ordenó que se marchara. Luego se quedó contemplando la pared.

—¡Bishop's Lynn! ¡Bishop's Lynn! —repitió para sí.

—¿Amo?

Corbett levantó la cabeza. Ranulfo estaba de pie a su lado.

—Siéntate, Ranulfo. ¿Ya te encuentras mejor?

—Sí, es maravilloso lo que puede hacer un paseo al aire libre.

—¡Estupendo! Escucha, Ranulfo, aquí estamos dando palos de ciego. Monck corretea por el campo haciendo Dios sabe qué. Ya va siendo hora de que trabajemos un poco por nuestra cuenta. Quiero que Maltote y tú vayáis al pueblo mañana, a ver

qué podéis averiguar. Y hablad con Gilberto; suele vagar por los páramos, y quizá haya visto algo.

Ranulfo hizo una mueca, pero en el fondo estaba encantado de poder trabajar independientemente, lejos de la mirada del viejo maese Cara Larga.

—¿Algo más, amo? —preguntó con aire inocente.

—No, solo quiero que utilices tu ingenio y tu discreción innatos —dijo Corbett—. Ayúdame a aclarar este misterio, porque te aseguro que el diablo se pasea por los páramos de Hunstanton.

—¿Vais a Bishop's Lynn, amo?

Corbett sacudió la cabeza.

—No, todavía no. Primero iré a Walsingham. Ya que Monck no quiere decirme la verdad, le pediré explicaciones al rey en persona. Y si él tampoco me las da, nos marcharemos y dejaremos que Monck averigüe lo que está pasando aquí —Corbett se levantó y añadió—: ¿Todavía no has logrado recordar dónde viste a maese José?

Ranulfo sacudió la cabeza.

—Bueno. Pon a Maltote al corriente de todo.

Corbett abandonó la sala y regresó a su cámara. Llenó sus alforjas, recogió sus botas, su capa y su talabarte y miró por la ventana. Hacía un hermoso día, pero la niebla no se había dispersado del todo. Iría al pueblo y hablaría con el padre Agustín sobre las tumbas profanadas, luego continuaría hasta el convento de la Santa Cruz, y de ahí a Walsingham.

Corbett encontró al sacerdote en su iglesia, preparando el altar para los funerales de la madre de Gilberto y de Marina. Los dos ataúdes estaban colocados en unos caballetes de madera; el padre Agustín estaba avivando las velas funerarias de color púrpura que flanqueaban los dos ataúdes. Al entrar Corbett en la nave, el sacerdote bajó el cuchillo.

—Espero que no traigáis más noticias trágicas, *sir* Hugo.

Corbett sacudió la cabeza.

—¿Dónde están todos? —preguntó—. He encontrado el pueblo vacío.

El padre Agustín le hizo sentarse en uno de los bancos del crucero.

—Mis fieles están recuperando el tiempo perdido. Pase lo que pase, hay que seguir arando los campos, pues la tierra sigue donde siempre.

—Si no recuerdo mal, dijisteis que habíais nacido en Bishop's Lynn; por lo tanto, sois hombre de campo —dijo Corbett.

—No, mi padre era comerciante. Pero vos sois un hombre atareado, y estoy seguro de que no habéis venido a verme para hablar de mi pasado.

—No, padre, he venido por lo de las tumbas profanadas. ¿Podrías enseñármelas?

El padre Agustín lo guio hasta el cementerio, cubierto de hierba.

—Mi predecesor —explicó—, el padre Ethelred, era muy anciano y enfermizo. Por eso el obispo me envió aquí. Cuando llegue la primavera, limpiaré todo esto.

Corbett miró alrededor y vio las lápidas medio desmoronadas y las deterioradas

cruces de madera, todas ellas recientemente cubiertas con brea.

—Eso lo hice yo —dijo el padre Agustín—. El concejo municipal estaba preocupado por lo rápido que se pudre la madera. Dejad que os muestre las tumbas profanadas.

Llevó a Corbett al otro lado del cementerio y señaló la tierra húmeda removida recientemente.

—Esta es la última.

—¿Quién hay enterrado aquí? —preguntó Corbett.

El padre Agustín se agachó en la hierba húmeda y escudriñó la estropeada lápida.

—Sí, ya me acuerdo —dijo—. Cuando repasé el libro de entierros vi que esta era la tumba de un desconocido. Las leyes de la Iglesia son muy estrictas —explicó—. Cuando muere un desconocido, hay que enterrarlo en la parroquia más cercana con la palabra *incognitus*, «desconocido», y la fecha de su muerte en la lápida.

—¿Y las otras tumbas? —preguntó Corbett.

El sacerdote mostró a Corbett el resto de las tumbas robadas. Corbett se percató enseguida de que las profanaciones seguían una pauta. Todas menos dos correspondían a personas desconocidas; las excepciones eran las de dos ancianas. Y todas eran de personas ancianas que habían muerto entre los años 1216 y 1256.

—Y ¿no tenéis idea de quién puede haber sido el autor de las profanaciones?

—No —contestó el padre Agustín exhalando un suspiro—. He montado guardia, al igual que Robert el alcalde y algunos miembros del concejo municipal, pero sin ningún resultado.

—¿Cuándo lo hacen? —preguntó Corbett—. ¿Por la noche?

El sacerdote asintió.

—Aunque en una ocasión la profanación se produjo a última hora de la tarde. Solo el buen Dios sabe qué es lo que buscan.

—¿Os visitó Amelia Fourbour, la esposa del panadero? —preguntó Corbett bruscamente.

El sacerdote se encogió de hombros.

—Sí, me visitó. Era una mujer muy desgraciada. Amelia vino a quejarse del comportamiento de los aldeanos, pero yo no podía hacer nada —el padre Agustín levantó la vista hacia el cielo cubierto—. No me explico su muerte, y cuando Amelia todavía vivía, que Dios me perdone, no pude ayudarla. Ya habéis conocido a mis fieles, *sir* Hugo. ¡Son tan duros como la tierra que labran!

Corbett coincidió con él y le dio las gracias. Volvió a la entrada del cementerio, montó en su caballo y cabalgó en el crepúsculo hacia el convento de la Santa Cruz. Siguió el camino del acantilado, deteniéndose de vez en cuando para contemplar el gris y enfurecido mar. Finalmente divisó el convento. En cuanto traspasó las puertas, Corbett advirtió la riqueza de la institución. Las puertas estaban recién pintadas, y se abrieron silenciosamente sobre sus bien engrasadas bisagras. Las dependencias tenían tejado de tejas, los entramados de madera relucían y el patio estaba bien adoquinado.

Un mozo de cuadra cogió su caballo, y una hermana lega lo acompañó al interior del convento. También dentro del edificio la riqueza de las hermanas era patente. Las paredes estaban forradas de madera, los muebles bien encerados y había huecos con hermosas estatuas. Al fondo del pasillo, sobre una puerta arqueada, había un soberbio tríptico. El aire tenía un dulce aroma a madera, resina e incienso.

—¿Admiráis la belleza de nuestro convento? —preguntó la hermana lega haciendo una pausa mientras Corbett se paraba a contemplar una inmensa cruz labrada y pintada al estilo bizantino.

—Es muy bonito —replicó Corbett.

—Aquí solo se admite a madres de alcurnia, hijas o viudas de nobles —explicó la hermana lega—. Ellas aportan ricas dotes, y, por supuesto, también hay que tener en cuenta los beneficios que dan las ovejas.

Corbett recordó los rebaños que había visto.

—¿Exporta lana el convento? —preguntó.

—Sí, ya lo creo; la llevan a carretadas a Whitstable, a Boston, a Bishop's Lynn y a Hull —la hermana lega se enderezó—. Es lana de alta calidad, de la que están muy necesitados los tejedores flamencos.

Corbett echó una última ojeada al crucifijo y siguió a su guía por los pasillos, hermosamente amueblados, hasta la cámara de la madre Cecilia. La priora se alegró de verlo. Pidió que les llevaran vino y dulces y acompañó a Corbett hasta una silla que había delante de la chimenea. Corbett se sentó y miró alrededor. Ni la cámara privada de la reina en Westminster podía competir con el lujo de esa estancia, adornada con alfombras de lana, tapetes bordados con hilo de oro, lámparas de aceite de plata, preciosos candelabros, cuadros y aguamaniles, copas y bandejas de plata.

—Antes de que nos lo preguntéis, *sir* Hugo —dijo la madre Cecilia colocando una copa de vino a su lado—, os diré que las hermanas de la Santa Cruz no hacemos voto de pobreza. Somos una institución dedicada a las buenas obras, a la oración y a proporcionar refugio a mujeres de alta alcurnia en este agitado mundo.

Corbett le dio las gracias y se quedó contemplando el fuego. Había muchas instituciones como aquella, pensó, construidas sobre generosas donaciones y constantemente financiadas por una fuente regular de ingresos.

—¿Cuánto tiempo lleva el convento aquí? —preguntó.

—El bisabuelo de *sir* Simon fue su fundador. El edificio se terminó en 1220. Yo soy la quinta priora, y nuestra comunidad la componen sesenta hermanas.

—Y no tenéis quejas de los *pastoreaux*. ¿No los consideráis rivales? —dijo Corbett medio en broma, mientras la priora se acomodaba con elegancia en una gran butaca acolchada.

—Por supuesto que no. Ayudamos a los *pastoreaux* en todo lo que podemos. Aceptamos de muy buen grado que trabajen en nuestros establos, nuestras granjas y nuestros huertos. No nos causan problemas.

—¿Sabéis que han asesinado a Marina? —preguntó Corbett bruscamente.

—Claro que me he enterado. Pobre chica —dijo la madre Cecilia—. Acudí a este convento porque quería entrar como hermana lega, pero... —la madre Cecilia encogió sus regordetes hombros, con una expresión de pena en el rostro que, en otras circunstancias, habría hecho reír a Corbett.

—¿Ha estado aquí maese Monck?

—Sí, esta mañana.

—¿Qué quería?

—Ha venido por lo de su criado, Cerdic Lickspittle, ese al que encontraron muerto en la playa.

—¿Y? —preguntó Corbett, malhumoradamente.

La madre Cecilia se puso nerviosa.

—Pues bien, quería saber, concretamente, si Lickspittle pasó por aquí el día que murió. Le he dicho que sí —la madre Cecilia jugueteó con los pliegues de su hábito de lana—. Pero su visita fue muy breve. Ese hombre era un fastidio. Nuestras hermanas siempre lo veían cabalgando por el cabo y contemplando el mar. Maese Monck también es un fastidio.

—Quizá estuvieran preocupados —sugirió Corbett.

—¿Por qué?

—Por una de las hermanas de su orden, la hermana Inés, que cayó desde lo alto del acantilado.

La madre Cecilia no pudo disimular su agitación.

—¡Eso fue un accidente! —dijo secamente.

—Pero decidme, madre Cecilia —insistió Corbett—, ¿qué hacía una de vuestras hermanas en el acantilado en plena noche?

—No lo sé. Somos una institución de damas nobles, no una prisión. Nos protegemos de los intrusos, pero no impedimos a nuestras hermanas que salgan cuando quieran del convento. Supongo que la hermana Inés salió a dar un paseo.

—¿Por un peligroso acantilado? —dijo Corbett, incrédulo—. ¿En plena noche?

La madre Cecilia extendió sus rechonchos dedos.

—La hermana Inés era un alma atrevida.

—¿Qué cargo ocupaba?

—Era nuestra tesorera.

—¿Investigasteis su muerte?

—Sí. *Sir* Simon vino a vernos, y también maese Monck. Examinaron el cabo, pero no hallaron huellas sospechosas y dedujeron que Inés resbaló y cayó.

—Entonces, ¿no encontraron nada sospechoso en su muerte? —preguntó Corbett.

—No, absolutamente nada. Encontramos el cadáver en las rocas, y ahora yace enterrado en nuestro cementerio. ¡Que Dios la tenga en su gloria!

—¿Y Cerdic?

—Oh, vino aquí una mañana. Se quedó a oír misa, dio una vuelta por nuestra iglesia y se marchó.

—¿Nada más?

—Por supuesto que no.

—¿Y Amelia Fourbour, la esposa del panadero? —preguntó Corbett.

—Pobre mujer, pasaba a menudo a caballo por delante de nuestras puertas —la madre Cecilia jugueteó con el brazaletes de oro que llevaba en la muñeca—. Pero nosotras no la conocíamos.

Corbett tuvo la impresión de que no sacaría nada más. Se terminó el vino y dejó la copa suavemente en la mesita que tenía a su lado.

—Madre Cecilia, me dirijo a Walsingham. A su majestad el rey le complacerá la hospitalidad que me habéis ofrecido.

La madre Cecilia esbozó una sonrisa, pero en sus ojos había desconcierto.

—Me gustaría pasar la noche aquí —aclaró Corbett—, en vuestra casa de invitados.

La priora dio unas palmadas.

—Por supuesto, me alegra que seáis nuestro huésped.

Corbett le dio las gracias, se retiró y volvió a las cuadras. Le dijo al mozo de cuadra que regresaría al cabo de una hora; necesitaba cabalgar, relajarse y ordenar sus pensamientos. Una vez fuera del convento, se dirigió hacia el cabo decidido a aprovechar la última luz del día. Primero buscó el largo y sinuoso sendero que conducía a la playa. Trabó su caballo y bajó a pie. Sin embargo, la niebla se estaba volviendo más espesa y la marea estaba subiendo, chocando contra las rocas al pie de los acantilados. Dio media vuelta y llevó a su caballo por el borde del acantilado, ladeando la cabeza para protegerse del viento. Caminaba con cuidado porque el suelo era inseguro. Dejó atrás el convento, acurrucado en una pequeña hondonada, una dispersa colección de edificios detrás de su muro. Siguió por el cabo y miró hacia el mar. Allí el viento aún era más fuerte. Su caballo se puso nervioso, así que Corbett lo dejó paciando y volvió al lugar donde debía de haberse detenido la hermana Inés. Estaba oscureciendo. Corbett se alegraba de tener una cama caliente en la que pasar la noche, porque la noche iba a ser negra, sin estrellas ni luna, y el viento, que le revolvía el cabello y le lastimaba los ojos, soplaría con más fuerza.

Se quedó un rato allí de pie. No le extrañaba que la hermana Inés hubiera resbalado, pero ¿qué hacía una monja de avanzada edad contemplando el mar en plena noche? ¿Qué misterios ocultaba aquella región? ¿A qué habían ido allí Cerdic y Monck? Corbett estaba a punto de dar media vuelta cuando vislumbró una débil luz en el mar. Mientras la observaba se dio cuenta de que, pese a la bruma y la soledad de aquel paraje, los caminos del mar más allá del horizonte debían de estar muy transitados, con *cogs* y barcos de pesca que iban y venían de Hull y de otros puertos del este a los pueblos de pescadores de la costa. Corbett siguió caminando, alejándose del convento, y vio cómo los acantilados formaban una serie de pequeñas bahías y puertos naturales. Satisfecho, recogió su caballo y regresó al convento. Vio cómo el mozo de cuadra desensillaba y guardaba su caballo en las cuadras y le dio una

moneda.

—Cuida bien mi caballo —le dijo—. Mañana tengo que hacer un largo camino.

—¿Adónde os dirigís, señor?

—A Walsingham.

El hombre se rascó la cabeza y dijo:

—Será mejor que volváis al pueblo y busquéis el camino desde allí. Si no lo dejáis y hace buen tiempo, llegaréis a Walsingham por la tarde.

Corbett le dio las gracias y dijo:

—Ah, por cierto. La hermana Inés, la monja que cayó del...

—Que Dios se apiade de su alma, señor, yo la conocía bien.

—¿Iba a menudo a pasear por el acantilado?

—Oh, no, solo a veces. Siempre tenía mucho cuidado, llevaba bastón y linterna, pero era una mujer muy lanzada —el mozo sonrió mostrando su desdentada boca—. En este convento hay mucho trabajo. Las granjas, las ovejas, la lana...

—Pero ¿no salía siempre a la misma hora? —preguntó Corbett.

—¿Por qué? —el hombre se puso a la defensiva—. La hermana Inés iba y venía cuando se le antojaba. Os diré una cosa, señor, yo nací en estos lugares, y os aseguro que son muy traicioneros. Los acantilados están hechos de creta, y se desmoronan. En los páramos hay pantanos que se han tragado a muchos hombres y sus caballos. Y sobre todo las mareas; después de una lluvia intensa, y cuando soplan vientos fuertes, el mar entra más deprisa que un galgo.

Corbett le dio las gracias y regresó al convento. Una hermana lo condujo hasta la pequeña casa de invitados que había enfrente de la capilla, y le llevó un sabroso pastel de carne y una jarra del mejor clarete que Corbett había probado desde hacía meses. Después de cenar, Corbett se retiró. Sin embargo, mientras estaba tumbado en la cama, adormilado, su mente seguía volviendo a aquel solitario cabo azotado por el viento, y la imagen de la monja apoyada en un bastón, con una linterna en la mano, contemplando el oscuro mar.

Capítulo VII

Majestad, exijo saber qué hace Lavinius Monck en Mortlake Manor. Corbett, plantado en la cámara real del priorato agustiniano de Walsingham, miró desafiante al rey, que estaba repantigado en una butaca junto a la ventana, mirando con rostro ceñudo a través de ella.

En el otro extremo de la estancia, sentado en una silla delante del fugo, el ceñudo Juan de Warenne, conde de Surrey, cambió de postura con dificultad y se golpeó la rodilla con los guanteletes de cota de malla.

—¡Maese escribano —gritó el conde por encima del hombro—, a vuestro rey no se le exige nada!

—¡Haced el favor de callaros, Surrey, y no seáis tan condenadamente pomposo!

Eduardo de Inglaterra miró con gesto airado a su alegre compañero y fiel amigo, al que no tenía ganas de escuchar. De Warenne sabía cómo dirigir una carga contra los escoceses, pero cuando se trataba de intrigas, tenía el tacto y la diplomacia de un ariete. Eduardo miró fijamente a Corbett y ocultó una sonrisa burlona. Corbett, por lo general tan sosegado y sereno, estaba cubierto de barro de pies a cabeza. Iba sin afeitarse y sus ojos, generalmente cansados, destellaban de ira. El rey extendió las manos.

—Ay, Hugo. ¿A qué viene tanto alboroto? —señaló la butaca que tenía a su lado—. Sentaos, buen hombre —Eduardo sonrió, y su leonino rostro adoptó una expresión afable—. He venido a este santuario en busca de paz y serenidad divinas.

Corbett se sentó donde le indicaba el rey. «Sois un mentiroso», pensó. Miró fijamente el rostro de halcón del rey. La barba canosa, la melena que le llegaba hasta los hombros, los francos y directos ojos y la generosa boca no eran más que una máscara. Eduardo de Inglaterra era un conspirador nato; le encantaba la intriga, y se le daba de maravilla. Sin embargo, Corbett no estaba de humor para que jugaran con él. Había cabalgado todo el día desde el convento de la Santa Cruz, y había llegado a Walsingham al anochecer.

—¿Por qué os preocupa tanto Lavinius? —preguntó el rey.

Corbett aprovechó la ocasión y explicó con frases concisas lo que estaba pasando en Hunstanton. Eduardo se alisó la barba, cada vez más abrumado al imaginarse a Corbett, su escribano mayor, correteando por las marismas y las pantanosas praderas de Norfolk.

—Creí —dijo el rey cuando Corbett hubo terminado su relato— que podríais ayudar a Lavinius, sobre todo después de la muerte de Cerdic —señaló con un movimiento de cabeza a De Warenne, que contemplaba el fuego con malhumor—. Y Surrey estuvo de acuerdo conmigo.

—¡Lavinius es un buen escribano! —dijo De Warenne.

—Lavinius está loco, mi señor —replicó Corbett.

El conde se dio la vuelta, pero Corbett no se inmutó.

—Ya lo sabéis, mi señor —continuó Corbett—. Ese hombre ha enloquecido de dolor.

—¿Y los *pastoreaux*? —se apresuró a preguntar Eduardo.

—Majestad, os recomiendo que la próxima vez que os reunáis con vuestro consejo en Westminster, promulguéis un decreto a todos los gobernadores, alguaciles y funcionarios portuarios, así como a todos los barones y vasallos directos, prohibiendo que los *pastoreaux* se instalen en vuestro reino.

—¿Por qué motivo?

—Para preservar el orden y para mantener la paz del rey.

—¿Por qué? ¿Creéis que esos *pastoreaux* son responsables de los asesinatos?

—Es posible que lo sean. Pero no me gusta que unos extraños se metan en una región y se lleven a los jóvenes con la promesa de viajar al extranjero.

Eduardo asintió.

—Pero Monck no ha ido allí por los *pastoreaux* —prosiguió Corbett—. Majestad, ¿vais a decirme la verdad, o preferís que entregue mis sellos y, como hizo *sir* Simon Gurney, me retire a mi mansión?

Eduardo se inclinó hacia delante y le cogió la rodilla a Corbett en un súbito gesto de cariño. Tenía los azules ojos bañados en lágrimas. «¡No, por favor! —pensó Corbett—. No me vengáis ahora con el papel de Eduardo, el anciano monarca, abandonado por sus amigos». Sabía lo que el rey iba a decir.

—Estáis cansado, Hugo —dijo el rey con voz gutural.

—¡Aceptad su dimisión! —intervino De Warenne.

—¡Callaos ya, Surrey! —bramó Eduardo—. ¡Cerrad el pico de una vez!

Eduardo se levantó, muy enojado, y fue a donde estaba De Warenne.

—¡Este lío lo habéis organizado vos! —gritó—. Ya os lo dije. Pero no, claro, os empeñasteis en enviar a Monck.

De Warenne miró al rey y suspiró. Desde que eran niños, el conde siempre había sido el chivo expiatorio del rey; no tenía otro remedio que aceptar esta última perorata. Corbett miró por la ventana y se dominó. Sabía que el rey y De Warenne estaban interpretando una comedia, pero se relajó, porque ahora, al menos, le dirían parte de la verdad.

Eduardo se dirigió a la mesa, llenó tres copas de vino blanco y les dio una a Corbett y otra a De Warenne. Luego se sentó de lado en la butaca, junto a la ventana, y bebió ruidosamente de su copa, mirando a Corbett con severidad.

—Esta noche extenderé unas cartas —dijo— para que se las llevéis a Monck —chascó los labios y añadió—: Y ahora, mi señor de Surrey, contadle a mi buen amigo Hugo qué hace Monck en Mortlake Manor.

De Warenne se levantó y acercó la silla a Corbett y le dio unas palmadas en el hombro al escribano.

—No pretendía ofenderos, Hugo.

—No me habéis ofendido, mi señor.

De Warenne clavó la vista en su copa y dijo:

—La historia comienza en octubre de 1216, el último año del reinado del rey Juan, el noble y poderoso abuelo de nuestro actual soberano.

—¡Basta de sarcasmos! —terció Eduardo.

—Veréis, la historia es la siguiente: Juan dedicó gran parte de su reinado a luchar contra sus barones, viajando por el país, intentando someter a condes y lores. Murió en Newark-on-Trent. Algunos creen que lo envenenaron, otros que murió de pena tras perder todo su tesoro en el Wash —sonrió al advertir el cambio de expresión de Corbett—. Ah, veo que ya conocéis la historia. Dejad que os refresque la memoria. Juan viajaba hacia el norte desde Bishop's Lynn. Llevaba toda su casa a cuestas, en una larga recua de caballos de carga que transportaban sus tesoros. Intentaba cruzar el estuario del Nene cuando, según las crónicas, perdió todos sus carros y sus caballos de carga con el tesoro y todos sus objetos valiosos —De Warenne hizo una pausa y se lamió los labios—. Según el cronista Florence de Worcester, cuyos textos han estudiado mis escribanos, el suelo se abrió repentinamente y unos violentos remolinos se tragaron hombres y caballos, llevándose todo.

—Lo que pasó —explicó Eduardo— es que mi querido abuelo intentó cruzar el estuario demasiado tarde. ¿Conocéis la región? Hubo una brusca marea, las olas entraron y la caravana del tesoro se perdió —Eduardo se encogió de hombros—. Mi querido abuelo fue a la abadía de Swynesford para consolarse con sidra, y luego siguió hasta Newark, donde entregó el alma en algo así como olor de santidad —Corbett sonrió—. Mi querido abuelo era la oveja negra de la familia Plantagenet; no había vivido santamente, y tampoco murió santamente.

—¿En qué consistía el tesoro? —preguntó Corbett.

—Una verdadera fortuna —respondió Eduardo lentamente—. Docenas de copas de oro y plata, jarras, jofainas, candelabros, colgantes y cinturones con joyas incrustadas. Los emblemas reales de la coronación —Eduardo suspiró—. Y por supuesto, los emblemas reales de la coronación de mi querida tatarabuela Matilde cuando era emperatriz de Alemania: una gran corona con joyas incrustadas, túnicas moradas, una vara de oro y la espada de Tristán —Eduardo se frotó el estómago y gruñó—: Una fortuna —murmuró—. ¡Una condenada fortuna perdida en el mar!

—¿Hubo algún intento de recuperarlo?

—Bueno, ya podéis imaginaros la confusión que se desencadenó tras la muerte de mi abuelo. Mi padre no era más que un niño. Bastante trabajo le costó conservar la corona, y no estaba para buscar tesoros perdidos.

—Y, ¿qué pinta Monck en todo esto?

—Bueno —terció De Warenne—, mi familia siempre ha lamentado mucho el desastre del rey Juan en el Wash. Veréis, mi abuelo estaba al mando de la caravana que transportaba el tesoro.

Miró con gesto severo a Corbett, desafiándolo a sonreír; la organización y otras habilidades intelectuales no eran las virtudes más destacadas de la familia Surrey.

Corbett se contuvo y no hizo ningún comentario.

—¡Bueno! —dijo De Warenne aliviado—. Así que el tesoro se ha perdido. Juan muere. Todo el mundo olvida el incidente, hasta hace más o menos un año, cuando Walter Denuglis, un destacado orfebre de Londres, le compra a un prestamista una antigua bandeja de oro con el escudo de Juan —De Warenne hizo rodar la copa entre sus manos—. Denuglis la lleva al tesoro. Luego encuentran otras dos bandejas muy similares. Los escribanos del tesoro se ponen a estudiar los archivos de la época del rey Juan. No cabe duda de que esas tres bandejas pertenecieron al tesoro de Juan.

—Pero yo creía —le interrumpió Corbett— que se había perdido todo. ¿Es posible que esos tres artículos los arrojaran en algún pantano, que un buhonero los encontrara y que los llevara a Londres para venderlos?

—No es muy probable —dijo el rey—. Para no ser más que un simple buhonero, ocultó sus huellas con mucha astucia. Y lo que es más importante, Corbett: por la corte circula la leyenda de que el desastre del rey Juan en el Wash estaba planeado. Ni siquiera mí querido abuelo, que era un poco corto, lo reconozco, se atrevería a cruzar el Wash sin un guía. Pues bien, contrataron a un lugareño, un tal Juan Holcombe, eso lo sabemos gracias a los archivos. Él conocía bien el estuario. Según los libros, murió en la tragedia —Eduardo frunció los labios y agregó—: Pero la leyenda local dice que escapó con unos cuantos caballos de carga.

—Y si es cierto eso que cuentan, ¿qué fue de él?

—No lo sabemos —contestó De Warenne—. Nuestros escribanos han repasado los archivos centrales y los locales. No consta que sobreviviera ningún Juan Holcombe.

—¿Estáis seguro? —insistió Corbett—. Supongo que, tras la muerte de Juan, el Tesoro investigaría concienzudamente esos rumores.

—Así es —respondió De Warenne—. Y no logró aportar nada salvo una historia muy mal documentada según la cual Holcombe había sido visto en algún lugar al norte de Walpole St. Andrew, entre ese pueblo y Bishop's Lynn. Después su rastro se pierde por completo.

De Warenne hizo una pausa cuando la campana del priorato empezó a tocar a vísperas. Corbett caviló sobre los retazos de historia que le habían contado.

—¿Hubo algún superviviente en el desastre del Wash? —preguntó.

—Oh, ya lo creo —contestó De Warenne—. Solo se perdió la caravana del tesoro. El rey, la corte y la escolta lograron salir con vida.

—¿Había algún Gurney entre ellos?

Eduardo esbozó una sonrisa burlona y dijo:

—¡Esperaba que me lo preguntarais! La respuesta es sí. *Sir* Ricardo Gurney, el bisabuelo de *sir* Simon, siguió al rey a la abadía de Swynesford, donde presencié un fletamiento. Cuando el ejército real se hubo dispersado, Gurney volvió a casa.

Corbett se mordió la uña del pulgar.

—Así pues —concluyó—, Monck fue enviado a Mortlake Manor, no para

investigar a los *pastoreaux*, sino para evaluar la posibilidad de que ese tesoro, o parte de él, esté oculto en la región.

El rey asintió con la cabeza.

—Pero ¿por qué Mortlake Manor? —preguntó Corbett—. ¿Por qué no los alrededores de Bishop's Lynn?

—Es una corazonada —explicó De Warenne— basada en una información sobre el guía Juan Holcombe. Lo vieron cabalgando hacia el norte, más allá de Bishop's Lynn. Si tenía intención de huir al extranjero, el único puerto posible era Hunstanton.

—Hay otra razón de que enviáramos a Monck —le interrumpió el rey—. La persona que vendió la plata en Londres sabía adónde ir. No se metió en la primera orfebrería que encontró. Los tres artículos fueron vendidos en diferentes partes de la ciudad. Uno cerca de la Torre, otro en Southwark, y el último a un prestamista cerca de Whitefriars. Y eso requiere organización. Significa también que lo hizo alguien que conocía bien la ciudad.

—¿Os referís a *sir* Simon Gurney?

—Es posible, pero sospechamos de los *pastoreaux*. Su jefe es un hombre llamado... —Eduardo cerró los ojos.

—Maese José —le recordó Corbett.

—Eso es, maese José. Y visita regularmente Londres. Es posible que haya nacido allí. Pues bien, cuando nos fijamos en Hunstanton, nos preguntamos qué cosas de importancia sucedieron en la región en la época en que apareció el oro —Eduardo sonrió antes de añadir—: No podíamos ignorar la llegada de los *pastoreaux*.

—Pero ¿cómo podía saberlo maese José?

—Eso, mi querido escribano —contestó De Warenne —no son más que conjeturas. Sin embargo, qué forma tan maravillosa de buscar el oro y la plata, haciéndose pasar por el jefe de una comunidad religiosa.

—Y ¿qué ha descubierto Monck? —preguntó Corbett.

—Muy poco —dijo el rey con amargura—. Por eso os enviamos a vos. Monck se puso furioso —el rey cogió a Corbett por la muñeca—. ¿Me haréis este favor, Hugo? ¿Regresaréis a Hunstanton y encontraréis el tesoro de mi abuelo?

Corbett asintió. El rey soltó un suspiro de alivio. Se puso en pie y le dio unas palmadas en el hombro a su escribano.

—En ese caso, os dejaremos solo para que meditéis. Han tocado a vísperas, y debo hablar con mi Dios.

El rey indicó a De Warenne que le siguiera. Corbett oyó cómo la puerta se cerraba tras ellos. Distráido, volvió a llenar su copa de vino. Gracias a Dios, pensó, que Eduardo no le había preguntado acerca de sus sospechas, que eran muy diversas y que no solo incluían a los *pastoreaux*. Corbett bebió un sorbo de vino. ¿Era por eso por lo que habían abierto las tumbas? ¿Estaba enterrado el tesoro en el cementerio? ¿Explicaba aquello la ostentosa riqueza del convento de la Santa Cruz? ¿Y Robert, el alcalde? ¿Había tropezado él con algo? ¿Y los Gurney? *Sir* Simon era un hombre

rico. Por último, los *pastoreaux*, ¿de verdad buscaban oro? ¿Era ese el motivo de la muerte de Marina? Y ¿recordaba Ranulfo a maese José porque se había cruzado con él en Londres? Corbett se reclinó en la butaca, cerró los ojos y se quedó dormido.

Regresó a Mortlake Manor al día siguiente por la noche y encontró a Gurney furioso porque Monck no había vuelto de los páramos.

—¿Cuándo se marchó? —preguntó Corbett quitándose la capa y las botas delante del fuego.

—Se marchó ayer por la tarde. Me he enterado de que lo vieron anoche atravesando el pueblo al galope. Ordené a Catchpole y a unos cuantos criados que salieran a buscarlo por los páramos, pero no lo han encontrado.

—¿Y Ranulfo? —preguntó Corbett.

—Maltote y él se han retirado. Han dicho que estaban agotados.

Corbett asintió y estiró las doloridas piernas delante del fuego. Miró hacia el otro lado de la chimenea, donde Alice y Selditch estaban sentados bebiendo vino caliente.

—¿Os ha dicho Monck alguna vez para qué vino aquí? —preguntó Corbett.

—Nos dijo que había venido por los *pastoreaux*.

Corbett se levantó y fue a cerrar las puertas de la sala. Luego volvió a su sitio, pero esta vez no se sentó, sino que se quedó mirando a Gurney, a su esposa y al astuto y reservado médico.

—Lavinius Monck no vino a Mortlake Manor por los *pastoreaux* —explicó Corbett— sino por una historia más antigua, el tesoro perdido del rey Juan.

Corbett había dado en el clavo. Alice levantó la cabeza, sorprendida; el médico bajó la cabeza para ocultar sus facciones; Gurney se llevó inmediatamente una mano a la cara como si quisiera alisar su ceñuda frente, y Corbett se sentó.

—Lo sabíais, ¿verdad? O al menos lo sospechabais.

—Sí —reconoció Gurney—. Claro que lo sabía. En cuanto llegaron aquí, Monck y Lickspittle exigieron revisar los archivos de la mansión.

—¿Por qué? —preguntó Corbett—. ¿Hay algo allí sobre el tesoro perdido?

Gurney sacudió la cabeza.

—*Sir* Simon —insistió Corbett—, vos conocéis la historia. Vuestro bisabuelo acompañó al rey Juan cuando cruzó el Wash. Viajó con el rey hasta la abadía de Swynesford antes de volver aquí. Sin duda habréis oído las leyendas sobre Juan Holcombe, el guía que pudo escapar con parte del tesoro. El rey está decidido a recuperar ese tesoro. ¿Os contó Monck por qué?

Gurney volvió a sacudir la cabeza, pero sin apartar los ojos de los de Corbett.

—Porque parte de ese tesoro, que presuntamente yace bajo las arenas del Wash, hace poco ha salido a la superficie en los mercados de Londres. Alguien sabe dónde está escondido y ya ha empezado a venderlo.

Sus tres interlocutores se quedaron inmóviles en sus asientos.

—Creo —prosiguió Corbett— que alguien de este feudo está vendiendo el tesoro. Quiero saber la verdad. Se están produciendo muertes terribles, asesinatos

espantosos. Y ahora, *sir* Simon, por vuestra lealtad al rey, decidme, ¿sabéis algo del tesoro?

—No, él no sabe nada. ¡Pero yo sí! —dijo Selditch poniéndose en pie.

—¡Giles, no es necesario! —dijo Gurney.

El médico se frotó la cara con las manos.

—Prefiero contárselo a Corbett que a Monck. Es mejor que no se os acuse a vos.

—¡Maese Selditch! —ordenó Gurney—. ¡Sentaos y callad!

El médico miró a Corbett.

—Lo habríais averiguado tarde o temprano —dijo—. Vos, con vuestra penetrante mirada y vuestros silenciosos modales. Yo vendí las bandejas en Londres —rio con amargura—. Al fin y al cabo, soy médico; voy a Londres con frecuencia para reunirme con mis amigos y para comprar mercancías, esas pociones y polvos que solo se pueden conseguir allí. Además nací en Londres, un hecho que no habríais tardado en descubrir, así que conozco bien la ciudad —la voz de Selditch tenía un tinte de amargura—. Sobre todo a los prestamistas; nací en el seno de una familia pobre. Mis padres no podían pagar mis estudios, así que aquellos mercachifles me conocían bien.

—Nada de esto es necesario —le interrumpió Gurney.

—Lo siento, *sir* Simon, sí lo es. Muy necesario —Selditch respiró hondo y prosiguió—: Entré en la casa de *sir* Simon. Él resultó ser un señor muy generoso. Cuando dejamos de servir al rey, su hogar se convirtió en mi hogar —el médico hizo una pausa y dio una ojeada a la sala, lujosamente amueblada—. Esta mansión me fascinó. Inspeccioné cada rincón y cada grieta. Leí todos los documentos de los archivos feudales hasta que descubrí el gran secreto de Mortlake —Selditch miró a Gurney—. Será mejor que Corbett vea lo que sabemos.

Gurney coincidió con el médico. Le dijo a su esposa que se quedara en la sala mientras él y Selditch conducían al perplejo Corbett a los pasillos subterráneos. Encendieron unas antorchas. Siguieron por el cavernoso pasadizo hasta más allá de la celda de Gilberto. Corbett miró por la mirilla de la puerta, pero el joven estaba profundamente dormido en una cama al parecer muy cómoda. Al final del pasadizo, el médico apartó un enorme barril de cerveza que ocultaba una estrecha puerta.

Cogió una llave de su cinturón, abrió la puerta y entraron todos en un largo túnel. Allí el aire era mucho más frío, y Corbett estaba seguro de que oía el murmullo del mar. El médico iba delante y Gurney detrás; Corbett, al percatarse de lo vulnerable de su posición, lamentó que Ranulfo no se encontrara con él. Puso la mano sobre su daga y, cuando el suelo empezó a ponerse resbaladizo, lamentó haberse cambiado las botas por unas suaves polainas de cuero. El corazón empezó a latirle con violencia y se le llenó la frente de sudor, porque el pasadizo era estrecho y Corbett tenía la impresión de que las paredes se le echaban encima. Respiró hondo. Fijó la vista en la chisporroteante antorcha que llevaba Selditch y rezó en silencio para que su viaje no se prolongara mucho. De pronto Gurney y el médico torcieron una esquina. El

pasadizo se ensanchó y desembocó en una cámara subterránea. Corbett respiró mejor cuando Selditch encendió las antorchas colgadas en las paredes de la caverna, que se iluminó. Selditch empezó a remover un montón de piedras y guijarros que había en un rincón. Gurney fue a ayudarle y Corbett vio, fascinado, cómo sacaban un largo ataúd de madera de pino. Gurney abrió los cierres y dio un empujón al ataúd. Corbett vio el esqueleto amarillento que yacía dentro. Levantó la vista sorprendido.

—¿Quién es? ¿Qué significa todo esto?

Vio una bolsa de piel a los pies del ataúd. Se agachó para cogerla, pero Gurney se le anticipó. La cogió y la sujetó con fuerza contra su pecho.

—¿Quién es? —repitió Corbett.

Se le erizaron los pelos del cogote. Dirigió la mano hacia su daga.

—Hugo, Hugo —murmuró Gurney—. No somos tus enemigos. Solo tememos lo que podrías hacer —Gurney señaló el esqueleto—. Ese es Juan Holcombe, el difunto vecino de Bishop's Lynn. Mi bisabuelo, *sir* Ricardo Gurney, lo contrató para guiar el convoy del rey Juan por el Wash —Gurney dio unos golpes en el podrido ataúd con la punta de la bota—. Pero Holcombe destruyó el tesoro real, o al menos parte de él. Al parecer, antes de que el rey Juan saliera de Wisbech, Holcombe había visto cómo cargaban el tesoro en los caballos. El muy malvado diseñó un espantoso plan. El convoy del rey lo formaban tres grupos: el rey y la corte primero, la caravana con el tesoro detrás, y luego los soldados de a pie. Holcombe tenía que ir delante, pero aquel día se colocó detrás. Además, utilizando como excusa una densa niebla, retrasó deliberadamente la travesía del Wash.

—El resto ya lo sabéis —terció Selditch—. La marea empezó a subir. La escolta del tesoro fue presa de pánico. Holcombe dio media vuelta, cogió una fila de mulas y, utilizando su conocimiento de caminos y rutas secretas, huyó con parte del tesoro, dejando que el resto se lo llevara el agua, junto con sus guardianes.

Gurney retomó el hilo de la historia.

—Pues bien, cuando mi bisabuelo llegó a Swynesford empezó a pensar en lo que había pasado. No era tonto, y, en los últimos y confusos días del reinado del rey Juan, decidió abandonar la corte y buscar a Holcombe. Es una larga historia —Gurney toqueteó la bolsa de piel que tenía en las manos—. Está todo aquí dentro.

Corbett tendió una mano y Gurney le entregó la bolsa.

—Solo vos podéis verlo, Hugo. No quiero que ese mal nacido de Monck toque estos documentos.

Corbett asintió.

—Ya veremos —murmuró. Miró el ataúd y preguntó—: ¿Cómo vino a parar Holcombe aquí?

—Bueno, para abreviar, mi bisabuelo lo atrapó y lo colgó en la horca, esa que habéis visto en los acantilados de Hunstanton. Cuando la carne se hubo descompuesto, hizo colocar el cadáver en un ataúd especial y enterrarlo aquí.

—¿No se lo contó a nadie? —preguntó Corbett.

—No, porque se sentía culpable. Al fin y al cabo, era él quien había contratado a Holcombe, y tenía sus enemigos, que podían haber dicho que Holcombe y mi bisabuelo eran cómplices.

—¿Y el tesoro? —preguntó Corbett.

—Ah, ahí es donde empieza el misterio. Veréis, *sir* Ricardo no tuvo muchos reparos en eso. Antes de que lo colgaran, Holcombe fue torturado en el calabozo que acabáis de ver. Se negó a revelar su escondite, pero admitió que había tenido un cómplice, un segundo guía llamado Alan del Marsh, el mayordomo de la mansión. Según Holcombe, Alan sabía dónde estaba escondido el tesoro. Sin embargo, según la confesión de mi bisabuelo, dictada a su hijo, nunca encontraron a Alan ni averiguaron el paradero del tesoro.

Corbett señaló a Selditch y dijo:

—Pero vos vendisteis tres piezas de vajilla en Londres, ¿no?

—¡Ah! —Gurney se arrodilló y cerró la tapa del ataúd. Luego miró a Corbett—: El desastre del Wash ocurrió en octubre de 1216, pero mi bisabuelo no dio con Holcombe hasta febrero del año siguiente. Cuando lo encontró, en los páramos, Holcombe llevaba una bolsa de piel que contenía esas tres piezas. Según la confesión de mi bisabuelo, pensó que Holcombe seguramente se dirigía a algún puerto para embarcarse hacia Londres, o incluso al extranjero, para vender las piezas —Gurney se levantó—. Así que mi bisabuelo había atrapado a Holcombe con una pequeña parte del tesoro. ¿Qué podía hacer? Si lo entregaba a la justicia, Holcombe, inspirado por su maldad, podía insinuar que mi bisabuelo fue su cómplice en aquel terrible crimen. Y ¿qué podía hacer *sir* Ricardo con las piezas de vajilla? ¿Vendérselas al tesoro en Londres y decir que se las había encontrado? No. Las enterró en la tumba secreta de Holcombe, en esta caverna. Ni Holcombe, ni tumba, ni tesoro. *Sir* Ricardo dictó su confesión, pero no desveló a su heredero dónde estaban enterrados Holcombe y las valiosas piezas de vajilla.

Cuando Gurney terminó de hablar, Corbett miró a Selditch y dijo:

—¿Cuál es vuestra parte en la historia?

Selditch infló los carrillos y soltó un largo suspiro.

—Como ya os he dicho, me interesé por la historia de Mortlake Manor y todas sus misteriosas leyendas. Abrí los pasadizos, encontré esta caverna y advertí que habían movido las piedras de ese rincón. Saqué el ataúd de Holcombe. Dentro encontré la confesión de *sir* Ricardo y tres piezas de vajilla. Se lo dije a *sir* Simon y él me dijo que dejara la vajilla donde la había encontrado. Lo hice, porque quería proteger su buen nombre. Pero entonces las guerras del rey alteraron el comercio. *Sir* Simon cayó en manos de los prestamistas. Me acordé de la vajilla, la saqué de aquí, fui a Londres con una excusa y reuní suficiente oro y plata para pagar a sus acreedores —Selditch abrió las manos y añadió—: Lo que hice no estuvo bien, y no se lo conté a *sir* Simon hasta mi regreso —el médico sonrió—. Se puso furioso, pero ¿qué podía hacer? Había vendido la vajilla y había pagado a los acreedores —el

médico se encogió de hombros—. Y había saldado una \$deuda.

Corbett lo miró fijamente.

—¿Qué pensáis hacer, Hugo? —preguntó Gurney.

Corbett hizo una mueca.

—¿Qué sentido tiene que se lo cuente al rey? —dijo lentamente—. Al fin y al cabo, ahora él ha recuperado las tres piezas de la vajilla. Lo que me preocupa es quién más está buscando el resto del tesoro. ¿Están todas esas misteriosas muertes relacionadas con él? —Corbett se metió la bolsa de piel en el cinto, tendió la mano y estrechó la de Gurney—. ¿Para qué voy a castigaros, *sir* Simon? El rey no se lo creería. Respecto a vuestro médico, cometió un estúpido error, pero bien intencionado —Levantó la mano y concluyó—: Pero estos documentos son míos, y Monck no debe conocer su existencia.

Las muestras de gratitud de Gurney y Selditch se le hicieron insoportables. Cuando todos juraron que no se lo contarían a nadie más que a Alice, Ranulfo y Maltote, Corbett abandonó los túneles y, aliviado, regresó a su cámara. Estaba agotado después del largo viaje y el tenso descubrimiento en los pasillos subterráneos. Corbett miró a sus acompañantes, que roncaban felices en sus camas, y se puso a estudiar el manuscrito que Gurney le había entregado.

A Corbett no le resultó fácil descifrarlo. El pergamino estaba deteriorado por el tiempo y el escritor, el hijo de *sir* Ricardo, había transcrito la confesión de su padre con una letra casi ilegible. Corbett leyó la frase inicial: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo, *sir* Ricardo Gurney de Mortlake Manor, hago esta confesión en secreto, pero digo la verdad. Pongo a Cristo, a su santa Madre y a todos los santos por testigos». La confesión detallaba la travesía del Wash, la traición de Holcombe, la vergüenza de *sir* Ricardo, su secreta búsqueda de Holcombe y su captura, tortura y lenta muerte por estrangulamiento en la horca. Corbett ya conocía la mayoría de los detalles, pero le llamó la atención una de las últimas frases del texto en la que se decía que el cómplice de Holcombe, Alan del Marsh, se había escondido en los alrededores de Hunstanton.

Corbett volvió a examinar el manuscrito, lo enrolló y lo escondió en sus alforjas. Luego se puso a pasear por la habitación, intentando resolver los misterios. ¿Qué había sido de Alan del Marsh? ¿Dónde estaba el tesoro? ¿Decía *sir* Simon la verdad? ¿Sabía algo Robert el alcalde? ¿O maese José? Corbett respiró hondo. Se tendió en la cama y se preguntó qué pintaba Monck en todo aquel embrollo.

Capítulo VIII

Corbett se incorporó y miró a Maltote y a Ranulfo, que dormían profundamente en sus camas. ¿Habrían descubierto algo durante su ausencia? Le entraron ganas de despertarlos, pero eso sería demasiado duro. Se levantó de la cama, se sentó a la mesa y reflexionó sobre su reciente encuentro con el rey. ¿Qué habría pasado si hubiera presentado su dimisión y Eduardo la hubiera aceptado? ¿Adónde habría ido Ranulfo? ¿Habrían podido instalarse todos en una mansión y convertirse en granjeros? Ahora Ranulfo era escribano, y había cumplido su ambición. Corbett se preguntó distraídamente si debería seguir los consejos de Maeve y delegar más trabajo en Ranulfo de Newgate.

—Esos asuntos pueden esperar —murmuró.

Apoyó la cabeza en los brazos durante unos segundos y volvió a quedarse dormido. Estaba soñando con Leighton y los verdes campos que había detrás de la mansión, que se extendían hasta el río Lea. Otras imágenes enredaron su sueño. Oyó a alguien que gritaba su nombre. Abrió los ojos y levantó la cabeza. Ranulfo estaba de pie a su lado, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Volvisteis tarde anoche, amo?

Corbett gruñó y estiró sus doloridos miembros. Miró por la ventana y dijo:

—¡Que Dios nos proteja! ¡Ya es de día!

—Sí —confirmó Ranulfo—. Maltote y yo venimos de misa —dijo con orgullo—. Hemos estado a punto de trasladaros a vuestra cama, pero parecíais muy cómodo. Os habríamos esperado levantados —continuó Ranulfo—, pero le estuve enseñando a Maltote un nuevo juego de dados. Nos bebimos una jarra de vino y se nos unieron dos criadas de la cocina —Ranulfo se encogió de hombros—. Ya sabéis como son esas cosas, amo.

—¡Y tanto que lo sé! —replicó Corbett poniéndose en pie.

Sin que Corbett lo viera, Ranulfo le hizo una mueca a Maltote, que estaba sentado en el borde de su cama.

Corbett se desnudó, se afeitó y se lavó mientras Ranulfo le preparaba ropa limpia. Mientras se vestía, Corbett les contó escuetamente lo que había descubierto la noche anterior y les describió su encuentro con el rey.

Los ojos de Ranulfo brillaban de alegría.

—Ese miserable de Monck —dijo— sabrá lo que es bueno —Le pasó el talabarte a Corbett y añadió—: Entonces, ¿el tesoro está aquí?

—Sí, Ranulfo, el tesoro del rey. Y si lo encontramos, hasta el último penique volverá al erario.

«No si yo puedo impedirlo», pensó Ranulfo.

—¿Acaso no hay leyes? —protestó mirando a Maltote en busca de su apoyo.

El mensajero asintió, aunque no tenía ni idea de lo que Ranulfo quería decir.

—¿Qué leyes? —preguntó Corbett.

—Que si alguien encuentra un tesoro puede quedarse la cuarta parte; eso fue lo que pasó cuando el viejo Leofric, ya sabéis, el sacerdote medio loco que vive junto a la Torre...

Ranulfo hizo una pausa al oír gritos procedentes de abajo, y ruido de gente corriendo. Un criado golpeó la puerta y entró en la habitación.

—¿Qué ocurre, buen hombre?

—¡Será mejor que vengáis, *sir* Hugo! Catchpole ha vuelto. ¡Ha traído a maese Monck!

—¿Qué quieres decir?

—Monck está muerto. ¡Tiene una saeta de ballesta en el pecho!

Corbett y sus dos acompañantes bajaron precipitadamente al patio. *Sir* Simon, Catchpole y otros criados estaban apiñados en la entrada del granero. Corbett se abrió paso entre ellos. El cadáver de Monck yacía sobre un jergón de paja, con los brazos y las piernas extendidos y la cabeza caída hacia atrás. Los ojos de gruesos párpados estaban entrecerrados. Tenía el lado izquierdo de la boca manchado de sangre seca y la saeta de ballesta clavada en el pecho.

Corbett se arrodilló y contempló el rostro de Monck, blanco y ceroso.

—¿Qué ha pasado?

—Ayer —contestó Gurney— maese Monck salió a última hora de la tarde. Visitó al padre Agustín en Hunstanton antes de ir al convento de la Santa Cruz.

—Anoche lo vieron pasar al galope por Hunstanton —añadió Catchpole—, como si lo persiguieran Satanás y todos sus demonios.

—¿Dónde lo habéis encontrado?

—En los páramos, tendido en la hierba. No había rastro de su caballo.

—¿En qué zona de los páramos? —preguntó Corbett.

—En el yermo. Y antes de que me lo preguntéis, *sir* Hugo, no había ninguna otra señal de violencia ni de nada que indicara lucha. Solo el cadáver de Monck y las huellas de cascos de su caballo. El animal debió de huir al galope después de caer su amo.

Corbett miró al médico, que tenía los ojos enrojecidos; tenía el rostro cansado y sin afeitar. *Sir* Simon también ofrecía el aspecto de alguien que no ha dormido en toda la noche. «¿Me contaron la verdad? —se preguntó Corbett—. Y si así es, ¿por qué no se acostaron? ¿Qué les ha mantenido despiertos toda la noche?».

—¿Ocurre algo? —preguntó Selditch.

—¿Qué opináis, maese médico? —dijo Corbett forzando una sonrisa—. ¿Podrías examinar a Monck? —Corbett se levantó y examinó las botas, las polainas y la capa de Monck, que estaban cubiertas de barro—. ¿Dónde está su talabarte? —preguntó.

—Lo llevaba muy suelto —explicó Catchpole—, así que se lo quité y lo puse en mi silla de montar.

Corbett asintió y echó una última ojeada al rostro del muerto.

—Que Dios te acoja en su seno, Lavinius —murmuró—. ¡Quizá ahora encuentres

paz!

Salió del granero para inspeccionar el talabarte de Monck, colgado en la silla de montar de Catchpole. El cinturón estaba muy estropeado. Corbett sacó la espada y la daga de sus vainas, vio que estaban completamente limpias y las puso de nuevo en su sitio.

—¿Qué pasa, amo? —susurró Ranulfo.

Corbett sacudió la cabeza y fue hasta el aljibe para lavarse las manos, secándoselas en el jubón. Se llevó un dedo a los labios y regresó a la sala con Maltote y Ranulfo. Los criados estaban sirviendo pan, queso y lonchas de jamón curado en unas bandejas para que los huéspedes pudieran desayunar. Corbett se sentó a la mesa, y Ranulfo se sentó a su lado.

—¿Por qué mirabais la espada, amo?

—Monck era un luchador nato —explicó Corbett—. Era un buen espadachín, y no era tonto —mordió distraídamente un trozo de queso y contempló el enorme escudo que había sobre la chimenea, el escudo de armas de Gurney—. Creo que salió para encontrarse con alguien, y que ese alguien llevaba una ballesta. El talabarte de Monck estaba suelto. Creo que lo que sucedió fue lo siguiente: la persona que mató a Monck conocía su reputación como luchador y fue precavida. Levanta la ballesta, le dice a Monck que se afloje el talabarte y, cuando Monck empieza a desabrochárselo, dispara. Monck cae del caballo, que huye al galope, y el asesino desaparece, seguramente a pie.

Ranulfo, que escuchaba con atención, asintió con la cabeza. Dejó la jarra en la mesa y estiró el brazo para quitarle de las manos a Maltote una loncha de jamón.

Corbett sacudió la cabeza fingiendo desaprobación y siguió hablando:

—Sin embargo, me pregunto qué hacía Monck en el convento de la Santa Cruz y por qué atravesó el pueblo cabalgando al galope como un poseso. ¿Por qué tanta prisa, y con quién iba a encontrarse? —Corbett se levantó—. Vamos, Ranulfo, ya comerás más tarde. Vamos a echar un vistazo a la cámara de Monck antes de que lo haga otro.

Ranulfo maldijo por lo bajo, cogió un trozo de queso y un poco de pan, y luego él y Maltote salieron con Corbett de la sala. Cuando subían la escalera, Corbett se detuvo.

—Ah, por cierto, ¿descubristeis algo mientras yo estaba fuera?

—Monck no le caía bien a nadie —dijo Ranulfo—. Pero hay que decir que vos tampoco, amo. No les gustan los forasteros. En el pueblo están deseando ver a Gilberto ahorcado. Por lo visto, *sir* Simon es un buen señor, los *pastoreaux* son inofensivos y las hermanas de la Santa Cruz presumidas y ricas.

—También está lo de las luces —dijo Maltote.

—Ah, sí —Ranulfo se apresuró a hablar para impedir que Maltote relatarla la historia—. Bajamos al calabozo a ver a Gilberto. Le llevamos una jarra de vino y nuestros dados. Ese joven es más cobarde que una gallina, amo, sería incapaz de

matar una mosca. Pero descubrimos una cosa. Al parecer, Gilberto suele salir a cazar por los páramos. A veces, sobre todo cuando hace buen tiempo, ve una linterna parpadeando en el mar, como si alguien hiciera señales.

—No es el primero que lo comenta —dijo Corbett—. Catchpole dijo que había visto esas luces —Hizo una pausa al ver llegar a Alice, que le sonrió, nerviosa y coqueta. Ranulfo y Maltote se apartaron para dejarla pasar, y Ranulfo se relamió viendo cómo Alice movía las caderas bajo el vestido de tafetán morado.

Maltote aprovechó aquella distracción para añadir su información:

—Luego fuimos a la taberna del pueblo y hablamos con un viejo pescador, muy parlanchín. Nos aseguró que había visto las luces en el mar, y no solo eso, sino también luces que contestaban desde lo alto de los acantilados.

Corbett levantó las cejas.

—Eso sí que es nuevo —dijo—. Catchpole no vio ninguna luz en la costa. Bueno, vamos, quizá encontremos algo en los papeles de Monck.

Volvió a abrir la puerta de la cámara de Monck con su llave maestra. La habitación estaba tal como la recordaba de su anterior visita. Ranulfo cortó las cintas de las alforjas de Monck con su daga, vació su contenido encima de la cama y Corbett empezó a revisarlo.

La puerta se abrió de golpe, y entró Gurney.

—¡Deberíais haber esperado! —exclamó con enojo.

—¿A qué, *sir* Simon? —preguntó Corbett—. ¿A que me dierais vuestro permiso?

—Esta es mi casa —replicó Gurney—. *Sir* Simon, no quiero ofenderos, pero es posible que aquí encontremos algo que nos diga quién mató a Monck y que arroje luz sobre el misterio que él estaba investigando.

Gurney salió precipitadamente de la habitación y cerró dando un portazo.

—Muy interesante —murmuró Corbett sonriendo a Ranulfo—. *Lady* Alice debe de haberse dado cuenta de adónde íbamos y ha corrido a avisar a su esposo. Me pregunto si *sir* Simon estaba enfadado por nuestra falta de cortesía o por otra cosa. En fin, vamos a echar un vistazo.

Empezaron a estudiar los efectos personales del escribano muerto. Dos mechones de pelo, cada uno guardado en su bolsa de tafetán, una alianza de matrimonio y una vieja muñequita eran los tristes recuerdos de la esposa y la hija asesinada de Monck. Una breve carta, cuyo pergamino estaba amarillento y resquebrajado por los años, resultó ser una carta de amor escrita veinte años atrás por la esposa de Monck. Al leerla, Corbett sintió compasión por Monck.

—Que Dios te acoja en su seno, Lavinius —susurró. Se estremeció, como si una mano gélida le hubiera acariciado suavemente el cogote. ¿Le pasaría a él lo mismo? ¿Revisaría otro escribano sus efectos personales después de alguna emboscada fatal en un callejón de Londres, o de un repentino ataque en un camino solitario?

—¡Amo! —dijo Ranulfo sacudiéndole por el hombro.

—Ranulfo, lleva todo esto a nuestra cámara. Envuélvelo en una manta. Todo.

Maltote y Ranulfo empezaron a amontonar las pertenencias de Monck encima de la cama.

—¿Qué es eso? —Ranulfo sacó unas mugrientas prendas de una de las alforjas.

—Debe de ser la ropa de Lickspittle —dijo Corbett.

Cogió la túnica, la camisa y las calzas que había encontrado Ranulfo. La camisa tenía manchas de sangre y, al igual que la túnica y las calzas, todavía estaba un poco húmeda. Corbett las puso con lo demás.

—Asegúrate de que lo coges todo —dijo—. *Sir Simon* debe de sentir tanta curiosidad como nosotros. Y tú, Maltote, baja a las cuadras y comprueba si con el cadáver de Monck trajeron más pertenencias tuyas.

De nuevo en su cámara, se pusieron a revisar todo lo que habían encontrado. Entre los objetos puramente personales había un librito y unos cuantos rollos de pergamino. Corbett los había puesto en la mesa y empezaba a examinarlos cuando entró Selditch, ansioso por ayudarles.

—Por si os interesa, *sir Hugo*, os diré que Monck murió a causa de la herida de la saeta de ballesta. Su cuerpo no presenta ninguna otra señal de violencia, aparte de una pequeña magulladura debajo del ombligo.

—¿Cómo pudo hacérselo? —preguntó Corbett.

Selditch hizo una mueca y respondió:

—Es posible que Monck se golpeará con algo antes de salir, o podría habérselo hecho al caer del caballo. No es nada grave.

—Y ¿llevaba algo encima? —preguntó Corbett.

—Vuestro criado ya lo ha cogido —Selditch sonrió con tristeza—. Y, antes de que me lo preguntéis, no llevaba dinero. Sospecho que Catchpole metió la mano en su bolsa.

Corbett le dio las gracias y volvió a concentrarse en la lectura de los pergaminos.

Algunos eran mapas de la zona, muy parecidos a los que él ya había visto antes. También había un breve resumen de la pérdida del tesoro del rey Juan en el Wash, y unas líneas que resultaron más interesantes. Monck había redactado una lista de preguntas:

¿Qué son las luces que se ven en el mar y en los acantilados?

¿Dónde podría estar escondido el tesoro? ¿En la ermita? ¿O en las cuevas que hay debajo de Mortlake Manor?

¿Está enterrado Holcombe en el cementerio de la iglesia?

¿Dónde está Alan del Marsh?

Corbett siguió leyendo y sonrió. Había preguntas parecidas acerca del alcalde y los *pastoreaux*, y al parecer Monck sospechaba de Gurney, Selditch y las hermanas del convento de la Santa Cruz. Corbett levantó la cabeza.

—Alan del Marsh —murmuró.

—¿Qué pasa, amo?

—Alan del Marsh —dijo Corbett—. Me enteré de su existencia porque Gurney me habló de él. ¿Cómo se enteró Monck? —Buscó entre los documentos y encontró el pergamino que le dio la respuesta—. Es posible que Monck estuviera medio loco —dijo a Ranulfo—, pero era un buen escribano. Descubrió que la hermana de Holcombe, Adela, se casó con Alan del Marsh. Se le entregó como dote cierta propiedad de Bishop's Lynn. La cesión, como era costumbre, fue confirmada e incluida en el informe del gobernador civil al Tesoro. Antes de marcharse de Londres, Monck debió de revisar los archivos del tesoro y encontró esa anotación.

—¿Y bien? —preguntó Ranulfo.

—Allí constaba que Alan del Marsh vivía en Hunstanton —explicó Corbett—, y por eso vino Monck aquí. Alan del Marsh era el cuñado de Holcombe, además de ser su cómplice. Pero ¿dónde estará enterrado Alan? Y lo que es más importante, ¿quiénes son sus descendientes?

Cuando Corbett habló con él en la sala, Gurney no fue de gran ayuda.

—¿Acaso pensáis que no lo he investigado ya? —dijo *sir* Simon—. Alan no tuvo descendientes. Desapareció en la misma época que Holcombe. Quizá el padre Agustín pueda ayudaros. Sin embargo, los archivos de funerales, matrimonios y bautizos de la iglesia están muy desordenados, porque el anterior beneficiado no era un hombre muy organizado.

Corbett pidió a Ranulfo y a Maltote que siguieran revisando el resto de las pertenencias de Monck y, ensillando su caballo, salió hacia Hunstanton. No fue muy bien recibido; los aldeanos lo miraban con desconfianza y le daban la espalda al verlo pasar. Las mujeres metían a los desaliñados chiquillos en las casas, y los hombres, que volvían de los campos para el almuerzo, le lanzaban miradas torvas y murmuraban entre ellos.

Corbett encontró al padre Agustín en una pequeña sacristía junto al altar mayor. Robert el alcalde, que también era el sacristán, estaba de servicio. Miró con odio a Corbett. Sin embargo, el sacerdote lo recibió con cordialidad.

—¿En qué puedo ayudaros, *sir* Hugo?

—¿Tenéis un registro de bautizos, muertes y matrimonios?

—Sí, *sir* Hugo. De hecho estamos intentando ordenarlo. ¿Por qué? ¿Para qué lo queréis?

—Quiero buscar el nombre de un aldeano que vivió aquí hace casi cien años. Un hombre, seguramente muy próspero, llamado Alan del Marsh.

—¿Por qué? —Robert el alcalde se adelantó con los ojos como platos, y los labios fruncidos.

—¿Por qué no? —replicó Corbett malhumorado.

—Porque era pariente mío. Un antepasado mío.

—¿Está enterrado aquí? —preguntó Corbett.

—No. En realidad no... —el alcalde tosió, turbado—. En realidad no era pariente

mío, no un pariente carnal. Mi bisabuela se casó con él. Ella era de Bishop's Lynn. Pero Alan desapareció poco después de casarse. No tuvieron hijos, y mi bisabuela volvió a casarse. El padre Agustín puede enseñaros el registro.

El sacerdote se había dirigido ya a un gran baúl zunchado que había en un rincón de la sacristía, y estaba revolviendo en su interior. Sacó un gran libro con cubiertas de piel y varios rollos de pergamino que colocó en la mesa de la sacristía.

Robert el alcalde estaba decidido a quedarse allí. Arregló las velas y empezó a sacar brillo al incensario de latón. Corbett intentó ignorarlo mientras el padre Agustín abría el libro.

—Aquí está —dijo el sacerdote señalando una anotación con su huesudo dedo; la tinta estaba descolorida, pero todavía se leía lo que un olvidado sacerdote escribió en el libro: Adele Holcombe contrajo matrimonio con Alan del Marsh el 8 de noviembre de 1215.

—Es la única anotación que hay —dijo el padre Agustín. Cerró el libro y cogió un resquebrajado y amarillento pergamino—. Esto es el registro de entierros de los años 1215 a 1253 —desenrolló el pergamino y buscó la anotación que registraba el entierro de Adele Holcombe, ahora Adele de Reeve, en el cementerio—. Y esto —añadió mostrando a Corbett otro pergamino— es el registro de bautismos —Corbett y él lo leyeron juntos, pero no encontraron ninguna referencia a la descendencia de Alan del Marsh.

—¿Es la tumba de Adele Holcombe una de las que profanaron? —preguntó Corbett.

—No, creo que no —el padre Agustín miró al alcalde—. ¿Verdad?

Robert se limitó a negar con la cabeza.

—¿Habría sido fácil para una mujer como Adela —preguntó Corbett— conseguir la anulación de su matrimonio para volverse a casar?

El sacerdote se sentó a la mesa, apoyando los codos en el brazo de una silla.

—Según el derecho canónico, si un marido desaparece y el matrimonio no tiene hijos, la esposa puede pedir la anulación pasados cinco años. Seguramente fue lo que hizo Adela. No quisiera parecer inquisitivo, *sir* Hugo, pero ¿a qué viene tanto interés por unas personas que llevan mucho tiempo muertas?

—Lo siento, padre, pero de momento no puedo contároslo. Pero —continuó—, eso significa que Adela debía de saber que Alan había muerto.

—No necesariamente. Es posible que sencillamente encontrara otro pretendiente pasados cinco años de la desaparición de su esposo, y que entonces solicitara la anulación al obispo. Los casos como ese son muy frecuentes.

Corbett miró al alcalde y dijo:

—Maese alcalde, ¿puedo haceros una pregunta? Y podéis deducir de ella lo que queráis. ¿Se cuentan en vuestra familia leyendas o historias sobre un tesoro escondido?

El alcalde lo miró con arrogancia, aunque Corbett advirtió el brillo de la culpa en

sus ojos.

—Maese alcalde —insistió el escribano—, os ruego que seáis sincero conmigo.

El alcalde juntó las manos y miró hacia el techo.

—Sí, se cuentan leyendas —contestó.

—¿Leyendas sobre el tesoro del rey Juan?

El alcalde se encogió, como si Corbett hubiera tocado su punto débil.

—Maese Monck hacía las mismas preguntas que vos.

—¿Vino aquí? —preguntó Corbett.

—Sí, ya lo creo —contestó el padre Agustín—. Por eso hemos encontrado las anotaciones tan deprisa —el sacerdote frunció el entrecejo, dubitativo—. Creo que vino el segundo día después de su llegada, para hacer las mismas preguntas que vos. ¿No os lo dijo, *sir* Hugo?

Corbett sonrió astutamente.

—Maese Monck era un hombre muy reservado.

—¿Era? —dijeron al unísono el sacerdote y el alcalde.

—Esta mañana maese Catchpole ha traído su cadáver. Lo han encontrado en los páramos, con una saeta de ballesta clavada en el pecho.

El alcalde arrastró sus botas manchadas de barro y miró hacia otro lado.

«¿Lo matasteis vos?», se preguntó Corbett. Recordó las siniestras miradas que le habían lanzado los aldeanos al pasar por el pueblo. ¿Había sido Monck víctima de una conspiración de los aldeanos?

—Maese alcalde —dijo con serenidad—, todavía no habéis contestado a mi pregunta.

Robert respiró hondo y dijo:

—Circulan leyendas por todo Norfolk acerca del tesoro del rey Juan. Acerca de un falso guía llamado Holcombe, al que *sir* Ricardo Gurney ahorcó en el cadalso del acantilado. También se dice que Alan del Marsh pudo ser su cómplice.

—Y ¿cómo acaban esas historias?

—Dicen que a Holcombe lo encontraron.

—Y que Alan del Marsh o bien murió asesinado por los Gurney, que se quedaron con sus riquezas...

—¿O?

—O se escondió, quedó atrapado en algún sitio del que no pudo salir, y murió de hambre.

—Padre, ¿habéis oído vos esas historias?

—Como dice Robert, son muy populares —dijo el sacerdote con una sonrisa—. Pero el paradero de Alan del Marsh y del tesoro sigue siendo un misterio. —El sacerdote juntó los dedos y, con una sonrisa burlona, añadió—: Hasta he oído decir que los aldeanos asesinaron a Alan del Marsh, se apoderaron de su tesoro y o bien lo escondieron o se lo repartieron.

Robert el alcalde hizo un desagradable ruido con los labios.

—¿Inspeccionó maese Monck la tumba de Adela?

—Sí, lo hizo —respondió el sacerdote—. Nadie sabía dónde estaba, y nos costó bastante encontrarla. Monck incluso examinó el ataúd —Sacudió la cabeza y concluyó—: Pero no encontró nada.

—Una última pregunta —dijo Corbett.

—¿Sí, *sir* Hugo?

—Maese Monck vino a veros la tarde que murió. ¿Qué quería?

—Quería hacerme más preguntas sobre su criado, Cerdic. No pude ayudarle. Estuvo un rato aquí conmigo, especulando sobre lo que le había sucedido a Cerdic — el sacerdote miró furtivamente a Corbett—. También hizo unos cuantos comentarios poco caritativos sobre vuestra llegada, y estaba de muy mal humor. Se marchó diciendo que volvía al convento de la Santa Cruz —el sacerdote hizo una pausa—. Debió de ser después del anochecer. ¿Recordáis, Robert, que os pedí que vinierais a la iglesia después de atender a un enfermo?

—Así es —confirmó el alcalde—. Yo estaba aquí esperando al padre Agustín cuando de pronto oí cascos de caballos. Salí corriendo de la iglesia y Monck pasó al galope como un poseso. Atravesó el pueblo, espantando perros y gallinas, sin detenerse ante hombres, mujeres o niños.

—¿Por qué creéis que cabalgaba tan deprisa?

—Quién sabe. Pensé que debía de dirigirse a la mansión, o que quizá pensaba atravesar los páramos para ir a ver a los *pastoreaux*.

Corbett les dio las gracias y salió de la iglesia. Desató su caballo y se preguntó si sería conveniente acercarse al convento de la Santa Cruz. Estaba oscureciendo. Unas gruesas gotas de lluvia, transportadas por el fuerte viento, le mojaron la cara. «Maldita sea», pensó Corbett, y, haciendo girar su caballo, se encaminó hacia la mansión.

—No quiero ir al convento a ver a la arrogante madre Cecilia —murmuró para sí. Escudriñó la oscuridad y siguió avanzando con precaución, pues si habían matado a Monck en una emboscada, a él podía pasarle lo mismo.

Corbett dejó atrás el pueblo y siguió cabalgando por el camino. Vislumbró la horca, que se dibujaba contra el cielo, y recordó las flores marchitas que había encontrado allí. Le pareció que llevaban varias semanas allí, de modo que no podía tratarse de la ofrenda de algún vecino de los Fourbour. Corbett miró hacia la masa gris y agitada del mar. El viento le revolvía el cabello, y los helechos que había a ambos lados del camino crujían con los movimientos de criaturas nocturnas. Corbett se estremeció.

—Eres un idiota —murmuró—, no deberías pasearte por aquí a estas horas de la noche —espoleó su caballo y lo dirigió al galope hacia las reconfortantes luces de Mortlake.

Ranulfo y Maltote lo estaban esperando, aburridos.

—No hemos averiguado nada, amo —confesó Ranulfo mientras Corbett se

sentaba en el borde de la cama y se quitaba las botas de montar.

—Ni creo que averigüemos nada —dijo Corbett—. No tenemos nada más que hacer en Hunstanton.

—¿Qué queréis decir, amo?

—Mañana por la mañana... —Corbett se pasó la mano por el pelo—. Bah, sería inútil. ¡Mirad! ¡Sentaos! —dijo haciendo señas a sus dos compañeros—. Cuando estudiaba en Oxford, una experiencia que no te recomiendo, Ranulfo, los maestros nos hacían debatir un problema, resolviendo las dificultades, los contrasentidos. A ver, ¿qué tenemos aquí? Hace unos noventa años —Corbett utilizó los dedos para enfatizar su recuento—, un rey pierde una fortuna en el Wash. El guía traidor huye del desastre con el tesoro.

—¿Holcombe? —preguntó Maltote.

—Sí —confirmó Ranulfo—. Holcombe.

—Un antepasado de Gurney atrapa a Holcombe y lo ahorca —continuó Corbett—. Su cómplice, Alan del Marsh, desaparece, al igual que el tesoro o parte de él. Los Gurney consiguen cierta información sobre lo que podría haber sido del tesoro, pero, para proteger el buen nombre de la familia, lo mantienen oculto. Selditch descubre esa información junto con tres piezas de vajilla. Va a Londres y vende la vajilla —Corbett levantó las cejas y miró a Ranulfo—. ¿Qué más?

—Luces misteriosas por la noche, en lo alto del acantilado y en el mar —contestó Ranulfo.

—Ah, sí —Corbett miró hacia el techo—. Y también tenemos a un alcalde que de pronto adquiere grandes riquezas, y unas monjas que ocultan algo, mientras que los *pastoreaux* se muestran tan enigmáticos como siempre. ¿Qué más?

—Marina —terció Maltote.

—Ah, sí, asesinan a una chica. Recibió un mensaje secreto, seguramente enviado por una vieja amiga que también había estado con los *pastoreaux*.

—También tenemos los otros asesinatos —añadió Ranulfo—: los de Cerdic y Monck. ¿Qué hacía Cerdic en la playa? ¿Con quién tenía que reunirse Monck con tanta prisa?

Corbett se levantó y se desperezó.

—¿Añoras Londres, Ranulfo?

—¿Añora un pez el agua, amo?

Corbett sonrió y dijo:

—Como ya os he dicho, aquí ya hemos terminado.

—Y, ¿adónde vamos ahora, amo?

—A Bishop's Lynn. Quién sabe lo que podremos descubrir allí.

—¿Como qué? —preguntó Ranulfo, deseoso de ir a una ciudad.

—Bueno, para empezar está la esposa del panadero, Amelia Fourbour. Sin embargo, antes de eso, Ranulfo, quiero que Maltote y tú vayáis al convento y preguntéis a esa presumida priora si le dice algo el nombre de Alan del Marsh —

Corbett se llegó al lavatorio para lavarse las manos y la cara—. La madre Cecilia mentirá descaradamente. Solo dirá la verdad si se ve obligada a hacerlo. Limitaos a observar su reacción.

—¿Y después? —preguntó Maltote esperanzado.

—Después, lo empaquetamos todo, cargamos los caballos y nos vamos a Bishop's Lynn.

—¿Creéis que allí todavía habrá algún Holcombe vivo? —preguntó Ranulfo.

—Podría ser —replicó Corbett.

Se acercó a la ventana, abrió los postigos y vio como la intensa lluvia azotaba la mansión.

—Tenemos que andarnos con cuidado —murmuró— o el asesino volverá a matar.

—Miró por encima del hombro a sus angustiados acompañantes—. Si no lo hacemos, ¡quizá Monck no sea el único escribano que muera en los páramos!

Capítulo IX

A la mañana siguiente, la madre Cecilia no se alegró de ver a Ranulfo y a Maltote. Los hizo esperar en una antecámara antes de invitarlos a su opulenta cámara privada, donde estaban sentados en unas sillas de respaldo alto ella y el padre Agustín, delante del fuego. Ranulfo y Maltote tuvieron que sentarse en unos pequeños taburetes que les acercó una hermana lega. El viejo maese Cara Larga tenía razón, pensó Ranulfo. Le guiñó un ojo a Maltote con picardía. La priora les dedicó una sonrisa agria mientras se alisaba, presumida, los hábitos de pura lana.

—¿Qué quiere de mí *sir* Hugo Corbett esta vez? —preguntó.

—Respuestas sencillas a preguntas muy sencillas —dijo Ranulfo—. Maese Lavinius Monck visitó vuestra casa poco antes de morir, ¿no es así?

—Sí, sí, pobre hombre —La madre Cecilia lanzó una tímida mirada al padre Agustín—. Nuestro capellán —dijo remarcando la palabra— ya nos ha contado la noticia. ¡Qué tragedia! ¡Qué sucesos tan terribles!

—¿Qué andaba buscando Monck? —preguntó Ranulfo.

—Bueno, no esperaréis que yo le leyera el pensamiento a maese Monck. Pero puedo deciros que todavía estaba ansioso por saber por qué su criado Cerdic había venido a vernos.

—Y ¿qué respuesta le disteis?

—La misma que le di a maese Corbett. No lo sé.

El padre Agustín tosió y se aclaró la garganta.

—No se puede hacer responsable a la madre Cecilia —declaró— de las personas que vienen a visitarla.

—Y vos, padre, ¿qué habéis venido a hacer?

—Soy el capellán del priorato —el sacerdote sonrió a Ranulfo—. Hace muchos años que conozco este sitio. Cuando era cura en Swaffham solía venir aquí en verano para descansar de mis deberes pastorales.

Ranulfo no sabía quién le disgustaba más, si la presumida priora con su falsa y risueña timidez, o aquel sacerdote de cara larga y expresión agria. Ranulfo siempre se sentía incómodo en presencia de clérigos; siempre le daba la impresión de que adoptaban una actitud condescendiente o de que se reían de él. Esta vez no era una excepción. Acercó sus botas sucias de barro al fuego y se desperezó. Sonrió al ver que la priora se estremecía ante aquella muestra de patanería.

—Nos vamos a Bishop's Lynn —anunció. Bostezó, acercó las manos al fuego, se las frotó, y luego se dio una palmada en los muslos—. Pero podéis estar seguros de una cosa...

—¿De qué? —preguntó el padre Agustín con interés.

—*Sir* Hugo Corbett es un hombre implacable —declaró Ranulfo—. Un buscador de la verdad, un desvelador de secretos, la venganza de Dios contra los asesinos.

—En ese caso, ¡ya va siendo hora de que obtenga algún resultado! —dijo la

madre Cecilia—. Creedme, maese...

—Ranulfo.

—Ah, sí, Ranulfo. Tengo intención de escribir al rey. ¡Pienso quejarme de que la paz y la armonía de mi casa se hayan visto perturbadas con estas perentorias visitas!

Ranulfo esbozó una dulce sonrisa y dijo:

—Con todos mis respetos, madre Cecilia, podéis escribir al mismísimo Santo Padre si queréis, pero *sir* Hugo Corbett vendrá aquí cuando lo crea oportuno.

La regordete cara de la priora se ruborizó de ira. «Solo uno poco más de provocación», pensó Ranulfo.

—La madre Cecilia desea ayudaros, por supuesto —terció el padre Agustín—. Pero esto es un convento de monjas.

«Más bien parece un burdel», pensó Ranulfo echando una ojeada a la lujosa cámara, con sus tapices de terciopelo adornados con borlas, los ornamentos de oro y plata, los relucientes muebles y las velas de cera de abeja.

—¿Os dice algo el nombre de Alan del Marsh? —preguntó Ranulfo de pronto.

Ranulfo quedó maravillado con la reacción de la madre Cecilia, que lo miró estupefacta acariciando con nerviosismo el crucifijo que llevaba colgado del cuello.

—¿Y bien?

—¿Alan del Marsh? —balbuceó la madre Cecilia—. ¿Quién es?

—Perdonadme, pero esa no era la pregunta. ¿Os dice algo ese nombre?

—¡Por supuesto que no! —contestó la priora bruscamente.

—Me ha parecido que os chocaba.

—Bueno, por supuesto —Forzó una sonrisa y añadió—: ¿Cómo queréis que un nombre de hombre signifique algo para la priora de un convento? ¿Qué insinuáis?

—Nada —contestó Ranulfo con descaro—. Así pues, ¿puedo decirle a *sir* Hugo que no os suena el nombre de Alan del Marsh?

—Jamás he oído hablar de él.

Ranulfo aspiró por la nariz y se levantó. Maltote hizo otro tanto.

—En ese caso, me despido de vos.

Ranulfo salió de la cámara chascando discretamente la lengua.

La anciana hermana lega los habría conducido directamente al patio de las cuadras, pero Ranulfo, que estaba intrigado, le dio un codazo a Maltote y dijo:

—¿Hermana?

La hermana lega se detuvo, halagada por aquel amable y atractivo joven pelirrojo que la miraba con sus felinos ojos verdes.

—¿Sí?

—Nunca había estado en un convento, y este es verdaderamente hermoso. ¿Podríamos visitarlo?

La hermana lega echó la cabeza hacia atrás, consternada.

—¡Esto es un convento! —susurró—. ¡Un lugar de oración para damas!

Ranulfo sacudió la cabeza y dijo:

—No, no me refiero a visitar el interior del edificio, sino los terrenos —Metió el dedo en su portamonedas.

La hermana lega lo miró con avaricia.

—Supongo que podría acompañaros a los establos por el camino largo, y así enseñaros el claustro, la capilla y parte de los jardines.

Ranulfo sonrió.

—Soy vuestro humilde criado, hermana.

Ranulfo le cogió la fría mano, surcada de venas, y se la acercó a los labios, asegurándose de que ella cogía la moneda que él tenía en la mano. La hermana lega sonrió con afectación y, pese a su avanzada edad, los condujo a buen paso por las galerías y pasadizos. No paró de hablar mientras les enseñaba el claustro y la capilla, la casa de invitados y el refectorio. Después visitaron los jardines y el huerto, y volvieron a los establos rodeando la iglesia. Ranulfo lo miraba todo con avidez. La madre Cecilia le había mentido, y Ranulfo esperaba encontrar alguna prueba que pudiera serle útil al viejo maese Cara Larga.

Pasaron por delante de la entrada del pequeño cementerio y Ranulfo vio algo de color marrón rojizo. Sin hacer caso a las súplicas de la hermana lega, abrió la puerta y entró en el cementerio. Vio a los *pastoreaux* trabajando entre las tumbas, recogiendo montones de hojas podridas, cortando zarzas y juncos. Uno de ellos se volvió, apoyándose en la azada, y se quitó la capucha.

—¡Maese José! —dijo Ranulfo sonriendo—. ¿Así es como pasáis el tiempo?

El jefe de los *pastoreaux* sonrió y caminó hacia él.

—Todos trabajamos para Dios, maese Ranulfo. ¿A qué habéis venido?

—¡Oh! —Ranulfo se encogió de hombros—. Como vos, maese José, trabajo para Dios, pero de otra manera.

El rostro de maese José adoptó una expresión seria.

—Nos hemos enterado de la muerte de maese Monck. Os ruego que aceptéis nuestras condolencias.

Ranulfo asintió.

—¿Habéis descubierto algo acerca de su muerte?

—No, maese José, no hemos descubierto nada. La muerte de maese Monck es tan misteriosa como todo lo que sucede por aquí.

—¿Continuará *sir* Hugo la misión de maese Monck?

Ranulfo sonrió y asintió.

—Por supuesto. Ahora nos vamos a Bishop's Lynn, pero *sir* Hugo regresará —Miró fijamente a maese José y añadió—: Estoy seguro de haberos visto en algún otro lugar, pero no recuerdo dónde.

El jefe de los *pastoreaux* volvió a ponerse la capucha y cogió la azada.

—¡Quizá fue en otra vida, maese Ranulfo! Pero creo que vuestra guía se está poniendo nerviosa.

Ranulfo miró por encima del hombro. La anciana hermana lega saltaba

cómicamente de un pie a otro.

—¡Ya habéis visto bastante! ¡Ya habéis visto bastante! —gimoteó—. La priora se pondrá furiosa. ¡Venid, por favor!

Ranulfo y Maltote la siguieron. Recogieron sus caballos y se marcharon del convento. Riendo y bromeando sobre la turbación de la madre Cecilia, pasaron por delante de la iglesia y llegaron al pueblo. Se pararon en la taberna de Inglenook para beber un poco de cerveza. Ranulfo se puso a hablar con Robert el alcalde y con Fulke el curtidor, pero sus graves miradas y sus hoscas respuestas demostraban que allí no eran bien recibidos. Ranulfo y Maltote se marcharon y regresaron a la mansión, donde encontraron a Corbett examinando un pergamino. De vez en cuando escribía un poco y, dejando la pluma, apoyaba la cabeza en las manos y se quedaba mirando lo que había escrito. Corbett escuchó con atención a Ranulfo, que le describió lo que había pasado en el convento. Corbett cogió la pluma y dio unos golpecitos en la mesa.

—¡Bishop's Lynn! —dijo—. ¿Está listo el equipaje?

Ranulfo asintió.

—Entonces, nos vamos. Quiero llegar allí antes del anoecer.

Ranulfo y Maltote bajaron a las cuadras. Corbett los siguió con las alforjas. Se paró para despedirse de Gurney, que parecía disgustado por su repentina marcha. Insistió en que se quedaran a comer algo y que dejaran que sus cocineros les prepararan algo de comida para el viaje. Corbett no quería importunar más a su anfitrión, y accedió a retrasar su partida. El mayordomo preparó la mesa en la sala principal y sirvió diferentes carnes y quesos, mientras Catchpole les indicaba qué caminos debían tomar.

Se marcharon una hora más tarde; Corbett iba maldiciendo por lo bajo. El cielo se había nublado y la fría y húmeda bruma empezaba a ascender por los acantilados. Cuando llegaron a la encrucijada la niebla ya los envolvía. Maltote y Ranulfo discutieron sobre qué camino debían tomar.

—Sigamos las indicaciones del letrero —les interrumpió Corbett—. Es lo que nos ha dicho Catchpole.

Corbett cabalgaba a la cabeza. Pasada una hora, Corbett empezó a tener serias dudas. Según Catchpole, el camino tenía que ser más ancho, y deberían haber pasado por una serie de aldeas. Sin embargo, el cielo estaba muy encapotado y la niebla cada vez era más densa, y Corbett creía que se estaban internando aún más en los páramos. Finalmente se detuvieron, maldiciendo y murmurando. Los caballos advirtieron su nerviosismo y empezaron a piafar, rompiendo el misterioso silencio de los páramos con sus relinchos. Corbett hizo dar media vuelta a su caballo.

—¿Cuánto hace que salimos de Mortlake?

Ranulfo se encogió de hombros y se sopló los dedos.

—Cerca de dos horas —dijo—. ¿Qué pasa, Maltote?

El joven mensajero escudriñaba el camino por donde habían venido.

—¡Maltote! —gritó Ranulfo—. ¡Por amor de Dios, eres más cobarde que una criada!

Maltote se volvió, pálido y nervioso.

—No lo sé —murmuró—. Después de la encrucijada me rezagué un poco. Estoy seguro de que nos siguen.

—¡Bobadas! —se rio Ranulfo.

—Estoy seguro —insistió Maltote—. He oído el tintineo de un arnés.

—¡Por los clavos de Cristo, amo! —dijo Ranulfo—. Estamos perdidos, y si nos quedamos aquí nos vamos a congelar.

Corbett dio unas palmadas en el cuello a su caballo.

—Solo podemos hacer una cosa: volver a la encrucijada.

—¡Mirad! —gritó Ranulfo—. ¡A lo mejor no nos hemos perdido!

Señaló entre la niebla, que avanzaba como una nube de vapor saliendo de una caldera. Corbett vislumbró el destello de la luz que Ranulfo había descubierto. Una granja, quizá una de las aldeas. Hizo avanzar a su caballo, saliendo del camino y cruzando el encharcado páramo en dirección a la luz. Su caballo protestó, pero Corbett le obligó a seguir adelante. El caballo volvió a relinchar. Corbett sacudió las riendas, pero el caballo estaba clavado. Corbett, horrorizado, miró hacia abajo y vio que su caballo había quedado atrapado en el barro, con los cascos y los menudillos hundidos en el verde lodo que los rodeaba. Corbett maldijo y se volvió.

—¡Dad media vuelta! —gritó a Ranulfo y Maltote.

—¡Quedaos quieto, amo! —replicó Ranulfo—. Cuanto más os esforcéis, más os hundiréis.

Corbett obedeció y se quedó acariciándole el cuello a su caballo y hablándole en voz baja. El caballo apartó aterrado la cabeza, mostrando el blanco de los ojos. Ranulfo desmontó y fue hacia donde estaba Corbett, con la cuerda que siempre llevaba para trabar su caballo o para utilizarla como brida. Maltote le mostraba el camino, llevando a su caballo de las riendas, tanteando el terreno antes de avanzar un paso.

—Hay una especie de sendero —dijo— donde la tierra es firme.

Corbett intentó controlar el pánico cuando su montura empezó a hundirse. El barro le llegaba al caballo por la panza. Ranulfo y Maltote avanzaron con sumo cuidado por la franja de tierra firme. Cuando estaban a solo unos palmos de Corbett, Ranulfo le tiró la cuerda. Corbett consiguió atarla al cuello del caballo. Maltote ató el otro extremo al pomo de la silla de su montura. Hablándole en voz baja, le obligó a retroceder. La cuerda se tensó. Al principio el caballo de Corbett no se movió. La cuerda, que cada vez le apretaba más el cuello, solo conseguía aumentar su pánico. Corbett soltó un poco el nudo, pasándolo por el pomo de su silla de montar. Ranulfo y Maltote tiraron de la cuerda. De pronto el caballo de Corbett salió del lodo y subió al camino. Corbett desmontó con cuidado y, siguiendo los consejos de Maltote, le habló suavemente al caballo hasta que todos ellos, empapados de barro, se

encontraron de nuevo en el camino.

Durante un rato, Corbett no pudo hacer otra cosa que quedarse agachado junto a su caballo, intentando tranquilizarse. Ambos estaban cubiertos de barro. Ranulfo puso pan y un odre en las manos de su amo.

—¡Será mejor que bebáis!

Corbett masticó el pan, pero le costaba tragar y lo escupió. Luego vertió un poco de vino en su mano, lo olisqueó y lo lamió con cuidado.

—¿Qué pasa, amo?

—¿Qué demonios quieres que pase? —gruñó Corbett—. ¡Quiero saber si está envenenado! —Sonrió, disculpándose por su brusquedad—. Pero no, creo que no está contaminado —Corbett bebió un generoso trago y le devolvió el odre a Ranulfo—. Gracias —murmuró. Miró a Maltote y añadió—: De no ser por ti, habríamos podido morir los tres —Se puso en pie y le estrechó la mano a Maltote—. No lo olvidaré. Y a ti te digo lo mismo, Ranulfo.

—¡Creo que los caballos tampoco lo olvidarán! —bromeó Ranulfo, turbado por la gratitud de su parco amo.

Corbett se desperezó. Tenía las piernas heladas y sin embargo se sentía un poco adormilado tras haber quedado atrapado en el lodazal. Escudriñó la niebla y dijo:

—Tenemos que volver a la encrucijada.

—Pero ¿y esa luz? —preguntó Maltote.

—Nos han engañado —contestó Ranulfo—. He visto a los contrabandistas hacer el mismo truco en los lodazales del estuario del Támesis. Encienden luces y los viajeros cometen el error de pensar que significan que están seguros. Hay crueles malnacidos que hasta se ganan la vida haciendo naufragar barcos utilizando esa treta.

—Pero ¿cómo han sabido que estábamos aquí? —preguntó Maltote.

—Creo que la encrucijada nos lo dirá —susurró Corbett—. ¡Vamos!

Llevaron a los caballos por el camino hasta la encrucijada, pero no vieron el letrero de madera, hermosamente pintado, por ninguna parte. Ranulfo buscó a gatas por el suelo.

—¡Se ha caído! —gritó al palpar la madera.

Corbett le dio las riendas de su caballo a Maltote y se acercó hasta donde estaba Ranulfo.

—Lo dudo —dijo—. Creo que lo han soltado, le han dado la vuelta y lo han dejado señalando la dirección equivocada. Luego se habrá caído, o lo habrá derribado el despiadado malnacido que ha encendido la linterna.

—Entonces, ¿nos estaban siguiendo? —preguntó Maltote.

—Probablemente —dijo Corbett—. Pero también había alguien delante de nosotros. Había muchas personas que estaban enteradas de nuestro viaje. Es un famoso truco de proscritos: fijarse en los forasteros, engañarlos para que tomen la dirección equivocada, y ver qué pasa. Alguien de Hunstanton vino a esta encrucijada antes que nosotros, cambió el letrero, esperó a que tomáramos el camino equivocado

e intentó llevarnos hacia ese lodazal con la linterna. No olvidéis que nos hemos demorado un buen rato en Mortlake Manor, y los aldeanos, o quienquiera que haya sido, conocen bien todos los caminos y todos los senderos de esta región.

—Pero ¿quién habrá sido? —preguntó Ranulfo—. ¿Quién será el malnacido? ¡Hemos de regresar y cortarle el cuello!

—Podría haber sido cualquiera —dijo Maltote, que a raíz de las alabanzas de su amo había ganado seguridad—. *Sir Hugo* tiene razón. Se nos adelantaron y prepararon una trampa. Nosotros, los mensajeros —añadió con orgullo—, estamos acostumbrados a esas estratagemas. ¿Qué hacemos ahora, amo? ¿Volver a Mortlake?

—No. Maltote, tú sabes la ruta que hemos seguido y cuándo nos hemos desviado. Así que monta ahora mismo en tu caballo y sal volando. Si ves luces, y son las de una granja o una aldea, vuelve aquí.

Maltote obedeció, y el ruido de los cascos de su caballo se perdió en la distancia. Corbett y Ranulfo se quedaron de pie en la encrucijada, y pese a sus esfuerzos por entrar en calor, empezaron a helarse.

Finalmente Maltote regresó.

—Hay una pequeña aldea. Le he preguntado a un campesino —el mensajero señaló y dijo—: Ese es el camino de Bishop's Lynn. ¿Continuamos, amo?

Corbett asintió. Para sorpresa de sus acompañantes, no se detuvo en la aldea, ignorando las protestas de Ranulfo y Maltote, y siguió hacia Bishop's Lynn. La niebla se hizo más densa, más fría, más empalagosa, y Corbett se preguntó si había tomado la decisión acertada. Ranulfo se pasó un buen rato gimiendo, pero finalmente la oscuridad y el intenso frío le hicieron callar. Se arrebujó en la capa, se puso la capucha y se resignó.

Finalmente llegaron a Bishop's Lynn. Corbett, que tenía las piernas entumecidas, no estaba de humor para discutir con el vigilante, que ya había dado el toque de queda y había cerrado las puertas. Los diversos salvoconductos y los furiosos gritos de Ranulfo consiguieron que rápidamente les abrieran una portezuela. Un centinela los llevó por la calle de San Nicolás hasta la taberna más espaciosa de la ciudad, el Lattice House, situada en la esquina de la calle de la Capilla. De nuevo Corbett utilizó su autoridad, esta vez para conseguir cuerdas para sus caballos y una cámara para él y sus acompañantes. Se desnudaron los tres y se lavaron en cuencos de agua caliente y humeante que les llevaron unos criados con cara de dormidos. Una vez vestidos con ropa limpia, bajaron a la cervecería a comer algo. Los tres estaban demasiado agotados para hablar, y los humeantes cuencos de carne y la densa cerveza local no tardaron en dejarlos adormilados. Regresaron a sus cámaras y se tumbaron en las camas.

Durmieron los tres hasta tarde. Cuando Corbett se despertó, se sintió mucho mejor, poco maltratado por el viaje del día anterior salvo por cierta rigidez en las piernas. Después de desayunar, Maltote salió para comprobar que los caballos estuvieran limpios y bien atendidos y, obedeciendo las instrucciones de Corbett, bajó

la ropa manchada de barro al lavadero de la taberna. El dueño de la taberna, deseoso de obtener beneficios de aquellos visitantes tan importantes, había prometido que sus criados se la lavarían.

—Maltote puede quedarse aquí —decidió Corbett—. Tú y yo bajaremos al ayuntamiento, Ranulfo.

—¿Qué es lo que buscamos, amo?

—Lo primero, la lista de electores. Quiero saber si todavía queda algún Holcombe vivo en Bishop's Lynn.

—Y ¿qué más?

—A un molinero llamado Culpeper, cuya hija fue asesinada hace poco en Hunstanton.

Salieron de la taberna, dejándole instrucciones a Maltote, y subieron por la calle de San Nicolás hasta el ayuntamiento, que se encontraba enfrente de las altas torres de la iglesia de Santa Margarita. Un alguacil intentó detenerlos. Corbett le explicó quiénes eran y, pocos minutos más tarde, un concejal le ofrecía cuanta ayuda necesitara.

—Sí, sí —murmuró el hombre dándose importancia—. Tenemos listas de impuestos, listas de electores, listas de subsidios. Si hay un Holcombe, lo encontraréis en ellas.

—¿Y un molinero llamado Culpeper?

—Ah, sí, es muy conocido. Pero no lo encontraréis en su molino —el concejal señaló la gruesa vela de marcar las horas que ardía en su espita—. Debe de estar en el muelle, cerca de la aduana, supervisando las barcazas que llevan la harina río abajo.

Corbett pidió a Ranulfo que revisara las listas de impuestos.

—No te olvides del orfebre, Eduardo Orifab —añadió, y bajó caminando por la calle Purfleet hacia el muelle.

La ciudad le pareció muy ruidosa tras el silencio de Mortlake Manor. Bishop's Lynn se parecía un poco a Londres, con sus estrechos callejones, las casas salientes y los gritos de los comerciantes desde detrás de sus puestos y sus casetas pintadas de llamativos colores. Los chillidos de los niños, que se deslizaban entre los carros a punto de chocar, competían con los relinchos de los caballos y los gritos de los boyeros; y los fétidos olores procedentes del albañal no impedían el regateo y el trueque alrededor de los bulliciosos puestos del mercado. Las tabernas y las cervecerías estaban a rebosar, pues era día de mercado. Campesinos de las aldeas remotas llegaban en tropel para vender sus productos y comprar provisiones antes de que empezara a nevar y los caminos quedaran cortados.

El tiempo había mejorado. El cielo había quedado limpio de nubes, aunque las calles y los callejones todavía estaban encharcados por la lluvia del día anterior. Corbett tenía que mirar por dónde pisaba al abrirse paso entre la multitud para llegar al muelle de Purfleet. Finalmente llegó a la orilla del río. En los muelles había todo tipo de embarcaciones: pequeñas barcas de arenques, barcos de velas áuricas, barcos

mercantes y hasta un enorme y barrigudo cog perteneciente a la Hansa. El aire olía a sal, pescado y especias, y el muelle estaba abarrotado de carreteros, funcionarios del puerto, comerciantes y marineros. Los vendedores ofrecían una amplia variedad de artículos, desde cintas hasta pasteles calientes; a Corbett le aturdieron sus gritos y su hablar en diferentes lenguas y dialectos. Finalmente vio a un funcionario del puerto ataviado con la clásica túnica marrón de fustán y con una vara blanca en la mano. Tras más deliberaciones, Corbett fue enviado finalmente a la taberna Green Wyvern, junto a la aduana, donde Culpeper y otros miembros de su gremio se reunían para hacer negocios. En la cervecería Corbett encontró a Culpeper, un hombre robusto y fornido con los ojos llorosos y el rostro surcado de venas. Ya se había tomado unas cuantas cervezas, y charlaba con sus colegas. Corbett tuvo que gritar para hacerse oír.

—¿Teníais una hija que se llamaba Amelia?

A Culpeper se le pasó la embriaguez de golpe. Dejó la jarra de cerveza en la mesa y acercó su cara a la de Corbett.

—Eso no es asunto vuestro.

Corbett explicó quién era y Culpeper se levantó, borracho.

—Ya he bebido bastante —murmuró—. Y este no es el lugar más indicado para hablar.

Se llevó a Corbett al muelle y le hizo entrar en la aduana, un edificio de madera. El molinero se desplomó en un banco de madera que había junto a la entrada e hizo señas a Corbett para que hiciera lo mismo.

—Ya sé que es pronto —dijo articulando mal—, pero es día de mercado y el precio de la harina ha subido —miró con ojos nublados a Corbett—. Uno tiene que recompensarse, además de olvidar el pasado.

—¿Qué tenéis que olvidar, maese Culpeper?

—A una hija que se llamaba Amelia; era nuestra única hija. Me prodigué con ella: dijes, ropa fina, caprichos; nada era lo suficientemente bueno para mi hijita. Pero Amelia era muy testaruda —Culpeper giró la cabeza para secarse las lágrimas de las mejillas—. Fui a Hunstanton, para recoger su cadáver y llevármelo a casa. Su madre así lo quiso. Ahora hemos olvidado el pasado.

—¿Sabéis por qué la asesinaron?

—¡Quizá Dios lo sepa! ¿Quién iba a querer lastimar a la pobre Amelia, maese Corbett? ¡Qué muerte tan triste, morir ahorcado como una rata en aquella solitaria y horrible horca!

—¿Por qué la dejasteis ir a Hunstanton?

El molinero resopló y colocó las gruesas manos sobre los muslos.

—No tuve otro remedio. Amelia estaba acabada, aquí. ¡Estaba condenada a ser objeto de la burla de los vecinos, una vergüenza para su familia! Una vez alguien la llamó «material usado». ¿Os imagináis, maese Corbett? Una chica preciosa desechada como un trapo sucio.

Corbett se quedó callado. Se imaginaba lo que vendría a continuación. No había

ningún molinero apreciado, porque no había ningún molinero pobre. Los molineros siempre provocaban envidias entre los que tenían que comprar sus productos.

—Amelia se quedó encinta —explicó Culpeper—. Bueno, eso fue hace diez o doce años.

—¿Y el padre?

—Nunca supimos quién era. Amelia jamás habló de él.

—¿De verdad no lo supisteis?

—No, siempre fue un gran secreto. Ya sabéis cómo son las jóvenes enamoradas. Ella decía que iba a visitar a amigas o familiares —Culpeper parpadeó—. En fin, Amelia quedó embarazada, pero no le dijo a nadie quién era el padre. El niño nació, pero murió a los pocos días. Amelia se quedó muy decaída; había perdido a su hijo y al hombre que amaba. Lo único que llegó a decir fue que algo que jamás habría podido continuar había terminado —Culpeper se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Pasaron diez años. Amelia nunca se refirió a su amor, y él no hizo ningún intento de comunicarse con ella. Pues bien, maese Fourbour venía a visitarnos continuamente a nuestro molino para comprar harina para su panadería de Hunstanton. Estaba al corriente del pasado de Amelia, pero me pidió su mano. Ella aceptó, para sorpresa de todos. No sé por qué lo hizo —se encogió de hombros y agregó—: El resto ya lo sabéis.

—¿Era feliz Amelia con su marido?

—Señor, Amelia nunca fue feliz. Fourbour la amaba, y creo que ella le toleraba. Y, antes de que me lo preguntéis, mi hija nunca dio ninguna pista de la tragedia que le aconteció. Solo hace poco, mientras miraba ciertas pertenencias que Amelia había dejado aquí, encontré un trozo de pergamino en una bolsita de terciopelo. Podéis verlo con vuestros propios ojos —Culpeper buscó en su bolsa y sacó una bolsita de terciopelo azul oscuro que entregó a Corbett—. Siempre la llevo encima —se le quebró la voz—. Es el único recuerdo que me queda de mi hija.

Corbett abrió la bolsita. Dentro había un trozo de pergamino con forma de corazón en el que estaban escritas las palabras *el Amor Haesitat*, y debajo, *el Amor Currit*. Las cuatro letras mayúsculas estaban muy remarcadas.

—El amor duda —tradujo Corbett en voz baja—. El amor se apresura.

—¿Sabéis qué significa, *sir* Hugo?

Corbett sonrió compasivamente al molinero.

—Es un recuerdo, maese Culpeper, de esos que les gustan a los jóvenes y a los que todavía están enamorados. Pero también es un acertijo.

—Podéis quedároslo —murmuró Culpeper. Asió la mano de Corbett e insistió—: ¡Quedároslo! —hizo una pausa cuando entraron dos funcionarios, charlando ruidosamente mientras subían por la escalera de caracol de madera.

—¡Encontrad al asesino! —suplicó Culpeper—. Llevadlo ante la justicia. ¡Que lo ahorquen como a mi pobre Amelia!

Culpeper se tapó la cara con las manos. Corbett le dio unas palmadas en el

hombro y esperó a que el molinero se calmara.

—Maese Culpeper, ¿os dice algo el nombre Alan del Marsh?

El molinero sacudió la cabeza.

—¿O Holcombe?

—No, *sir* Hugo. ¿Por qué?

—Por nada. ¿Habéis oído hablar de los *pastoreaux* de Hunstanton?

—Sí, claro, vienen aquí.

—¿Quién?

—Los *pastoreaux*, o al menos su jefe, maese José. Viene a comprar víveres, y a veces negocia con los capitanes sobre los jóvenes que quieren viajar a Tierra Santa. Suelo verlo cerca de la aduana.

—¿Algún otro vecino de Hunstanton viene por aquí?

—A veces *sir* Simon Gurney, y ese arisco soldado suyo, Catch...

—Catchpole —terminó Corbett.

—Y la gente del convento viene a vender su lana. Ah, sí, y el médico de *sir* Simon, un hombre gordo llamado Selditch. ¿Por qué lo preguntáis?

Corbett se puso en pie.

—Es solo curiosidad —dijo—. ¿Sois oriundo de esta región?

—Sí.

—¿Os dice algo el nombre de Orifab?

El molinero negó con la cabeza.

—¿Hay mucho contrabando? —preguntó Corbett.

Culpeper sonrió de oreja a oreja.

—*Sir* Hugo, no debería decíroslo, pero ese es el negocio más lucrativo de por aquí. Todo el mundo hace contrabando, ¡pero atraparlos y demostrarlo es otra cuestión!

Capítulo X

Corbett se despidió de Culpeper y volvió al ayuntamiento, donde encontró a Ranulfo esperándole en la entrada.

—¿Has tenido suerte, Ranulfo?

—No, amo. El último Holcombe murió hace unos cuarenta años. Sin embargo, he encontrado a nuestro orfebre, Eduardo Orifab. Tiene una tienda cerca de aquí. El concejal me ha indicado el camino. Pero ¡me estoy muriendo de hambre, amo!

Corbett y Ranulfo fueron a una taberna cercana y se sentaron a la larga mesa que iba de una pared a los toneles de vino. Corbett miró al gato que se paseaba por el mostrador en el que cortaban la carne y, al ver las manchas de grasa que había en la mesa, se conformó con pan y cerveza. Pero Ranulfo, que tenía un estómago de hierro, se comió con deleite un plato de carne.

Después Ranulfo llevó a Corbett a un enorme taller de orfebrería de la calle Conduit, con las vigas negras y el yeso rosa recién pintado. En la parte delantera había un gran puesto atendido por un oficial y dos aprendices, que informaron a Corbett que su amo no se encontraba allí. Corbett y Ranulfo, sin hacer caso de sus gritos, entraron en la tienda. Encontraron al orfebre, un individuo de aspecto austero y rostro avinagrado, sentado a su mesa de cuentas, rodeado de cofres. Corbett creyó encontrarse ante la representación de un avaro en una vidriera. No le habría sorprendido ver aparecer un diablo para llevarse aquel hombre al infierno. Orifab se ató el traje forrado de piel y aspiró por la nariz, mirando con desprecio a Ranulfo y a Corbett.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Para empezar, buenos modales —contestó Ranulfo alegremente—. ¿Vuestra madre nunca os dijo que se conoce a un hombre por sus modales?

—Estoy ocupado —replicó el individuo, desplazando unos montoncitos de monedas por la mesa.

Ranulfo agarró la mesa y la sacudió. Las monedas empezaron a caer. Orifab se puso rápidamente en pie, torciendo los labios como un perro.

—Maese Orifab —intervino Corbett—, me llamo *sir* Hugo Corbett y estoy aquí como representante del rey. Tengo que haceros unas cuantas preguntas.

El orfebre retrocedió, y al hacerlo derribó su taburete. Sonrió, subiendo y bajando la cabeza como un perro servil.

—No lo sabía —murmuró.

—¡Pues ahora ya lo sabéis! —dijo Ranulfo, que disfrutaba hostigando a los ricos y a los presuntuosos en presencia del viejo maese Cara Larga.

—¿Qué queréis? ¿En qué puedo ayudaros? —balbuceó Orifab.

El orfebre se sentó y les invitó a sentarse en un banco que había enfrente de la mesa.

Corbett se quedó de pie.

—¿Conocéis a Robert, el alcalde de la aldea de Hunstanton?

Orifab apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Vino aquí hace unas semanas —continuó Corbett —para recoger una herencia. El orfebre parpadeó y miró las monedas que había encima de la mesa.

—Ah, sí, ya me acuerdo.

—¿Quién le dejó esa herencia?

El orfebre entrelazó los dedos, nervioso, y se quedó mirando por la ventana.

—Es un secreto —murmuró—. No puedo decíroslo.

—Muy bien —dijo Corbett, y se dio la vuelta para marcharse.

Ranulfo acercó la cara a la pálida mejilla del orfebre y dijo:

—Maese Orifab, antes de un mes recibiréis un requerimiento judicial de Westminster. Los barones del Tesoro os harán comparecer y os formularán la misma pregunta. Sinceramente, espero que a ellos les deis una respuesta mejor que la que le habéis dado a *sir* Hugo.

—¡Esperad! ¡Esperad! —el orfebre se puso en pie, alarmado por la perspectiva de un largo y agotador viaje a Londres. Hizo señas a Corbett para que volviera—. Os lo enseñaré —susurró—. Pero no debéis contárselo a nadie, y mucho menos a mi esposa.

Corbett miró a Ranulfo e hizo una mueca. El orfebre salió de la tienda para decirle al oficial que la vigilara. Luego condujo a Corbett y a Ranulfo por la calle de la Torre, pasando por Greyfriars, hasta una gran casa. Orifab abrió la puerta del jardín, echó un vistazo alrededor y llamó a la puerta. Una joven criada les abrió y los invitó a entrar. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Ranulfo vio una joven que subía corriendo por la escalera, medio vestida, y empezó a chascar la lengua. Entraron en una pequeña antecámara, y Ranulfo, cogiendo a Corbett por el brazo, dijo:

—¿Habíais estado alguna vez en una mancebía, amo?

Corbett entornó los ojos.

—¡En un burdel! —susurró Ranulfo.

Corbett examinó la pequeña antecámara. Estaba lujosamente amueblada, con alfombras teñidas en el suelo, y había una chimenea encendida. Había por lo menos cuatro sillas, todas con el respaldo acolchado, y un gran cofre barnizado. Pese a todo, los dos tapices que colgaban de la pared convencieron a Corbett de que Ranulfo estaba en lo cierto. Eran ambos de estilo clásico, y representaban a mujeres jóvenes semidesnudas, exhibiendo sin reparo sus encantos a unos sátiros de aspecto lascivo.

Entró una dama alta y de cabello canoso. Parecía bastante severa, con su rostro remilgado, sus afiladas facciones y su largo vestido marrón. Sonrió a Orifab, pero miró con desconfianza a Corbett y a Ranulfo.

—¿Nos traéis invitados, maese Orifab?

—No, señora —contestó Ranulfo, mientras Orifab cambiaba el peso de su cuerpo de una pierna a otra—. Somos hombres del rey.

La mujer retrocedió tan rápidamente que Corbett pensó que iba a huir.

—No tenéis por qué alarmaros —dijo Corbett—. Me tiene sin cuidado lo que hagáis aquí. Pero, por lo visto, maese Orifab quiere que conozcamos a alguien.

—Rohesia —susurró el orfebre—. Quieren conocer a Rohesia. Creo que deberías permitirselo, señora Quickly.

El orfebre susurró algo al oído de la señora Quickly, que miró a Corbett, temerosa, y salió rápidamente de la habitación. Regresó pasados unos minutos, acompañada de una joven alta y hermosa. La recién llegada llevaba un vestido verde de tafetán, y el cabello, de color de maíz, cubierto por un griñón del mismo color, con un pespunte dorado en el borde. Llevaba joyas en los dedos, y brazaletes de oro y plata en las muñecas. El ceñido vestido destacaba sus abundantes pechos y su delgada cintura. Parecía inocente y dócil como un cervatillo. Corbett dio gracias a Dios de que Maeve nunca tuviera que enterarse de aquella parte de su misión.

—¿Deseabais verme? —preguntó la joven.

—A solas.

La señora Quickly y Orifab salieron rápidamente de la habitación, Ranulfo cerró la puerta tras ellos y Corbett pidió a la joven que se sentara.

—¿Os llamáis Rohesia?

—Sí, señor.

—¿Sabéis quién soy?

—No. La señora Quickly no me lo ha dicho.

—Soy *sir* Hugo Corbett y estoy aquí por orden del rey. Acabo de llegar de Hunstanton y quiero saber por qué le entregasteis una suma considerable de dinero al orfebre Orifab para que se la diera a Robert, el alcalde de Hunstanton.

La mujer experimentó un cambio considerable. Sus ojos se volvieron duros e imperturbables, los labios se redujeron a una tensa y delgada línea, y el tono sonrosado de su rostro se esfumó rápidamente.

—Eso no es asunto vuestro, señor.

—Si no contestáis mi pregunta, tendréis problemas. ¿Por qué le dejasteis ese dinero para Robert el alcalde?

—Un cliente me pidió que lo hiciera.

Corbett se frotó la barbilla y miró fijamente a Rohesia.

—Creo que será mejor que vengáis conmigo —dijo en voz baja—. Que vengáis a Hunstanton —Vio brillar unas lágrimas en los ojos de la chica—. Además tengo malas noticias para vos. Han asesinado a Marina.

Rohesia gimió como si hubiera sentido una punzada de dolor. Se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar desconsoladamente.

A la mañana siguiente, tras haber pasado el resto del día en el muelle, Corbett, Ranulfo y Maltote se marcharon de Bishop's Lynn. Volvieron a pasar por el burdel,

donde la joven que se hacía llamar Rohesia los esperaba, envuelta en una gran capa y con la capucha puesta. Corbett prohibió a Ranulfo y a Maltote que hablaran con ella, y que hablaran sobre ella; salieron de la ciudad y tomaron el camino del norte hacia Hunstanton.

Durante el viaje no se produjeron incidentes. Corbett se alegró de no tener que atravesar el pueblo para ir a Mortlake Manor. *Sir Simon* y *Alice* salieron a recibirlos. Corbett les agradeció lacónicamente la bienvenida, pues todavía tenía sospechas acerca de quién había intentado ahogarlos en el pantano. Insistió en que llevaran a Rohesia a una cámara y le dieran un refrigerio, pero que no permitieran a nadie más que a él hablar con la muchacha.

—También quiero que venga Catchpole —dijo—. Y todos los criados de librea que podáis conseguir. Quiero que se armen y que acompañen a Ranulfo a la ermita. Él ya sabe cuáles son sus órdenes. Tiene que traer a maese José y a Felipe Nettler aquí inmediatamente.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Gurney—. Esta es mi casa, Hugo.

—Sí, pero aquí también gobierna el rey. Quiero a esos dos hombres aquí cuanto antes. Solo entonces descubriréis por qué.

Gurney accedió a regañadientes, y, una hora más tarde, Catchpole y Ranulfo, acompañados de una docena de criados armados, salieron del patio al galope. Maltote deshizo las bolsas. Corbett fue a ver a Rohesia y luego bajó a la gran sala a esperar. Gurney, irritado por el taciturno comportamiento de Corbett, lo dejó a solas y salió al patio aguardando, nervioso, el regreso de Ranulfo, quien llegó antes del anochecer en medio de un estruendo de cascos y exclamaciones.

Corbett, de espaldas al fuego, se preparó para la inminente confrontación. Gurney se reunió con él. Ranulfo y Catchpole hicieron entrar a los dos jefes de los *pastoreaux*, que llevaban las manos atadas, y maese José estaba rojo de ira. Nettler estaba pálido y parecía bastante asustado. De no ser por Ranulfo, maese José se habría abalanzado sobre Corbett. Se le dilataron las pupilas y le aparecieron motas de espuma en las comisuras de los labios.

—¡Me las pagaréis, Corbett! ¡Patético escribano de mierda! ¿Cómo os atrevéis a ponerme las manos encima y a enviarme a vuestro criado para que invada nuestras cámaras privadas?

Corbett no le hizo caso. Miró a Ranulfo, que sonrió y asintió imperceptiblemente con la cabeza.

—¡*Sir Simon*! —exclamó maese José al ver entrar a Gurney en la sala—. ¡Esto va contra las leyes de la Santa Madre Iglesia! ¡Nos ponemos bajo vuestra protección!

—¡Callad de una vez! —bramó Corbett.

Maese José estaba tan furioso que parecía al borde de sufrir un ataque.

—¡Callaos, maese José! ¡O emplearé los poderes que me ha otorgado el rey y os colgaré de una viga! *Sir Simon*, os agradecería que soltarais a Gilberto y lo trajerais aquí. Y también me gustaría que trajerais a mi misteriosa invitada, la joven de

Bishop's Lynn.

Maese José dejó caer los hombros. Se quedó callado, entrecerró los ojos y se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué es todo esto? —murmuró.

—¿Qué queréis decir, Hubert? —preguntó Corbett.

El jefe de los *pastoreaux* palideció y soltó un grito de asombro.

—Vos no sois José —continuó Corbett—. Sois Hubert Mugwell, condenado hace diez años por criminal. ¡Así que callaos y escuchad lo que tengo que decir! *Sir Simon*, os agradecería que vuestros criados sujetaran a estos dos hombres, porque estoy seguro de que ambos se van a poner violentos.

Corbett se acercó a la mesa, consciente de que todos le observaban. Se sirvió una copa de vino y se sentó en el borde de la mesa, bebiendo lentamente. Gilberto entró en la sala. Llevaba días sin afeitarse, pero se le veía bastante bien y sonreía alelado. Corbett le pidió que se colocara junto a la puerta.

—Pronto serás un hombre libre, Gilberto. No te preocupes.

A continuación llegó Rohesia, que todavía llevaba puestas la capa y la capucha. Corbett le indicó que se acercara. Dejó la copa de vino, cogió a la muchacha por el brazo y se quedó mirando su rostro asustado y pálido, casi oculto por la capa.

—No te preocupes —le dijo a ella también, y la condujo hasta el otro extremo de la sala. Maese José observaba nervioso, y cuando Rohesia se quitó la capucha, gruñó. El terror de Felipe Nettler fue tan enorme que se agachó, cruzando los brazos ante el pecho, y empezó a gimotear como un perro apaleado.

—¡Que Dios nos ampare! —gritó Gurney—. Es Blanca. Estás preciosa. Tú eres Blanca, la hija de alcalde.

—Blanca —dijo Corbett—, ¿conoces a este hombre que se hace llamar maese José, el jefe de los *pastoreaux*?

La chica sacó una mano de debajo de la capa y apuntó con la daga hacia el pecho de maese José. Corbett se adelantó a tiempo para arrebatarse la daga, pero no fue lo bastante rápido para impedir que ella, con la otra mano, asestara un fuerte golpe en la cara del monje.

—¡Puerco malnacido! —gritó Rohesia.

Maese José se agachó, sin defenderse, entre los dos corpulentos criados que lo sujetaban. Corbett sujetó a Blanca.

—Quiero que se vacíe la sala, *sir Simon* —dejó la daga de Blanca encima de la mesa—. Y quiero que encadenen a los dos prisioneros, por si acaso.

—¿Queréis que se marchen todos? —preguntó Gurney.

—Sí, excepto vos, Ranulfo, los prisioneros y Blanca.

Gurney dio la orden. Catchpole se adelantó con unas cadenas y ató a los prisioneros por los tobillos y las muñecas. Blanca se apartó y se quedó de pie dándoles la espalda, contemplando el fuego. Corbett cogió la daga y se la puso en el cinto.

—Dejadme empezar por el principio —dijo—. Hace cuatro o cinco años, el rey, a través de los caballeros hospitalarios, se enteró de que hombres y mujeres jóvenes nacidos libres estaban siendo vendidos como esclavos, la mayoría para ser prostituidos. Se los valora mucho por el cabello rubio y la piel clara, y alcanzan elevados precios en los mercados de esclavos del norte de África —Corbett se acercó a la mesa y bebió un sorbo de vino—. Este escandaloso comercio —continuó— ha sido condenado por sucesivos papas y concilios de la Iglesia; no son solo ingleses los hombres y mujeres que se venden. De hecho, es la única cosa que Felipe de Francia y Eduardo de Inglaterra coinciden en condenar, aunque les resulta imposible atajarlo. Se trata de un comercio muy antiguo, pero ha alcanzado mayores proporciones desde la Cruzada de los Niños, que ocurrió hace cerca de cien años, y ha despertado el apetito de los comerciantes de esclavos.

—Había oído algo de eso —dijo Gurney.

—Fue un fenómeno extraño —dijo Corbett—. Un pastor llamado Esteban convenció a miles de niños de toda Europa para que lo siguieran en una cruzada a Tierra Santa. Fueron muy pocos los que llegaron allí. La mayoría cayeron en manos de comerciantes de esclavos y fueron vendidos en los mercados de Argelia y Egipto.

—Eso es historia —dijo Gurney poniéndose en pie—. Pero ¿insinuáis que estos dos *pastoreaux* están implicados en el comercio actual? Pero si viven en la pobreza...

Le interrumpió la carcajada de Ranulfo.

—Id a la ermita, *sir* Simon, y echad un vistazo a los aposentos privados de ese par de granujas. Encontraréis mantas de lana, cabezales de plumas de ganso, sábanas de seda y cubas de vino que se hacen traer especialmente de Bishop's Lynn. El resto de la comunidad ayunaba, pero esos dos no, desde luego.

—Apuesto algo que maese José y Felipe Nettler también tienen otras hermosas propiedades por el reino —dijo Corbett sin dejar de vigilar a Blanca, que seguía de pie junto al fuego—. Y por supuesto, también estaban los ocasionales viajes a Bishop's Lynn para deleitarse en los lugares de perdición.

—Eso no es cierto —murmuró maese José—. Nosotros no hemos tenido nada que ver con todo eso. *Sir* Simon, tenéis razón. ¿Cómo podíamos sacar beneficios de ello?

—Es muy fácil —dijo Corbett—. Viajáis por el reino, pasando un año aquí, dieciocho meses allí... Luego os retiráis un tiempo para disfrutar de vuestras ganancias mal adquiridas, quizá en alguna casa elegante de Londres o Lincoln. Después reaparecéis como una máscara en una obra de teatro. Llegáis a un lugar solitario como Hunstanton, fingiendo ser una especie de San Francisco de Asís. Atraéis a los jóvenes con vuestros sueños, vuestros ideales y vuestras visiones de viajes a lugares exóticos. Los jóvenes se quedan un tiempo con vosotros. Queréis asegurarnos de que no habrá protestas, y raramente las hay. Después de todo, la mayoría de los jóvenes campesinos están deseando huir de la servidumbre de la tierra. Y ¿por qué iban a oponerse sus padres? Al fin y al cabo, eso significa una boca menos que alimentar cuando llegue el invierno.

—¡Pero los capitanes de los barcos tendrían que estar también implicados! — exclamó Gurney.

—Es un comercio muy próspero —dijo Corbett—. Hay muchos capitanes dispuestos a participar en este lucrativo negocio, porque es muy sencillo. Nadie hace preguntas, no hay que pagar aranceles y nadie se opone.

—Las víctimas podrían oponerse —gimoteó Nettler. Fue su único intento de defenderse.

—¿Habéis intentado escapar alguna vez de un capitán de barco que ha pagado dinero por vos? ¿De un burdel de Marsella o de Salerno, o de un harén otomano? Y, si lograrais escapar, ¿adónde iríais? Si los que os han comprado no os encuentran y os matan, otros lo harán. ¿Cómo puede una chica de Hunstanton ir caminando desde Marsella a Dieppe? No sabe ni una palabra del idioma, y, si consiguiera contar su historia, ¿quién la creería? Esos dos dirían simplemente que la chica había saltado por la borda, o que, cansada de su vocación religiosa, había decidido probar fortuna en otro lugar. Y aunque la creyeran a ella, quizá tardara años en demostrarlo. Para entonces maese José habría vuelto a cambiar de nombre y se habría trasladado a otra región de este país o a cualquier otro lugar de la cristiandad. ¡Por Dios, *sir* Simon, vos sabéis el tiempo que lleva conseguir que se haga justicia en el asunto más sencillo!

—Entonces, ¿qué fue lo que salió mal? —preguntó Gurney.

—Yo —Blanca se dio la vuelta, pálida de ira—. Y *sir* Hugo Corbett tiene razón. Miradme, *sir* Simon. Estoy demasiado avergonzada para volver a mi casa, y si lo hiciera, ¿quién me creería? Y ¿para qué deshonrar a mis padres? Me uní a los *pastoreaux*. Ese malnacido, ese monstruo, me consiguió un pasaje al extranjero. Pero tuve suerte —Blanca tragó saliva antes de añadir—: Cuando ya estaba a bordo del barco, oí al capitán hablando con su piloto. Él no sabía que yo me había escondido en las sombras del castillo de popa, agazapada como un perro, escuchando lo que me deparaba el futuro.

Dio unos pasos y escupió a maese José.

—Hablaban de mí como si yo fuera una mercancía. Yo ya había sospechado algo, pero vagamente, por cómo el capitán me miraba a veces; pero descarté mis sospechas al considerar que eran pensamientos impuros —se le quebró ligeramente la voz mientras miraba a Corbett—. En fin, era otoño, y nos sorprendió una violenta tormenta que fue empeorando, hasta tal punto que el barco se vio obligado a refugiarse en el Támesis. Salté por la borda cerca de Queenshithe. En Norfolk todos somos buenos nadadores, y logré alcanzar la orilla —Blanca entrelazó los dedos—. Al principio mendigué. Los frailes y algunas monjas se portaron bien conmigo —Se encogió de hombros—. Pero en Londres hay muchas bocas hambrientas. Una noche un marinero intentó violarme. Estaba borracho; le robé las monedas que llevaba y me compré ropa nueva. Luego conocí a un comerciante en Cheapside —bajó la cabeza—. En pocos meses había ganado lo suficiente para regresar a Bishop's Lynn, pero

estaba demasiado avergonzada para volver a casa. Como ya he dicho, ¿quién me habría creído? Pero estaba sedienta de venganza. ¡Estaba dispuesta a ganar suficiente dinero para contratar a alguien y matar a este demonio y a su amigo! —Blanca acarició la orilla de la manga de su capa—. Uno de mis clientes era orfebre. A través de él enviaba dinero a mi familia. Y le envié un mensaje a Marina. Se lo di a un buhonero. Le prometí más monedas si volvía y le describí con todo detalle a Gilberto y el viejo roble —Blanca se desplomó en un taburete—. No debí hacerlo —añadió con un hilo de voz—. Marina intentó escapar.

Corbett se acercó a maese José y, llevando la mano hacia atrás, le asestó una fuerte bofetada.

—Os lo merecéis —dijo en voz baja. Volvió a golpearle, partiéndole el labio—. Y esto es por Marina, a la que indudablemente asesinasteis.

—¡Eso es mentira! —gritó maese José.

—¡No, no lo es, malnacido! —susurró Corbett.

Después miró a Felipe Nettler.

—Os van a colgar a los dos.

Nettler sollozaba como una criatura. Corbett se agachó a su lado.

—Os colgarán —susurró—. Y cuando los jueces del rey se enteren de esto, exigirán que se realice una investigación concienzuda. Os torturarán hasta que nos lo contéis todo: los nombres de los capitanes, los destinos, dónde habéis escondido vuestras ganancias mal adquiridas. Y hasta que no hayan terminado con vosotros no llevarán a cabo la sentencia. ¿Mató a Marina, verdad?

Nettler asintió con la cabeza.

—¡Cállate, hijo de mala madre! —gritó maese José lanzándose sobre su antiguo subalterno.

Pero las cadenas que le ataban los tobillos y las esposas de las muñecas le impidieron moverse. El jefe de los *pastoreaux* cayó de rodillas. Ranulfo lo levantó del suelo.

—¡Matasteis a esa pobre chica! —dijo en voz baja—. Ella huyó de la ermita y echó a correr por los páramos llenos de niebla. Dios sabe adónde iría. ¿A casa de su familia? ¿A esta mansión? Comprendisteis que pasaba algo y la alcanzasteis. ¡Violasteis y estrangulasteis a esa pobre chica! —Ranulfo se acercó más a su cara—. Quizá mi amo se porte bien conmigo —susurró—. Quizá me ordene escoltaros hasta Londres.

Maese José esbozó una sonrisa burlona.

—No os olvidéis de Gilberto —dijo.

—Ah, sí, pobre Gilberto —Corbett dejó a Nettler y se situó junto a Ranulfo—. Cogisteis el patético collar de la muchacha asesinada y fuisteis a la cabaña de Gilberto. Para entonces el pobre chico y su madre habían huido, asustados por los cargos de que se les acusaba. Tirasteis el collar y regresasteis a la ermita con toda la sangre fría del mundo. Condenasteis a una anciana a morir ahogada y, de no ser por la

piedad de Dios, a su hijo a morir ahorcado —Corbett miró a Gurney, que se había quedado pálido—. ¿No os acordáis, *sir* Simon, de cuando reunisteis al tribunal en la iglesia? Maese José se marchó precipitadamente. Me pareció extraño que un jefe religioso abandonara con tanta prisa el cadáver de un miembro de su comunidad; pero claro, ¿qué más le daba? Para él Marina ya no valía ni un penique.

—Y ¿cómo descubristeis la verdad? —preguntó Gurney.

—Lo que me dio la pista fue el dinero que le habían dejado a Robert el alcalde. ¿Por qué iba a entregarle un misterioso benefactor dinero a un orfebre de Bishop's Lynn para un pobre alcalde de una aldea de pescadores? —Corbett apoyó suavemente las manos sobre los hombros de Blanca—. Seguramente vuestro padre habrá sospechado algo —miró por encima del hombro y añadió—: *Sir* Simon, ya he terminado con esos demonios. ¿Tenéis sitio para ellos en vuestros calabozos?

Gurney asintió.

—Encerradlos, pero mantenedlos separados. Nettler podría testificar contra maese José y solicitar el indulto real. Podría darnos fechas y nombres. Si lo hace, ¿quién sabe qué clemencias podríamos solicitar?

Nettler levantó la cabeza y miró furtivamente. Maese José blasfemó e intentó golpear a Nettler, pero cayó al suelo con gran estruendo de cadenas. Gurney se encaminó hacia la puerta para llamar a sus criados, pero antes de que lo hiciera maese José se puso en pie.

—¡Esperad! —gritó.

Corbett se dio la vuelta y le miró con las cejas levantadas.

—¿Una confesión completa y sincera, maese José?

—¡Id al infierno!

—¿Qué, entonces?

—Información.

Corbett se le acercó.

—¿Sobre qué?

—Sobre el tesoro.

—¿Qué tesoro? —preguntó Corbett.

El hombre levantó una mano esposada para limpiarse la sangre de la boca y miró con malicia a Corbett.

—Primero dadme vuestra palabra.

—No habrá perdón para vos, maese José, o Hubert Mugwell, o como queráis que os llame. ¡Os ahorcarán!

—Oh, no me preocupo por mí. Subiré a la horca por mi propio pie. La muerte no me preocupa. ¡Iré al infierno, donde bailaré con el diablo y os esperaré, Corbett!

—¿Qué, entonces?

—Tengo una casa, una mujer y un hijo en Lothbury. Tarde o temprano os enteraríais de su existencia. Exijo que no sufran ningún daño y que no se les arrebaten sus pertenencias.

—¡Allí fue dónde os vi! —intervino Ranulfo—. Hace años. En Londres, en un burdel de Southwark. ¿Cómo os hacíais llamar? Era un nombre francés, ¿no? Ah, sí, Alfonso. Yo estuve allí. Vos erais el maestro de la juerga —Ranulfo se le acercó—. Jamás olvido una cara, pero no lo recordaba bien —Ranulfo sonrió a Corbett como disculpándose—, porque mis recuerdos de aquella noche son muy tiernos. ¿Cuántos nombres habéis tenido?

—Más de los que vos podríais retener —contestó maese José con una sonrisa burlona. Miró a Corbett y dijo—: ¿Me dais vuestra palabra, escribano?

—Eso depende de la información.

Maese José estuvo a punto de retractarse, pero se encogió de hombros y avanzó un poco arrastrando los pies.

—Llevo dieciocho meses aquí. Todo el mundo habla del tesoro. Investigué un poco por mi cuenta, pero no averigüé nada. Entonces aparecisteis vos y ese otro escribano vestido de negro, haciendo preguntas sobre Alan del Marsh.

Corbett asintió:

—¿Cómo supisteis de él?

—¡Dadme vuestra palabra de que no molestarán a la mujer ni al niño!

Corbett le sostuvo la mirada, mordiéndose la lengua.

—¡Quiero que me deis vuestra palabra de honor! Vuestra promesa solemne en presencia de testigos.

—La tenéis —contestó Corbett.

—¡Id a la ermita! —dijo maese José—. Allí sabréis qué fue de Alan del Marsh. ¿Puedo fiarme de vos?

Corbett asintió.

—¡Lleváoslos de aquí! —ordenó.

En cuanto la puerta se cerró detrás de los prisioneros, Corbett se acercó a Blanca.

—Ya ha terminado todo —susurró.

La mujer miró alrededor y dijo:

—No, *sir* Hugo, esto no ha hecho más que empezar. Ahorcarán a maese José, vos regresaréis a Londres, pero mañana por la mañana yo volveré a un burdel de Bishop's Lynn.

—No tenéis por qué hacerlo —replicó Corbett.

La muchacha intentó sonreír.

—Sí, ya lo sé. Pero veréis, *sir* Hugo, ¿adónde queréis que vaya? ¿Al matador trabajo del campo? ¿A las miradas de desprecio para el resto de mis días? No, volveré a Bishop's Lynn —se alisó la parte delantera del vestido y añadió—: Lo pensaré. Quizá algún día... Pero mañana por la mañana regresaré —miró fugazmente a Gurney y dijo—: ¿Me proporcionaréis una escolta?

—Por supuesto.

—Y ¿no le diréis nada a mi padre?

Gurney asintió con la cabeza.

Corbett la vio marchar.

—La aldea entera lo sabrá —murmuró Ranulfo.

—Por supuesto que lo sabrán —replicó Gurney—. En una comunidad como esta, los rumores se extienden como el fuego sobre los rastrojos secos —Suspiró y se puso en pie—. Os dejaremos a solas, Hugo. Os enviaré comida a vuestra cámara, si os parece bien.

—Sí.

Gurney señaló a Ranulfo y dijo:

—¿Venís conmigo?

—¿Adónde?

—A la ermita. Tengo que informar a la comunidad de que todo ha terminado. Algunos regresarán a pie a sus casas, y a otros les daré dinero —Gurney miró a Corbett y añadió—: ¿Qué haremos con sus pertenencias?

—Que se lleven sus efectos personales —sugirió Corbett—. Cuando los aldeanos se enteren de lo que ha pasado, saquearán la ermita. Dudo mucho que las riquezas de maese José estén guardadas allí. A los funcionarios del tesoro les llevará meses dar con ellas. Debe de tener varias casas, y dinero guardado en diversos sitios. Nuestro prisionero es un experto criminal, y no creo que lo cuelguen tan pronto como nosotros deseáramos.

—¿Será perdonado su cómplice? —preguntó Ranulfo.

—Si canta la canción que quieren los jueces, probablemente pasará unos meses en prisión antes de ser exiliado de por vida —Corbett rio con amargura y añadió—: Estoy seguro de que debe de conocer a suficientes capitanes de barco para asegurarse un pasaje al extranjero —Corbett dejó la daga de Blanca en la mesa—. Pero ve con *sir* Simon, Ranulfo.

Corbett abandonó la sala. Al ver que los criados susurraban nerviosos, comprendió que la historia ya había traspasado los límites de la sala. Gilberto estaba allí; ya era un hombre libre. Saltaba de un pie a otro y sonreía con expresión alelada a Alice, que le estaba poniendo comida y unas monedas en las manos. Corbett subió a su cámara. Se quedó un rato sentado en la cama pensando en todas las vidas que los *pastoreaux* habían arruinado. Luego se tumbó y se quedó contemplando las vigas del techo, cavilando sobre el significado del pergamino con forma de corazón que Culpeper le había dado en Bishop's Lynn.

Capítulo XI

Corbett se estremeció al oír el viento lanzando la intensa lluvia contra la ventana. Se había afeitado y vestido, y había bajado a desayunar a la sala tras una noche de sueño intranquilo que le había dejado dolorido y con la cabeza espesa. La agitación del día anterior, avivada por los rumores, se había extendido por el pueblo. Gilberto regresó a Hunstanton como un héroe que regresa de las guerras y, si había que dar crédito a Catchpole, los aldeanos ya habían saqueado la ermita. Los miembros de la comunidad huyeron inmediatamente, para no verse afectados por los graves cargos de que se acusaba a sus jefes. Blanca se había marchado con dos criados de Gurney. Maltote los acompañó, protestando por tener que viajar con un tiempo tan espantoso. Ranulfo disfrutó imaginándose las tribulaciones del desgraciado mensajero, pero Corbett le borró rápidamente la sonrisa de la cara.

—¿Has encontrado alguna pista sobre Alan del Marsh en la ermita?

—No, amo.

—Entonces coge tu caballo y ve a echar un vistazo por la costa; no por el acantilado, sino por la playa. Debe de haber marea baja.

—¿Qué se supone que busco?

—Cuando lo encuentres lo sabrás.

Ranulfo se marchó a toda prisa, murmurando y maldiciendo por lo bajo al viejo maese Cara Larga. Corbett siguió cavilando, y después bajó a los calabozos para interrogar a maese José. Pero el jefe de los *pastoreaux* era consciente de que se encontraba en una posición privilegiada.

—Cuanto menos os diga —dijo a Corbett con sarcasmo—, más tendré con qué negociar.

Corbett sonrió para disimular su desesperación. El muy granuja tenía razón. Corbett sabía que los funcionarios del Tesoro se mostrarían dispuestos a negociar, y a hacer todo tipo de concesiones, si creían que con eso podían aumentar la fortuna del rey. Si indultando a maese José el rey se enriquecía, estarían dispuestos a pagar ese precio.

—¿No os saca de quicio, Corbett —insistió el canalla—, saber que por aquí hay escondido un tesoro?

—¿Dónde está Alan del Marsh? —dijo Corbett.

—Ya os lo he dicho, buscad en la ermita, si es que todavía sigue allí.

Corbett se levantó.

—¡Ah, escribano! —dijo maese José con una expresión socarrona en el magullado rostro—. ¡Saludad afectuosamente a nuestra gordinflona priora de mi parte! ¡Y otra cosa, escribano!

Corbett no se dio la vuelta.

—¡Si yo fuera vos, no me fiaría de nadie!

Corbett salió del calabozo y cerró de un portazo. Se aseguró de que el vigilante

cerraba la puerta y echaba el cerrojo, antes de probar suerte con Felipe Nettler, pero este se mostró igual de reservado que su superior.

—Hablaré cuando tenga en mi mano el indulto del rey —murmuró—, firmado y sellado. ¡Hasta entonces, podéis ir al infierno!

Corbett dejó a los dos granujas y regresó a su cámara. Gurney estaba en el pueblo, y la casa estaba tranquila. La lluvia había empezado a disminuir, así que Corbett se calzó las botas de montar, cogió su capa, ensilló su caballo y se dirigió a la ermita cruzando los páramos. Ahora el edificio estaba abandonado; habían quitado incluso las puertas. Corbett se detuvo en el patio y miró alrededor. Hacía un día gris y nublado que reflejaba bien su estado de ánimo. Tenía la inquietante sensación, fruto de años de experiencia, de que alguien le seguía. Se quedó sentado en su caballo, y los crujidos de su silla de montar y los relinchos de su caballo rompieron el silencio. Miró por encima del hombro, pero los encharcados páramos estaban vacíos. Desmontó, trabó su caballo y empezó a explorar el edificio. Habían saqueado todas las habitaciones. Corbett vio casos similares en las guerras del rey por las fronteras escocesas. Siempre había admirado, aunque con ironía, la habilidad de los campesinos para el saqueo. Puertas, bisagras... se habían llevado cualquier cosa que pudiera moverse, hasta las alfombras, los cazos y las camas. Apenas quedaba nada, salvo algún cuenco de cerámica, para demostrar que aquello había sido una comunidad con vida.

Corbett visitó las cámaras del piso superior y, pese al aspecto desnudo que ofrecían ahora, se dio cuenta de que maese José y Nettler habían ocupado las mejores estancias del edificio. Las paredes estaban encaladas y, por las marcas que había en el suelo, Corbett vio que habían disfrutado de buenas camas, muebles y hasta alfombras. Los aldeanos se habían llevado los vidrios de las ventanas y unas cuantas tejas del tejado, y en el suelo empezaban a formarse charcos de agua. Corbett se paseó por la casa, examinando todos los rincones. Su nerviosismo aumentó, no solo por la maldad de lo que se había hecho allí, sino por el silencio que reinaba y la inquietante sensación de que alguien le observaba.

Volvió donde había dejado el caballo y, antes de montar, se quedó contemplando el encapotado cielo.

—¿Dónde está Alan del Marsh? —murmuró acariciándole distraídamente el morro a su montura—. ¡Piensa, Corbett! Alan del Marsh debió de venir aquí huyendo de algún Gurney de la época. Buscaba un lugar donde esconderse.

Corbett echó un vistazo al patio. Vio un pequeño y viejo edificio de ladrillo y se acercó. Era una vieja fábrica de malta que olía a cerrado y a moho; en el suelo había trozos de madera y de cerámica. Corbett pisó con las botas y barrió la tierra con el pie; el suelo no era de tierra batida, sino de piedra. Empezó a retirar a patadas los montones de paja podrida y suspiró al encontrar la trampa. Cogió la empuñadura de su daga, retiró el cerrojo y levantó la trampa asiéndola por la herrumbrosa argolla de hierro. Se detuvo para hacer una rudimentaria antorcha, la encendió y bajó con

cuidado por los podridos escalones de madera. Sostuvo la antorcha algo alejada de él, y las llamas se agitaron movidas por la ligera brisa. Se encontraba en un hoyo, un pequeño sótano. El suelo era de tierra y la luz de la antorcha no revelaba más que alguna telaraña. Corbett oyó chillidos de ratas que pasaban escabulléndose.

—No hay pasadizos secretos —murmuró—. No es más que una sucia bodega.

Entonces reparó que en una de las paredes habían escrito una A y una M y habían dibujado una especie de cráneo: dos ojos y una nariz unidos por un triángulo. Corbett examinó el dibujo meticulosamente. No tenía ninguna duda de que había encontrado el escondite de Alan del Marsh y que fue él quien hizo el dibujo en la pared. En tal caso, las letras y el triángulo debían componer algún mensaje secreto. La antorcha se estaba consumiendo, así que Corbett la soltó y volvió a subir los escalones. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no levantó la cabeza hasta percibir de pronto un perfume de mujer. Vio el grueso leño cerniéndose sobre él y gritó al tiempo que caía al suelo, inconsciente.

Cuando recobró el conocimiento sintió frío y humedad, y notó un fuerte dolor de cabeza. No entendía por qué le gritaba la gente ni por qué tenía las piernas y los pies tan fríos y mojados. Se arrastró hacia delante, deseando que la gente se callara. Se incorporó, intentando dominar las náuseas. Miró, estupefacto, las olas que se arremolinaban a su alrededor, levantó la cabeza y vio gaviotas describiendo círculos, como ángeles, por encima de su cabeza. Algo funcionaba mal. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Recordaba que había estado en aquella bodega, y ahora estaba en una playa fría y desierta. Delante tenía los acantilados. Desde donde estaba veía la horca en la que habían colgado a la esposa del panadero.

Comprendió que le habían golpeado en la cabeza, pero ¿qué hacía en la playa? ¿Cómo había llegado hasta allí? Una ola le mojó hasta la cintura. Corbett contempló el encrespado mar y entendió, horrorizado, lo que estaba pasando. La marea estaba subiendo, con una de aquellas súbitas crecidas tan traidoras y famosas en la región. Las olas eran violentas, altas e hinchadas, y corrían con una furia que Corbett no había visto jamás. Se puso en pie y empezó a caminar por la playa hacia el camino que subía hasta el acantilado. El mar lo perseguía. No podía correr porque tenía las piernas entumecidas y le dolía mucho la cabeza. Sintió náuseas, pisó mal y cayó. Las olas le pasaron por encima, y el agua helada calmó su pánico. Corrió para salvar la vida. Recordó los rumores que circulaban por el pueblo y comprendió que la persona que le había atacado en la ermita lo había dejado allí para que el imprevisible mar se encargara de él. Corbett siguió avanzando con esfuerzo. Respiraba con dificultad, y el camino parecía alejarse cada vez más. Su capa estaba empapada. Corbett se la quitó, se la ató al brazo y siguió corriendo. Pero el mar iba ganando la carrera, y a veces Corbett tenía que avanzar con el agua por los muslos. El camino parecía inalcanzable. Entonces oyó ruido de cascos y unos gritos. Vio a Ranulfo llamándolo a gritos desde su caballo. Corbett intentó montarse detrás de Ranulfo, pero una ola lo embistió y lo apartó del caballo. Ranulfo se inclinó y lo puso encima de la silla, con el pomo de la

silla clavándosele dolorosamente a Corbett en el pecho y el estómago. Entonces Ranulfo salió al galope, derecho hacia el camino del acantilado. Cuando llegaron al camino, Ranulfo desmontó y sentó a su amo en la silla de montar. Guio al caballo camino arriba, resbalando y maldiciendo, sin pararse hasta que llegaron a los tojos que había en lo alto del acantilado. Ranulfo soltó las riendas y se tiró al suelo. Corbett se inclinó por encima del cuello del caballo y vomitó. Ranulfo se levantó sin decir nada y, atándose las riendas a la muñeca, echó a andar hacia Mortlake Manor.

Gurney estaba en el patio, hablando con sus criados, y Selditch estaba a su lado. Al ver a Corbett empapado y a Ranulfo furioso, ambos se les acercaron corriendo.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien ha intentado matar a mi amo —dijo Ranulfo malhumorado. Miró fijamente a Gurney y añadió—: Le han golpeado en la cabeza y luego lo han dejado en la playa, como si fuera un trozo de madera, para que se lo llevara la marea. ¿Qué le habríais escrito entonces al rey, *sir* Simon? ¿Qué había ocurrido otro desgraciado accidente?

Gurney, pese a haber sido soldado, palideció y retrocedió ante la ira de los verdes ojos de Ranulfo. Selditch se apresuró a ayudar a Corbett a bajar de la silla.

—¡Largo! —gruñó Ranulfo. Miró a su alrededor y dijo—: ¡Escuchad, escuchadme todos bien! Y ya podéis cotillear sobre esto en la taberna. ¡Si mi amo muere aquí, yo, Ranulfo de Newgate, volveré! —redujo la voz a un susurro y añadió—: ¡Volveré! ¡Con todos los hombres que encuentre y con una orden del rey! ¡Creedme, señor, estas gentes todavía recordarán mi visita cuando estemos todos muertos y enterrados!

A continuación ayudó a Corbett a bajar del caballo. Se cargó a su amo a los hombros, le ayudó a subir a su cámara y lo tendió con cuidado en la cama. Alice subió con un cuenco de clarete con especias. Ranulfo le hizo probar el vino, y ella sonrió con desaprobación. Ranulfo también bebió un sorbo; luego cerró la puerta en las narices a la dama y puso el cuenco en los labios a Corbett. Mientras su amo dormía, Ranulfo lo desvistió, lo lavó, lo metió bajo las sábanas y lo tapó con las mantas. Después Ranulfo cerró la cámara con llave y bajó a la cocina. Ordenó a los criados que calentaran ladrillos que luego puso en la cama de Corbett. Pidió que prepararan gachas de pollo y otras cosas de comer.

Ranulfo estuvo cuidando a Corbett todo el resto del día y parte de la noche. Cuando su amo se despertaba le daba de comer, y cuando dormía le curaba la tremenda contusión que tenía en la cabeza. Al final Ranulfo quedó satisfecho. Corbett había perdido el conocimiento y tenía una grave herida, pero sus peores heridas eran espirituales: la impresión de despertarse en la playa y aquella fatal carrera con la marea subiendo. Por la mañana Corbett se despertó, pálido pero recuperado.

—Todavía no me he muerto, Ranulfo.

—¡Todavía no podéis morir! —dijo Ranulfo con una sonrisa—. Aún tengo que ascender mucho.

Ranulfo miró con angustia a su amo. Se lo debía todo a Corbett. En sus momentos más sobrios, Ranulfo, igual que Maeve, temía que Corbett muriera a manos de un asesino. El criado bajó y regresó con un cuenco de densa sopa y un poco de pan. Dejó que Corbett comiera. *Sir Simon* y *Alice* subieron y le preguntaron tímidamente cómo se encontraba. Corbett estuvo educado pero precavido. Maltote regresó, impaciente por explicarle a Ranulfo lo que había visto en el burdel, y decirle que estaba seguro de haberse enamorado de *Rohesia*. Pero al ver la severa expresión de Ranulfo, Maltote comprendió la gravedad del accidente que había sufrido su amo. El mensajero se puso a pasear por la habitación, dando palmadas y murmurando que deberían regresar de inmediato a Londres. Ranulfo le gritó que se callara y se sentara, y amenazó con romperle la crisma con una silla si no le obedecía.

—¿Quién ha sido, amo? —preguntó Maltote.

Corbett sacudió la cabeza y les relató su visita a la ermita.

—Lo único que recuerdo es que olí un perfume, y que vi un tronco que se me venía encima. Cuando me desperté estaba en la playa. ¿Cómo me encontraste, Ranulfo?

—Vos me ordenasteis que fuera a la playa, amo.

Corbett cerró los ojos y apoyó la cabeza en el cabezal.

—Cuéntamelo —dijo.

—Estuve cabalgando por la playa —dijo Ranulfo—. Es un lugar dejado de la mano de Dios, amo. Jamás había visto tantas gaviotas.

—Pero ¿qué encontraste? —preguntó Corbett.

—Un pequeño esquife en la arena —contestó Ranulfo—. También hay un sendero arenoso que lleva hasta lo alto del acantilado. Subí por ese sendero. Estoy seguro de que allí pasa algo, porque ese camino ha sido utilizado. Volví a bajar. Examiné el bote, y solo encontré una cosa que me llamó la atención. El bote está en buen estado para navegar, pero en la popa había una mancha negra que parecía de sangre —Ranulfo se encogió de hombros y continuó—: Aunque quizá fuera otra cosa. Luego seguí cabalgando por la playa, pero no me gustó cómo estaba el mar, agitado y embravecido. Volví sobre mis pasos. Entonces me asusté, porque cuanto más rápido galopaba, más me costaba alejarme del mar. Me proponía subir por el sendero que conduce a la ermita —Ranulfo hizo una mueca—, y entonces os vi correr por la playa —hizo una pausa al oír que llamaban a la puerta. Era *Selditch*.

—*Sir Hugo* —balbuceó sujetándose su enorme y protuberante panza con los dedos—. ¿Puedo hacer algo por vos? —agitó los dedos manchados de tinta como una anciana.

—No, no —se apresuró a contestar Corbett antes de que pudiera hacerlo Ranulfo—. Os lo agradezco, maese *Selditch*, pero me encuentro bien.

El médico desapareció.

—¡Yo no me fiaría de él! —dijo Ranulfo. Olfateó el aire—. Ese hombre lleva perfume, amo, como *lady Alice*.

Corbett se quedó mirando la puerta y sonrió a Ranulfo.

—¡Suerte que apareciste!

Su criado se encogió de hombros.

—En realidad, seguramente habríais llegado al sendero a tiempo. Lo que os salvó fue vuestra dura cabeza. El asesino, maldito sea, no pensó que recobraríais el conocimiento.

Corbett tiró de un hilo suelto de la manta.

—Si no llegas a aparecer tú, Ranulfo, digas lo que digas, me habría ahogado. Te ruego que no se lo cuentes a *lady* Maeve —se quedó con la mirada perdida y dijo—: Estudié en Oxford, me convertí en escribano del rey. A veces me siento como una araña que teje sus telas o destruye las de los demás. Sin embargo, debo admitir que no comprendo la naturaleza humana. ¿Qué se habría conseguido con mi muerte? ¿De qué serviría dejar viuda a Maeve? ¿O dejar huérfana a mi hija? El rey vendría aquí personalmente, o enviaría a otro para que siguiera investigando hasta que este asunto quedara resuelto —Corbett se frotó la cara—. ¡Quizá debería entregar mis sellos y retirarme a mi mansión!

Ranulfo disimuló su alarma y miró con atención a su amo. Sabía que Corbett, en cierto modo, tenía razón. El viejo maese Cara Larga era un excelente jugador de ajedrez, pero en el tumulto de los estrechos callejones era un inocente.

—Si os marcharais, amo —replicó Ranulfo lentamente—, lo único que cambiaría sería que más asesinos saldrían impunes —esbozó una tímida sonrisa—. Puede que Leighton Manor sea un lugar tranquilo, *sir* Hugo, pero el cementerio también lo es.

Corbett se tocó la magullada cabeza con las yemas de los dedos e hizo una mueca de dolor.

—Las atinadas palabras de un hombre corriente —murmuró.

—Cuando caes en el arroyo, amo, tienes que ser tan astuto y tan hábil como tus perseguidores.

Corbett lo miró y dijo:

—¿A qué te refieres, Ranulfo?

—Bueno, tomemos por ejemplo a nuestro amigo el médico. O a *sir* Simon Gurney. ¿Qué pasó cuando encontraron parte del tesoro del rey Juan?

—Lo vendieron.

Ranulfo se sentó en el borde de la cama.

—Y ¿qué creéis que pasaría, amo, si encontraran el resto?

Corbett entornó los ojos y dijo:

—¿Insinúas que lo están buscando?

—Bueno, ellos están al tanto de la existencia del tesoro. ¿No creéis que les gustaría encontrarlo?

—Pero si lo hicieran y no informaran de ello al rey, cometerían un delito grave, casi sería una traición.

—Oh, claro que informarían al rey —replicó Ranulfo—. Y, según la ley, exigirían

su parte. Una cuarta parte del tesoro, ¿no es así? *Sir Simon*, su esposa y su médico quizá sean tan inocentes como el que más. Es posible que no tengan nada que ver con estos asesinatos. Pero podrían ser tan culpables como Caín —Ranulfo soltó una risotada y dijo—: Pero lo que me niego a aceptar es que no estén buscando el tesoro.

—Continúa —murmuró Corbett.

Ranulfo sonrió inocentemente mirando a Maltote por encima del hombro.

—Fue nuestro joven mensajero quien me dio la idea. Maltote viene de una familia campesina. Su padre era un siervo de una casa feudal parecida a esta. Pues bien, ya conocéis el sistema de una casa feudal, todo se pone por escrito, todo queda registrado. Sin duda nuestro médico, tan interesado por las antigüedades, ha descubierto algo sobre Alan del Marsh.

Corbett apartó las mantas y bajó con cuidado de la cama.

—Voy a afeitarme y a vestirme —declaró—. Luego quiero que hagas subir a Selditch.

Una hora más tarde, cuando Corbett estuvo listo, Ranulfo entró con Selditch en la cámara. El médico se puso muy nervioso al ver a Corbett levantado y vestido.

—Maese Selditch —dijo Corbett—, iré directamente al grano. Sospecho que Alan del Marsh era un arrendatario de esta región, y quizá también Holcombe lo fue. ¿Qué habéis descubierto vos acerca de esa astuta pareja?

El médico no quería contestar. Corbett se le acercó y lo cogió por la mano.

—Quiero saberlo —dijo en voz baja—. Quiero saberlo todo. Si no me lo contáis vos, cogeré todos los archivos de *sir Simon*, sus listas de rentas, impuestos, derechos y aranceles. Los analizaré durante días. Si descubro que me habéis ocultado algo, pongo a Dios por testigo que lo lamentaréis —Corbett se tocó la cabeza—. Ayer estuvieron a punto de asesinarme. ¡Se me está agotando la paciencia!

Selditch agitó los dedos, nervioso.

—Holcombe era un granjero de las afueras de Bishop's Lynn —dijo lentamente—. Alan era vecino de estos lugares. En los archivos hay muy poca cosa, de verdad —Arrastró los pies.

—¿Cómo se ganaba Alan el pan? —preguntó Ranulfo.

—Era mayordomo de la casa feudal.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Corbett.

—Recorría las tierras recogiendo las cuotas del señor feudal y llevando mensajes y órdenes.

—Entonces debía de conocer bien la región.

—Sí, claro.

—Y todos los escondites y los rincones secretos, ¿no?

Selditch asintió.

—¿Hay algo que yo debería saber?

El médico parpadeó y dijo:

—Según uno de los pergaminos del tribunal feudal —contestó lentamente—, dos

años antes de que el rey Juan perdiera su tesoro en el Wash, Alan fue acusado de hacer contrabando.

Corbett soltó un gruñido y se tapó la cara con las manos. Levantó la cabeza.

—¿Hay algo más?

Selditch sacudió la cabeza, y Corbett le dijo que se marchara.

—¿Qué pasa? —preguntó Ranulfo, nervioso, cuando el médico hubo cerrado la puerta tras él.

—¡Por el amor de Dios, Ranulfo! ¿Acaso no lo ves? Alan del Marsh y Holcombe planearon el robo del tesoro del rey Juan. Tramaron un plan impreciso, seguramente maquinado en cuanto Holcombe supo que lo habían contratado para guiar la caravana del tesoro para cruzar el Wash. El plan, sin embargo, fue un éxito. Holcombe roba el tesoro y se reúne con su cómplice en algún lugar solitario. Entonces esconden la mayor parte de su botín; pero se quedan una pequeña parte, quizá para cambiarla por dinero —Corbett hizo una pausa para ordenar sus ideas—. Con todo, Holcombe despierta sospechas. Los Gurney lo apresan, lo interrogan y lo ejecutan, y entierran ignominiosamente su cadáver con la parte del botín que Holcombe llevaba encima —Corbett hizo una pausa y pasó la mano por la superficie de la mesa—. Se supone que todo es un secreto, claro, pero empiezan a circular rumores. Alan del Marsh decide desaparecer del mapa. Esconde el tesoro —Corbett miró a Ranulfo—. ¿Qué podía hacer a continuación?

—¿Intentar salir del país?

—Correcto. Veamos, Alan es contrabandista, como mucha gente de esta región. Sin embargo, se enfrenta a numerosas dificultades: esconderse, conseguir un pasaje, y después trasladar el tesoro sin que se entere nadie. Es muy peligroso, porque él sabe que lo buscan.

—Quizá muriera, sencillamente —dijo Ranulfo encogiéndose de hombros.

Corbett sacudió la cabeza.

—¿Y la otra posibilidad? ¿Y si Alan del Marsh se salió con la suya? ¿Y si huyó al extranjero, llevándose el tesoro con él para llevar una vida de lujo más allá del Rin, o en el sur de Francia? ¿No te das cuenta, Ranulfo, de que podríamos estar persiguiendo fuegos fatuos?

—Entonces, ¿por qué tanto misterio? —exclamó Ranulfo—. ¿Por qué tantos asesinatos?

Corbett se frotó una mejilla y dijo:

—Eso no lo sé. Lo único que creo es que alguien más, o un grupo de personas, está también buscando el tesoro —Corbett suspiró—: Sin embargo, también ellos podrían estar persiguiendo fuegos fatuos —Corbett cogió un trozo de pergamino y añadió—: Lo que debemos hacer es establecer una pauta. Pero ¿qué tenemos de momento? Flores marchitas al pie de una horca. La esposa de un pobre panadero asesinada. Cerdic Lickspittle decapitado, su cadáver abandonado en la playa. Tumbas profanadas y Monck asesinado en los páramos.

—Bueno —intervino Maltote—, por lo menos hemos apresado a los *pastoreaux* y hemos descubierto al responsable de la muerte de Marina.

Corbett se mordió la yema del pulgar.

—Sí, es cierto —murmuró—. Pero esos malnacidos también podrían haber estado buscando el tesoro —se tumbó en la cama y se quedó mirando las vigas del techo.

—Y no hemos de olvidar las luces, esas extrañas señales entre los barcos y la costa —añadió Ranulfo.

—No, no —murmuró Corbett. Se volvió y dijo—: Tengo una explicación para eso, aunque es difícil de tragar y de digerir. En fin, dejadme solo un rato.

Ranulfo y Maltote bajaron a la sala, susurrando con emoción acerca del extraño humor de su amo. Corbett se mordió la lengua y se quedó mirando el techo. No podía dejar de pensar en el mensaje de amor que le había dado Culpeper el molinero: *Amor Haesitat, Amor Currit*. Y ¿había algo más? ¿Algo que había visto o en lo que había pensado mientras corría por la playa? Corbett cerró los ojos. Y ¿qué le había dicho Ranulfo sobre aquel bote varado y escondido? Sonrió recordando su lógica, un axioma corriente en las escuelas: «Si reduces todas las cuestiones y llegas a una conclusión, esa conclusión debe ser la única aceptable. Por lo tanto, has descubierto la verdad».

—Bueno, vamos a probarlo —murmuró Corbett.

Bajó las piernas de la cama, cogió sus botas de montar y su capa y salió, llamando a gritos a Ranulfo y a Maltote.

Recogieron sus caballos en las cuadras y salieron por el páramo hacia la ermita. Maltote se ocupó de los caballos mientras Corbett y Ranulfo entraban en la vieja fábrica de cerveza. En cuanto entraron, Ranulfo olfateó el aire.

—Huelo el perfume. Es muy fuerte. Muy parecido, estoy seguro, al que usa *lady* Alice.

—Sí —coincidió Corbett—. Lo olí justo antes de que me golpearan en la cabeza. Vamos, te enseñaré lo que encontré.

Cogió un poco de paja seca del suelo y guio a Ranulfo hasta el sótano. Corbett puso la paja en la base de la pared y encendió una yesca, pero cuando la paja prendió, Corbett se quedó mirando la pared, incrédulo. Lo que había visto la otra vez había desaparecido.

—Alguien encendió una antorcha —murmuró—. Alguien encendió una antorcha y frotó con ella la pared —Corbett señaló las marcas de la pared y describió a Ranulfo lo que había visto.

—Fuera lo que fuera —dijo Ranulfo—, debía de ser importante.

Corbett y Ranulfo volvieron al patio.

—Pongamos... —dijo Corbett mirando hacia el cielo, donde las gaviotas describían círculos y gritaban protestando por que las hubieran molestado—. Pongamos que nosotros hubiéramos robado el oro. ¿Dónde lo esconderías tú?

—Bueno, en un sitio como este seguro que no —respondió Ranulfo.

—¿Por qué no?

—Cualquier sitio visitado por otras personas es peligroso. Tarde o temprano, alguien podría tener suerte, o ser lo bastante hábil para descubrir dónde estaba escondido el tesoro.

—Pero enterrarlo en los páramos —dijo Corbett— también es peligroso. Pueden verte enterrándolo, y siempre hay la posibilidad de que olvides dónde lo escondiste exactamente —Montó en su caballo—. Pero ahora, Ranulfo, vamos a molestar un poco a la priora.

Llegaron al convento de la Santa Cruz, donde la madre Cecilia los hizo esperar un rato en una antecámara. Cuando por fin los hicieron pasar a la cámara de la priora, esta los recibió con una sonrisa tan falsa que Ranulfo notó cómo se le revolvía el estómago.

—¿En qué puedo ayudaros, *sir* Hugo? —dijo con afectación—. Me he enterado de lo de los *pastoreaux*, y estoy impresionada. Qué negocio tan espantoso. ¡Qué hombres tan malvados!

—Sí, eran contrabandistas —dijo Corbett—. Traficaban con seres humanos para venderlos en todos los mercados corrompidos del mundo —se inclinó hacia delante—. El contrabando es pecado, ¿verdad?

La priora parpadeó, y su pastoso rostro palideció.

—Sí, es pecado —continuó Corbett—, y es un crimen, porque es una evasión de impuestos y una infracción de la autoridad real, y por eso vos podréis ayudarme. ¿Podéis decirme por qué sois vos contrabandista?

La madre Cecilia se sujetó a la mesa.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

A Ranulfo le habría gustado que Maltote estuviera allí en lugar de estar vigilando los caballos en el patio de las cuadras. La madre Cecilia abría y cerraba la boca.

—¿Me estáis acusando de hacer contrabando?

—Sí, así es —contestó Corbett, con la esperanza de que sus deducciones fueran correctas.

—Y ¿podéis decirme, os lo ruego, con qué hago contrabando?

—¡Sí, ya lo creo que podéis rogar! —dijo Corbett bruscamente—. Podéis rogar para que el rey se apiade de vos. Podéis rogar por el indulto real y por el perdón de vuestro obispo —se inclinó hacia delante—. Sois una contrabandista. Tenéis ovejas, las esquiláis, hacéis balas de lana y vuestros carreteros las llevan a la aduana de Bishop's Lynn. Pongamos que tenéis trescientas balas. Doscientas cincuenta pasan por la aduana y son cargadas en un barco en Bishop's Lynn. El barco zarpa, seguramente aprovechando la marea nocturna. Pone rumbo a Flandes, pero en lugar de cruzar el Canal, echa el ancla frente a la costa de Norfolk y embarca las otras cincuenta balas. Lo que no sé es si es el barco el que envía un bote o si el bote sale de la costa. Os pagan en efectivo y no pagáis impuestos. El capitán del barco obtiene un considerable beneficio en los puertos flamencos.

—Esto es ridículo —exclamó la priora.

—No, es la verdad. Y ahora viene la muerte de la hermana Inés. Ella era la tesorera de este priorato, y de vez en cuando iba a pasear por los acantilados. Se llevaba un bastón y una linterna. La gente la consideraba una excéntrica. En realidad, iba a hacerle señales a un barco. Creo que hasta tenéis un pequeño bote en esa cala para ayudaros en vuestros infames asuntos —Corbett se puso en pie y fue a admirar un cuadro—. Pero una noche ocurrió la tragedia —se volvió y levantó una mano—. Sí, estoy de acuerdo, no hubo juego sucio, pero la hermana Inés se estaba haciendo vieja. Quizás el acantilado empezaba a desmenuzarse, o el viento soplaba demasiado fuerte. En fin, la pobre hermana tropezó y se despeñó —Corbett miró por encima del hombro y sonrió—. Ella era la tesorera de esta casa, y, con el tiempo, será sustituida. Vuestras actividades de contrabando continuarán, sin duda, en cuanto desaparezcan los entrometidos escribanos del rey.

—No tenéis pruebas que lo demuestren —protestó la priora.

—Pues sí las tengo —mintió Corbett—. He interrogado a uno de los capitanes. Lo ha confesado todo —Corbett volvió a su sitio, jugando con la empuñadura de su daga—. Quizá también debería interrogar a algunos de vuestros criados, sobre todo a esos a los que pagáis tan bien por remar en el bote.

La madre Cecilia no lo soportó más. Bajó la cabeza y empezó a sollozar.

—Señora —dijo Corbett en voz baja.

La madre Cecilia levantó la cabeza, mostrando un rostro bañado en lágrimas.

—Siempre lo hemos hecho —susurró—. Y no nos lo podéis reprochar, *sir* Hugo. Los impuestos son muy elevados. Nuestros beneficios son muy escasos.

Corbett echó una ojeada a la lujosa cámara.

—Podríais haber ahorrado un poco —murmuró.

La madre Cecilia se calmó.

—¿Qué vais a hacer, *sir* Hugo? ¿Informar al rey?

—No necesariamente —replicó Corbett—. Si se cumplen dos condiciones —vio asomar la esperanza en los negros ojos de la priora.

—¿Qué condiciones?

—La primera es que el contrabando debe cesar inmediatamente. Y la segunda, que me contéis todo lo que sabéis sobre Alan del Marsh.

La madre Cecilia rompió a llorar, sacudiendo los hombros de tal forma que hasta Ranulfo sintió lástima por ella.

Capítulo XII

¿Por qué os causa tanta preocupación un hombre que murió hace tantos años, señora? —preguntó Corbett.

La madre Cecilia se levantó. Cogió el aro de llaves que colgaba de su cinturón y fue hacia un enorme cofre zunchado. Lo abrió, sacó un pequeño rollo de pergamino amarillento y se lo dio a Corbett.

—Leedlo, *sir* Hugo. Es una parte de las crónicas de nuestro convento, y solo la priora está autorizada a verlo.

Corbett se llevó el pergamino a la ventana, donde había más luz. Vio que la crónica del convento debía de ser un rollo de pergamino compuesto de varios trozos cosidos. La parte que tenía en las manos había sido cuidadosamente separada, de modo que los extremos sueltos de la crónica pudieran ser cosida de nuevo sin que se notara que faltaba aquel trozo.

La hermana Cecilia se dirigió hacia la puerta.

—Volveré dentro de un rato —dijo—. Tengo que enseñaros otra cosa.

Corbett se encogió de hombros y empezó a leer, estudiando el texto escrito con tinta verde azulada y traduciendo rápidamente del latín.

—¿Menciona a Alan del Marsh? —preguntó Ranulfo.

—No.

—Entonces, ¿qué interés tiene?

—Es más útil de lo que te imaginas. Escucha. Está fechado en agosto de 1217, casi un año después de que el rey Juan perdiera su tesoro en el Wash. Ese mes un fugitivo se refugió en el convento. Entró en la capilla y se agarró al altar mayor, solicitando asilo, lo cual la priora de aquella época le concedió. El fugitivo pidió agua y comida y reclamó su derecho a quedarse los cuarenta días estatutarios. Pero escucha esto, Ranulfo. Se pone muy interesante. *Sir* Ralph Gurney vino al convento en busca de un fugitivo al que acusaban de la desaparición de un sacerdote llamado Jaime. La priora le dijo que no conocía a ese individuo —Corbett se acercó a la mesa y dejó el pergamino.

—¿Nada más? —preguntó Ranulfo, indignado.

—Es suficiente —replicó Corbett—. Pero estoy seguro de que la madre Cecilia podrá decirnos más cosas.

—¿Quién es ese sacerdote, el padre Jaime? —preguntó Ranulfo.

—¡Solo Dios lo sabe! —contestó Corbett con gesto sombrío.

—¿Por qué anotaron ese incidente en su crónica? —insistió Ranulfo—. Y ¿por qué luego lo eliminaron?

Corbett le dio una palmada en el hombro.

—Buena pregunta, Ranulfo. Sospecho que sucedió algo entre el día que apareció el fugitivo solicitando asilo y el día de la llegada del bisabuelo de lord Simon. Los dos sucesos quedaron registrados rutinariamente, pero lo que los relaciona es lo que

hizo que separaran esa parte de la crónica. Quizá la madre Cecilia pueda aclararnos esa conexión.

Finalmente llegó la priora. Se sentó a su mesa y sacó de debajo de su hábito una bolsa de terciopelo. Deshizo el nudo de la cinta que la ataba y sacó un cáliz de oro, que brilló y destelló a la luz de las velas. Ranulfo soltó un grito de asombro impresionado por su belleza.

—¡Es de oro puro! —susurró Ranulfo contemplando con envidia el cáliz que la priora le entregó a Corbett—. ¡Mirad qué diamantes! —Ranulfo señaló las piedras preciosas incrustadas en el borde y el pie del cáliz.

Corbett lo cogió.

—He leído el manuscrito —dijo.

La madre Cecilia se sentó y suspiró resignada.

—Ahora ya sabéis todos nuestros secretos, *sir* Hugo.

Corbett dejó el cáliz encima de la mesa.

—Eso creo. Alan del Marsh era el fugitivo. En el convento de la Santa Cruz lo conocían bien. Al fin y al cabo, era el mayordomo de Mortlake Manor y solía hacer tratos con las hermanas del convento. De hecho, es posible que Alan tuviera algo que ver con el contrabando que, según parece —Corbett soltó una risotada—, es una de las ocupaciones de esta casa. Sin embargo, también era un ladrón. Él y su cómplice, Holcombe, habían robado el tesoro real. Se habrían salido con la suya de no ser por la vigilancia de *sir* Ricardo Gurney. Holcombe fue atrapado y colgado. Alan se escondió —Corbett cogió el cáliz y lo contempló—. Ahora Alan del Marsh era como el mayordomo injusto del Evangelio. Estaba atrapado por la ley y por su propia avaricia. No podía huir por los puertos con aquel tesoro, pues ningún capitán de barco que descubriera el tesoro que llevaba le habría perdonado la vida —Corbett miró fijamente a la priora y prosiguió—: Alan se escondió un tiempo en la ermita, pero el cerco se estaba estrechando deprisa. Buscó un lugar donde esconderse.

—Y ¿vino aquí? —preguntó Ranulfo.

—Sí, vino aquí. Conocía las leyes de asilo, y la priora de entonces no podía negarse a darle cobijo en su casa —Corbett dejó el cáliz—. ¿Tengo razón?

La madre Cecilia asintió.

—Mientras Alan estaba escondido en el priorato —prosiguió Corbett—, él y la priora hicieron un pacto secreto. Estoy seguro de que Alan comentó que si lo capturaban tendría que explicar a las autoridades las actividades ilegales de las buenas hermanas del convento. Además de proferir amenazas, sobornó a la priora. Había robado este precioso cáliz del tesoro del rey Juan, y se lo ofreció a la priora como compensación por haberlo ocultado en el convento —Corbett miró a la madre Cecilia—. Supongo que lo utilizan en las misas.

—Sí —murmuró ella—. Decimos que fue una donación.

—Todo salió bien —siguió diciendo Corbett—. El convento siguió haciendo contrabando sin que nadie se enterara, y ganó un cáliz muy valioso. Pero ¿qué fue de

Alan del Marsh? —Corbett se frotó la cabeza, que todavía le dolía. Se puso en pie y se desperezó—. ¿Qué pasaría si el rey se enterara de todo esto? Pues bien, os lo diré, madre Cecilia. Enviraría a mi señor de Surrey y le ordenaría destrozar el convento, con la esperanza de encontrar el tesoro de su abuelo.

—¡Pero si este cáliz es lo único que tenemos! —se lamentó la madre Cecilia.

—¡Oh, no! —murmuró Corbett—. También tenéis a Alan del Marsh.

—¡Pero si ese hombre está muerto! —protestó la madre Cecilia.

—Sí, no dudo que esté muerto —Corbett apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia delante—. ¿No lo veis? La priora que dio cobijo a aquel fugitivo y se quedó el cáliz no iba a permitir que Alan se marchara, ¿no? ¿Por qué no retenerlo aquí? ¿Por qué no intentar sacarle algo más de oro? Decidme, madre Cecilia, ¿qué haríais vos si os enfrentarais a un problema parecido?

—No lo sé —balbuceó ella—. Me asustaría mucho —Se removió en la silla. Corbett se sentó.

—Entonces, analicémoslo como si se tratara de un problema de lógica —dijo Corbett—. Vos conocéis el convento mejor que yo, madre Cecilia. ¿Dónde esconderíais a un hombre en una comunidad de mujeres?

La priora se encogió de hombros.

—Quizá se convirtió en un trabajador de nuestra granja.

Corbett se rio y dijo:

—No lo creo. En primer lugar, Alan del Marsh era muy conocido en la región. Además, a la que entonces era priora del convento debía de interesarle mantenerlo alejado de las miradas curiosas.

—¡No lo sé! —gimió la madre Cecilia—. Pongo a Dios por testigo, *sir* Hugo. ¡No lo sé!

Corbett juntó las manos y preguntó:

—¿Todavía ejercéis el derecho de asilo?

La madre Cecilia tragó saliva.

—¿Lo ejercéis? —insistió Corbett.

—Nuestro convento renunció a él.

—¿Cuándo?

—En 1228.

Corbett sonrió.

—Y antes de eso, cuando alguien solicitaba asilo, ¿dónde se quedaba?

La madre Cecilia se levantó.

—*Sir* Hugo, creo que será mejor que vengáis conmigo.

Corbett y Ranulfo salieron con la nerviosa priora de su cámara y la siguieron por las galerías y por el claustro hasta llegar a la capilla, que estaba vacía. Corbett contempló, admirado, la altísima nave, el amplio crucero y la reja hermosamente labrada. La madre Cecilia los condujo al sagrario, donde el suelo era de mármol de Purbeck y el altar mayor relucía a la luz de las velas. El sagrario estaba dominado por

unas largas vidrieras y, en lo alto de la pared, a cada lado, había unos relucientes siales de roble. En un rincón había una estatua de madera labrada de la virgen y el niño. La madre Cecilia hizo una genuflexión ante la parpadeante lámpara del sagrario.

—¡Mirad allí! —dijo señalando con el dedo.

Corbett miró la pared y vio que una pequeña parte de ella, a la altura de sus ojos, había sido, en algún momento de su historia, enyesada y cuidadosamente pintada. Había otra mancha parecida, pero mucho mayor, en la base de la pared.

—¿Qué es? —preguntó Corbett.

—La celda de una anacoreta —respondió la madre Cecilia—. Una pequeña alcoba construida en la pared con una pequeña puerta para que la ermitaña pudiera entrar y una mirilla por la que podía ver. En los primeros tiempos de nuestro convento, siempre había una anacoreta viviendo en esa celda. Ayunaba y rezaba, participando en los servicios mirando a través de la mirilla. Las hermanas le llevaban pan y agua y lo dejaban junto a la puerta. Con el paso de los años, esa práctica fue cayendo en desuso.

«Ya lo creo», pensó Corbett contemplando la oronda cara de la priora, su tocado con respuntes dorados y su hábito de pura lana.

—Y ¿qué sucedió después?

—Pasado un tiempo ya no había anacoreta, y Hunstanton se convirtió en un pueblo sin leyes.

Por fin la madre Cecilia tuvo la delicadeza de ruborizarse, turbada.

—El convento fue designado lugar de asilo. Los fugitivos podían refugiarse aquí, dentro de la capilla, durante cuarenta días; pasado ese tiempo tenían que entregarse

—La madre Cecilia contuvo la respiración y se quedó mirando la pared—. Se cuentan rumores... —murmuró como si hablara sola.

—¿Qué clase de rumores? —preguntó Corbett.

—Sobre fantasmas. Nunca me ha gustado este sitio.

—En ese caso, vamos a exorcizar esos fantasmas —replicó Corbett—. Ranulfo, ve con la priora. Trae martillos y cinces y a ver qué encontramos. Ah, madre Cecilia, le agradecería que este secreto quedara entre nosotros. Así que, cuando volváis, cerrad la puerta de la capilla con llave.

La madre Cecilia se fue completamente sumisa, seguida de Ranulfo. Corbett se quedó contemplando la cara de la virgen; el niño que tenía en brazos le miraba con ojos serenos e inocentes.

—¡Dios mío! —susurró Corbett—. Las cosas que tenéis que ver.

Cogió un cirio de un pequeño hueco y encendió una vela en la bandejita de hierro que había ante la virgen. Se arrodilló y rezó para terminar aquella tarea que le habían encomendado y regresar sano y salvo a Londres junto a Maeve y su hija Leonor.

Se sentó sobre los talones, deleitándose con la paz y la serenidad del lugar. Se sobresaltó cuando la puerta se abrió de golpe y Ranulfo entró en la capilla, con una

bolsa de piel en la mano. Detrás de él, la madre Cecilia cerró y atrancó la puerta y fue hacia donde estaba él. Ranulfo abrió la bolsa y sacó un largo mazo de madera con una enorme cabeza de hierro. Corbett señaló el yeso que había en la base de la pared.

—Empieza por ahí, Ranulfo. Estoy seguro de que encontrarás una puerta.

Ranulfo se arremangó y empezó a golpear la pared con entusiasmo. Corbett y la priora se apartaron. La madre Cecilia gemía débilmente mientras Ranulfo llevaba el enorme mazo hacia atrás y lo lanzaba contra la pared, levantando una nube de polvo y fragmentos de yeso. Corbett, tosiendo y carraspeando, le dijo que parara, y luego examinó la pared.

—Ya falta poco —exclamó—. ¡Sigue!

La capilla no tardó en llenarse de polvo blanco. El suelo estaba cubierto de fragmentos de ladrillo, y Ranulfo seguía golpeando como un endemoniado. Sin embargo, era un trabajo oneroso, y Ranulfo descansó apoyado en el mazo, con la cara empapada de sudor.

—El que hizo esto —dijo tosiendo— lo hizo con prisas —Señaló la pared y añadió—: Dos hileras de ladrillos blandos cubiertas de una capa de yeso blanco y pintadas para camuflarlas.

Miró con una sonrisa burlona la cara de la sorprendida priora y siguió golpeando con ganas. Corbett, tapándose la boca y la nariz, vio cómo el agujero se hacía más grande: alcanzaba una braza de altura y dos palmos de grosor. Finalmente Ranulfo se detuvo. Tuvieron que apartarse todos tosiendo y carraspeando, hasta que el polvo se posó. La madre Cecilia echó una ojeada a la destrozada pared y se sentó entre gruñidos. Corbett se acercó al altar, cogió dos velas, las encendió y le dio una a Ranulfo.

—Vamos a ver qué secretos hay ahí encerrados.

Entraron en la alcoba; Corbett sostenía la vela en alto y Ranulfo le seguía de cerca. La alcoba de la anacoreta estaba bien construida, dentro de las paredes de la capilla. Corbett había visto estancias parecidas en la abadía de Westminster y en la catedral de San Pablo. Esta tenía unos seis palmos de alto y poco más de dos brazas de ancho.

—Hemos entrado por lo que era la puerta —observó Ranulfo—. Por aquí debe de estar la mirilla.

Corbett bajó la vela y soltó un grito de asombro. Se agachó y acercó más la vela. En un rincón había un esqueleto de huesos amarillentos. Al principio le pareció que todavía tenía trozos de carne pegados, pero al acercarse un poco más comprobó que no eran más que la ropa raída y un deteriorado cinturón de piel. Corbett cogió la vela de Ranulfo y la dejó en el suelo. Junto al esqueleto había una pequeña daga con la hoja rota. Corbett levantó su vela. Al parecer, Alan del Marsh (pues ahora Corbett sabía que era él) había intentado hacer un agujero en la pared con la daga; pero había sido en vano, como demostraba la daga rota. En la pared, encima del esqueleto, había un tosco dibujo muy parecido al que Corbett había visto en la ermita. El escribano

miró alrededor con cautela; no había más restos, y la pequeña y andrajosa bolsa sujeta al cinturón estaba vacía.

—¡Que Dios se apiade de este pobre malnacido! —susurró Corbett.

Salió de la alcoba detrás de Ranulfo y le dio las velas a la priora.

—Es Alan del Marsh —anunció—. O, al menos, su esqueleto.

La venerable dama había sufrido demasiadas impresiones en una sola mañana, y si Corbett no la hubiera sujetado se habría caído al suelo desmayada. Corbett la ayudó amablemente a cruzar el sagrario y a sentarse en uno de los sitiales.

—¿Qué puedo hacer? —murmuró la priora—. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué ha pasado aquí, *sir* Hugo?

—Mis sospechas son que Alan del Marsh vino aquí —contestó Corbett sentándose en el otro sitial—, solicitó asilo y se escondió en el agujero de la anacoreta. Hizo un pacto con la priora del convento, le entregó el cáliz y le prometió no decir nada del contrabando que se hacía en esta casa.

—¿Lo emparedaron vivo? —le interrumpió la madre Cecilia.

Corbett se fijó en el hilillo de sudor que le salía de debajo de la cofia.

—Las paredes son lo bastante gruesas para silenciar gritos o llantos —explicó Corbett—. Sin embargo, creo que primero Alan fue drogado, seguramente con alguna pócima sedante o con una bebida envenenada. Cuando perdió el conocimiento, taparon y sellaron el umbral y la mirilla —Corbett se encogió de hombros—. La priora hizo tapiar el escondite con ladrillos. Debieron de hacerlo por la noche, en pocas horas, y se olvidaron para siempre de ese pobre desgraciado.

—Pero alguien debió de verlo.

Corbett sacudió la cabeza.

—Cuando vine aquí por primera vez, vos me dijisteis que las obras de construcción del convento no terminaron hasta 1220. Debía de haber andamios y obreros por aquí. Pensad un poco. Trajeron a Alan del Marsh aquí a última hora de la tarde. La priora le lleva comida y vino envenenado. Cierra la puerta con llave e inmediatamente ordena que la tapien. Solo ella sabe que hay alguien dentro. Muchas horas más tarde, Alan del Marsh recobra el conocimiento. Hace un patético intento de huir —Corbett se quedó mirando la estatua de la virgen María—. No estoy diciendo que ocurriera así, pero creo que no averiguaremos mucho más sobre cómo ocurrió.

La madre Cecilia se levantó y le cogió la mano a Corbett.

—*Sir* Hugo, por amor de Dios, en la sacristía hay baúles y cajas. ¿Podrías sacar el esqueleto de ahí dentro? ¡Por favor! Yo, nosotras, no somos responsables de la muerte de ese pobre hombre. Rezaremos por el reposo de su alma. Habrá una reparación.

Corbett se dio cuenta de que la priora estaba tan nerviosa que estaba a punto de desmayarse otra vez.

—Una pregunta más —dijo.

La priora asintió.

—¿Conoce alguien más la historia del fugitivo?

La priora negó con la cabeza.

—No, no la conoce nadie. La crónica está escondida. Solo la priora está autorizada a leerla. En cuanto al cáliz, ahora forma parte de nuestro tesoro. Nadie hace comentarios sobre él —tocó la muñeca de Corbett con sus dedos fríos como el hielo—. Pero por favor —murmuró—, ¡saquen eso de ahí!

Corbett y Ranulfo sacaron el esqueleto y lo colocaron en una caja larga de madera que encontraron en la sacristía. Cerraron la tapa de la caja y la llevaron al desierto cementerio, precedidos por la temblorosa priora. Ranulfo encontró un pico y una pala en un cobertizo. Cavaron una tumba y metieron el ataúd dentro. Cuando terminaron, la madre Cecilia le dio su palabra de honor a Corbett de que, en el momento que fuera oportuno, clavarían una cruz allí y cantarían misas por el alma de Alan.

—¡El pobre desgraciado las va a necesitar! —susurró Ranulfo mientras regresaban al patio de las cuadras para recoger sus caballos.

Corbett se detuvo y exclamó:

—¡Es extraño!

—¿Por qué lo decís, amo? ¿Por la copa?

Corbett sonrió y dijo:

—No, el cáliz se lo puede quedar el convento. Lo que me tiene intrigado es ese sacerdote, el padre Jaime, y la relación de Alan del Marsh con su desaparición.

Ranulfo dio unas patadas en el suelo con la punta de la bota.

—No lo sé; aquí hay algo muy misterioso. Sigo pensando que deberíamos llevarnos esa copa.

Corbett se rio y dijo:

—Es un cáliz, Ranulfo, un recipiente sagrado. ¡Está en el lugar que le corresponde! Eduardo no haría más que dárselo a Surrey. ¡Vámonos!

Encontraron a Maltote calentándose en la herrería. El mensajero les preguntó por qué habían tardado tanto. Ranulfo sacudió la cabeza y se llevó un dedo a los labios pidiéndole que se callara hasta que hubieran salido del convento.

Una vez en los páramos, Corbett se detuvo y miró hacia el convento.

—Nada es lo que parece —murmuró. ¿Quién iba a imaginarse que una casa dedicada a la plegaria y a las obras de Dios pudiera albergar tan espantosos secretos?

—Pero nosotros hemos hecho una buena obra —replicó Ranulfo con una sonrisa—. Hemos exorcizado un fantasma, hemos descubierto la verdad y le hemos dado a esa arrogante mujer una lección que no olvidará mientras viva.

Y, mientras Corbett les instaba a seguir adelante, Ranulfo se rezagó para susurrarle a Maltote lo que habían descubierto en el convento. Corbett iba en cabeza, absorto en sus pensamientos. No tomó el camino que llevaba a la mansión, sino que subió a lo alto del acantilado. Se paró un rato, contemplando la playa, observando cómo las olas rompían en la orilla, y recordó que había estado a punto de morir allí. Dejó que el viento, empapado de espuma, le azotara la cara y el cabello mientras

cavilaba sobre lo que había averiguado.

—¿Adónde vamos, amo? —preguntó Ranulfo—. ¿Qué hacemos ahora?

Corbett no apartaba los ojos de la masa gris del mar.

—Amo —insistió Ranulfo—. ¿Ya está? ¿Sabéis dónde se esconde el resto del tesoro?

Corbett hizo girar a su caballo y guiñó un ojo a sus criados.

—Lo tenemos debajo de nuestras narices —dijo misteriosamente—. Debajo de nuestras mismísimas narices, y siempre ha estado ahí. ¡Pero vamos, hemos de regresar a Mortlake Manor! ¡Hemos de atrapar a un asesino!

Espoleó su caballo y lo hizo avanzar al galope por los páramos, hasta el camino que rodeaba el pueblo y conducía a Mortlake Manor.

Una vez allí, Corbett se mostró desesperadamente distraído. Fue a la despensa a buscar algo de comer y beber, y luego volvió a su cámara. Cogió piedra pómez, un tintero, una pluma y un pequeño rollo de pergamino y se puso a escribir con furia, haciendo una lista de todo lo que sabía. Se negó a contestar las preguntas de Ranulfo. De vez en cuando levantaba la cabeza, se quedaba mirando el vacío y se daba unos golpecitos en la mejilla con la pluma. Hacía alguna exclamación y seguía escribiendo. Solo paró una vez, para pedirle a Ranulfo que le acercara la camisa del difunto Cerdic. La examinó concienzudamente, murmuró para sí y siguió escribiendo. Ranulfo ya había visto a su amo comportarse así en otras ocasiones.

—El viejo maese Cara Larga está tramando algo —le susurró a Maltote—. Es malvado como un pecado.

Finalmente Corbett terminó. Se levantó y se desperezó, intentando desentumecer su dolorida espalda.

—¿Qué hacemos ahora, amo? ¿Qué hacemos? —preguntó Ranulfo.

—Baja a la sala. Saluda a *sir* Simon de mi parte. Dile que esta noche me gustaría cenar con él y con su esposa. Quiero que invite a todos los que cenaron con nosotros el día de nuestra llegada —hizo una pausa—. Y quiero que invite a otra persona.

—¿A quién?

—A Fourbour, el panadero —Corbett fue a la mesa y se sirvió un vaso de vino—. Y dile a *sir* Simon que nos marcharemos mañana. Voy a dormir un poco. A *sir* Simon le llevará un tiempo organizar la cena. Asegúrate de que hace lo que te he dicho.

Corbett se bebió el vino, se tumbó en la cama y se quedó dormido. Cuando Ranulfo le despertó ya era de noche.

—Es tarde —susurró Ranulfo—. La cena se servirá dentro de una hora. Será mejor que os preparéis.

Corbett bajó de la cama y gruñó, pues le dolía la herida de la cabeza.

—Ranulfo, prepara tus armas.

Corbett se arregló sin prisas, y luego él y sus acompañantes bajaron a la sala.

La gran mesa ya estaba preparada. *Sir* Simon y Alice estaban sentados en sus sillas delante del fuego. Lo acosaron con preguntas (¿qué pasaba? ¿Por qué se

marchaba tan repentinamente?), pero Corbett no dio ninguna respuesta. Se sentó y se puso a jugar con el anillo que llevaba en el dedo mientras contemplaba el fuego.

—¿Se han llevado ya el cadáver de Monck? —preguntó.

—Sí —contestó Alice—. Lo han llevado a la iglesia del pueblo. Mañana el padre Agustín cantará el réquiem. Aunque quizá sería mejor que enterraran a Monck aquí.

—Sí, quizá —dijo Corbett—. Monck no tenía familia, y a mi señor de Surrey no le importan demasiado esas cosas.

—¿Cuándo pensáis partir, *sir* Hugo? —preguntó Alice.

—Mañana por la mañana, temprano, espero —contestó Corbett. Dibujó una sonrisa y añadió—: A lo mejor retraso mi partida para asistir a la misa por Monck. Ya hablaré con el padre Agustín. Va a venir esta noche, ¿no?

—Por supuesto. Y también vendrá Fourbour, el panadero.

Selditch entró apresuradamente en la sala, hablando de un paciente al que había visitado en el pueblo. El padre Agustín llegó después, bastante molesto por haber sido interrumpido de lo que llamó sus «onerosos deberes». No quiso sentarse, y se quedó junto a la chimenea.

—Por el pueblo circulan muchos rumores —comentó—. *Sir* Simon, os sugiero que os llevéis a los prisioneros de aquí cuanto antes. ¡Pobre Robert! —lanzó una gélida mirada a Corbett—. Todo el mundo sabe la verdad. Debimos dejar a la chica aquí.

—Yo no tengo autoridad para hacerlo —replicó Corbett—. Y ¿qué futuro le espera a esa mujer en Hunstanton? Los rumores acabarían matándola, si no físicamente, al menos espiritualmente. Vos lo sabéis, padre.

El sacerdote iba a decir algo, pero en ese momento el mayordomo anunció que iban a servir la cena. Los invitados ocuparon sus asientos. La atmósfera era envarada y tensa, y se volvió aún más tensa cuando Fourbour entró en la sala, disculpándose por haber llegado tarde.

Gurney le instó a que se sentara, el padre Agustín bendijo la mesa y sirvieron la comida. Los Gurney estaban desconcertados y asustados. Catchpole, que había llegado después de que el sacerdote bendijera la mesa, estaba sentado con una expresión glacial en la cara. Selditch estaba callado; Fourbour, tenso y asustado; el padre Agustín seguía molesto por haber sido llamado a la mansión. Corbett jugueteó con la comida hasta que Gurney no pudo soportar por más tiempo aquella situación. Golpeó la mesa con su copa de vino y miró furioso al escribano.

—Hugo, nos habéis pedido que viniéramos. Queremos saber cuáles eran vuestros motivos.

—¡Eso, nos lo ha pedido él! —exclamó el padre Agustín—. ¿Qué significa todo esto?

—Pensé que os interesaría lo que tengo que deciros —replicó Corbett—. En primer lugar, sé quién es el responsable de todos los asesinatos.

—Los *pastoreaux*, ¿no? —dijo Fourbour.

Corbett sonrió burlonamente y sacudió la cabeza.

—No, no —dijo—. Eso no son más que maliciosos rumores —amasó una miga de pan en la mesa—. Y otra cosa más importante: creo que he encontrado el tesoro perdido del rey Juan.

Capítulo XIII

Todos los invitados se quedaron perplejos; tenían los ojos como platos y la boca abierta. Selditch fue el primero en reaccionar:

—¿Dónde está? —preguntó.

—Eso os lo diré después —replicó Corbett.

—¡Esto es absurdo! —exclamó Gurney.

—¿Dónde, Corbett? —repitió Selditch—. ¿Dónde, por el amor de Dios?

—Antes me gustaría haceros unas preguntas —dijo Corbett—. ¿Vuestro perfume, *lady* Alice...?

—¿Qué pasa con mi perfume, Hugo? ¿Qué tiene eso que ver con...?

—Lo olí ayer —explicó Corbett—, cuando me atacaron en la ermita. Es un perfume muy fragante —esbozó una sonrisa— que siempre he asociado con vos.

—¡Por todos los santos! —gritó Gurney—. ¿Estáis insinuando que mi esposa os atacó?

—No, *sir* Simon. Solo he dicho que olí su perfume.

—Es más o menos lo mismo —gruñó Catchpole desde el otro extremo de la mesa.

El padre Agustín, que estaba sentado al lado de Alice, miró a Corbett con recelo.

—¿Insinuáis que *lady* Alice estuvo en la ermita? —preguntó.

Corbett suspiró, exasperado.

—*Lady* Alice, ¿os han robado alguna vez vuestro perfume?

—¡Por supuesto que no!

—¿Cómo lo guardáis? —preguntó Corbett.

—En pequeñas almohadillas de lana, lino o terciopelo empapadas de perfume. ¡Por el amor de Dios, Hugo!

—¿Alguna vez le habéis regalado perfume a alguien? —insistió Corbett.

Alice se llevó los dedos a los labios al recordar.

—¡Sí, una vez! Hace ya tiempo. ¿Recordáis, maese Fourbour, que fui a vuestra tienda? Vuestra esposa estaba tan pálida y triste que sentí lástima por ella. ¡Pobrecita! ¡Que Dios se apiade de su alma! Estaba hablando con ella y comentó que le gustaba mucho la fragancia de mi perfume. Le di unas cuantas almohadillas que ella guardó en su bolsa.

El rostro de Fourbour, de natural pálido, se volvió de un blanco mortecino.

—Sí, me acuerdo, *lady* Alice —balbuceó—. Pero por el amor de Dios, señor —dijo mirando con espanto a Corbett—, ¿qué insinuáis?

—No insinúo nada —contestó Corbett—. Solo estaba resolviendo un pequeño misterio. Veréis, el asesino de la señora Fourbour llevaba ese perfume. ¿No es así, padre?

El sacerdote se sujetó a la mesa. Miró a Corbett con expresión feroz.

—¿Qué estáis diciendo?

—Dejad que os cuente una historia —dijo Corbett— que empezó cuando ninguno de nosotros habíamos nacido. Un rey intenta cruzar el golfo del Wash con su tesoro. Un traidor llamado Holcombe roba parte del tesoro. Piensa compartir su mal obtenida riqueza con su cuñado, Alan del Marsh, el mayordomo del señor de esta casa, *sir* Ricardo Gurney. Alan conoce los yermos de Norfolk; sabe dónde esconder hombres, caballos o incluso un tesoro. Además es contrabandista, o sea que conoce las rutas secretas para salir del reino. Pero algo sale mal: Holcombe es atrapado, ejecutado e ignominiosamente enterrado —Corbett miró de soslayo a Gurney para indicarle que no iba a desvelar sus secretos.

»Alan del Marsh también muere, pero no sin antes entregar un precioso objeto a las hermanas de la Santa Cruz —«Al menos, eso era verdad en parte», se dijo—. El rey Juan muere poco después en Newark —continuó—. El tesoro se pierde, y los dos ladrones han tenido su justo merecido. Los años pasan y el tesoro y sus ladrones se convierten en objeto de leyendas —se interrumpió y miró al padre Agustín—. Pues bien, Alan del Marsh era un nativo, pero Holcombe procedía de Bishop's Lynn. Antes de que lo capturaran, pero después de haber robado el tesoro, volvió a la casa de su familia. Debió de irse de la lengua. Su familia se percató de que Holcombe era un ladrón y de que lo perseguían los Gurney, que más tarde lo capturaron y lo mataron. Las historias sobre su atrevido robo entraron en las leyendas familiares, y se transmitieron de generación en generación. Hace unos cuarenta años, la familia Holcombe de Bishop's Lynn acabó por la línea masculina. Pero había una hija. Y esa hija se casó —Corbett se mordió el labio inferior—. ¿Cuál es vuestro apellido, padre Agustín?

—¡Norringham! —contestó el sacerdote.

Corbett bebió un poco de vino.

—Norringham —repitió—. O sea que la hija de los Holcombe se casó con un hombre llamado Norringham. Pues bien, supongo que ese Norringham murió joven, dejando un niño pequeño que se convirtió en un joven inteligente cuya mente se llenó de historias sobre el antepasado de su madre, Juan Holcombe, y el tesoro del rey Juan. Ese niño, llamado Agustín, se hizo sacerdote. Si no me equivoco, hizo de cura en Bishop's Lynn, seguramente en Santa Margarita, antes de ser trasladado a Swaffham.

Corbett tenía muy pocos indicios, y ninguna prueba, de lo que estaba diciendo, pero el silencio del sacerdote y su incapacidad para negar todas aquellas acusaciones parecían confirmarlas. Corbett se animó.

—Cuando ese sacerdote ejercía de cura en Bishop's Lynn —continuó—, se enamoró de una joven y testaruda muchacha llamada Amelia Culpeper —se volvió hacia el panadero—. Sí, maese Fourbour, vuestra futura esposa. La chica se quedó embarazada, pero el niño murió poco después de nacer. Amelia Fourbour nunca confesó a nadie quién era su amante. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Acaso no sabía que era un amor imposible? ¿Cómo podía un sacerdote romper sus votos para casarse con

ella? Además, no podía acusarle sin ponerse también ella en evidencia. Quién sabe, quizá estuviera locamente enamorada de ese hombre y no soportara hacer nada que pudiera herirle —miró fijamente al padre Agustín, y esta vez el sacerdote no pudo sostener la mirada.

—Hugo —le interrumpió Gurney—, ¿estáis seguro de lo que decís? ¿Qué pruebas tenéis?

—Yo tengo pruebas —intervino Selditch con expresión solemne—. Cuando el padre Agustín llegó aquí, descubrió mi amor por las antigüedades. Me hizo muchas preguntas sobre la historia de Hunstanton y Mortlake. Pensé que él también debía de ser aficionado a las antigüedades, pero cuando le hube transmitido todos mis conocimientos, él perdió el interés.

—Oh, yo tengo pruebas más sólidas —dijo Corbett—. Amelia era una mujer reservada y tortuosa. Solo bajó la guardia en una ocasión. Con un trozo de pergamino en forma de corazón se hizo uno de esos recuerdos tan típicos entre los amantes, ya sabéis, esos en los que se combinan las iniciales de los enamorados. Pero, para preservar su secreto, Amelia convirtió su recuerdo en una especie de enigma. Sus iniciales, A. C., de Amelia Culpeper, las escondió en las primeras letras de las palabras *Amor Currit*. Las de su amante, A. H., las escondió en las palabras *Amor Haesitat*. Son las iniciales de Agustín Holcombe. Vuestro verdadero nombre es Agustín Norringham, padre, pero estáis más orgulloso de la rama Holcombe del árbol familiar. Los Holcombe tienen una historia más interesante, quizá más distinguida. Estoy seguro de que se lo contasteis todo a Amelia —volvió a mirar al sacerdote—. Y quizá ella pensó que *Amor Haesitat* describía adecuadamente vuestro comportamiento hacia ella.

El padre Agustín bajó la cabeza.

—Pasaron los años —prosiguió Corbett—. Os nombraron párroco de Swaffham, lo bastante cerca de Hunstanton y de Mortlake para que pudierais hacer algo respecto a los sueños y las historias con que habíais crecido. Visitasteis el convento de la Santa Cruz, e hicisteis de capellán allí durante los meses de verano. Las hermanas estaban contentas, y el anciano padre Ethelred se alegró de tener a alguien dispuesto a ayudarle. Visteis y utilizasteis el cáliz, y recordasteis todas las historias que os habían contado. Os disteis cuenta de que el cáliz era muy antiguo y muy valioso.

Entonces el sacerdote levantó la cabeza y miró a Corbett con maldad.

—Sois muy listo, *sir* Hugo —murmuró—. Pero la historia que estáis contando es absurda. ¿Vais a decir que yo maté a Amelia Fourbour? ¿Habéis olvidado que no se encontraron huellas ni marcas alrededor del patíbulo?

—No, no lo he olvidado —replicó Corbett—. Pero dejadme continuar con mi relato. Hacíais de sacerdote en Swaffham, una ciudad importante y bulliciosa, donde los ingresos eran considerables, los beneficios cuantiosos. ¿Por qué vinisteis a Hunstanton, un pobre pueblo de pescadores? ¿Habíais hecho algo deshonesto? Lo dudo. Creo que solicitasteis al obispo de Norwich que os enviara a Hunstanton, y que

él se alegró de que alguien quisiera ir a una pequeña y solitaria parroquia como esta. Así que venís a Hunstanton e interrogáis a maese Selditch. Trabáis amistad con la madre Cecilia y le sacáis toda la información que podéis. Revisáis los registros de la parroquia buscando referencias a Holcombe y a su cómplice, Alan del Marsh. Vos ya teníais vuestros propios datos, lo que os había contado vuestra madre. Dejáis flores junto al patíbulo en que colgaron a vuestro antepasado; un pequeño gesto de respeto hacia alguien que os iba a hacer muy rico.

—He visto esas flores muchas veces —terció Catchpole—. Ramos de flores silvestres colocadas al pie del cadalso y sustituidas por otras cuando se marchitaban —señaló al sacerdote con el dedo y añadió—: Sí, *sir* Hugo tiene razón. Eso empezó cuando vos llegasteis al pueblo, y cesó cuando apareció Monck.

—Sabíais que vuestro antepasado había sido ahorcado —prosiguió Corbett—. Pero ¿dónde estaba enterrado? ¿Qué había sido de él? ¿Y de su cómplice, Alan del Marsh? Y, sobre todo, ¿dónde podía estar el tesoro? Empezasteis a investigar en vuestro propio cementerio, violando viejas tumbas, creyendo que el tesoro podía estar dentro de un ataúd, o que al menos encontraríais alguna pista en alguna de aquellas viejas tumbas. Podíais hacerlo sin ser objeto de reproches o acusaciones. ¿Quién iba a pensar que el párroco era el que profanaba las tumbas? Y siempre se podía culpar de cualquier suceso extraño a los *pastoreaux*.

—Claro —dijo Selditch. Miró, perplejo, al sacerdote—. Fuisteis vos quien aconsejó a *sir* Simon que les diera la ermita a los *pastoreaux*. Pedisteis a vuestros fieles que los trataran bien.

—¡Por supuesto! —exclamó Corbett. Miró fijamente al padre Agustín cuyas manos habían desaparecido debajo de la mesa. También había echado su silla hacia atrás, y ahora tenía la vista perdida en el vacío como si solo a medias escuchara lo que Corbett decía.

—¡Sacerdote!

El padre Agustín parpadeó.

—Tuvisteis mucha paciencia —continuó Corbett—. Sabíais que quizá os llevaría años, pero no había nada que os distrajera. Hasta que Amelia Culpeper llegó al pueblo —Corbett miró a Fourbour, el panadero, que como el resto de los presentes escuchaba su relato con ojos como platos—. ¡Que Dios me perdone, maese Fourbour! No quisiera ofenderos —declaró Corbett—, pero solo Dios sabe por qué Amelia Culpeper se casó con vos. Quizá se sintiera atraída por vos; quizá deseara escapar de la maldad de sus vecinos de Bishop's Lynn, o quizá sabía que el padre Agustín estaba en Hunstanton. Sea cual sea el motivo, el caso es que vino aquí.

—¡Pero si a ella no le gustaba el padre Agustín! —gritó el panadero—. ¡Decía que para ella era un martirio ir a la iglesia!

—Amelia Culpeper debía de ser una mujer extraordinaria —dijo Corbett—. En público sabía fingir indiferencia hacia el padre Agustín. ¿No recordáis que me dijisteis que le gustaba ir a pasear a pie o a caballo? Estoy seguro de que iba a ver a

su antiguo amante, el padre Agustín.

—¡No puedo creerlo! —susurró Fourbour.

—Es la verdad —dijo Corbett—. Debieron de verse en varias ocasiones. Pero la sola presencia de Amelia era una amenaza para todo aquello por lo que había estado luchando el padre Agustín. La noche de su muerte, Amelia cogió un caballo y fue a reunirse con él en los páramos. El padre Agustín se lo había propuesto, aunque también había hecho algunos preparativos. Recordad que se trataba de una noche oscura, tormentosa y violenta. Él ya se había preparado para matar, cubriendo la soga con una capa de brea para camuflarla a las miradas curiosas. Decidme, sacerdote, ¿con qué cubrís las cruces de madera del cementerio?

El sacerdote sonrió con malicia, como si saboreara algún secreto.

—Con la misma brea —dijo Corbett al ver que el padre Agustín no contestaba— que utilizasteis para camuflar la soga del patíbulo —hizo una pausa y miró alrededor. El padre Agustín miraba a los presentes con gesto impasible y con una expresión de amenaza controlada que inquietó a Corbett. Los otros, incluidos Ranulfo y Maltote, estaban sentados como un grupo de niños esperando a que el maestro terminara de explicar la lección.

—Estamos esperando —dijo el padre Agustín en voz baja.

—Sí, como debió de esperar Amelia —dijo Corbett—. Me imagino que aquella noche debisteis estar muy cariñoso con ella. Todo estaba preparado. Ya teníais la soga untada de brea. Pensabais borrar las huellas que habíais dejado allí con ramas. Y fuisteis a reuniros con Amelia —Corbett observó atentamente al sacerdote—. Fuisteis a pie. Luego compartiríais el caballo de ella; eso le gustaría a Amelia, cabalgar a lo amazona delante de vos, dos amantes cabalgando por la noche. La llevaríais al lugar donde murió vuestro antepasado. Amelia conocía todas las leyendas —Corbett miró de soslayo a Fourbour—. De ahí sus misteriosos comentarios sobre la secreta riqueza de Hunstanton.

El panadero se tapó la cara con las manos y Corbett siguió hablando.

—Solo Dios sabe lo que pasó entonces. Quizá os detuvisteis un rato para murmurar palabras cariñosas al oído de Amelia. Ella, halagada por lo que oía, se distrajo. Extendéis el brazo y agarráis la soga que cuelga, le pasáis el lazo por el cuello y apartáis el caballo. Debió de resultaros muy fácil.

Corbett miró a Selditch y dijo:

—Creo que Amelia tenía el cuello roto.

—Así es —confirmó el médico—. La cabeza estaba suelta. El cuello debió de partirse como una ramita.

—Es posible que Amelia intentara defenderse —continuó Corbett intentando no distraerse con Fourbour, que se puso a sollozar sacudiendo los hombros—. Quizá intentó soltar el lazo, pero todo acabó en pocos segundos. Tiene una soga al cuello, el caballo en que va montada se mueve, Amelia cae... —Corbett inspiró hondo—. El padre Agustín mira en la bolsa de Amelia, pero no encuentra más que dos

almohadillas de perfume, que se lleva. Cabalga hasta las afueras del pueblo. Se cruza con unos campesinos, que ven el caballo del panadero y a una figura envuelta en una capa, montando a lo amazona, y la toman por Amelia Fourbour. La iglesia está en las afueras del pueblo —Corbett hizo una pausa e intentó atraer la atención de Ranulfo, mientras se reprendía por su propia ineptitud. El padre Agustín, que había dejado de ser el humilde párroco, tenía una expresión de amenaza inconfundible. «¿Tendrá un cuchillo?», se preguntó Corbett recordando a De Luce, el canónigo de San Pablo que le había causado aquella herida de cuchillo cuya cicatriz todavía conservaba—. En las afueras del pueblo —continuó Corbett poniéndose en pie—, os apeasteis del caballo y os metisteis en la iglesia —caminó hacia el sacerdote, pero era demasiado tarde.

El padre Agustín se puso en pie de un brinco y, antes de que Corbett avisara a los demás, se colocó junto a Alice.

—¡Sentaos, padre! —gritó Corbett.

—¡Sentaos! ¡Sentaos! —se mofó el padre Agustín—. ¡Estúpido y patético escribano! ¡Decidle a ese malnacido —exclamó señalando a Ranulfo— que ponga las manos encima de la mesa! ¡Vamos!

Le puso la punta de la daga en el cuello a Alice, haciendo brotar una gota de sangre. Alice gimió. Intentó apartar el cuello, pero el sacerdote la tenía bien sujeta.

—¡Despacio, Ranulfo! —dijo Corbett—. ¡Es capaz de matarla!

—¡Sí, soy capaz de matarla! —dijo el sacerdote. Miró a su alrededor como un animal acorralado—. No lo entendéis. Ninguno de vosotros lo entiende. Ese tesoro es mío. Lo ha sido desde el primer día que oí hablar de él. Era como un demonio que yo llevaba dentro. Creí que podría olvidarlo. Me hice sacerdote —el padre Agustín se dio unos golpecitos en la sien—. Pero las voces no me dejaban tranquilo. Los fantasmas de mis antepasados no dejaban de hablar, como una melodía que oyes y nunca olvidas. Intenté olvidarlo.

Ranulfo se movió, pero el sacerdote apretó más la daga contra el cuello de Alice.

—¡Por el amor de Dios! —susurró Gurney mirando aterrado a Ranulfo.

Corbett, desesperado, miró a Alice. Había palidecido, y estaba a punto de desmayarse. La daga del sacerdote se deslizó por su cuello, dejando una marca roja y una pequeña mancha de sangre. Ahora el padre Agustín hablaba como si estuviera solo.

—Lo intenté —murmuró—. Hice todo lo posible por silenciar esas voces. Pensé que el amor de una mujer me ayudaría, pero ella me traicionó, se quedó embarazada —levantó la cabeza y torció los labios—. Esa estúpida zorra pretendía que yo dejara el sacerdocio —miró al desgraciado panadero—. ¡Fuisteis una gran oportunidad para esa cerda!

—¡Yo la amaba! —susurró Fourbour—. ¡Malvado, asesino! ¡Yo la amaba de verdad!

Corbett sujetó a Fourbour impidiendo que se levantara de la silla. Sacudió imperceptiblemente la cabeza hacia Ranulfo y Catchpole, que estaban tensos,

esperando su señal. El sacerdote miró a Selditch, pero el rostro tembloroso y empapado de sudor del médico le indicó que no tenía intención de pelear.

—¡Soltad a la mujer! —suplicó Corbett.

—¡Oh, claro que la soltaré! —el sacerdote sonrió—. Nos iremos juntos, Corbett. ¿No creéis que merecéis una parte del tesoro? Es posible que hayáis descubierto su paradero, pero yo lo encontré antes que vos —hablaba como un niño mimado—. Sí, yo lo encontré primero. ¡Esas estúpidas y gordas monjas! Un día, en misa, me llevé una sorpresa. Estaba de pie junto al altar y vi un cáliz del tesoro del rey Juan —miró a Corbett con los ojos como platos, esperando su aprobación—. Entonces comprendí que las voces que oía tenían razón. Dios me estaba diciendo que el tesoro me pertenecía. Estaba impaciente por coger esa copa. Empecé mis registros: las tumbas, la ermita. ¡Y entonces llegó ese malnacido, Monck! Él se creía muy listo, pero al que yo temía era a su criado. Fue al convento a oír misa. Y vio el cáliz.

Alice, que tenía los ojos vidriosos y los músculos de la cara tensos, estaba paralizada de terror.

—¡Soltad a la mujer, por favor! —insistió Corbett.

—Acabará en seguida, y entonces me iré —le contestó el padre Agustín—. Veréis, Cerdic vio el cáliz y se quedó embobado como un chiquillo. Quería complacer a su amo, así que vino a verme. Quería saber algo más acerca del cáliz, y las voces me aconsejaron que lo hiciera. Le corté el cuello. ¡Zas! —el sacerdote se pasó el dedo por el cuello—. Y ¿qué hice a continuación, escribano?

—Supongo que cargasteis el cadáver en un caballo y lo llevasteis a una cueva donde había un pequeño bote, y remasteis hasta la playa que hay debajo de Hunstanton. Le cortasteis la cabeza y la clavasteis en una estaca, y dejasteis el cadáver en la playa, por debajo de la marca de la marea alta. Al subir la marea, el agua borró vuestras huellas y las señales de que allí se había varado un bote.

El padre Agustín asintió.

—Muy ingenioso —murmuró—. Dejé la cabeza clavada en una estaca. Pensé que culparían a los *pastoreaux*. Salté al bote y me alejé un poco de la orilla, viendo cómo el mar borraba las huellas de que yo había estado allí; aunque el cadáver de Cerdic quedó casi seco —señaló a Corbett con la mano que tenía libre—. Vos debisteis morir allí. Os vi salir de la ermita. Oí como discutíais con ese granuja, maese José. Cogí el perfume de Amelia —el padre Agustín parpadeó—. Pero estamos perdiendo el tiempo. ¡Venid, *sir* Hugo, deprisa! ¡Pronto soltaré a esta zorra!

Corbett rodeó la mesa, tocando suavemente a Ranulfo en los hombros para indicarle que se quedara quieto. Sin embargo, el sacerdote lo vio.

—¡Levantaos! —ordenó.

Ranulfo se puso en pie.

—¡La ballesta! —gritó el sacerdote.

Ranulfo miró a Corbett, que asintió.

—¡Dejadla sobre la mesa, con mucho cuidado!

Ranulfo obedeció.

—¡Y las saetas! ¡Vamos, tenéis más de una!

Ranulfo dejó las dos saetas encima de la mesa.

—¡Muy listo, chico! Y ahora, ¡coged las saetas!

Ranulfo las cogió.

—Y lanzadlas al fondo de la sala.

Ranulfo obedeció.

Alice gimoteó, medio desmayada. El sacerdote la cogió por el brazo y ordenó a Corbett que se acercara.

—¡Cogedla por el otro brazo! —dijo.

Corbett hizo lo que le mandaba. Él y el sacerdote, que todavía sujetaba el cuchillo contra el cuello de Alice, arrastraron a la mujer por la sala, caminando hacia atrás. El sacerdote maldecía y les gritaba a los demás que se quedaran sentados. Corbett contuvo su pánico y refrenó sus impulsos de hacer alguna estupidez, descartando rápidamente la idea de apartar a Alice, porque no quería correr ese riesgo. El cuchillo del sacerdote seguía presionando firmemente el cuello de Alice. Corbett sabía que aquel hombre era lo bastante cruel y estaba lo bastante loco para matar a la mujer sin pensárselo dos veces.

Cuando llegaron a la puerta de la sala, un grupo de sirvientes que habían estado dormitando en el pasillo se levantó. Contemplaron, horrorizados, la macabra procesión. El sacerdote les ordenó que entraran en la sala y los criados se escabulleron como niños asustados. El padre Agustín tiró de Alice hacia él, rodeándole el cuello con un brazo y poniéndole el cuchillo debajo de la barbilla.

—¡Cerrad la puerta! —gritó.

Corbett cerró las dos grandes puertas y las atrancó. Se volvió mientras el sacerdote empezaba a retroceder por el pasillo.

—¡Por el amor de Dios! —susurró Corbett—. ¿Qué creéis que va a pasar? Gurney os perseguirá, y si él no lo hace, ¡lo haré yo!

El padre Agustín no le hizo caso.

—¡Mi antepasado sobrevivió todo un año! —replicó—. A Alan del Marsh no llegaron a capturarlo.

—¿Cómo matasteis a Monck? —preguntó Corbett.

—Oh, fue muy sencillo. Me dijo que había estado examinando la ropa de Cerdic —el sacerdote sonrió—. Igual que vos. Y ¿qué encontrasteis en ella, *sir* Hugo?

—Cera.

—Pues bien, Monck encontró lo mismo. Dijo que era de un cirio de la iglesia, cera de abeja. Yo lo negué, por supuesto. Les eché la culpa a esas zorras del convento. Mock se marchó a toda prisa, creyendo que ellas eran las culpables. Le dije que Cerdic y yo sospechábamos de ellas, por el contrabando y por el cáliz. Cuando salió del convento, yo le estaba esperando. Fue fácil. Una saeta de ballesta en el pecho. Lo monté en su caballo. Le metí las botas en los estribos y le até el cinturón al

pomo de la silla para mantenerlo derecho. Pinché el caballo con mi daga, y el animal salió al galope hacia el pueblo. El caballo debió de correr hacia los páramos, hasta que Monck se soltó de la silla y cayó. Nadie pensó que ya estuviera muerto cuando su caballo pasó al galope por el pueblo. ¡Excepto vos, claro!

Corbett detectó movimiento detrás del sacerdote.

—Sí —dijo—. Yo también vi la cera y el cardenal que tenía Monck en la barriga, donde se le había clavado el pomo de la silla de montar. También vi que su cinturón estaba estropeado.

—¡Debí mataros! —susurró el sacerdote.

Arrastró a Alice, que ya estaba inconsciente, por el pasillo.

—Fuisteis muy listo —dijo Corbett con la esperanza de distraer al sacerdote—. Supongo que le dijisteis a Monck que fuera al convento, pero que no le revelara sus sospechas a la madre Cecilia.

—Sí, claro —el padre Agustín sonrió—. En cuanto Monck visitara a esa vieja zorra, sabría que Cerdic había ido a verme —el sacerdote tiró de Alice—. Pero con vos era diferente. Contabais con la ayuda de vuestros dos criados. En seguida me di cuenta, Corbett, de que erais el perro de caza del rey. Me enteré de que pensabais ir a Bishop's Lynn y cambié la señal del camino. No habríais sido los primeros viajeros que morían en un solitario pantano de Norfolk.

—Entonces fue cuando empecé a preguntarme cómo podía haber muerto Monck —dijo Corbett—. Maltote me dio la respuesta. Me lanzó una cuerda para que la atara al cuello de mi caballo. Yo ensanché el lazo para pasarlo por el pomo de mi silla de montar —Corbett dio un paso adelante, observando la sombra que había detrás del sacerdote, al fondo del pasillo—. La verdad es que tengo mucho que agradeceros, padre Agustín. Al fin y al cabo, fue cuando corría por la playa para salvar la vida cuando vi el cráneo grabado en el acantilado.

—Ah, así que también sabéis eso —dijo el padre Agustín, sorprendido.

—Sí. Y ¿cómo lo supisteis vos?

—Ese es mi gran secreto —susurró el padre Agustín. Levantó una mano y se dio unos golpecitos en la sien—. Y está todo aquí dentro. Memoriqué los frutos de mis investigaciones y luego los destruí.

Echó a andar de nuevo hacia atrás, arrastrando a Alice.

—¿Adónde la lleváis? —preguntó Corbett.

—Oh, a ninguna parte. Quiero haceros una pregunta más. Después pienso mataros a los dos. El tesoro, el cráneo y el triángulo... ¡A ver si estamos de acuerdo!

—¡Primero, mirad detrás!

El sacerdote sonrió y dijo:

—¡No seáis estúpido!

—Muy bien —dijo Corbett—. ¡Mátalo!

La sonrisa se borró del rostro del sacerdote. El padre Agustín se volvió, y Ranulfo disparó la ballesta. La saeta se clavó en la cabeza del padre Agustín, encima de la

oreja derecha. El sacerdote se tambaleó y soltó la daga. Corbett fue hacia él, lo apartó y soltó a Alice. El sacerdote se quedó de pie, con expresión de sorpresa en la cara. Tosió y escupió sangre. Luego suspiró y se derrumbó. Corbett sentó a Alice suavemente junto a una ventana. Le buscó el pulso en el cuello y en las muñecas; tenía las manos y la cara frías como un témpano. Levantó la cabeza y vio a Ranulfo caminando por el pasillo, pálido de ira. Ranulfo cogió al sacerdote por el cabello y le tiró la cabeza hacia atrás; Corbett vio el resplandor de su daga.

—¡Déjalo! —dijo Corbett—. ¡Ese malnacido está muerto! Abre las puertas y llama a *sir* Simon.

Ranulfo soltó la cabeza del sacerdote, guardó su cuchillo e hizo lo que Corbett le había ordenado. Después hubo una gran confusión. Llevaron a Alice a su cámara y Selditch fue a atenderla, aunque el médico necesitó grandes dosis de vino para recuperarse. Enviaron a Catchpole a registrar la casa del sacerdote. Gurney ordenó a sus criados que se llevaran el cadáver, y luego se sentó delante del fuego, abstraído. Miró con tristeza a Corbett y dijo:

—No debisteis traerlo aquí. Por el amor de Dios, Hugo, ¿por qué no os limitasteis a apresarlo?

Corbett miró por encima del hombro y vio a Ranulfo supervisando a los criados.

—¿Qué otra cosa podía hacer, *sir* Simon? —preguntó sentándose a su lado—. ¿Enfrentarme a él en su propia iglesia? Quién sabe las armas que debe haber escondidas allí. Habría podido matarme, como hizo con Cerdic o con Monck.

Corbett le explicó cómo había matado el padre Agustín a Monck. Gurney silbó débilmente.

—¡Todo eso por un tesoro!

—¿Se le puede reprochar eso? —replicó Corbett—. Vos también buscabais el tesoro. ¿Cómo os sentiríais si estuvierais convencido de que el tesoro os pertenecía, y que un antepasado vuestro había pagado por él con su sangre?

—¡Pero él era sacerdote!

—Estaba loco. Incluso al final, en lo único que podía pensar era en el tesoro. Estaba atrapado en su sueño, como un prisionero en un calabozo, y no podía escapar de él.

—¿Creéis que sabía lo de los *pastoreaux*? —preguntó Gurney.

—Seguramente. Los utilizó como escudo para sus actividades; por eso mutiló el cadáver de Cerdic —Corbett hizo una pausa al ver aparecer a Selditch, pálido y abatido.

—*Lady* Alice está descansando. Le he dado una pócima sedante —Selditch sacudió la cabeza y agregó—: Si no llega a ser por vuestro criado Ranulfo...

Corbett se quedó mirando las llamas del fuego, escuchando a su criado, que discutía con Maltote por algún detalle poco importante.

—A Ranulfo no se lo puede encerrar en ningún sitio —dijo.

—Ha salido por la ventana como si fuera un gato —murmuró Gurney—. Estaba

allí sentado, y de pronto había recogido ya la ballesta y las saetas —Gurney suspiró—. ¿Sabéis dónde está el tesoro, Hugo?

—Sí, claro —contestó Corbett—. Y mañana por la mañana, en cuanto amanezca, os lo mostraré.

Fourbour el panadero se reunió con ellos. Estaba más afectado por el dolor que sentía que por las revelaciones sobre el padre Agustín. Le cogió la mano a Corbett y dijo:

—Os doy las gracias —tenía los ojos bañados en lágrimas—. ¿Estáis seguro de que Amelia no sufrió mucho?

Corbett no quiso mirarle a los ojos.

—Eso creo —dijo.

—¡Ojalá ella me lo hubiera explicado!

Corbett miró hacia otro lado. El panadero abandonó la sala, sin dejar de murmurar y de lamentarse.

—Es extraño —susurró Corbett—. Amelia amaba, pero no se dio cuenta de a quién amaba.

—¿Cuál es el papel de las hermanas de la Santa Cruz en todo esto? —preguntó Gurney malhumorado.

—Ese es un asunto entre vos y la priora, *sir* Simon.

—¿Y el tesoro? —insistió Gurney—. ¿Decís que está escondido cerca de aquí?

—Eso creo —contestó Corbett—. Y sospecho que el padre Agustín sabía dónde estaba. Tendremos que esperar a mañana, para que cambie la marea. Lo que todavía me preocupa es cómo pudo Alan del Marsh esconderlo todo él solo —Corbett se llevó los dedos a los labios y se quedó mirando el fuego—. Ese es uno de los enigmas. El otro enigma es de dónde sacó el padre Agustín la información. Monck se enteró por los archivos reales, y yo por la confesión de vuestro antepasado. Pero ¿cómo es que el padre Agustín estaba tan informado?

Corbett se reclinó en la silla. Oyó que Ranulfo y Maltote decían que volvían a su cámara.

—*Sir* Simon —dijo Corbett—, ¿cuánto hace que está aquí el pueblo de Hunstanton?

—Desde tiempos inmemoriales.

—Igual que el asesinato —replicó Corbett—. ¡Y sospecho que todavía queda uno por resolver!

Capítulo XIV

Poco después del amanecer se reunieron en la fría sala, cansados y ojerosos debido a la falta de sueño. Gurney dijo que Alice estaba descansando. Desayunaron y Catchpole les describió su visita a la casa del sacerdote.

—Allí no hay gran cosa —dijo—. Ropa, unos cuantos objetos personales, nada que llame la atención —metió la mano en una bolsa, sacó una hoja de pergamino y miró tímidamente a Corbett—. Sé leer un poco. La mayoría de los manuscritos que encontré eran documentos de la parroquia, pero también estaba esto.

Corbett cogió el pergamino y lo alisó. Se parecía un poco al que había visto entre las pertenencias de Monck: mapas de la región, algunos toscos bocetos, y otros esmeradamente dibujados. Luego unas cifras, palabras abreviadas, y signos de interrogación entre ellas. Nada sorprendente, salvo un nombre, *Jacobus*, escrito de vez en cuando. En una ocasión se leía *Pater Jacobus*.

—Ah —murmuró Corbett—. El padre Jaime —miró a Ranulfo y dijo—: El sacerdote del que nos hablaron en el convento.

—¡Creo que...! —exclamó Selditch.

—¿Qué? —preguntó Corbett.

—¡Yo también he oído hablar de él! —confesó Selditch, y abandonó la sala, sacudiendo la cabeza.

Selditch regresó jadeante, con un rollo de papel vitela atado con un trozo de seda desteñida. Lo desenrolló y se lo dio a Corbett.

—Estudiadlo con cuidado —dijo—. Es un índice de cartas escritas por el antepasado de *sir* Simon en enero de 1218.

Corbett examinó el contenido del documento, en el que figuraban los encabezamientos de las cartas que los Gurney habían escrito en enero de 1218. Había una entrada bastante larga que se refería a una queja presentada al obispo de Norwich alegando que «desde la desaparición del padre Jaime», la diócesis no le había ofrecido ningún sacerdote a la parroquia de Hunstanton.

Corbett levantó la cabeza.

—¿Desaparición? —se frotó la barbilla—. Lo dudo. Este es nuestro último asesinato —dejó el pergamino—. Veréis, si Alan del Marsh escondió su parte del tesoro donde creo que lo escondió, debió de necesitar un cómplice. Alguien que le ayudara a trasladarlo y esconderlo. Alguien que estuviera libre de toda sospecha —Corbett sonrió a *sir* Simon y dijo—: Y, una vez más, la persona indicada era el párroco, el padre Jaime —Corbett dio unos golpecitos en el documento—. Ese es otro de los motivos por los que el padre Agustín vino a Hunstanton. Seguramente estaba al tanto de la participación del padre Jaime. Vio el cáliz en el convento y se preguntó si habría tesoros parecidos escondidos en la iglesia del pueblo. Me imagino que registró la casa del sacerdote de arriba abajo y, por supuesto, ese era otro motivo para profanar las tumbas. Pudo estar buscando escondrijos, o incluso algún documento

escrito por el padre Jaime.

—Tortuoso y sutil —dijo *sir* Simon—. Los secretos están a salvo en un cementerio.

—Sí, así es —replicó Corbett—. El padre Agustín debió de valorar todas las posibilidades. Hizo sus propias investigaciones y descubrió que el padre Jaime había desaparecido por la misma época en que huyó Alan del Marsh y Holcombe fue ejecutado. Se dio cuenta de que aquello era algo más que una simple coincidencia. Y el demonio regresó a Hunstanton. El padre Agustín confiaba en que aquella pequeña iglesia o su cementerio encerrarán la clave del gran misterio —miró a sus acompañantes—. ¿Os imagináis su frustración al ver que no encontraba el tesoro? Y su frustración se convirtió en locura con la llegada de Amelia Fourbour, seguida de Monck y por último de mí. El mundo entero se volvía contra él. Bueno, acabemos esta historia.

Cogieron sus capas y salieron al patio, donde Maltote y otros ya tenían preparados los caballos. Montaron y tomaron el sendero que conducía al convento. Hacía una mañana fría y ventosa, y se acercaban nubes de lluvia por encima del agitado mar. En lo alto del acantilado desmontaron y dejaron los caballos con los criados. Bajaron por el camino que llevaba a la playa. Corbett la contempló y se estremeció.

Estaba muy tranquila, con la desierta arena y los guijarros empapados por la marea baja. Las gaviotas, cuyos gritos arrastraba el viento, describían círculos por encima de ellos. A Corbett le costaba creer que hacía solo unos días hubiera corrido por aquella playa intentando salvar la vida.

—No hay nada de qué preocuparse —murmuró *sir* Simon poniéndose la capucha para protegerse del viento—. El padre Agustín sabía lo que hacía cuando os golpeó en la cabeza y os dejó aquí. Nuestro sacerdote estudió la historia de Hunstanton. Sabía que la tempestad y el mar agitado crearían una subida brusca de la marea —esbozó una sonrisa y entornó los ojos, heridos por el viento empapado de sal—. Igual que cuando mi antepasado y el rey Juan intentaron cruzar el golfo del Wash.

—¡Vamos! —les instó Corbett—. Cuanto antes mejor. Os he traído aquí para enseñaros un dibujo.

Cruzaron la playa a pie. Corbett miró hacia los acantilados, intentando localizar el punto exacto donde se había despertado. Los otros miraban exasperados, pues hacía un frío espantoso y el viento empezaba a helarles la cara y las manos. Con todo, Corbett siguió caminando de un lado para otro, hablando solo. Finalmente se detuvo.

—¡Allí! —gritó—. ¡Mirad todos! ¡Mirad la pared del acantilado!

Gurney lo hizo, y se encogió de hombros. Pero Ranulfo, que tenía mejor vista, estudió el blanco y rocoso trazado y soltó una exclamación de sorpresa.

—¡Es el cráneo! —dijo—. ¡Es lo que mi amo vio en la ermita y...! —No acabó la frase porque recordó la promesa que su amo le había hecho a la madre Cecilia.

—¡*Sir* Simon! —exclamó Corbett—. Mirad, el acantilado es de creta. Bueno,

olvidaos de lo que hay a la derecha y a la izquierda. Fijaos solo en la parte del acantilado que tenemos delante. En la roca hay una ondulación que forma un cráneo, ¿no?

Gurney siguió las indicaciones de Corbett.

—Sí, sí, ya lo veo —dijo—. Esa parte de la roca que sobresale. Si te fijas bien, la parte superior parece un cráneo que se estrecha para formar la mandíbula.

—¿Y los matorrales? —añadió Corbett—. ¡Son los ojos!

—No, no son matorrales, sino pequeñas cuevas —le corrigió Ranulfo—. Ahora, trazad un triángulo, una línea que conecte los dos ojos, y otras dos que bajen desde los ojos. A ver qué encontráis.

Gurney siguió las indicaciones de Ranulfo y, sorprendido, exclamó:

—¡Es una mata de maleza que forma la boca del cráneo! ¿Estáis diciendo que el tesoro está escondido allí, Hugo? Esas cuevas no son más que agujeros.

—Ya lo veremos —dijo Corbett—. Pero si mis sospechas son ciertas, detrás de esos arbustos que forman la boca del cráneo hay una cueva más grande.

Subió de nuevo por el sendero del acantilado, y se alegró de alejarse de aquella desolada playa y del mar que retumbaba detrás de ellos.

—¡Maltote! —dijo Corbett al encontrarse con su joven mensajero—. ¿Has traído el material que te pedí anoche?

Maltote asintió y señaló un gran saco que llevaba atravesado en la grupa de su caballo. Corbett precedió al grupo por el borde del acantilado. Intentó no mirar desde allí el vertiginoso precipicio, más peligroso aún con el intenso viento y las nubes bajas que se estaban agrupando en el cielo. Ranulfo, que tenía el pie más firme, se dirigió al borde del acantilado y caminó como un gato, mirando hacia abajo, sin inmutarse por la altura. Hizo señas a los demás para que retrocedieran. Corbett se alegró mucho. Gurney, Selditch, Catchpole y Corbett se apiñaron formando un grupo, mientras Maltote y los criados empezaban a vaciar el saco.

—¡Ten cuidado! —gritó Corbett.

Ranulfo sonrió y les indicó por señas que se quedaran quietos. Dijo algo de que el borde del acantilado no era peor que los tejados de las casas de los comerciantes. De pronto resbaló y la tierra húmeda que pisaba empezó a desmenuzarse. Corbett soltó un gruñido y cerró los ojos. Pero afortunadamente, al abrirlos vio que Ranulfo había recuperado el equilibrio y reanudaba la búsqueda. Se detuvo, sacó su daga, la clavó en la tierra y retrocedió hasta donde estaban los otros.

—Estamos justo encima de los matorrales —dijo—. Pero no veo ninguna cueva. Sin embargo, la pared de roca se mete hacia dentro. A lo mejor el hueco no se ve desde aquí.

Corbett llamó a Maltote y juntos supervisaron la colocación de una escalerilla de cuerda muy parecida a las utilizadas en los barcos y en las murallas de los castillos. Cuando la escalerilla estuvo firmemente fijada, colocaron dos cuerdas guía a cada lado.

—Así es más seguro —insistió Ranulfo—. Si le pasa algo a la escalerilla, te puedes sujetar a las cuerdas —Sonrió a Corbett y añadió—: Yo bajaré primero. ¿Venís?

Corbett asintió.

—Entonces, seguidme. ¡Pero despacio, y no miréis hacia abajo! —Se quitó el talabarte y se lo colgó del hombro—. Tú quédate aquí, Maltote. ¡Vigila las estacas!

Ranulfo cogió la escalerilla de cuerda y empezó a caminar hacia atrás. Se descolgó por el borde del acantilado y desapareció de la vista. Corbett se puso a rezar. Oyó gritar a Ranulfo. Cogió la escalerilla y también él se descolgó por el borde del acantilado. Cerró los ojos y fue bajando primero un pie y luego el otro, sujetándose a la escalerilla con ambas manos. De vez en cuando se detenía al azotarlo una ráfaga de viento que, afortunadamente, soplabá desde tierra y no desde el mar. Aun así, la escalerilla de cuerda se balanceaba peligrosamente, y Corbett se sujetó con más fuerza mientras continuaba el descenso.

—¡Ya falta poco! —gritó Ranulfo.

La voz parecía venir de la vertiente rocosa que Corbett tenía a su lado.

—¡Aquí, amo!

Corbett se volvió hacia la derecha y vio la mano extendida de Ranulfo. Se sujetó más fuerte a la cuerda guía, y luego a la mano de Ranulfo.

—¡Vamos! —dijo su criado.

Corbett soltó la cuerda y entró de un salto en una oscura y húmeda cueva. Ranulfo se adentró más en la oscuridad. Sacó dos velas de su jubón y las encendió con una yesca. Volvió a donde estaba Corbett y le dio una vela. El escribano miró alrededor y vio charcos de agua en el suelo.

—¿No será peligroso? —murmuró—. ¿Puede llegar hasta aquí, la marea?

—Estamos demasiado elevados —le tranquilizó Ranulfo—. Pero la espuma de las olas y la lluvia llegan hasta la cueva, por eso está mojada. Ya habéis visto el acantilado, es de roca caliza y debe de absorber mucha agua —La voz de Ranulfo resonó por la cueva.

—¡Por los clavos de Cristo! —murmuró Corbett—. ¡Estoy tentado de decirle al rey que busque el tesoro él mismo!

Sin embargo, Ranulfo estaba deseando continuar.

—¿No ha bajado nadie más? —preguntó.

Corbett sacudió la cabeza.

—Creo que lo mejor es que esto lo hagamos tú y yo.

Se fueron adentrando en la cueva. Corbett se detuvo una vez para examinar unos extraños dibujos grabados en las paredes: hombres armados con lanzas y escudos, cazando extrañas criaturas que él no había visto jamás. Las pinturas eran de color negro, rojo y azul.

—¿Tiene eso algo que ver con el tesoro? —preguntó Ranulfo.

Corbett examinó los dibujos más de cerca.

—Lo dudo —dijo—. He oído hablar de que hay dibujos de este tipo en cuevas de la costa sur, pintados por pueblos desaparecidos hace tiempo.

Corbett siguió a Ranulfo. Su nerviosismo iba aumentando a medida que el túnel se estrechaba. Se preguntó si acabaría, en otra pared de roca. ¿Había interpretado mal el dibujo de Alan del Marsh? ¿O aquello era un astuto truco para disimular el verdadero escondite? Ranulfo también iba perdiendo parte de su desenvoltura. No tardaron en verse obligados a avanzar en fila; las paredes de la cueva se cerraban, y la roca del techo parecía descender para atraparlos. Entraron en un estrecho pasadizo, de no más de dos palmos de ancho. Ranulfo se metió. Corbett oyó su exclamación y lo siguió, para descubrir que habían entrado en una espaciosa cámara subterránea.

—Debe de ser aquí —murmuró Ranulfo.

Siguieron adelante, iluminándose con las velas de sebo. Se separaron; Corbett fue hacia la derecha, y Ranulfo hacia el extremo opuesto. Corbett estaba decepcionado. ¿Encontrarían algo allí? Los gritos de Ranulfo contestaron su pregunta.

—¡Aquí está, amo!

Corbett fue hacia donde estaba su criado. Al principio no vio nada más que la luz de la vela, pero Ranulfo se agachó, sujetando la vela delante de él. Había cuatro o cinco enormes sacos apoyados en la pared de roca. La tela estaba empezando a romperse, y Corbett vio los valiosos objetos que contenían los sacos.

—¡El tesoro real! —exclamó Ranulfo. Movié la vela y Corbett vio el brazo extendido de un esqueleto, con la cabeza caída hacia un lado, como un borracho—. Y su guardián, el padre Jaime.

Corbett se acercó y examinó meticulosamente el esqueleto. La carne se había podrido hacía mucho tiempo, y los huesos estaban amarillos y quebradizos. Las botas de cuero, su talabarte, y unos cuantos jirones de tela eran lo único que quedaba del hombre. Señaló la parte de atrás del cráneo, donde el hueso estaba roto.

—Creo —dijo— que Alan del Marsh y Holcombe se dividieron el tesoro. Esta es la parte de Alan. Era contrabandista, por eso sabía que existía esta cueva. Necesitaba a otra persona para que le ayudara, así que llamó a su párroco. Trajeron el tesoro hasta aquí, bajándolo como hemos bajado nosotros. Después Alan mató al sacerdote, golpeándole en la nuca con una piedra.

Ranulfo escuchaba con impaciencia. Arrastró uno de los envejecidos sacos. La tela, que el tiempo había ido deteriorando, se rasgó, y el valioso contenido (vajilla de plata, jarras de oro, cuencos con joyas incrustadas, copas con diamantes...) cayó en cascada, sonando con estrépito al chocar contra el suelo de la cueva.

—¡Por los clavos de Cristo! —Ranulfo se arrodilló. Cogió una bandeja de plata y miró a su amo con ojos relucientes—. ¿Tenemos que devolverlo todo?

Corbett le arrebató la bandeja de plata y la tiró al suelo.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Robar una parte? ¿Venderla en el mercado de Londres?

Ranulfo se quedó mirando a su amo.

—¿No lo ves? —explicó Corbett—. Nos meteríamos en el mismo círculo de crímenes y engaños que todos los que han muerto por esto. No, sacaremos todo el tesoro. Ranulfo, quédate aquí. Bajaremos sacos nuevos. Tú los llenarás con todo lo que hemos encontrado, los sellaremos y los colocaremos en alguna cámara de Mortlake Manor hasta que el Tesoro envíe a sus funcionarios.

Con ayuda de Ranulfo, Corbett escaló hasta el borde del acantilado, donde pasó el resto del día, aterido y maldiciendo aquel viento helado. Ranulfo llenó una por una las bolsas nuevas. Luego subieron las bolsas y las cargaron en un carro. Cuando terminaron, Corbett ató y selló cada una de las bolsas. No le gustaba la mirada de avaricia de algunos de sus acompañantes, y reconocía en sus labios húmedos y, en sus ojos entornados, el deseo de agarrar cualquier objeto valioso y quedárselo. Una vez en Mortlake Manor, transportaron el tesoro a una habitación del piso superior. Corbett cerró la puerta con llave y se la guardó. Dos criados de Gurney se quedaron montando guardia y Corbett ordenó a Maltote que cambiara de caballo y que fuera a Walsingham para transmitirle la noticia al rey.

—Cuanto antes esté en manos del rey este tesoro —murmuró Corbett—, mucho mejor.

Más tarde, aquel mismo día, Corbett y Ranulfo asistieron al entierro de Monck en el cementerio del pueblo. Luego el cadáver amortajado del padre Agustín fue colocado en un ataúd de madera de olmo y rápidamente enterrado. Gurney prometió que, en cuanto llegara un nuevo sacerdote, se ofrecerían misas por el reposo de las almas de aquellos dos hombres. Después de los entierros, Corbett se paseó por la desierta casa del sacerdote. Los rumores relacionados con el padre Agustín se habían extendido por el pueblo, y, como era de esperar, los campesinos entraron en su casa para llevarse cualquier objeto de valor que encontraran: colchones, velas, cabezales... Gurney siguió a Corbett y miró alrededor con expresión ceñuda.

—¡Esta casa debería ser purgada, purificada! —dijo—. ¡Gracias a Dios que hemos encontrado el tesoro y que ahora acabará el caos de estos últimos meses!

Corbett se despidió y se marchó del cementerio. Regresó a caballo a Mortlake Manor, y dejó a Gurney hablando con el sacristán sobre cómo habría que administrar la iglesia hasta que encontraran un nuevo párroco. Mientras Ranulfo recogía sus cosas, Corbett hizo una visita de cortesía a Alice, que, todavía pálida y nerviosa, descansaba en sus aposentos. Gurney regresó al anochecer, y se empeñó en que Corbett y Ranulfo se quedaran a un pequeño e informal banquete. La cena se convirtió en un asunto caótico. El taciturno Gurney y sus huéspedes intentaban ocultar el alivio que sentían por la inminente partida de Corbett. Ranulfo, en cambio, desinhibido, bebió cuanto quiso y declaró en voz alta que no quería ofender a ninguno de los presentes, pero que no pensaba regresar a Norfolk hasta pasado mucho tiempo.

—Supongo que los funcionarios del Tesoro no tardarán en llegar —dijo Gurney.

—Conozco bien al rey —dijo Corbett—, y si no me equivoco, vendrá él en

persona. Se llevarán el tesoro y a los dos prisioneros que tenéis en los calabozos, los *pastoreaux*. Seguramente los enviarán a Londres, donde serán juzgados. Yo pagaré la cruz para la tumba de Monck —añadió.

—No, no —protestó Gurney.

Sin embargo, Corbett insistió, y sacó varias monedas de su bolsa.

—Una lápida para Monck, una cruz para el sacerdote y misas por sus almas.

La cena no se prolongó mucho más. Corbett y Ranulfo regresaron a su cámara; el criado hablaba sin parar de todo lo que pensaba hacer en cuanto llegaran a Londres.

Corbett le escuchaba sin prestarle demasiada atención. Se tumbó en la cama y se tapó con las mantas. No podía dejar de pensar en Amelia Culpeper. Recordó aquel triste patíbulo en lo alto del acantilado, y se imaginó a Amelia Culpeper abrazada a su amante, y luego cayendo y dándose cuenta de que le habían puesto una soga al cuello. ¿O acaso, en sus últimos instantes de vida, se percató de lo que estaba pasando y se resignó?

A la mañana siguiente Corbett se vistió apresuradamente. Desayunó y se despidió de Gurney y de Alice. Seguido por el silencioso Ranulfo, que todavía sufría los efectos del vino que había bebido la noche anterior, cabalgó por el borde del acantilado. Hacía una mañana tranquila, el cielo estaba despejado y un pálido sol relucía sobre el mar. Corbett se detuvo al llegar al patíbulo. Miró hacia arriba y vio los brazos de la horca, con sus espantosos y herrumbrosos ganchos.

—¿Qué pasa, amo? —preguntó Ranulfo, molesto—. Y ¿por qué hemos de ir a Bishop's Lynn?

—Imagínate, Ranulfo. Tantas muertes, tantas intrigas violentas. ¿Sabes quién me inspira más lástima? La esposa del panadero, Amelia. A ella no le importaba nada de todo esto. Estaba locamente enamorada de ese malnacido de Agustín —Corbett miró a Ranulfo por encima del hombro—. Él tenía un tesoro que muy pocos de nosotros tendremos jamás, pero renunció a él por unos cofres de vajilla y unos sacos de monedas.

El viento puso nervioso a su caballo, y Corbett le dio unas suaves palmadas, aunque no apartó los ojos del patíbulo.

—Le he pedido a *sir* Simon que queme la horca —dijo en voz baja—. Me ha dicho que lo hará. Pondrá una cruz en este lugar, en la que se pedirá a los viajeros que recen por el reposo del alma de Amelia Culpeper.

—Creo que lamenta haber perdido el tesoro —comentó Ranulfo situándose al lado de su amo—. ¡Ese médico gordinflón parecía francamente decepcionado!

—Tranquilo, ya tendrán su recompensa —replicó Corbett—. *Sir* Simon conoce la ley. El tesoro fue descubierto en sus tierras. También ha prometido no decir nada acerca del cáliz del convento.

—Y se acabó todo —anunció Ranulfo.

—¿Tú crees? —preguntó Corbett—. ¿Estás seguro de eso, Ranulfo? No, no; nosotros somos simplemente como los jueces que se levantan tras emitir una

sentencia. Alice nunca volverá a ser la misma, y tampoco los aldeanos. Jamás olvidarán al sacerdote. Fulke, el curtidor, nunca olvidará a su hija Marina. El pobre Fourbour nunca olvidará a su esposa. El pobre y tonto Gilberto pasará el resto de su vida preguntándose por qué la gente que ahogó a su madre ahora le da palmadas en la espalda y le invita a jarras de cerveza. De ahora en adelante, la madre Cecilia considerará los riesgos, igual que *sir* Simon. Finalmente, han olido el encanto del oro todos, por supuesto.

—Pero nosotros hemos encontrado el tesoro —le interrumpió Ranulfo.

—¡No! Solo hemos encontrado la parte de Alan del Marsh. ¿Dónde escondió Holcombe el resto? —Corbett miró hacia los páramos, donde la niebla matutina todavía colgaba en delgados jirones grises—. Parte del tesoro todavía sigue aquí. Mientras duren las historias, durará la búsqueda —Corbett miró por última vez el patíbulo y se santiguó—. ¡Bueno, vamos a Bishop's Lynn!

—¿Qué vamos a hacer?

—Quiero hablar con el molinero sobre su hija. Quiero decirle que también él tenía un valioso tesoro.

Corbett espoleó su caballo. Dejaron atrás la horca, que crujió al soplar el viento, y el Ángel Oscuro entró desde el mar para cantar su eterna canción por encima de los desolados páramos.

Nota del Autor

Muchos de los aspectos de esta historia se basan en hechos reales. El movimiento de los pastores, o *pastoreaux*, está bien documentado en los siglos XIII y XIV en Francia y en el resto de Europa. Los *pastoreaux*, un movimiento visionario laico que acabó muy mal, se ganó reputación de no ser más que una banda de criminales. Durante un breve tiempo, llegaron incluso a disfrutar del patronato real, hasta que se desveló su verdadera naturaleza. Se vieron involucrados en robos, violaciones, actos de rapiña y pillaje y extorsiones. En Inglaterra, su presencia provocó violentas refriegas en Shoreham, Sussex. Finalmente, condenados por la Iglesia y el Estado, los *pastoreaux* fueron perseguidos y sus líderes ahorcados. Sus seguidores se dispersaron, hasta que aparecieron nuevos cultos, lo cual ocurría con alarmante regularidad durante el período medieval.

La Iglesia siempre había condenado la esclavitud. Sin embargo, el secuestro de hombres y mujeres jóvenes de Europa occidental para ser vendidos en los mercados de la costa mediterránea y en Oriente Medio es un conocido escándalo medieval. Era un comercio mucho más siniestro y malvado que el comercio de esclavos blancos del imperialismo Victoriano. De vez en cuando, los papas expresaban su condena y los reyes promulgaban leyes, pero el comercio de esclavos seguía siendo un negocio próspero. El ejemplo más flagrante de esas actividades se menciona en esta novela: la cruzada de los niños, un movimiento de cruzada visionario que supuso la desgracia, y en muchos casos la muerte, para miles de niños. Nunca llegaron a Palestina, sino que fueron presa de capitanes de barco mercenarios y avaros traficantes de esclavos.

El desastre del rey Juan en el golfo del Wash en el otoño de 1216 está, por supuesto, bien documentado, aunque los historiadores todavía no se han puesto de acuerdo sobre la localización exacta del desastre y las causas que lo provocaron. Nunca se ha descartado que se cometiera una traición. Al fin y al cabo, se trataba de un rey autocrático que, con su ejército y su casa a costas, decidió cruzar una de las zonas costeras más peligrosas de Gran Bretaña sin un guía adecuado. No había por qué darse tanta prisa. Al rey Juan no le seguía nadie, y la marcha podría haberse organizado mucho mejor. La pérdida de su tesoro en el Wash fue seguramente la causa de su muerte, ocurrida pocas semanas más tarde.

El tesoro perdido atraía constantemente a cazadores de fortunas a la región. Los tesoros reales nunca fueron recuperados, pero durante el siglo XIII aparecieron piezas de ese tesoro en listas del erario, y sabemos que tanto Enrique III como su hijo Eduardo I organizaban regularmente búsquedas oficiales de ese tesoro. El golfo del Wash, Hunstanton, los páramos y la costa todavía pueden visitarse, aunque desde el siglo XIV ha habido notables cambios geográficos. Sin embargo, los rasgos principales son como se describen en esta novela. La ermita está inspirada en las ruinas de lo que solía llamarse el Hostal de San Dunstan, un establecimiento para los

viajeros que querían cruzar el golfo del Wash. Los acantilados existen, al igual que el pueblo de Hunstanton. Y también, por supuesto, la encantadora y bulliciosa ciudad de King's Lynn. Antes de que alguien me escriba para corregirme, diré que King's Lynn se llamaba Bishop's Lynn, y que no cambió su nombre hasta el reinado de Enrique VIII.

¿Y el tesoro? Las historias y las leyendas locales aseguran que gran parte de él todavía está escondido en algún lugar. El museo de King's Lynn tiene un par de objetos que presuntamente pertenecen a ese tesoro, pero el resto podría seguir escondido en aquellos solitarios pantanos donde todavía puede oírse la canción del Ángel Oscuro.

Notas

[1] Barco sajón cuya construcción seguía el estilo vikingo. <<